

*LEONARDO DA VINCI, O LA TRAGEDIA DE LA
PERFECCIÓN*

CARLOS BLANCO

ÍNDICE

Prefacio

La noche en Florencia

Naturaleza

Amor y pasión

Arte

Tierra y cielo

Tiempo

Noche y soledad

Humanidad

Sacrificio

Compasión

Vivir y morir

PREFACIO

Deseo comunicarte algo que siento en profundidad, un entusiasmo que seguramente también tú hayas palpado, y con no menor pujanza: fascinación por la figura de Leonardo da Vinci (1452-1519), afán de responder a una pregunta que no cesa de subyugarme: ¿cómo puede coronar el hombre una belleza tan sublime?

Leonardo poseyó una de las mentes más luminosas de la historia. Avasallado por un vigoroso anhelo de sabiduría, su sed insaciable de conocimiento y su reveladora hambre de hermosura lo impulsaron a pintar algunos de los cuadros más sobresalientes del arte occidental, a diseñar máquinas visionarias que se adelantaron varios siglos al estado de la técnica, a explorar los intrincados misterios de la anatomía, a investigar la naturaleza de la luz y las propiedades del agua, así como a propugnar una hipótesis que se anticipaba, notablemente, a la moderna teoría sobre la tectónica de las placas terrestres.

Como seres humanos, creo que hemos de enorgullecernos de pertenecer al mismo género que Leonardo. Formar parte de un linaje que alberga entre sus miembros a un genio descomunal, a un titán del espíritu que manifestó un esmero casi divino por entender y mejorar el mundo que lo envolvía, constituye un motivo de esperanza en nuestras posibilidades para encarar los desafíos que la historia nos depara. Admirar a Leonardo exalta a la humanidad, y en sondear el porqué de las cosas cristaliza el mejor acto de pleitesía que nos es permitido rendirle.

Leonardo consagró su vida a legar a sus semejantes un tesoro colmado de creatividad, excelencia y hermosura. Soy incapaz de identificar una aspiración más límpida e imperecedera para enardecer la llama de la existencia. El esfuerzo insólito de Leonardo por comprender y descubrir ennoblece la aventura que protagoniza nuestra estirpe por los esquivos senderos de la historia.

Soy consciente de que resulta imposible penetrar en el pensamiento de Leonardo. Difícilmente lograría alguien emular su curiosidad intelectual y desentrañar su desorbitada búsqueda de perfección. Sólo he pretendido imaginarme cómo sería el Leonardo más íntimo, el Leonardo de carne y hueso que se apasionó por el arte y la naturaleza; el Leonardo que combatió tenazmente contra las limitaciones impuestas por el tiempo, el espacio, la flaqueza humana y el impredecible destino de alzarse como un pionero, abocado a acometer los retos más arduos. Frente a toda adversidad,

Leonardo encontró fuerzas allí donde ningún otro hombre habría podido, y con un ímpetu irrestricto de superación, que inspiró su alma a trabajar incansablemente para obtener lo perdurable, forjó obras que nunca desistirán de cautivarnos.

Leonardo fue humano, demasiado humano en realidad, porque de manantiales auténticamente humanos se nutre ese empeño infinito por conocer cuyas dulces redes todavía hoy nos atrapan con su docta delicadeza. Leonardo personificó el ansia inagotable que nos consume: la devoradora ambición de despejar esa pléyade de incógnitas que las huestes de nuestro asombro no dejan de vislumbrar en el horizonte. En la vastedad del espíritu de Leonardo vemos reflejado lo humano en su estado más puro, floreciente y genuino, y en el espejo de sus cuadernos nos contemplamos a nosotros mismos, ávidos de degustar cálices que rebosen de sinceridad, hondura y belleza.

Los textos escritos en cursiva corresponden a las palabras que el autor pone en boca de Leonardo da Vinci. Dentro de ellos, las frases

entrecomilladas coinciden con las tradicionalmente atribuidas al genio italiano (muchas de ellas pueden encontrarse en sus célebres Cuadernos). Los pasajes redactados en letra normal pertenecen al discurso del comentador.

LA NOCHE EN FLORENCIA

En las noches más oscuras se enciende una luz edénica en una casa de Florencia, y ¡con qué pasión se agita esa llama! Sentado junto al fervor de una ventana sobria, desde la que se divisa la silueta majestuosa de la basílica de Santa María del Fiore, enaltecida con una cúpula anaranjada que consagra vigor, simetría y belleza, diseño de Filippo Brunelleschi y prodigio arquitectónico del pasado y del futuro, con afinado esmero escribe en su diario Leonardo da Vinci, célebre entre los célebres, ángel entre los hombres. Su ilustre memoria la conservarán las generaciones venideras, como símbolo jubiloso de todo aquello a lo que puede y debe aspirar la mente humana si quiere vivir en los prados de una paz límpida consigo misma.

Hasta altas horas de la madrugada fulgura la intensa y arrobadora luz que ilumina el escritorio de Leonardo, mientras olvidadas alegrías acuden a su corazón. Resplandece con un brillo mayor, si cabe, que todos los restantes focos de Florencia, pues sólo el más radiante de los destellos sería idóneo para alumbrar a este portento del espíritu, cuyos ojos prometeicos ven lo que otros no ven, y cuyos heroicos oídos escuchan incluso el tenue susurro musitado por las melodías que cantan flores inmarcesibles hospedadas en gozosos vergeles ajardinados. En su imaginación habita la fuente precursora de los sueños, porque Leonardo no es humano, o quizás lo sea en demasía, y por eso lo bendicen los más prístinos dones que exhala la naturaleza; y si de día los rayos del Sol le permiten contemplar el indescriptible secreto de la vida, e identificar las proporciones que rigen la armonía y la medida de los cuerpos, en las soledades de la noche, el rubor incandescente de unas velas benéficas no se consume hasta que este hombre ha logrado imprimir la fuerza alegórica de su intelecto en la patente fragilidad de unos cuadernos cuyas hojas, sin embargo, resistirán el paso de los siglos, y causarán una sorpresa nunca menguante entre quienes a ellas se aproximen, y descubran lo que llega a sondear el alma cuando la blancura nívea e inmaculada que preside la Luna cubre el ardor del cielo.

No rugen bullicios y convulsiones a esas tardías horas en Florencia, y bien vale suponer que toda la energía de esta ciudad se concentra en ese escritorio, junto a esa ventana, en esa casa bajo cuyo auspicio Leonardo reside.

Leonardo conversa consigo y con el firmamento, mira a lo profundo y a lo elevado, y en todo momento se halla guiado por ese entusiasmo inefable, envolvente y flamígero que en él crea un ansia infinita y

sobrecogedora de entendimiento. Todo en Leonardo son preguntas, interrogantes brumosos y siempre crecientes, esclavizado por el yugo de una curiosidad desenfadada, pero inevitable. En él se verifica la antigua intuición epistemológica de que todo se conecta inextricablemente con todo, y todo conduce a todo, en esa pía afinidad, en esa correspondencia de tintes ecuménicos cuya concatenación permea, en su totalidad, los porosos tejidos que ribetean el regio bordado del cosmos. El saber se convierte así en sinónimo de la más fatua y rumorosa nesciencia, porque cuanto más conoce Leonardo, con mayor clarividencia repara en el vasto y proceloso cúmulo de todo lo que ignora, y esta sensación de impotencia ante la inmensidad del océano de las artes y de las ciencias, que lo incitaría, en una situación hipotética, a embelesarse por igual con todo, ya fuera el reverenciado aleteo de un colibrí, el plumaje soberbio de las aves del paraíso o el esquivo arte de la cetrería, lo aflige enormemente, y no hay palabra en lengua alguna, epíteto ni tierno ni severo, que exprese este votivo calvario, esta sacrosanta cruz que estoicamente acarrearán sus hombros de gigante. Sí, es cierto que esta vida no está hecha para almas tan sensibles, quienes perciben no sólo cómo las cosas son, sino también cómo deberían ser, y no se resignan a un rotundo “no podemos” por respuesta cuando pretenden desentrañar los áulicos misterios que hilvanan la holgura del cielo y de la Tierra, y distinguen, en los detalles más efímeros de una realidad deslizante y pasajera, la huella característica de lo que permanece, atormentados por haber descubierto el velo que oculta, para el común de los mortales, una verdad demasiado dura, entenebrecida y cegadora.

Bajo los raudos murmullos de la noche se entona un mismo e inconsolable grito, atronadora voz que anuncia la insatisfacción más estentórea, y se derraman sobre el escritorio las mismas y desmoralizadas lágrimas, enturbiadas de una tristeza abrasiva, ante la brevedad de una existencia que le impedirá obtener la perfección. Llorando, desasosegado, Leonardo, y la letanía diáfana que esparcen sus dúctiles suspiros, amarga, mas perdurable, converge con la elegía de todo aquél que ayer, hoy o mañana comparta un análogo sentimiento de debilidad indómita ante un cosmos resbaladizo e incomprensible, plagado de incógnitas desgarradoras, de un estar aquí sin saber por qué razón... Pero nadie es consciente de esta desazón pertinaz y afilada, y quienes al mediodía alaban a un hombre que personifica los ideales sempiternos de belleza y encanto, y cuya agudeza epigramática sólo atisba parangón en la dorada gloria de los dioses, poco o nada advierten el disimulado llanto que destila su sufrimiento, el tenaz y sigiloso veneno que eclipsa todo asomo de condescendencia ante el primor, la audacia y la hermosura del conocimiento. El suyo es un dolor infinito que ningún espíritu sería capaz de sobrellevar, pues a nadie le ha sido concedido padecer indefinidamente en vida, y acariciar la muerte para que

esta aciaga indigencia concluya cuanto antes. Hipócrita es el mundo que condena y estigmatiza a vivas almas puras, a quienes no se les tolera proclamar la autenticidad de su amor, y cínica es la sociedad que sólo fija su atención en la superficie, y palpa en Leonardo la furia descomunal y cautivadora, la luz inconmensurable de la fascinación y del talento, sin percatarse de que su falta de misericordia le exige reprimir sus emociones más sinceras.

Nos es imposible asimilar el mal que perturba a Leonardo, la angustia que invade su corazón y priva su alma de la felicidad merecida, porque no bebemos, como él, de la copa de la plenitud, y lo que en nosotros es abdicación ante el límite y capitulación ante la finitud que nos son consustanciales desemboca en su espíritu en el más injusto de los castigos. Nadie, tampoco él, debería verse obligado por el destino a soportar tan pesada y abultada carga, que es la onerosa tarea de afanarse en buscar la perfección, y de poseer una mente y unas manos que portan la reverberante antorcha de lo apolíneo. Esos dedos transfigurados pintan como en el Olimpo, y ese ingenio soberano se interna en la recóndita esencia de las cosas, fondea la cualidad genuina de la vida y vislumbra las magnificadas fronteras del universo. Esas manos sobrenaturales saludan candorosamente a todos los dioses, y toman el pincel y la brocha de los ángeles; para esa mente mayestática no se imponen barreras que cercenen su inagotable anhelo de sabiduría.

Nadie en Florencia ha observado nunca a través de esa ventana que colinda con ese escritorio, y nadie en Florencia ha oteado entonces el genio en su estado más bello y reluciente. De día, Leonardo retrata la más sublime de las sonrisas, pero de noche piensa en la vida y en la muerte, en el ayer y en el mañana, y sucumbe ante el hiperbólico poder que nos prodigan los heraldos de la fantasía; brío sagrado que refleja en sus diarios, en esos cuadernos que en nada presagian esconder la encarnación del enigma de lo humano, y de hasta dónde se aventuran los sedosos perfiles de nuestra inteligencia. Leonardo es, ante todo, un ave nocturna, una diosa alada que sólo emprende el vuelo, como el búho de Minerva, si tiene como testigo la bóveda sideral, y prefiere el silencio y la quietud al estruendo y la crepitación que ofuscan el mundanal ruido. En el sosiego de la noche resuenan todos los himnos, y con él se perciben los eternos soliloquios de sagas incontables de planetas, constelaciones, cometas y galaxias, nómina de criaturas siderales que hablan mediante el mutismo. Caen todas las máscaras y subterfugios que triunfan de día, porque en la noctámbula inmensidad del orbe no hay lugar para la falsía del engaño y la torsión del fingimiento, y como prisionera en un abismo pavoroso, la pequeñez estremecedora de nuestro cosmos y de nuestro cuerpo contrasta con la

grandeza de la mente, cuya astucia descifra el críptico lenguaje que emiten las estrellas inmóviles en sus reinos inviolados.

Si los hombres y mujeres supieran lo que se gesta en esa alcoba de Florencia, inverosímil escenario de una proeza, y escalasen sus muros para cruzar el sereno umbral de su ventana, asistirían al espectáculo de la creatividad, de coadyuvar a que surja lo que todavía no es, de adelantarse al tiempo y anticipar el porvenir, de usurpar el fuego de las deidades, en un intrépido ejercicio de profanación mesiánica, para traer la clave lisonjera de la invención.

El milagro más canoro acontece allí, en esa discreta morada que se confunde con los demás edificios de la noble urbe florentina. Nada augura que en ella acaezca el drama más conmovedor que se representa sobre la herida faz de la Tierra: la lucha titánica del ser humano por transformar lo posible en real, y por propiciar que en la hermosa polifonía del mundo emerja lo que sólo parece encontrar espacio en esa magia metafísica que bruñe con delicadeza los sueños. Y de ese suave manantial fluye lo que Leonardo forja, al intentar que todo cuanto su entendimiento concibe adquiera, con la aquiescencia de su voluntad ungida, una plasmación material, bañada por las más diversas tonalidades de colores que disciernen nuestros ojos, ya sea el ornato turquesa, el lapislázuli o el escarlata, y al dibujar sutiles trazos, rectos y curvos, cóncavos y convexos, elípticos y helicoidales, que transmitan el casto ímpetu de la vida a lo que antes languidecía, inerte.

Leonardo es, después de todo, un espíritu vivificador, que despierta lo que yacía aletargado, el ser inanimado que subsistía huérfano de impulso propio, aun apto para transportar la savia sobreabundante que diseminan los vástagos de la vida. Sus cuadros y escritos revolotean aderezados con vida y amor, las raíces más firmes y elogiosas sobre las que se asientan los pináculos de su inspiración laureada por los cielos, cuya sustancia se alimenta de la riqueza ubérrima de sus experiencias más francas, colmadas y piadosas. Comunicar gentilmente la vida no constituye un privilegio exclusivo de los dioses, una pingüe prebenda reservada a seres empíreos, pues tratar de insuflar un hálito resucitador a las ideas y a las formas transparenta el motivo último que bautiza a Leonardo con aguas radicalmente humanas, más aún cuanto con mayor ahínco y determinación se propone captar en todo una chispa de belleza y un alma de significado; sí, del sentido que todo lo domina, y entrelaza las huestes del cielo y de la Tierra, y se manifiesta, esclarecedoramente, en ese celo obsequioso e inalterable que lo exhorta a no renunciar nunca a plantear las cuestiones más atrevidas, y a dirigirlas a los caliginosos confines del universo, aunque

quizás no exista una solución a los problemas incoados, y los únicos arcanos de la historia sean, en verdad, el arte y la ciencia, revestidos de una pujanza esotérica, cuya rúbrica centellea en enhiestas mareas de interpelaciones que no cesan...

En esa casa de Florencia, detrás de esa ventana y en ese escritorio, renace de noche la humanidad en cada página de un simple cuaderno. Y mientras otros duermen, pena, atribulado, flébil e insomne, alguien que se mantiene sumido en la más abrumadora y penitente de las impaciencias. Oprimido, jamás podría conciliar el sueño; tal es la tortura no indultada a la que se ve sometido este individuo, tal es la crueldad ignominiosa de un destino que, acosador, no le deja ni siquiera descansar, esa actividad tan psicosomática y cotidiana, tan fundamentada en las necesidades más elementales de todo el que es partícipe del regalo de la vida. Leonardo no puede recostarse sobre la tersura onírica de su lecho circunspecto, acuciado por tantos y tan apremiantes quehaceres, en medio de la fugacidad de su presencia sobre el sombrío lienzo de las adversidades terrenas, y expuesto a la amenaza constante de una muerte que no otorga tregua ni confiere armisticio.

Sus intereses son ilimitados. Él solo libra innumerables batallas. Su pasión desborda toda margen. Asaltan su espíritu todas las inquietudes del mundo. Se abalanzan sobre él todos los misterios que seducen la mente humana. Todo lo que contempla es infinito, ciego a la parcialidad. Una fuerza indoblegable absorbe y sojuzga su ser arrebatado y secuestra su beneplácito, ahora siervo de lo inalcanzable. No degusta el cáliz de la paz. Su inocencia enamora todo cielo. No respira las brisas de la satisfacción. Su alma carece de patria. Sus anhelos reniegan de todo hogar. Para él no queda instante que perder, todo es presura, pues cualquier minuto le brinda la posibilidad de penetrar, aún más hondamente, en las maravillas de la naturaleza, y lo que ha realizado es todavía inapreciable en comparación con las cúspides y areópagos que podría coronar. Es ésta su tragedia intransferible, pero dichosa expiación, sin duda, porque muchos querrían sufrir en sus carnes trémulas el dolor creador que conoce y ama en grado sumo.

NATURALEZA

¿Qué es esa perfección por cuya luz suspira el alma, sino el decoro de un sueño inmemorial, de una belleza ante la que se extasía todo ojo arrebatado? ¿Y acaso no despuntan hombres y mujeres que sueñan despiertos, seres que, rociados por la franqueza del amanecer, sueñan mientras actúan y actúan mientras sueñan? Sí, muchos de ellos hoy nos acompañan; otros han vivido ya, y el hechizo de su aurora brotará también en el futuro, porque así es el munificente género humano, mística estirpe nuestra, linaje al unísono angustioso, promisorio y arengador; prosapia, en definitiva, desconcertante, y no hay autoridad terrena capaz de modificar su aspiración irreformable a lo remoto y aún no sondeado, pues arrollador es el despliegue de esa pasión reverberante, inmarcesible y evocadora que no se cansa de esparcir hermosas semillas de alegría por las soledades del mundo.

Nunca cesa la humanidad de soñar. Algunos individuos no sueñan porque no pueden, o porque deliberadamente renuncian a esta dicha, pero siempre se alza, en algún recóndito lugar del óvalo frenético que hilvana nuestro planisferio, alguien que sueña desadormecido; alguien que sueña en provincias bañadas por el perspicuo mediodía, mientras la resplandeciente luz solar insufla energía a las plantas, para que florezcan, canoros, los pastos adhesionados y los sotos más amenos que glorifican, con sus vigorosos haces de exuberancia y bendición, esas extensiones esteparias cuya fastuosidad permea este vasto mundo, y se alimenten los inexhaustos y pintorescos animales, y fluya, con su liberalidad epifánica, la dulce savia de la vida, y no se marchiten las rosas escarlatas, con sus corolas de ondulantes pétalos, ni se amustien los crisantemos silvestres, ni envejezcan las orquídeas fosforescentes, ni se decoloren las purpúreas camelias tropicales... Sí, en este preciso instante, unos labios enmudecidos alientan sueños, solícitos y vertiginosos, y auspician que los coposos árboles de su entusiasmo se diseminen por llanuras abandonadas y valles lánguidos.

¡Qué emoción reflexionar sobre los sueños acurrucados en el alma, y palparlos como propios, los de uno y los ajenos! ¡Qué bello es creer que nunca desistiremos de un empeño tan sublime, de una obstinación tan hermosa y genuina...! La perfección que cristaliza en los sueños diurnos dimana de reconocer el incontenible ímpetu de lo que no está ahora, pero estará; remite a la docta esperanza en lo ausente, y en esa fuerza implacable propagada por la inventiva, cuyas irisaciones transfieren el noble fervor que enaltece el simbolismo de la vida.

Si no expandimos nuestro pensamiento más allá de lo que nos es dado, y no apuramos el cáliz de ese confuso enigma que rubrica el imperio de la fantasía, ¡qué vanos y monótonos serán nuestras albas y nuestros

ocasion, individuales y colectivos! Si al cabalgar por la rutina de cada día no ampliamos los confines de nuestro horizonte, no nos solidarizamos con situaciones distintas a las nuestras y, más aún, no soñamos con la claridad de una mañana nueva, ¡cuánto merecemos esa pesadumbre tan asfixiante ante todo agónico sinsentido!

Ningún pecado humano se parangona con el mal que rezuman las nubes entumecidas de una ceguera voluntaria. Sus ásperas vendas cubren nuestro rostro ante la voluptuosidad y el arrobamiento que destila una naturaleza siempre inagotable, mientras nuestros sueños yacen envueltos bajo una túnica agujereada que sólo tolera destellos intermitentes. Nos negamos entonces a contemplar el espectáculo que nos rodea, y rehusamos abordar el mundo con ojos filosóficos, deslumbrados por esos perennes misterios que enternecen imaginaciones despiadadas. Pero cuando sucumbimos a esta apatía tentadora, no somos acreedores de limosna alguna, ni de pena; y quien no se deja conquistar por las robustas huestes de la Tierra o encadenar a la sagrada belleza de los cielos no ha vivido jamás, sino que tan sólo ha protagonizado un duro caminar, un tránsito ya preestablecido. Ha perpetrado un crimen de lesa majestad contra el don de la existencia, pues ha cumplido un guion que otros han escrito, y ha replegado su ser ante la maravilla de todo crepúsculo y de todo día, del conocimiento y de la ignorancia, de la magnificencia y de la pequeñez, que siempre se exhiben juntas en éste, nuestro fugaz trayecto por las intrincadas sendas del hombre.

Sí, abrámonos ya al aroma que exhalan los siervos de la vida, y embriaguémonos con el oloroso tónico derramado por la naturaleza, y compartamos nuestros vasos y nuestras ánforas con todos aquéllos cuyos corazones alberguen sentimientos como los nuestros, y pisemos entre el hoy y el mañana, para gozar del presente y presagiar un futuro de ataujías doradas por tridentes angélicos... No aguardemos a que brille una luna llena y lustrada, o a que ocurra el augusto milagro que todos anhelan. Vivamos ya hoy como si fuera mañana: anticipemos la perfección en el aquí y en el ahora del mundo y de la historia. Concedámonos el lujo de ensimismarnos vibrantemente con la tierra, con el agua, con el aire y con el fuego, y de llevar nuestra estupefacción al inaprensible estadio del espíritu; a esa introspección, a ese recogimiento tan bello que asimila la estética laudatoria de la naturaleza, luz que no señala sino la cadencia poética ínsita a la vida, y la transforma en la serenísima meditación que embarga el alma, de envergadura, sí, infinita, pero nutrida de esa ardorosa finitud con cuyos mansos perfiles le obsequia el universo...

La perfección no nos resulta exógena, ni tampoco endógena, sino que es un afuera y un adentro, un volver sobre nosotros y un salir de nuestra intimidad inasible, para aventurarnos, intrépidos, resolutos, expeditivos, por la ruta aún no recorrida, y para escalar hasta la cúspide aún no coronada. La perfección no emerge espontáneamente: se forja, se construye en el fatigoso trabajar de cada día, y tanto hombres como animales, como plantas, como minerales, como elementos fundamentales que vertebran el orbe, labran cotidianamente, con valentía, tenacidad y reciedumbre, las vicisitudes del duro porvenir de todo cuanto es, en cada minuto, en cada segundo..., en cada ínfimo instante, en realidad.

La perfección equivale al sueño matutino, pero se alumbra ya hoy, porque la ensoñación es siempre presente, y en ese gimnástico ejercicio se compendia, sucinto y densificado, todo proyecto venidero. ¿Soportaríamos un mundo fenecido, sin creación destructora ni destrucción creadora? ¿Lograríamos subsistir colindantes con la eternidad? ¿Redimámonos mejor en nuestra perfección, aun pasajera, y seamos dioses en sus senos virginales! Pero también querríamos asumir, en sincronía, lo pasado y lo presente, para mantener, ajena a los voraces espectros de la mudanza, la bifurcación que escinde los contrarios, en una suspensión no extemporánea, sino mágica e indefinida, sin propiciar que nada surja ni perezca... ¡Oh vivísima e insoluble aporía que nos ahoga! ¡Oh dúplices y antinómicos polos de un binomio inabarcable! ¡Oh Escila y Caribdis sin visos de síntesis superadora, que nos somete a la tiranía de los opuestos antagónicos y concomitantes en los que no cabe reconciliación, ni dentro ni fuera de nuestra alma transmigrada, sino tan sólo la virulenta estampa de la más potente y dialéctica paradoja!

La perfección sólo se alcanza en la piedad de una mirada auténtica al solemne teatro de la naturaleza: observamos con los sentidos, que son finitos y mundanos, y manifestamos esa devoción resucitadora que habita en un enclave, hoy por hoy ignoto, de la morada del espíritu cuando expresamos un agradecimiento filial al cielo y a la tierra, en un alarde de eucaristía cósmica: ¡gracias, cielo y tierra, por cuanto nos flanquea! ¡Gracias, humanidad, por la historia que nos legas, y por el testigo que tomamos nosotros, corredores en la incesante maratón de la existencia!

Soñemos con un mañana compasivo, encaramados al púlpito de los deseos. Sólo así renovaremos nuestro presente, ensancharemos las alas del espíritu y romperá el amor la noche del egoísmo, como bellos y rumorosos riachuelos que osan erosionar la granítica solidez de las montañas. Debemos destronar la pujante dinastía de ilusiones que ha gobernado

nuestras almas durante tanto tiempo, para inaugurar un linaje que alboree con aún mayor suntuosidad.

Hermanos míos, ¿qué otra cosa hemos de hacer, sino buscar un corazón puro? ¿Qué nos importa si nos tachan de locos por verter lágrimas ante los grandes frutos del espíritu, de la bondad, del arte y de la ciencia, fieles reflejos de una epopeya que aún hoy prosigue, trasuntos de nuestra entrega a un fin inescrutable e ilimitado?

DÍA PRIMERO

Hoy he visto la perfección. No he tenido que alejarme mucho: me ha bastado otear el cielo cerúleo y despejado, y venerar la elegancia sobrepujada que desplegaba un ave de altos vuelos, cuya silueta de excelsa simetría se elevaba por encima del regio campanario de la catedral con una serenidad reveladora. Como ensimismada se hallaba mi alma por las formas tan sublimes que adoptaba esa criatura cuando emprendía una acción tan frecuente, y el batir de su aleteo me deleitaba con su musicalidad. Todo figuraba sincronizarse con delicadeza, como diseñado por un agente superior, provisto de una inteligencia embargada por los ecos de la excepcionalidad, capaz de articular elementos diferentes con un único propósito vertebrador: dar rienda suelta al movimiento.

¡Qué espectáculo he presenciado! ¡Qué alegría más dulce! ¡Qué júbilo tan bello! Absorto, mágicamente embebido, me he emocionado con vehemencia, y me he instalado en un sentimiento de fina complacencia, cuya obnubilación próvidamente suspendía la furia que en mí inflige el inexorable tránsito del tiempo. He posado el arrobamiento de mis ojos sobre el ave y sus plumíferas alas, y mientras ella surcaba las diáfanas alturas que envuelven Florencia, yo experimentaba un don eterno. Para muchos será incomprensible, porque todos estamos acostumbrados a divisar, a diario, el límpido vuelo de los pájaros, pero no he podido evitar congelar gratamente mi imaginación, y cautivarla con ese revoloteo específico. Parecía que todo mi deseo de indagar, que no cesa de expandirse y propende peligrosamente al inabordable infinito, como catapultado por un estímulo irrefrenable, se hubiese concentrado en ese vuelo en concreto. Pero sé tan poco... ¿Qué secreto esconde el vuelo de las aves? ¿Por qué ellas sí logran navegar por los cielos y nosotros, seres humanos, dotados de racionalidad y de voluntad, a quienes se supone que Dios ha situado como pináculo del vasto universo, no alcanzamos a ser sus dignos émulos? ¡Qué frágiles se nos antojan, pero en cuánto nos aventajan!

La naturaleza posee el ingenio más asombroso y aguzado que florece sobre la faz de la Tierra. Es pura creación, pura y abstemia invención, pura, frugal y reconfortante novedad. Todo en ella se planifica cuidadosamente para satisfacer una meta. Lo superfluo se disipa, como por arte de un rítmico y focalizado hechizo, pero sospecho que no germina como fruto maduro de un encantamiento, sino como cosecha de esa necesidad ínsita que rige la docta dinámica de la vida. Las máquinas deberían inspirarse en la desenvoltura de la naturaleza. Si ella lo ha

conseguido por sus propios medios, ¿por qué esforzarnos en producir el mismo efecto a través de mecanismos disímiles?

Descubramos, piadosos, los divinos chorros derramados por las tenaces rosas de la vida, y erijámoslos en nuestras musas fontales y esclarecedoras. Solicitémosle con humildad que nos instruya sobre cómo volar o canalizar el agua. Si le preguntamos, nos contestará. El análisis pausado, como el de los meticulosos aprendices que atienden devotamente a cada uno de los gestos irradiados por las suaves manos de su maestro, o el del alumno que examina detenidamente el método empleado por su profesor para resolver un determinado problema matemático, constituye la táctica infalible y privilegiada, la estrategia inequívoca para dilucidar el arcano de su éxito.

Perdemos demasiado tiempo inmersos en cavilaciones sobre lo imposible, sin reparar en lo posible, ya materializado por la naturaleza. Imitémosla para crecer como humanidad.

Naturaleza, dime la verdad, ¿por qué nada es en ti redundante o prescindible, y exhibes siempre esa decantación, astuta y lacónica, por una concisa, mas sustanciosa simplicidad? ¿Por qué de ti se ausenta el vicio de la reiteración, de los pleonasmos y de los palíndromos, esa espesa maraña deshilachada que enturbia la transparencia de nuestro lenguaje? ¿Por qué todo en ti se integra con perfección, y articuladamente coopera en la realización del fin que ambicionas? ¿Por qué te baña la hermosura de la lógica, y todo responde a una causa previa que explica el desenlace de tus epopeyas? ¿Por qué has elaborado tantas y tan variadas estructuras, vegetales, zoomórficas y minerales? ¿Por qué una beldad cuasi femenina brota de ti espontáneamente, sin que se requiera del brazo de un pintor, de la pericia de un escultor o de la delineación trazada por un calígrafo? ¿Por qué rebosas de belleza? ¿Por qué resplandece en ti la huella de una armonía y de una plenitud que me embriagan con la exuberancia de sus aromas? Pero ¿por qué conviven también en ti la más inmaculada de las armonías y la más estridente de las vorágines? ¿Por qué recorre también tus venas la sangre del caos, de la anarquía, de lo impredecible? ¿Por qué, en un mismo árbol, algunas hojas son mayores que otras? ¿Por qué te has diversificado en disposiciones tan profusas y admirables? ¿Por qué existes, naturaleza? ¿Eres callada o grandilocuente? ¡Oh firmamento estremecido de misterios, cuándo levantará mi espíritu la copa del saber auténtico!

Naturaleza, tú no nos hablas, ni te comunicas fluidamente con nosotros mediante verbos conjugables y epítetos declinables, por lo que te consideramos sumamente silenciosa, pero a través de la observación paulatina y sistemática de tus más insondables resortes detectamos un

idioma sutil, casi imperceptible, con cuyos sonidos aleccionadores nos confiesas subrepticamente el primor de una certeza, pues nos enseñas la clave de la vida, y entonces eres perspicua y elocuente ante nuestra alma de pobres mortales.

Yo te alabo, naturaleza, con un candor franco e incomparable, y espero no renunciar nunca a ensalzar tu magnificencia. Ya triunfes iluminada por la tersa y gentil luz que emite el día o yazgas eclipsada por la confusa oscuridad que difunden los vástagos de la noche, me incendia desafortadamente la estela de tu hermosura. Me subyugan las creaciones más deslumbrantes que generas. Me maravilla que multipliques, tan polifacéticamente, los dúctiles y evocadores contornos de la vida. Me seduce y embruja la arrebatadora energía que en ti late y centellea. ¡Dame belleza, mundo, dame belleza! ¡Ayúdame a amar, y no me despiertes del sueño de la juventud!

Quizás algún día comprenda por qué vuelan las aves, y quizás te entienda también a ti, naturaleza, y tus mímicas y palabras me resulten tan familiares como si fuéramos una pareja de enamorados, bañada con el agua del entusiasmo en sus tálamos nupciales. Estoy convencido de que el estudio riguroso y exhaustivo de esa sofisticación, de esas configuraciones magistralmente acompasadas que ostentan los seres cuyos ágiles y pulcros perfiles vagan por la arrebolada enormidad de nuestros cielos, y en quienes nada sucumbe al azar, me proporcionará la anhelada llave para desentrañar sus misivas más audaces. Se trata de una de las muchas incógnitas que todavía no hemos descifrado, y su espectro ronda constantemente por mi cabeza, sin permitirme descansar. ¡Ya tendré tiempo para relajarme si existe otra vida! Por ahora, sólo cabe marchar hacia un territorio virginal, guiados por la ilusión de discernir, aun en la distancia inabarcable, destellos que auguran belleza y vaticinan gozosos haces de conocimiento.

Siento algo profundo e imponderable. Vibra en mí un impulso indómito, un brío que exige encarecidamente una expresión, por la vía del arte o el juicio del amor.

Sí, estoy ávido, ebrio de algo difícilmente conceptualizable, porque desafía el poder de los vocablos. Y la hondura de mi desdicha nace de esta soledad que me fustiga con su indolencia, con su hiriente frialdad, cuna de las mayores aflicciones. Mi espíritu naufraga en una punzante agonía. ¿A quién le contaré, con sinceridad, que me he embelesado vigorosamente ante una mera acrobacia ornitológica? Me tomarán por loco. No me creerán. Nadie se extasía ante lo normal. ¡Pero para mí nada es rutinario, vacuo, predecible! Miro la colorida inmensidad que engalana la

naturaleza con las gotas de su rocío sapiencial y encuentro tantos fenómenos intrigantes, hermosos y complejos, íntimas lluvias de lo recóndito que por ahora esquivan, como nieblas elusivas y vaporosas, nuestra facultad de comprensión, que empiezo a pensar que nada obedece a lo ordinario...

Me enreda una tierna madeja de enigmas impenetrables que conquistan mi sosiego y enardecen mi fantasía. Es mi destino, y es también mi tragedia: que todo brille ante mis ojos con el aura y la corona de la extrañeza. ¡Oh luz eximia!, yo amo la vida, pues un solo instante de felicidad redime innumerables momentos de dolor. Y yo sólo pido bondad, inteligencia y belleza. Yo quiero llegar al fondo de la condición humana, y contemplar este milagro que no deja de fascinarme. Yo quiero ser hombre y dios al mismo tiempo.

¿Qué no descubrirá tu mente, Leonardo, cuando cae la noche, y es posible mirar serenamente a una luna pálida y almidonada, faro de tu pugnaz anhelo de belleza y antídoto contra toda sed de vanagloria? ¿Qué no habrás dejado escrito en tus notas anticipadoras de un futuro aún lejano, en tus inspiradoras disquisiciones o en tus dibujos pluscuamperfectos? ¿No eres tú el que se imbuye de esa fecunda armonía que entrelaza cielos y tierras? ¡Haznos partícipes de tu genio! ¡Insufla en nuestra alma los suntuosos hábitos de tu curiosidad inmarcesible, para abrazar efusivamente las revelaciones de la razón humana! ¡Inúndanos con tus voces de piedad! ¡Concédenos contemplar contigo, encaramados a la delicada blancura de tus alas victoriosas, lo que ven tus ojos imbatibles, y pensar con tus ideas, y percibir los vivaces colores de tu entusiasmo! Sí, grandes ojos enrojecidos por pasiones vedadas, con sus párpados, esclerótica, iris y retina, con su incesante pestañear, capaz de sugerir gestos crispados o ademanes risueños; aberturas oculares que, en Leonardo, vislumbran un convulso mundo cuyas maravillas nos desbordan ilimitadamente.

Queremos erigirnos en tus discípulos, y que tú, como buen maestro, enseñes a tus epígonos el secreto de la vida, el porqué de ese brillo argénteo que emiten las cuantiosas estrellas azogadas y las íntimas misivas de esa luz virginal que despliega el iridiscente sol leonado cuyos copiosos rayos nos enceguecen .

Todos ansiamos explorar este seductor universo, y cruel fatalidad la que reserva los hitos del intelecto a una pequeña porción de la raza humana. Pero así son las cosas, y mientras unos investigan, otros conquistan nuestro sustento y labran azorosamente la tierra. Inauguran también un escenario genuino, pues todo en la vida rubrica inenarrables espacios de desvelamiento: cada nuevo día, cada remozada experiencia, cada persona que conocemos, cada vocablo que pronunciamos, cada amor que reposa gozosamente en nuestra alma.

Leonardo dilucida la disipada magia del Sol y de la Luna, las sublimes proporciones que vertebran los cuerpos con esmero, pero cualquier humilde campesino desenmascara el sufrimiento que entraña la vida, el sigilo de unos llantos que surcan rostros despojados de promesas, la tristeza latente en pechos flagelados por la indolencia de la vida, y muestra que cabe encontrar rescoldos de alegría aun en medio del voraz dolor que nos circunda. Ambos, el genio más laureado y el espíritu anónimo torturado por el rastro ominoso del olvido, encaran la misma encrucijada, y se encaminan conjuntamente hacia la muerte, ante un horizonte bruñido por la sagrada luz de lo inesperado.

Morar en el árbol de la vida, arrojados a las soledades del mundo, nos obliga a situarnos en ramas distintas. Algunos han sido agraciados con un talento extraordinario para esparcir el fulgor de las artes y la llama de las ciencias, y se fascinan con los destellos irradiados por el ópalo que compone el vasto mosaico de una naturaleza teselada de astros y cometas erguidos en inmensidades retadoras, como gráciles anillos dorados en la bóveda sideral. Conducen el áureo séquito del entendimiento por senderos repechados y pendientes empinadas que no habían sido recorridas previamente. Su proeza nos enorgullece a todos, porque sujetos diversos e inalienables somos, sí, pero vástagos de una común especie, retoños de una misma familia que fertiliza esta tierra con su pléyade de sueños, y en nosotros ha de acontecer la concordia suprema de los sentimientos, la unificación de las voluntades y la comunión de las inteligencias, en el más eximio de los himeneos y en el docto espejo de los connubios celestiales.

Todos esclarecen un misterio encomiástico en estos enclaves salpicados de verdores indelebles, pues cada persona, cada hombre y cada mujer, encarna un vibrante enigma por resolver, mayor aún que la incógnita cristalizada en el Sol y encapsulada en las estrellas. ¡Hermanos!, en nosotros recae una responsabilidad, inderogable y congénita, arrastrada desde tiempos inmemoriales transidos de aflicción y angustia: el deber de apreciar un valor inconmensurable en cada uno de los arcanos inexhaustos que epitomiza todo hombre, genio o no.

El hallazgo más sobresaliente estribaría en identificar el significado más profundo pincelado en los lienzos de la vida, y ni Leonardo lo ha logrado, por lo que todos hemos sido igualados por la resonante e impenetrable lógica del sinsentido. Por ello somos, al unísono, profetas para un linaje resarcido de sus rencores pasados, alma que suspira por escuchar palabras nuevas cuya fuerza nos exalte hasta flamantes cielos e imaginaciones desahuciadas. Cada individuo porta en sí mismo un capítulo inédito en ese voluminoso libro que todos estamos llamados a leer confiada y fraternalmente, para interiorizar sus finos retratos psicológicos y sus hondas perspectivas, mientras peregrinan nuestras ilusiones por las esquivas sendas de la existencia.

De la historia, de ese palimpsesto colmado de celosos deseos en los que constantemente naufraga el corazón del hombre, no han de brotar tentadoras incitaciones a acumular, en una singularidad privativa y en un frenesí acaparador, los más ledos cánticos y los más encandiladores pináculos que ornamentan el espíritu, sino que la copa de cuya frescura bebe gratamente nuestra estirpe ha de rebosar de límpidas exhortaciones a expandir las energías de la humanidad entera.

Brindemos ternura, exhalemos consuelo, desprendamos paz desde el púlpito que entroniza nuestros labios furtivos. Nos poseerá entonces el aroma de la felicidad, el pléroma de la satisfacción, bendecido por el rumor sedoso de pétalos de rosa que se precipitan suavemente sobre suelos puros y ajardinados.

Convirtámonos en mansas hieródulas, en siervas abnegadas de lo insondable y hechizante, de cuyos pechos beatíficos mane el santo rocío de la vida y se derrame el lácteo cáliz del amor, la jugosa ambrosía de la belleza, el dulce y oloroso néctar de la sabiduría. Entreguémonos, hijos de intensos arrebatos redimidos por ambiciones nobles, a ese cálido haz de fervor que nos invita a presagiar, infatigablemente, el espléndido paraíso que teje el cosmos de la creatividad auténtica, mientras melodías de ecos angelicales nos musitan verbos saciados de una fe nueva, y el corazón que late en nuestro seno trémulo acoge propósitos inalterables, llenos de una magnanimidad que sólo despertaría las lágrimas más sinceras. Así nos fusionaremos, en una hierogamia vivificadora anegada de éxtasis y ardorosa juventud, con la divina e inescrutable aspiración del hombre a coronar cúspides recónditas y siempre inasibles; porque quizás la fuente prístina de nuestro destino entibe en embarcarnos en una búsqueda perpetua, en una apertura infinita, en un embrujo inagotable...

DÍA SEGUNDO

“La Tierra no es el centro del círculo del Sol ni del círculo del universo”. Reparé en esta evidencia la pasada noche, y de modo fortuito. En ese instante reflexionaba sobre el demorado alcance de nuestras migrantes ilusiones, porque había experimentado en mis propias carnes, adormecido bajo el amparo de un cálido sueño, la ficción de que mi cuerpo y mi alma surcaban la cúpula del cielo en las ágiles naves fletadas por el más grato de los aplomos. Tan prendido me hallaba de la trémula belleza del vuelo de los pájaros que hasta imaginaba, cándido y osado, que en un futuro no muy remoto yo mismo lograría construir una máquina capaz de elevarme a esas alturas que me hechizan insondablemente. Semejante artefacto me concedería divisar, como a un ángel arrobado en dulces llamaradas de éxtasis puros, la dorada hermosura que sacraliza Florencia. Un mecanismo a imitación del aleteo de las aves compondría mi artilugio, pero tan sólo se trataba de una ensoñación, y apenas he despertado, he tomado conciencia, no sin entristecerme, de la distancia abisal que aún me separa de un diseño verdaderamente operativo, apto para coronar las cimas de ese tierno milagro.

Lo cierto es que percatarme de esta carencia me ha permitido advertir que vivimos sumidos en el desconcierto, en la fantasía inoculada por esa engañosa esfera que proyectan los indóciles espejismos del hombre. Albergo la convicción de que cuantos me rodean habitan en un estado de alucinación, en una especie de agria caverna oscura que les impide captar la luz radiante y convulsiva de los cielos. Proclaman que el sol, el regio astro que nos ilumina y propicia, benéfico, que las plantas crezcan y los humanos admiremos el brioso colorido que olea la naturaleza, gira alrededor de la Tierra. Y me llamarán insensato, o incluso arrogante, si lo niego, porque no gozo de la áurea autoridad que bendice a Aristóteles o a Claudio Tolomeo. Es verdad que en poco merezco compararme yo a esos hombres ilustres, y a tantos otros que en la Antigüedad han conducido la ciencia y la filosofía hasta metas casi insuperables. No obstante, he ahí con qué fulgor resplandece la sagrada naturaleza... El mundo se yergue ante nosotros, a la vista primorosa de todos. No necesito leer los perdurables libros y opúsculos atribuidos al Estagirita: he de contemplar humildemente la naturaleza, e incoar un diálogo sincero y apasionado con su ser. Sólo sus pujantes huestes accederán a responderme, pues ni el más sapiente y agudo de los hombres se ha familiarizado nunca con la totalidad de sus secretos inmortales. Y he pensado que quizás no fuera el Sol el que rondase agitadamente en torno a la Tierra, sino que la Tierra rotara,

orbicularmente, en torno a un sol inmóvil, enclavado en el evocador centro del universo.

Sin embargo, ¿cómo entender que no sentimos ese movimiento? No percibimos la hipotética alteración de la Tierra. Nos parece incólume, impertérrita, inexorablemente intacta en su posicionamiento actual. Si la Tierra diese vueltas, lo notaríamos de alguna manera. Nos afectaría a nosotros por igual, pero nuestros pies perseveran firmemente anclados en el suelo, tanto como las raíces que vivifican los árboles o los cimientos que sustentan los edificios. Ese colosal viraje terráqueo no les causa perturbación alguna. ¿No se deberá a que probablemente subsista algún tipo de fuerza misteriosa cuyo vigor intangible atraiga todos los objetos hacia la superficie terrestre, con tal intensidad que ni siquiera la oscilación de un astro dotado del ingente tamaño de la Tierra consiga conmoverlos?

No lo sé. Ignoro tantas cosas que esta incógnita por despejar únicamente simboliza una gota minúscula inmersa en el inagotable océano de mi desconocimiento de la anhelada verdad sobre el mundo, cuya extensión no vislumbra orillas. A pesar de este destino reprobatorio y hostil a mis ambiciones más profundas, bien pudiera ser que el Sol permaneciese inmutable en el centro del universo, y la Tierra se desplazara anualmente a su alrededor. Así se justificarían las variaciones concitadas por la fluctuación de las estaciones.

Para explicar las diferencias tan palmarias que se establecen entre la noche y el día, creo preciso suponer que la Tierra también revoluciona en torno a sí misma. Esta conjetura no debe antojársenos demasiado extraña, pues constituye una posibilidad fehaciente que la ciencia legada por los clásicos ya había barajado, con asombrosa lucidez, hace muchos siglos.

Pero si la Tierra no es el centro del universo, ¿qué somos nosotros? ¿Por qué habríamos de alzarnos en los márgenes de un cosmos inmenso y silente? ¿Qué peculiar razón, qué exótico e inescrutable interés habría inspirado al Dios omnipotente y a sus dedos todopoderosos a situarnos en las imponderables lindes del firmamento, y no en el corazón mayestático cuya venerada sangre tonifica la bóveda celeste? ¿Qué nos envolvería entonces, sino una masa sideral y ciclópea, en cuyas espantosas vastedades ocuparíamos un lugar ínfimo, reflejo de nuestra insignificancia, como hijos pródigos de este planeta repleto de mundos extintos y de civilizaciones brillantes que aún hoy rememoran la grandeza marchita del hombre? Pero ¿posee acaso fronteras el espacio? ¿No es infinito el

volumen que integra el universo? ¿No nos asemejamos a una simple alícuota diluida en la gigantesca y atronadora cascada de la naturaleza?

Suelen decir que de nada sirve aspirar a subvertir el mundo si no albergamos una voluntad paralela de transformarnos a nosotros mismos, pero lo cierto es que se trata de dos momentos simultáneos. No se produce el uno sin el otro en el corazón del hombre. Se necesitan mutuamente, porque si lo grande no despunta sin lo pequeño, y sólo advertimos lo diminuto si lo parangonamos con lo gigantesco y fragoroso, de idéntica manera, el universo no emerge sin nosotros y nosotros no amanecemos sin el universo, y ni él nos antecede ni nosotros lo precedemos, pues somos el mundo, en algún sentido, y el mundo reverbera también en nosotros...

Cambiarnos es modificar ya el sublime espacio que nos envuelve, y en el proceso de transmutarlo, nos metamorfoseamos insospechadamente a nosotros mismos. Y es aquí donde se integran los contrarios temblorosos, y donde las punzantes e invictas contradicciones que anegan la ciencia y encharcan el espíritu claman por una solución definitiva, inconfesada, por la suprema coincidencia de los opuestos. Comprenderemos que en todo cuanto somos y realizamos comparece esta enormidad de estrellas y de cometas cuyo errátil fulgor nos ilumina, que es como es por lo que somos y por lo que forjamos, y sin ser ni hacer no habría mundo, y el mundo no sería tal cosa sin nosotros, ni nosotros seríamos lo que somos sin el mágico y florido mundo... Y no nos engañemos, no creamos que el umbrío e inmenso orbe germinó antes que nosotros, y aun sin que subsistiéramos, imperaba ya una suntuosa bóveda celestial, ya se alzaban las alturas y ya prosperaba la tierra, porque esos astros preexistentes llevaban en sí la posibilidad heroica de nuestra presencia, y atesoraban una poderosa semilla que apuntaba, decidida e irrevocablemente, hacia nosotros, como el dardo flechado que se enclava, con mística perfección, en los severos dominios de la diana estática. Ya hemos surgido, ya baña nuestros ojos el universo con el rocío de su hermosura, y esta eclosión de vida goza de irreversibilidad, por lo que pertenecemos gloriosamente a la entraña misma del cosmos.

Reformemos, sí, el mundo o a nosotros mismos, pero comprometámonos con la corona de un desafío, y estoy convencido de que así obrará el infatigable fervor del hombre, porque nadie puede permanecer callado ante la colorida polifonía que nos circunda en el reino del ayer y del mañana.

Convirtámonos en artistas de nuestra libertad, y edifiquemos una ciudad tras cuyos majestuosos pórticos refulja, en el impenetrable espejo de la valentía, ese infinito en potencia que todos custodiamos en nuestra intimidad más recóndita...

La cultura no sacia el anhelo de felicidad del ser humano, pero con la mirada tendida hacia un cielo puro surcado por alados querubines, escrutemos los vastos y valerosos misterios de la realidad, investidos de un esplendor que no cesa, y ansiemos que nuestras manos acaricien las tersas hojas del árbol de la verdad plena. Pero jamás olvidemos que la meta perentoria del saber radica en aliviar el sufrimiento, sea el agrio dolor que macula nuestros cuerpos o la lacerante desdicha que inunda nuestras almas; sea en la mejora de las condiciones materiales de la vida o en la exhalación de un tenue hálito de esperanza, brisa inmaculada que nos permita soñar con una humanidad finalmente unida.

Busquemos la sabiduría, la belleza y el amor, las nobles cimas de Atenas, del Renacimiento y del romanticismo: no tres determinaciones sucesivas de un espíritu que únicamente satisface sus propias y desbocadas apetencias, sino un triángulo equilátero de insondable, grácil y tornasolada limpidez. Este tridente angélico no se somete a la fría razón desconsolada, contra cuyas embestidas se rebelara el poeta en su elegía más insigne: remite a lo universal, y nos suspende en los predios intemporales del éxtasis, del placer indescriptible, capaz de emanciparnos de las garras de toda gélida mismidad. No brilla sabiduría sin la inextinguible luz del sabio, ni belleza sin la huella perspicua y concomitante que graban los dedos de su autor, ni amor sin su personificación en la maravilla evocadora de un rostro, de una *vera effigies*. La razón no entiende de nombres o adjetivos: la sabiduría, la belleza y el amor nos redimen de nuestra angostura, y sanan toda faz crispada por los oscuros haces del rencor, pero ese dulce rescate nunca se desvincula por completo de un semblante, de una humanidad, de un individuo. La ciencia sepulta al científico en la gris inexorabilidad que tiñe sus fórmulas y en la inapelable rigidez de sus leyes; la sabiduría, la belleza y el amor reviven a sus artífices en los verdes prados de la creatividad y en la clara aurora de la reminiscencia. En ellas se descubre lo infinito en lo finito, lo absoluto en lo condicionado, la vida aun en la muerte...

¡Ciencia, sutil ciencia, eximia ciencia...! Descifras los arcanos del firmamento, pero a mí no conoces...

La ciencia...: ¿qué nos enseña la ciencia? ¿Acaso nos insufla el verdadero espíritu de la vida?

DÍA TERCERO

“La necesidad es la señora y guía de la naturaleza”. Lucrecio Caro se percató con lucidez de esta evidencia en De Rerum Natura. Las cosas acaecen ineluctablemente, como si unas leyes ocultas, no estipuladas en tablas y libros, dirigiesen, con precisión lacónica, sus versátiles movimientos. La trayectoria que describe una piedra lanzada a un estanque no permanece cautiva del azar, sino que exhibe siempre la forma de una parábola. El itinerario que define la gestación del ser humano atraviesa unas etapas concretas, admirablemente trazadas por una especie de mano sabia y sofisticada. El tenaz crecimiento las hojas, la lluvia pura y reparadora de los sutiles rocíos del amanecer, cómo el agua zarca, con su fuerza atronadora, erosiona y moldea los frondosos valles y las arriscadas montañas para obsequiarnos con un cúmulo de fastuosas maravillas...; toda esa miscelánea de fenómenos que exalta furiosamente la naturaleza ocurre en virtud de una necesidad apodíctica.

La naturaleza sirve a una inexorabilidad previa que marca irrefrenablemente su destino. Endeble es el argumento a favor de la oscilante y provisoria contingencia. Lo que juzgamos aleatorio responde, en realidad, a esa estabilidad críptica, a esa armonía sublime que dimana de las inapelables fuentes del destino, aunque por el momento desconozcamos su mecanismo exacto. Persiste un designio eterno e insoslayable que subyace a los indómitos procesos de la naturaleza. Sin él, la variedad tan poliédrica, la hermosura inconmensurable de elementos diferenciales y de seres proliferantes que pueblan la Tierra y por doquier distribuyen el gustoso vino de la vida, no serían factibles. Pero ¿por qué todo obedece a esta necesidad y no a otra? ¿Por qué todo funciona como lo hace? ¿Por qué la naturaleza es como es y disemina los sagrados rayos de su luz desde focos pertinaces?

Todo acontece de un modo determinado, cuasi axiomático e irrefutable, pero me siento capaz de imaginar mundos y meta-mundos alternativos, donde todo sucediese de acuerdo con disposiciones diversas. Regiría otro tipo de ordenamiento, y asistiríamos quizás a otra clase de cosmos. ¿Y si se alzaran otros universos, donde prevaleciesen promulgaciones disímiles? ¿Y si los códigos que gobiernan nuestra creación tan sólo constituyeran un mero conjunto de dictados posibles, mas no el único? Autoridades inescrutables le permiten a mi mente concebir legislaciones distintas y rebatibles, pero nunca desvelaré si es sólo la intrepidez de mi intelecto la que abriga, con sincera audacia, esa opción tan arcana, o si en verdad subsiste una prolijidad inasible que

entrelaza mundos y meta-mundos, organizados sobre las misteriosas bases de otro sistema de reglamentaciones.

¡Oh necesidad de mi mundo! No sé si eres tan ineludible como conjeturamos, ni si lograría imponerse otra que te derogase y suplantara, para así modificar el decurso de todo cuanto comparece en este abrumador espacio que gemina infatigables permutaciones de ciclos rotatorios. En cualquier caso, nada me garantiza que, de entronizarse otra potestad sobre la oscuridad pujante que cubre las opacas bóvedas del firmamento, pudiese yo existir, y alumbrar en la amena calidez de mi espíritu un modelo divergente al del orbe conocido. Si no fuera por la fatalidad que ahora nos controla, propiciatoria de que todo sea como palpablemente es, no estaría yo aquí, y ni siquiera me plantearía la osada hipótesis de que imperaran otras leyes, otro elenco de necesidades preponderantes que fertilizaran escenarios dispares.

¡Cómo desearíamos vivir junto a un manantial paradisíaco, de cuya belleza inescrutable borboritara fieramente la más pura y destilada de las aguas que paladean los azorados labios de los hombres; de esos copiosos surtidores que al deslizarse, ágiles y livianos, por los melifluos cauces fluviales, desprenden destellos cristalinos que parpadean con finura, y circulan con un sigilo hegemónico a través de la neblina matutina, para asperjarnos, retoños de amabilidad, con la mojadura de sus chispeantes gotas y componer al unísono una sinfonía celestial! Sentados al borde del bucólico arroyo que declamaron las églogas pastoriles, y fulminantemente transfigurados por un grato sopor que nos reconstituyese desde sus púlpitos de paz y amor, experimentaríamos los arcanos senderos del tiempo, acompañados por las afables aguas lustrales que inopinadamente surgen de las entrañas de la naturaleza, mientras cavilaríamos sobre cómo lo inerte deviene en vida... ¡Oh vida! ¡Oh alma incognoscible! Y la mística nos conduciría hasta el crepúsculo, y la Luna irradiaría los santos haces de su luz hacia el hontanar altivo, que no descansaría, no se sumiría en las monótonas provincias de la abulia, el tedio y la pereza, pues no cesaría de propagar el elegante ímpetu perfilado en el embrujo de sus chorros ascéticos...: en la naturaleza no hay, como en el arte, lugar para las tenaces simetrías del reposo. Y el canto de unos pájaros que gorjean verbos de terciopelo...; pero ante la hermosura de este acuático madrigal poco pueden sorprendernos las alígeras aves que navegan por sus cielos pudorosos, porque ellas emiten sonidos ornitológicos usurpados por la indolencia del viento. El agua, en cambio, disfruta de su propio medio de transmisión acústica, que nos sumerge en el maravilloso mundo de lo profundo, de lo que concita tal hondura que sólo lo toleramos escasos minutos o, de lo contrario, nos vemos desbordados, y sucumbimos, y nos ahogamos, y el primor de la vida nos abandona trágicamente.

¡Qué espectáculo definen el agua, y la Luna, y el bosque bañado por el alma de la condescendencia!, cuando parece que el cosmos se ha detenido, y por fin se relaja nuestro espíritu, distendidos en la tersura de nuestra soledad más íntima y desasidos de toda inquietud, pero en el plácido aislamiento de quien se siente orquestado por una cohorte que acompaña a geniales concertistas y a intérpretes eximios, cuyos talentos añaden intensidad, solicitud e incluso impostergable dramatismo a esa singular, a esa personalísima situación, bendecida por el pujante aroma de lo insondable bajo cálidas pérgolas cromadas de misterio. ¡Qué gloria se desataría en la Tierra y en los fragantes cielos, ebrios de aspiraciones nuevas, si gozásemos de la aquiescencia consagratoria de los benévolos dioses que gobiernan unos pénsiles jardines de efluvios olorosos, embelesados con la presencia de la sílfides y de las amazonas, y exaltados por la concomitancia de flores de campánula, azahar, nácar y heliotropo, de

ramosos enebros, pedunculados jazmines y sándalos peciolados! ¡Con qué amenidad, holgura y mansedumbre vagaría nuestra alma por los paraísos de la verdad última si meditásemos sin término junto a carpas de escamas doradas que juguetearan en los sosegados lechos de estanques diáfanos, entre nenúfares sabiamente diseminados por una medida y una suficiencia que sólo ligeras ondulaciones espumosas osarían perturbar con sus tenues embistes cadenciosos, mientras estas rítmicas criaturas serenarían la indocilidad de sus cuerpos con los guijarros lisos que nutren sus fondos, áureos y transparentes como estrellas en la noche!

Inmaculada agua del manantial, bosque luminoso y feérico que languidece en lo nocturno, hechizo imantado por la sonoridad que derraman un ledo ruiseñor, un mirlo canoro y los silbos amorosos del poeta...; ya no prevalece ese silencio eterno teñido de espacios infinitos que a más de uno aterraba: sólo subsiste la musicalidad perenne e incorruptible de la naturaleza, y nosotros somos la nota que proyecta tan deleitosa melodía a un inédito y nunca escenificado movimiento.

Nos traspasaría entonces el claror seráfico donado por un reflejo de esa agua bella, límpida y resplandeciente, cuya luz panóptica saciaría nuestra mirada, ojos transidos de inocencia que, al contemplar cómo el céfiro espiritual balancea, suave y seductoramente, las minúsculas olas crestadas que despliegan las linfas del riachuelo, imaginarían fantásticos mundos, mágicas montañas, bibliotecas infinitas, libros omniscientes y sociedades hermanadas. A partir de la ternura angelical de un rayo excelso y cegador, concebirían nuestras almas universos eternos y mesiánicos, y se entregarían al éxtasis más vívido que llega a anidar en el corazón del hombre, como cuando yacemos al amparo fervoroso de los atardeceres granadinos que divisan La Alhambra. Del mistagógico vaivén que exhiben los embates de sus mecidas corrientes diminutas, emergería así un icono fascinante, el retorno a la génesis ansiada, el perfecto sosiego, la rememorada arcadia de nuestras pasiones predilectas y de la recóndita y deslumbrante armonía, y nos refugiaríamos en esa paz invicta, en el regazo acogedor esparcido por esa persistente, delicada y queda hermosura, tridente que paraliza toda acción... Pero nos aprisionarían sentimientos diametralmente enfrentados, las antípodas de nuestra conciencia irredenta, porque nuestros corazones buscan desafiar esa quietud imposible, ese insistente equilibrio homeostático que abate y circuncida nuestras menguadas ilusiones, esa mítica simplicidad que vincula nuestro espíritu a inhóspitas cadenas de inexorables arquetipos platónicos. Pues ¿no anhelamos ascender la escala de la aventura y de la beatífica discordia, donde los seres no regresan a un origen elusivo, sino que avanzan fielmente

hacia una meta inspiradora, dulcificada por la fuerza inusitada de la esperanza?

DÍA CUARTO

Agua de vida, ¡oh vida!, me atrevo a decir, porque tú desprendes vida, y te revelas como principio luminoso e irradiación magnificada de vida; fuente portentosa de cuyas corrientes borbotan creación y variación, bañada con el incontenible primor de una estética inescrutable. ¡Cuánto te debemos y qué poco sabemos de ti! Calmas abnegadamente nuestra sed y conformas con esmero nuestra carne. Nutres eficazmente los ríos que horadan montañas circumspectas, ceñidas por laderas agudas y tupidos bosques que flanquean tus cauces sinuosos. Diestramente esculpes esbeltos enclaves paisajísticos que luego admira el espíritu de nuestro desvelo. En ti confluyen, comprensivamente, lo sencillo y lo complejo. Simple en apariencia, porque te nos manifiestas sin cromatismo, sin sabor e inerme a toda denodada tentativa de olfacción. Y, sin embargo, eres tan versátil... ¿Qué sería de la vida sin el agua? ¿Por qué sólo la encontramos en la Tierra? ¿Existirá también en otros cuerpos celestes, o será exclusiva de nuestro planeta?

¿De qué estás hecha, agua mía? ¿Qué te confiere, divina linfa emanada de paraísos remotos, ese poder inaudito para generar a tu alrededor el sagrado pálpito de la vida, y encandilarnos con esta desmesura de impresiones que suscitan tus vástagos, cuyo resplandor áureo bruñe los cielos con los presagios de paz pura que espejean en su azul de matices delicados?

Observemos las olas que conmueven el océano. Su vaivén es tenaz, y sacuden las costas con las atronadoras ráfagas de su fuerza indómita. Mas la espuma que exhala su fiereza rebosa de destellos multicolores y efusivos. ¿Del devenir, la hermosura? ¿De la brusca colisión, la gloria? ¿De la violencia, la quietud y la creatividad? ¿Del sufrimiento, la novedad y la alegría? ¡Alma secuestrada en el abismo de la ignorancia!, ¿cuándo descubrirás, entre nobles ideas y altivas ciudades, que sin dolor no hay belleza?

¡Oh naturaleza!, me desbordan tus elementos, y tus composiciones, y tu policromía, y tus sigilosos pensamientos, y tus agradables bendiciones: ¡la vívida armonía de tu rostro! Tu elegancia alimenta mi entendimiento y enriquece mis fantasías, mientras alaban mis ojos la suavidad de tus ademanes, los gestos de ese cisne que mora y se desplaza por tu seno immaculado, y cuya estela ceremoniosa embellece las aguas que solemnemente surca. Cuando te venero, respiro verdad, y ¡con qué ternura vibra mi espíritu al son del arpa piadosa de tus encantos universales,

ofrendas de manos sidéreas! ¡Oh rosa jamás marchita, deleita mis sentidos, estremece mi imaginación y vivifica mis sueños más recónditos! ¿No escribirían las profundidades de mi alma un poema, una oda, un himno inagotable a cada forma de vida, primicia y deseo que brotase sobre la faz de este mundo herido?

Poseo una sensibilidad asaeteada de anhelos, fúlgidos u oscuros, y poblada de prodigios invisibles que se expanden incansablemente en todas aquellas direcciones capaces de absorber los impulsos de un corazón sincero. Habita en mí una mente ansiosa de conocimiento, y mi entero ser ha de plegarse ante la virginal y evocadora vastedad que permea el cosmos con su voraz hálito de misterio. En su contemplación entiba el hontanar de mi destino, y mi crispada voz hoy clama por una vida nueva. ¡Oh santa y sublime belleza, sólo tú me comprendes...!

Se alza un bien potencialmente infinito: el conocimiento. Ninguna vida, por dilatada que fuera, nos bastaría para deshojar el ardoroso saber que aún hemos de adquirir, mientras colosos de fascinación y misterio nos aguardan en cada recodo de esta senda esquivada.

Por tanto, no nos desanimemos, y no nos dejemos conquistar por ese pesimismo que nos desincentiva, por esa apatía que nos acecha en cada esquina de la existencia. No toleremos que el sentimiento de hartazgo se adueñe de nosotros y confisque nuestro ímpetu, o que la acedia disuasiva nos anonade. No debe apropiarse de nosotros la áspera desidia ante la vida, cuando aún no hemos descubierto todo lo que nos ofrece como humanidad.

Inauguremos, por el contrario, los cimientos de una torre que nunca concluya, cuya altura se eleve hasta los mistagógicos dominios del cielo, bellos, insondables, inspiradores... Acariciemos las ideas imperecederas que hemos alumbrado en el fatigoso caminar de la historia, faros que remiten a la eternidad, aunque surjan en nuestras mentes fugitivas, en esas minúsculas porciones y briznas presurosas disipadas en el vasto firmamento, estancias que esconden, sin embargo, una fuerza ciclópea, faraónica, penetrante en el alanceado corazón del cosmos; admirable vigor que nos permite soñar en prados indefinidos y virginales. Y yace aquí nuestro mayor don, porque ignoramos si el espacio sueña, pero lo cierto es que nosotros sí expandimos el territorio de lo imaginable, y albergamos conciencia, y como irredentos peregrinos ponderamos el significado de nuestras acciones, y no nos conformamos con nacer y morir, y con servir a la encarnizada batalla que libra la naturaleza, sino que aspiramos a ganarnos el pan con nuestro sudor, con nuestra introspección y nuestro sufrimiento, para así merecer cabalmente pisar los sinuosos senderos de la Tierra, y degustar la gracia evocadora que desprende esta existencia premiosa e intransferible, envuelta en densas franjas de sigilo.

Mas ¿qué esperanza, y qué esperar de la vida, si no es el brío que exhala la solidaridad y otorga el entendimiento?

Pensemos sin miedo y sin impaciencia. Ante nosotros resplandece una estela luminosa de milenios, y no brilla tarea más noble que la de ejercitar nuestra inteligencia. Así que meditemos sin término, e inhalaremos fragancias venturosas en la impavidez de nuestro pensamiento, pues la felicidad no depende del contenido específico y transeúnte que genere nuestra razón, de que éste consista en un concepto pródigo cuyo soplo infunda optimismo e insufla alegres bocanadas de esperanza, sino que es subsidiaria del hecho mismo de estimular el intelecto, de la inagotable maravilla que supone activar toda esa energía capitalizada por

nuestro espíritu; gesta que nos distingue de los demás seres que nutren con su esfuerzo estas inmensidades siderales, e hito que nos capacita para custodiar toda la grandeza del universo en el frágil seno de nuestra alma...

No palpitan los latidos de un consuelo auténtico fuera del pensamiento, e incluso la luz inmutable del amor rubrica también los destellos de una cavilación intensa y denodada, porque se expresa con palabras, sonoras o silenciosas, expuestas al fervor del otro o reservadas a la intimidad reconfortante del yo, pero pensamientos al fin y al cabo... Y como tales, nos dignifican y condecoran, sean negativos o positivos, y ¡ojalá fueran todos buenos, si algún día llegáramos a comprender qué son el bien y el mal, y si ambos hallan sentido fuera de esa arcana constelación que construimos en las oscuras debilidades de nuestro cerebro!... Pero atinada o erróneamente, entreguémonos a ensanchar los confines de nuestro pensamiento. Y nunca se cansará Leonardo de recordarnos, con su ejemplo eximio, que en la vida hemos de pensar en lo profundo y en lo pasajero, hijos de aplomo y vástagos de valentía, pues esta epopeya nos une y enaltece como humanidad desde sus lazos de límpida coherencia. Todos los miembros de esta familia atesoran la facultad mística, inescrutable, de franquear las fronteras de lo perceptible impulsados por las hermosas alas de la reflexión. Y debemos convencernos de que un obsequio tan sublime no cesa jamás de ungirnos con su crisma de claridad beatífica, para no circunscribir esta acción a las cabezas privilegiadas, a aquellas lumbreras sobre las que se posa la divina luz del genio.

En todos nosotros aletea la fecundidad de una magia indestructible, creadora de universos conjeturales y sepultadora de mundos periclitados. Encaramados al carro que conducen sus intangibles musas de inocencia, superamos esa esclavitud que encadena sutilmente a las trenzas cuyos hilos invisibles oprimen el aquí y el ahora, porque nos brinda la oportunidad de escapar de nosotros mismos, así como de extender el aleccionador coloquio de nuestro espíritu a los indecisos límites de la naturaleza.

DÍA QUINTO

“La naturaleza benigna provee de manera que en cualquier parte halles algo que aprender”. Es como si existiese un deseo unánime y ubicuo de enseñar a la humanidad el brillo purificador de la verdad y de la belleza, porque basta con venerar la munificencia del cosmos para que la lección magistral de su sabiduría transfigure, incomparablemente, la anhelosa faz de nuestra alma, siempre sedienta de la más profunda de las doctrinas. Sólo es preciso dejarse fascinar, arrobarse ante lo que nos rodea, para así descubrir la pulcra semilla de lo inédito. En cada frondoso bosque, en cada proficuo río, en cada versátil laguna y en su palustre y evocadora linfa, en cada abundosa travesía, en cada humilde esquina, en cada minúscula parcela de tierra habitada por una sugestiva exuberancia de diminutos e indiscernibles seres que se afanan en vivir...; en todos estos lugares puede recrearse nuestra imaginación y crecer el esquivo círculo de nuestro espíritu.

Maravillémonos ante este don angélico, y no cesemos de reflexionar sobre el sinnúmero de posibilidades de cultivo que se alzan ante nosotros. Jamás languidece la oportunidad de instruirnos, de tonificar nuestros corazones con la savia de lo nuevo, ya sea en la rebosante vorágine de las calles y de los populosos mercados o en la calma inspiradora que bendice las universidades y los místicos cenobios.

Contemplemos la santa luz del día; abramos definitivamente los ojos entornados para encender esa llama flamante que nos. No permanezcamos enclaustrados en arcaicas bibliotecas, como monjes pálidos y melancólicos que deambulan, vagarosos, junto a vetustos y enmohecidos anaqueles, secuestrados por las funestas premoniciones de su soledad gris e inconsolable, esmerados en desempolvar códices inveterados, manuscritos recónditos y palimpsestos ilegibles fraguados hace ya demasiados siglos. Emulemos a los grandes espíritus de la Antigüedad: acudamos a ríos retadores y a montañas imponentes, y elevemos nuestra vista a los inabordables dominios del cielo, pues sólo así lograremos desentrañar el funcionamiento de la naturaleza, esa colorida fuente de misterio que tanto nos seduce. ¡Qué gloriosa tintura humaniza los campos y sobrecoge las miradas!

Sólo escrutamos la esencia del amor cuando los irreprochables haces de su luz inciden en el íntimo ardor de nuestras propias carnes. Sólo captamos en qué consiste la hermosura cuando observamos una obra sublime, cuyo encanto, rumoroso y difusivo, cautiva soberanamente el

verdor de nuestra alma. Yo quisiera que toda persona, la belleza de todo espíritu sincero, se concienciara de que posee una riqueza más pingüe que cualquier fortuna amasada por guerreros, mercaderes y conquistadores; un tesoro inviolado, que nadie podrá nunca usurparle: la curiosidad irredimible, el ansia descomedida de entendimiento y todo un universo relumbroso, pendiente de ser explorado.

La naturaleza nos ha otorgado el obsequio más hermoso: la capacidad de comprender. Beber de su cáliz nos equipara a los dioses, pero nos somete también a los mayores desafíos y a las angustias más lacerantes. ¡Oh sol, oh luna, oh Tierra, oh mares, oh aves, oh cielos, oh anhelos invisibles que flanqueáis mi tránsito por esta vastedad de mundos! Yo sólo lucho por la verdad; yo sólo quiero regar la flor de lo insondable; yo sólo aspiro a vivificar ese espacio mudo con el soplo de la palabra, que es el aliento de la inteligencia.

Ignoro qué he sido, qué soy y qué seré: quizás tan sólo un hombre en búsqueda perpetua de una esperanza ignota...

Leonardo, tú has sido llamado a no desdeñar ningún dulce presagio de la vida, a no infravalorar manifestación alguna de la naturaleza y a esforzarte por integrarlo todo en una óptica unitaria, cuya luz impecable nos enseñe que nos hallamos hermanados con los demás seres de este cosmos áfono, pues las arcanas potestades del universo han decretado una necesidad recíproca entre su alma y la nuestra. Constituimos un eslabón más en esa larga y fascinante cadena que vincula la tierra con las dilatadas extensiones del cielo, e inhalamos el mismo aire que vivifica los pulmones de la naturaleza...

Tú eres, en definitiva, un mediador entre todo lo que entraña la variopinta riqueza de la vida, con su rebotante proliferación de versátiles perfiles y de colores copiosos. La opalescencia de ese amor imponderable por la humanidad inspira también tu devoción por esta tierra, por sus animales y por sus plantas. Nada, humano o no, te ha de resultar ajeno, porque de lo contrario no descansarías tu espíritu en lechos de pétalos y anhelos puros, y se sumiría en una melancolía profunda, perforado por el remordimiento de no haber concedido la requerida importancia a todos los reinos de la creación, a todas las parcelas de la vida y a todas las provincias del alma. Y ¿qué vocablo, imagen o sonido expresaría el dolor de tantas víctimas a lo largo de la historia, de tantos semblantes enlutados por los horrores del mundo?

Sea tu testimonio una exhortación inextinguible a ensanchar las frágiles fronteras que confinan nuestro lenguaje, de manera que atendamos, sin interposiciones antropocéntricas, al hermoso diálogo incoado por todas las criaturas que conviven con nosotros, bajo este cielo límpido y sobre esta tierra lánguida. Sólo así ampliaremos el poder del verbo humano, para que también acoja las vibrantes ansias del firmamento, y ¡ojalá crezca el tímido umbral de nuestros expectantes sentidos!

Emocionémonos con las plantas y enternezcámonos con los animales, suframos con ellos y con ellos gocemos, y percibamos en nuestra alma la confluencia última que nos liga a los robustos pilares de este planeta, bajo cielos de místico lapislázuli que exhalan destellos blanquecinos, como chispas esporádicas despedidas por estrellas invisibles entregadas a bellos resplandores y a tronantes centelleos, gotas de marfil desperdigadas en los mares de la noche. Sin el mundo no somos nada, y nos perdemos, con una nostalgia aún más aguda, en la soturna fugacidad que eclipsa el existir del hombre y convoca sus sollozos de inocencia, afligidos por la brevedad de todo placer y por las calladas inmensidades que abruptamente nos envuelven...

Sí, yo te lo pregunto: ¿qué ocurrió, misterio insondable que permeas las alturas, durante tantos millones de años de silencio, tribulación y tosca soledad? ¿Cómo pudo subsistir el universo sin la palabra, privado del pensamiento, despojado de las lágrimas que perlan nuestros rostros, desposeído del cetro y la corona del amor? ¿Quién escuchó los gritos de amargura que ya entristecían la Tierra en el crepúsculo? Detrás de esta vastedad tan oscura que nos engloba, ¿qué se yergue? ¿Mutismo, vacío, carencia y esperanzas truncadas, o acaso ella misma agota la totalidad, el ser, el caleidoscopio de lo posible?

Interioricemos la ambiental melodía que entona el universo, y palpemos la energía impávida de la vida, fuerza que no se arredra ante lo desconocido. Busquemos en todo el brillo seminal que esparcen los siervos de la belleza, cuyo candor prístino fulge de modo omnipresente, y por doquier nos emplaza a proclamar una buena nueva, la albriciada paz que dimana de amar el mundo y de yacer dominados por la pasión efervescente, incontenible e inexcusable que desborda los pujantes faros del firmamento.

Transfigurémonos con la sagrada luz de la clemencia, cuya claridad derrite todo gélido atisbo de agonía, egoísmo y recelo. Nuestro yo ha de nadar en el torrente de la vida, un río mucho más exuberante, radioso y pintoresco que esa corriente desbocada que el corazón representa para sí mismo...

DÍA SEXTO

Los animales no merecen el trato que les dispensamos. Habitan bajo el amparo de una misma naturaleza. Más intensos y profundos se revelan los lazos que a ellos nos unen que los sordos y fríos muros que nos separan. Manifiestan emociones dúctiles como la cera, semejantes a la vastedad de ímpetus que muestran los humanos. Sienten, clamorosamente, como nosotros. Muchos de ellos desprenden lágrimas más puras y conmovedoras que el llanto emanado por el frenesí de nuestros ojos. El dolor genera en ellos tanta o mayor amargura que en nuestros cuerpos.

Aristóteles afirmó, con loable sabiduría, que el hombre es un animal racional: ante todo, un animal; dotado de raciocinio y apto para elevarse a las inescrutables alturas de la verdad eterna, pero un ser cuya alma y cuya carne comparten el colorido espacio con los demás vivientes que pueblan y enriquecen este mundo, receptáculo de esperanzas inmortales. Poseemos necesidades análogas, como las de alimentarnos y reproducirnos. Advendrá, estoy seguro, la jubilosa luz de un nuevo mediodía, bajo cuyos nobles y victoriosos auspicios nos compadeceremos de las indescifrables ansias de los animales con una honestidad enaltecedora, al igual que aprenderemos a profesar clemencia hacia las tribulaciones de la entera familia humana. Nos apiadaremos de su enmudecido sufrimiento, y la tiranía que ahora los esclaviza será remplazada por el bálsamo de la conmiseración. Matamos animales para que nos sirvan como nuestro cotidiano, y olvidamos que detrás de cada succulento manjar, detrás de cada sabrosa delicia que llega puntualmente a nuestras mesas ornamentadas, yace un ser vivo asesinado.

Yo asumo una responsabilidad indolegable, un reto imbuido de inocencia: averiguar por qué el ser humano se obceca en demostrar su supremacía sobre los restantes seres que vivifican el cosmos mediante el dominio desalmado sobre ellos, y no a través de la generosidad, de la bondad, de la condescendencia; de un amor imperturbable hacia las criaturas que nos acompañan y aleccionan en el escenario circunstante de la vida. No es más poderoso el que avasalla, sino quien, aun consciente de su extraordinaria fuerza, otorga el fecundo obsequio de una libertad auténtica, tan bella y radiante como la de esos pájaros enjaulados que palpan finalmente la serena inmensidad de un cielo límpido.

Debemos brindar paz inspiradora al universo, no diseminar despotismo, odio y desazón, no propagar crueldad y exterminio. La

naturaleza nos habla, y no le prestamos la atención que sus cálidos vocablos habrían de suscitar en nuestra mente ávida.

Yo me afano en escuchar a la naturaleza, con su silenciosa y ensalzada pléyade de dones celestiales, para así transmitir a todos los herederos de la humanidad su mensaje, su caudal de luminosas sugerencias y pujantes preludios, sus tenaces misivas procedentes de prístinas fuentes sagradas, los destellos violáceos de esa pasión inveterada que no cesa de prorrumpir en las más gozosas sinfonías, preámbulos de una música perenne que ángeles de cabellos rizados y rostros virginales tañen con sus arpas de perpetua juventud, sedientos de embellecer los cielos del amor y de pulsar las cuerdas de mi entusiasmo.

Yo anhelo preguntarle a la naturaleza, y despertar la efusión de un diálogo fructífero y sincero con ella, manantial de luz, fervor y fantasía, como si mi corazón se sumergiera en un mágico estallido de deseos fascinantes, en una lírica explosión de propósitos deflagrados o en un vivaz incendio no sofocado por las doctas manos de los hombres.

AMOR Y PASIÓN

Amar... ¡Qué pujanza esconden estas letras, pero qué difícil es amar...! ¿A quién amar, y hasta cuándo? Si la vida es finita, y su pesadosa condena se halla escrita de antemano en el veredicto irrecusable de una muerte jamás burlada, ¿cómo soportar el amor infinito, si su ternura entraña también sombras aflictivas, y nada humano resiste el sufrimiento sin término que inaugure la nueva primavera del espíritu?

El desfiladero de los sentimientos lo flanquea el oscuro y acechante abismo de la nihilidad, del polvo que se desvanece en lo insondable. Sólo un dios amaría de manera auténtica; lo que a nosotros nos reserva el destino no es amor, sino espejos de acedas apariencias. ¡Rompe la indolente levedad de tu silencio evasivo, dios de las alturas, si es que existes! ¡No podemos vivir sumidos en esta duda perforadora que avasalla nuestro espíritu con las hirientes cadenas de la soledad! ¡Muéstrate ahora en una dulce manifestación de gloria, paz y amor, o auséntate para siempre en el ocaso melancólico de los tiempos y en el crepúsculo de nuestra memoria, pero no nos tortures más, no colonices, secuestres o decomises nuestras desventuradas ilusiones; no propicies que nos creamos capaces de erigirnos, mediante una estridente profesión de fe de cuyo contenido sólo transpiran gotas anegadas de angustia, en receptáculos del resplandeciente don que nos prodiga el Olimpo, gracias a tu liberalidad y en virtud de tu bondadosa adopción como hijos dichosos engastados en tu espíritu! Mutismo, apatía y desdén; el eco del vacío es lo que paradójicamente escuchamos, y quizás en esta constatación inhóspita hunda sus raíces primordiales el amor que tan imperiosamente ansiamos: en vernos sin hablarnos, para disfrutar del efímero y místico instante que asume lo infinitésimo, trasunto de lo eterno.

Contemplar y callar...; percibir y respetar la edificante voz del sigilo; observar y fundir toda palabra potencial en el rayo lumínico que nos informa sobre esa realidad indócil cuyo presagio asoma ante nuestros ojos firmes, voluptuosos y evocadores, de manera que en ese único verbo, en ese ardor inmarcesible palpitante en el dardo purificador que conduce nuestro ser hacia aquél a quien amamos, se nos ofrezca el sagrado fulgor de lo desconocido. Divinos devendremos entonces, y el dios de las estratosferas, de cuya esencia tan pocas noticias acopiamos, nos habrá revelado finalmente el secreto último, la verdad metafísica que sustenta el mundo y que tantos buscan libre y desprendidamente, así como la clave del espeso enigma que permea la historia con su fina capa de extrañeza: a saber, que vivimos para amar y expandir las dúctiles energías del espíritu. ¡Con qué honestidad se encandilan los frágiles resortes de nuestra alma cuando nos entregamos a soñar lo no vaticinado y, en una simbiosis de inquietudes, adquirimos una nueva luz sobre la grandeza del mundo y el tesoro de la vida! Mientras tanto, elevemos también una mirada caleidoscópica a la

sublime y cautelosa bóveda del firmamento, cuya perfecta hermosura jaspea con su haz la Tierra, y cuyas gráciles vastedades sobrellevan un cielo bruñido por celajes que encienden colores virginales; y no ignoremos nada, para así forjar una memoria tan ancha, noble y sincera que no deje nada en el confuso y áspero espacio del olvido. Confiemos, enaltecedoramente, en la omnipotencia del corazón.

Sí, bello es el turquesado cielo, bella es la húmida tierra, pero más bello aún es el recuerdo.

DÍA SÉPTIMO

Hoy he sido inmensamente feliz. Creo que ni el más hermoso de los cuadros ni el entendimiento más revelador y extraordinario que pudiera adquirir jamás me insuflarían una bienaventuranza tan casta e iluminadora como su reverberante cercanía. Lo he visto en una esquina diáfana. Él me ha observado inquisitivamente. Parecíamos predestinados a encontrarnos antes de la creación del cosmos. Ha irrumpido en mí una parálisis insondable que, sorprendentemente, me ha catapultado hacia un paraíso bañado con las gloriosas aguas de una beatitud seráfica. Deambulaba, contemplativo, en medio de una calle muy frecuentada, rodeado de muchedumbres, mientras me dirigía a la Piazza della Signoria, pero, de repente, no me he movido, complacientemente absorto, como dichosamente petrificado por los cabellos y la mirada de una medusa benéfica. La viveza del impacto súbito, gratificante y efusivo generado por una figura erguida, dueña de un semblante lampiño y dotada de una esbeltez cuasi apolínea que bruñía su torso con detalles de perfección geométrica, como manantiales que templaban mi sed de armonía, ha detenido y convulsionado la fragilidad de mi mente. Mi corazón temblaba ante tanta belleza, ante una hermosura radiante y primigenia cuyos destellos sanaban, con la frescura de sus chispas mesiánicas, la aridez que endurece mi rostro.

Apenas ha posado sus pupilas escrutadoras sobre mí, se ha marchado, en un amago de rehuirme. Pero él sabía que era imposible. En realidad, ni siquiera pretendía escapar. Tan sólo intentaba alejarse, evadirse de la multitud que concurría en esa vorágine atestada de clamores y desasosiegos, y así llegar a un lugar más apacible, sacralizado con mayores grados de recogimiento. He seguido la urgencia de su estela por ese dédalo de confusos callejones que tantas veces he atravesado. Los conozco mejor, por lo que no me ha costado mucho atrapar su sombra, tras atajar por insospechados recovecos. Cuando me disponía a acercarme a él, ha procedido a hablarme, con una sonrisa tímida que desataba el brillo blanquecino de sus dientes. Me ha preguntado por mi color favorito. Le he dicho que mi gusto no amparaba una gama de tonalidades predilecta, y he aducido que en todas identificaba reminiscencias de la más alta y exquisita belleza destilada por el universo. Él me ha declarado, aseverativo, que el verde era el color que más le fascinaba, porque mostraba esbozos de ese barniz que tersa la vida y acrisola la naturaleza. Después me ha pedido que lo acompañara a un enclave bendecido de amenidad poética, pinífera, nemorosa, a cuya calma solía acudir ocasionalmente para relajarse, ajeno al bullicio que ofusca las populosas

plazas de la ciudad. Había elegido bien, porque se trataba de un claro sugestivo, rosa clavada en medio de un frondoso bosque situado a las afueras de Florencia.

Nos cercioramos de que no había nadie en ese descampado. Remoto el gentío, nos alzábamos pasionalmente solos, aunque flanqueados por una comitiva de estéticos pajarillos que nos deleitaban con sus sonidos melodiosos, solemnes y dosificados, sin contar los rápidos y crujientes chasquidos de las ramas tronchadas, así como los vaivenes rumorosos y las estridencias eventuales de la hojarasca inquieta. Circulaba algo de viento, pero no resultaba molesto, porque esporádicamente forjaba una intermitencia de ráfagas solícitas que ayudaban a romper los improrrogables compases del mutismo. Nos sentamos sobre la grácil finura de la hierba vívida y, nítidamente cohibidos, ambos permanecemos callados bastante tiempo, como si nadie quisiese quebrantar ese enmudecimiento immaculado por miedo a importunar o a proclamar una verdad demasiado intensa. Nos intranquilizaban nuestras voces, por lo que preferimos mantenernos tácitos e introvertidos, mientras el auténtico e indescriptible espectáculo sucedía en interiores recónditos, en esa profundidad inabarcable que no necesita de la evanescente enunciación de vocablos efímeros, pues no hay que nada que argüir, ninguna vacua justificación que alegar ante un fenómeno indescifrable, ante un acontecimiento que despunta en la intimidad más radical del alma y para cuyo discernimiento sólo la sensibilidad, sólo la agitada interacción entre los cuerpos y los rostros, se nos antoja idónea.

Finalmente, he sido yo quien ha pronunciado la primera palabra. Siempre me ocurre. No logro controlar los anárquicos silencios, hermosos asilos para el corazón humano. Me vencen, y constituyen el foco de mi debilidad, el talón de Aquiles de mi espíritu. Me conminan a llevar las riendas de la situación y a someterlo todo al férreo gobierno que ejercen las huestes indómitas de mi voluntad. Pero a él no le ha desagradado. Es más: esperaba que de mí brotaran los verbos inaugurales de nuestro coloquio místico. Le he explicado, vacilante, que la naturaleza supera todas las creaciones esculpidas por los hombres, y ha asentido. Era como si él aguardara a que yo puntualizase algo más, a que le comunicara más confidencias sobre mí y sobre mi obra artística. Le he relatado cómo, para mitigar mi hambre agónica de creación, me imbuía de la afable magia de la naturaleza, consciente de que jamás la excedería en plenitud. Con sutileza, ha extendido su brazo robusto, y ha serenado mi hombro flácido y hundido. Nunca nos habíamos acercado tanto. Lenta, gesticulante y parsimoniosamente se aproximaba, y al poco casi nos rozábamos. Se ha apoderado de mí un cierto nerviosismo, pero esa elísea palma suya, cuya

suavidad reposaba sobre mi dorso fatigado, me transmitía una quietud virtuosa, casi salvífica. Me notaba protegido, cálida y afectuosamente tutelado en la más tierna de las crisálidas; mi azorada faz se desentumecía y mi alma se sinceraba. Con los ojos entornados, las arqueadas cejas ligeramente fruncidas y una aureola velada por extraños hálitos de misterio, él ha afirmado que me asistía toda la razón del mundo, pues en la naturaleza reside la fuente de inspiración más sublime que atesora el ser humano para desplegar el esquivo hechizo de su creatividad. Con el otro brazo, ha señalado el vuelo que impulsaba con primor la augusta silueta de un estornino, criatura que cruzaba, con delicadeza y simetría, la parte de la arboleda de denso follaje a cuyo abrigo nos ubicábamos.

Circundado por auras de matices trémulos que santificaban su entera expresión, él me ha invitado a fijarme en cómo sus alas batían con elegancia el aire y se elevaban progresivamente sobre la tierra. Yo le he confesado que, pocos días antes, una emoción inefable me había encadenado con su dulzura indolora, mientras reflexionaba sobre el aleteo majestuoso de pájaros señoriales, y me percataba de la genialidad que cristaliza en ese proceso, hito que ni el ingeniero más eminente conseguiría jamás reproducir. También le he insinuado que no me atrevía a compartir estas vivencias con nadie, por temor fundado a que me tomaran por loco. Él me ha asegurado, con el alma elogiosa de la franqueza, que percibía un miedo latente y desmesurado en mi corazón. Me ha apremiado a despojarme de ese recelo tan incómodo que atrofiaba los turbados resortes de mi espíritu con sus tañidos medrosos, a resistir tantas murmuraciones propaladas por los demás y a convencerme de que mis pensamientos más profundos sólo yo los comprenderé de forma íntegra. A él, eso sí, podría descubrirle todo cuanto quisiera, y sin reparos. Nada lo escandalizaría, menos aún mi entusiasmo ante el vuelo de un ave. Es entonces cuando he experimentado la mayor de las fortunas. Por un momento se han disipado, como pródicamente desasidas de mi cabeza, las cautelas y pesadumbres que no cesaban de atormentarme: mis estudios sobre la luz, mis dibujos de anatomía humana, mi obsesión insaciable por las proporciones, mi falta de audacia ante tantos y tan acuciantes desafíos... Todo se ha desvanecido bellamente; todo se ha difuminado en un oasis colmado de enigmática simplicidad. Me he sentido en paz conmigo mismo, como si no estuviera obligado a buscar nada más en la vida, y mi alma tan sólo se explayara junto a la suya en ese paraje ahuyentado, desde cuyos púlpitos de entereza vislumbraríamos el vasto e irrevocable horizonte que nos envuelve. Dedos de matriz sagrada me han liberado de toda angustia, manumitido jubilosamente por su vigor límpido, exento ya de todas las aflicciones que gravaban mi existencia. Esa energía tronante que otorga la comunión entre los corazones y exhala las fecundas

brisas de la invulnerabilidad me ha invadido con su noble celo. Aliviado, he respirado hondo. Deseaba que ese instante no se evaporara nunca en la inmensidad de los días y las noches, y aunque sabía que ningún arcángel blande la espada milagrosa capaz de suspender el curso y los lazos del tiempo, he palpado atisbos de un don inmutable.

¡El cielo absorbía la tierra en esa divina hora inundada de alabanzas y venturosas oblaciones! Miríadas de estrellas se abalanzaban sobre mí para capturarme y sacrificarme ante el inexorable altar de la alegría.

Lo eterno no debe distar mucho del brío virginal que he vivido hoy. Ahora sólo suspiro por verlo más y más veces. No me importaría abandonar mi carrera artística y gozar con él del resto de mis fugaces mediodías. No albergo inconveniente alguno en dejar inacabados mis cuadros. En poco valoro los codiciados lauros de este mundo si una renuncia, de tintes ascéticos, a degustar las amadas y tentadoras delicias de su cáliz me permite ganar tiempo para conversar con él, pues en su espíritu de inocencia vibra el eco más sonoro de mis ansias. Sin embargo, bien sé que se trata de una ofrenda inasequible, y me preocupa que nuestra amistad pierda su encanto si la asiduidad la convierte en una rutina nimia...

Pese a toda adversidad, pese a toda conciencia de lo inalcanzable, cuando duermo, mi alma vuelve a imaginar que se halla en su presencia, y de nuevo distiende, subrepticamente, su brazo fraternal sobre mi espalda decaída, como si me arrojara ante un cosmos hostil y deshabitado, y me exhortase a dirigir una mirada esclarecida hacia la luz purificadora de alturas imperecederas, ávido de inmortalizar, en un testimonio perspicuo e incomparablemente hermoso, esa catedral de belleza que riega, con los pulcros y resplandecientes chorros de su rocío, el fulgor de mis anhelos más hondos.

Mostramos y escondemos las más profundas misivas del espíritu casi en la misma y calibrada medida. Nos enorgullecemos, con honestidad inconfesada, de exhibir públicamente ciertas conductas, al igual que nos avergonzamos de que otras traspasen las fronteras del conocimiento ajeno, pero no hemos de olvidar que en las pertinaces sombras de esta contradicción indómita se atisba la envergadura de nuestra dicha y la magnitud de nuestra tragedia.

El juego del amor consiste en reservar, para el imperturbable reino que custodian los fieles vigías de la intimidad pura y de la huidiza morada de la circunspección, aquello que, por su naturaleza recóndita, o por lo que nosotros juzgamos como enclave neurálgico de su verdadera esencia, ha de permanecer ignoto, foráneo al qué dirán o al qué no exclamarán, a todo enunciado de anuente venia o de displicencia recriminadora. Se trata de una dinámica universal, pues todos participamos de un gran secreto, sembrado de artificios ancestrales: el espejismo de pensar que somos seres civilizados e hijos de la cordura, cuando seguimos dominados por el fuego intenso, flamante y omnívoro que desprenden las confusas y serpentinas llamadas de la pasión, la vibrátil pulsión que moldea el eterno rostro del deseo, ese séquito de palpitations ingravidas que transportan hordas de anhelos desbocados... Es algo que no nos debe sonrojar, porque no cabe ruborizarse ante un fenómeno que nos humaniza de modo genuino, al unirnos a la tierra y vincularnos, quizás también, a los sagrados templos del cielo. Tiembla entonces la aurora del espíritu y sangra el corazón del hombre, abatidos por bellos rayos primordiales que nos permiten expresar, en las más hermosas creaciones del arte y en los más nobles cúlmenes de la ciencia, esa inagotable densidad de energía que, desde los remotos manantiales de nuestra interioridad, nos eleva hasta alturas inescrutables, hasta espacios de limpidez por cuyos serenos lauros galopan, alegres, los veloces corceles de la imaginación.

¡Qué sufrimiento, sin embargo, infligen las proscripciones decretadas contra espíritus inocentes que osan comunicar la viveza de sus apetencias insepultas; el llanto, hipócrita, los falsos gemidos de este mundo traidor y de estos cielos crueles, esparcidos por ojos lacrimosos, plañideros, inquisitoriales, por almas amonestadoras que se escandalizan ante quien, por imperativo de una angustia extrema que no puede resistir en ardiente soledad, se ve obligado a relatar al entero cosmos todo lo que incuba en los gráciles vergeles de su seno, esa mortificación agónica sobre la que no puede fingir más, porque su corazón conquistado y su mente destronada carecen ya de fuerzas suficientes para sellar el pórtico amatorio con la pesada y lapídea losa de arbitrios y preceptos humanos!

Sí, manifestemos y ocultemos al unísono, porque en esta dialéctica radica el alma luminosa de la condición humana: en enseñar algunas cosas y en reservar otras muchas. Pero alabemos la bella luz de la clemencia, y difundamos sus chispas henchidas de consuelo para conjurar los amargos espectros de la aflicción ajena, pues ¿no planta semillas de dolor innominado abrigar un sentimiento tan cimbreante que, si no se vierte hacia las anchurosos cauces del mundo, asesina nuestro espíritu y fulmina nuestros más fecundos y abnegados sueños? ¿No sentimos cómo una potencia indoblegable se afana en escapar, elusivamente, de nosotros, y amenaza con emanciparse de la férula de nuestra subjetividad, para adquirir un violento control sobre sí misma?

Hay momentos, hermanos míos, en los que la razón es incapaz de entenderse y de comprendernos, y esa vitalidad tan sublime, ese vigor que dimana de la más voluptuosa de las concupiscencias, desborda el brumoso alcance de los silenciosos dones del espíritu: rebasa los delgados límites de nuestra copa y se derrama al espacio sindicado, para extraviarse de sendas plagadas de egoísmo, cuyo intonso tropel de vanas y envilecidas aspiraciones secuestra la antorcha de la fantasía. Hemos de admitir entonces que nuestra alma es de carne y hueso, y que precisamos de esa ternura que fluye de la misericordia, de la luz profética irradiada por los vástagos de la piedad, no de ásperas y desasosegantes condenas que sólo inoculen desesperanza. En ese instante debemos mirar, desde tribunas de dulzura, el arte, la ciencia y el adorado iris del amor, para convencernos de que nada se ha logrado sin atesorar entusiasmo, entrega, renuncia en esta historia tan exótica por la que se precipita nuestra voluntad...

DÍA OCTAVO

¿Cómo aprender a sufrir? ¿Por qué ocultar mi amor a esta sociedad despiadada y calumniosa, repleta de livores arpías que extienden, baldonadoras, sus redes saciadas de insidias, ruindades y maledicencias? ¿Por qué porfían en diseminar tantas imprecaciones y tantos y tan dolorosos infundios anatematizadores contra quienes eligen caminos diferentes? ¿Por qué otros muchos rebosan de felicidad mientras comparten su vida con los seres a los que aman y yo, a causa de sus injustificadas aprensiones, debo esconderme en oscuras prisiones de silencio, estigmatizado en el seno de conventículos clandestinos, como un forajido, como un injuriado por acusaciones infames de zahoríes inmisericordes hacia quien sólo trata de evitar que descubran sus ansias más profundas, graves y radiantes? ¿Por qué esta omisión que enmascara mis pasiones, esta elipsis insincera de mis emociones, esta aciaga prohibición de pregonar a los cuatro vientos lo que verdaderamente invade mi espíritu y crucifica mi corazón con su belleza, y constituye, después de todo, el manantial nutricio, el hontanar exuberante desde cuyos sabios chorros de frescura brota mi tesón y surgen mis ilusiones reparadoras? ¿Por qué no puedo cabalgar sobre los alegres corceles de la esperanza?

Ojalá nadie vuelva a inhibir la ternura que exhalan sus predilecciones auténticas. Ojalá ninguna ley trunque nuestros sueños. Ojalá edifiquemos un mundo donde la lucidez del amor se alce como la realidad más visible y logre derrotar todo convencionalismo. Por ahora, mis sentimientos habrán de pertenecerme a mí en exclusiva, y nadie más se verá legitimado a auscultarlos...

No sé si me revelaré capaz de sobrellevar este peso tan intenso, esta energía relampagueante que clama por proyectarse al vasto cosmos para sondear todas las provincias del espíritu, pero que he de mantener custodiada en mi más íntimo y hondo invernáculo. Sí, pulsiones libidinosas me flagelan con su lóbrega legión de látigos inclementes, mas yo no quiero servir a la mera necesidad de la vida, a ese rumbo inexorable contra cuyas severas directrices se rebelan los adalides de mi audacia, pues sólo ambiciona perpetuarse en ciclos inconclusos de criaturas condenadas a la desaparición, y nos utiliza como simples medios en su esquivada búsqueda de cúspides ignotas. Yo aspiro a la libertad. Mi desvelo se afana en vencer, auspiciado por la luz de un amor inmarcitable, toda determinación ya impuesta. Quizás amanezca el hermoso día bajo cuyo sol la ciencia nos conceda crear vida nueva, sin plegarnos ante los rígidos cánones que gobiernan la naturaleza y cercenan las más nobles pretensiones de la

humanidad. Sólo así el goce y el cariño se emanciparán, venturosamente, de la sutil tiranía que sobre nosotros ejercen los indolentes halos del destino.

Mi amor exige libertad, y muere si yace como esclavo de una meta que le resulte ajena. Deseo amar por amar, amar y ser amado, sin pedir nada a cambio y sin vislumbrar otro horizonte. El fin que lo es en sí mismo se basta, por sí solo, para colmar nuestros más inconfesados anhelos y engalanarnos con lazos de bellos suspiros que trencen la corona de la fantasía; es la huella fogosa de lo divino en la fragilidad de nuestra alma, y añoro que todos mis hermanos alcancen la autonomía genuina en los esmaltados dominios del amor, en la preciada fuente del amor honesto.

Leonardo personifica la belleza de un espíritu sincero, de un alma que incansablemente persigue el paraíso guiada por su acendrado deseo de amor. No hay doblez, no hay artificio, no hay fractura que escinda la reciedumbre de su alma. Es el mismo de noche y de día, cuando escribe en su cuaderno, mientras aplica el *sfumato* a la sinestésica policromía que baña sus cuadros o al exhibir un dominio tan magistral sobre la técnica de la perspectiva. Todo en él entraña inocente y acompasada franqueza. Sólo quiere contemplar la Tierra desde un cielo de amor.

El Leonardo que camina por los silenciosos bosques que rodean Florencia, espacio codiciado para erigir villas lustrosas, haciendas señoriales y sepulcros blanqueados que rememoren la magnificencia infatuada de la vieja Roma...; rúbricas de la incesante estela de vanagloria, hipócritamente confundida con decoro, que también amoneda humildes metales en cuyas figuras incrusta rostros altivos, símbolos ratificadores de esa mistificación colosal y ególatra del yo sin el otro que recorre los siglos, es el Leonardo que se sienta a la luz adormecida de la Luna para concebir lo que todavía yace recluido en las sordas grutas de lo inimaginable.

Nada escondería, maquinadamente, un alma bordada de sabiduría y bondad; la belleza de un corazón que irradia en su expresión suprema, con esa luz cándida de quien sólo ama el día, el anhelo de abrirse a todo lo que ofrecen los perennes resortes del cosmos, ya sea a través de un desencadenamiento interminable de preguntas, capaz de mostrar el nexo recóndito que entrelaza todos los elementos de una realidad compleja, difusa y pululante, para así trenzar la vasta trama de la vida; ya sea mediante la inexplicable y divina eternidad que se aposenta en las manifestaciones, siempre efímeras, del amor humano, o ya sea en virtud de esa belleza sobrepujada que recrea, en los esquivos dominios del arte, nuestras ilusiones más fúlgidas.

Su alma es pura, y sin ambages reniega de vacuos esplendores sustentados sobre trágicas mareas de tristeza, desconocimiento y olvido. Las falanges de la envidia y el rencor no dejan de embestir contra este corazón sensible y luminoso como cielos de alabastro, y pretenden agostar la belleza inmaculada de sus ideales, pero él resiste heroicamente. Su alma es un haz piadoso que escruta el orbe con sus sueños y corteja esperanzas inasibles, y jamás podría tejer los pesados hilos del engaño y extenderlos sobre mundos tan armoniosos y brillantes como el nuestro, cuya esfericidad deleita a todo espíritu fascinado por la perfección de formas primordiales, por las alas lípidas de esos pulcros ángeles, heraldos de la completitud y árbitros de la simetría, exaltados en la filosofía platónica durante el apogeo de la especulación griega. El alma bella que ha emprendido la búsqueda

agónica de la verdad más elevada jamás embozaría su mente con prolijos ardidés, papiroflexias hipnotizadoras, abstrusos diagramas cabalísticos y otras estratagemas variopintas. Aquél que ansía alcanzar el fondo último y ponderar los enmarañados senderos que toma la naturaleza, ha de sufrir, en el seno de sus carnes desvalidas y contusionadas, el suplicio intenso de sentir este océano ensangrentado de ignorancia, estas aguas empantanadas de impotencia, la aflicción de los retoños de nuestra lesa estirpe, heridos por los atroces dardos de una paradoja insoluble: la presencia de la falta de horizonte en la vida, sombra que apaga y enajena toda existencia... Y despuntan aquí los rayos de una preocupación que, en los genios, adquiere proporciones absolutamente estremecedoras, una magnitud tan bárbara que demuestra que esta historia no exhala conmiseración hacia los hombres, infaustamente condenados a deambular por rutas indescifrables, entre pasos perdidos y miradas ausentes, sin comprender hacia dónde se dirigen las flechas de su corazón; alentados por ese entusiasmo promisorio que han despertado los incommovibles mensajeros de una voluntad, nunca enflaquecida, volcada en esclarecer el dinamismo del mundo y la serena magia del espíritu. Los genios respiran el aroma desafecto de un anhelo insaciable de sabiduría, de un deseo inexpugnable de renovarse para no morir, sometidos al castigo indeleble de no descubrir jamás la perla de las auténticas plenitudes...

¡Qué poco agradece este próspero universo los afanes más hermosos que impulsan nuestro espíritu! No se digna revelarnos sus secretos más íntimos si no es a través del esfuerzo más extenuante, si no es mediante el padecimiento proverbial que ha secuestrado a las inteligencias más privilegiadas a lo largo de la historia, corazones que no han atesorado tersos racimos de quietud, ni jamás han suspirado jubilosamente en el alivio de lechos reposados o en el solaz de evasivos esparcimientos, ni se han congratulado por los logros ya conseguidos... Para éstas y otras almas, todo permanece inconcluso; las tentativas y los escauceos adolecen de un carácter excesivamente tímido, y todo entendimiento es demasiado escaso. No hay minuto que deseches en la bella y avasalladora empresa del aprendizaje, ni descanso que valga. Estas luminarias imborrables sólo se relajarán cuando llegue a término el ímpetu que fertiliza su existencia, pues mientras pisen la protuberante robustez del suelo y alcen su fantasía a los coloridos cielos que nos arropan no surgirá la paz, ni germinará una flor que disemine el cálido néctar del sosiego: tan sólo imperarán las huestes de vértigos descomunales, atribulados sus corazones por la inmensidad de lo que persiste sumergido en profundos lagos de misterio. Esos abismos aún no escalados, cimas de hondura que probablemente jamás corone el brío de la humanidad, perturbarán sin clemencia el abnegado fervor de sus ánimos...

El genio siempre vislumbró un más allá inexhausto, y, como sístole y diástole de un corazón dividido que aspira al cielo de la unidad, captó el mundo como una concordia que clama por ser venerada, como un mosaico integrado por enigmas estruendosos que merecen la consagración de los mayores desvelos del espíritu. Jamás se detuvo en el aquí y en el ahora, y por ello nunca nada le satisfizo, ni se atrevió su alma a decir “basta” o a percibir un destino que clausurase sus legendarias epopeyas, acosado por pensamientos agotadores y emociones furtivas, mientras el grandioso cielo de la verdad se erguía oscurecido ante sus ojos. Ha sido y es un perpetuo vagabundo inmerso en el voraz torrente de la vida, con los pies en la Tierra y el corazón en lo alto; un labrador que trabaja sin la augurada recompensa, porque no se instituirá premio alguno que pueda retribuir la santa hermosura de su sacrificio. Nada resarcirá la grandeza de sus propósitos, que es copiosamente infinita, ubérrima e inconceptualizable. Su único consuelo reside en gozar ya de un galardón genuino e intransferible: los lauros de sondear dones imperecederos.

DÍA NOVENO

Hoy me ha bendecido de nuevo con su don: el cetro de una amistad verdadera. No habíamos prefijado nuestro encuentro, pero finalmente ha surgido de modo espontáneo, como por obra pródiga de un destino recóndito. Yo estaba absolutamente convencido de que acudiría a la hora habitual y al lugar de siempre, una pequeña colina coronada de verdores virginales, desde cuyas estribaciones cabía divisar un paisaje inundado de belleza que dulcificaba aún más mis presagios insumisos. Él albergaba la misma y palmaria certeza. Y así ha sido. Hemos llegado casi al unísono, sin demora, como si ninguno quisiera irrumpir más pronto o más tarde que el otro.

Ahí estaban él y sus áureos cabellos arremolinados, igual de impactantes que la primera vez que mis ojos sucumbieron ante su latente encanto. Ambos fuimos objeto de una contemplación tan enardecida que perforaba, con una potencia inusitada, ese dédalo de catacumbas laberínticas que surcan toda alma, descriptoras de la más arcana intimidad de nuestro interlocutor. ¡Oh ser eternamente luminoso, que sólo irradia calma, sinceridad y alegría! Los hermosos haces de su luz deshojaban mi recelo, y con una munificencia de dorados tintes angélicos, escudriñaban todos los nichos y recodos de mi corazón. Como felices vástagos del recogimiento, derramó sobre mí el fuego cristalino de su alma, rayo inconfundible, incisivo e inspirador, chorro de vívida claridad que desterraba cualquier atisbo de turbación. ¿No acrisolaban su paz, su armonía y su sencillez mis anhelos más profundos? ¿No enjugaba la magia de su rostro mi tristeza? ¡Oh cielo de virtud perenne, no merezco que me deleites con un gozo tan sublime, pues soy un simple mortal, y la infinitud de mi corazón está abocada a diluirse en los campos del silencio!

Los finos contornos de su piel, blancura que embelesaría a los apóstoles de la inocencia, la estela de magnanimidad reflejada en cada espacio de su semblante, en cada porción de su ser, la perfección geométrica que permeaba sus formas materiales, para mí evocaciones fugitivas de una plenitud espiritual inocultable, tallada de perfiles celestiales..., encendieron mi asombro, mientras su mirada se sumergía en las franjas estriadas del crepúsculo. El misterio de los cielos se cernía verticalmente sobre nuestras almas, y todo su primor, toda su pujanza, toda su belleza descendía súbitamente como un riachuelo de gotas inesperadas e invisibles. Nos acunaban dóciles ráfagas de viento que parecían mecernos con amenidad, pudor y cortesía, como las crestas de

olas sosegadas que lamen las orillas de costas exhaustas, ávidas de sus caricias.

Ya no existía miedo o circunspección entre nosotros. Imperaba una voluntad irredenta de acompañamiento. Sólo queríamos estar juntos y despertar ecos dormidos. Podíamos prescindir del inconmensurable universo. Podían apagarse las estrellas. Podía fenecer la historia. Podía disiparse el hechizo de la vida. Podía extinguirse el inagotable cosmos y abrazarse nuestros corazones a estatuas saciadas de promesas imperecederas. Tanto es así que no hemos precisado de muchos vocablos. Esquivos, cautelosos, retraídos, el sigilo del alma y sus ritmos insobornables han articulado nuestro lenguaje. El diálogo ha brotado a continuación, pero en realidad ignorábamos qué profería la matriz de nuestros labios arrobados. La tenue y léxica gramática ha caído víctima de una pasión desorbitada, de un sentimiento bañado de honestidad que los dos custodiábamos en el tabernáculo de nuestro interior. Bajo ese azul astral por cuya bóveda pululaban recuerdos prohibidos, todo ha desembocado en una apetencia avasalladora, desproporcionada, vertida hacia una comunión capaz de erigir vínculos inextricables que estrechasen nuestros espíritus y hermanasen bellamente nuestros cuerpos.

De nuevo, y rebotante de ademanes pulcros que reafirmaban mi velado gesto de aquiescencia, ha extendido su brazo de refulgentes profecías sobre mis hombros desfallecidos y ha aproximado su torso atlético. En ese momento he tiritado, trémulo, sobrecoigido por la exquisitez de su presencia. La intensidad de los pálpitos de mi corazón me estremecía, aterido por gélidas convulsiones que se abalanzaban sobre mí con violencia. La ansiedad se ha apoderado de mí. Una impaciencia inenarrable ha conquistado mi espíritu, y me ha humedecido con sus frías aguas, colmadas de desesperación. Sobre mí se han precipitado todas las inquietudes del mundo. Me he enervado sobremanera, arrecido, pálido, casi lívido, y he necesitado hablar para descargar esa desmesura de energía que me agitaba con su vehemencia. Él tampoco ha contenido ese afán, esa euforia, ese ímpetu que expresa el celo de una predilección íntegra.

Le he sido franco: yo veo dentro de ti y dentro de mí; sé lo que sientes y lo que siento yo al mismo tiempo, y de esas palabras que me otorgas, transidas de angustia o regadas de placer, emerge la patria de mis suspiros, delimitada por borrosos confines. Incoa una dicha y una desgracia, porque te conozco mejor de lo que crees, y la fuerza de mi espíritu traspasa la vasta lámina que cubre tus sueños y la bella costura que tejen tus emociones, pero cuanto yo veo y cuanto yo siento no soy

capaz de sobrellevarlo con mi sola y divagante sombra. Se trata de una losa demasiado grande para una criatura tan frágil como yo. ¡Confieso ante el Dios supremo que daría toda mi mente y todo mi saber para alcanzar el éxtasis junto a un ser tan puro!

Con una voz suavizada por la delicadeza de su faz y la brillantez de sus pupilas, él me ha respondido que ese peso, por gravoso, jamás impedirá que nuestros corazones lo remolquen unánimemente, en una complicidad que escondería la concreción de un afecto emanado desde serenos púlpitos de nobleza, para el que no subsiste alternativa, porque o se secunda, o muere el alma y se marchitan los deseos, devanados en fantasías imposibles.

¡Esta lluvia de amor me rejuvenece con su repentina frescura! ¡Cómo no haberlo imaginado antes! ¡Aciagos los minutos en que ni siquiera auguré su venida! No rehuiré este arrebató profícuo, inapelable, en cuyos densos manantiales, poblados de auspicios límpidos, entiba la fuente más prístina de mi consuelo: una razón inconmovible que me obsequia con el tesoro de un horizonte vital, más bello que todas las joyas del arte y todas las flores de la ciencia, porque he sido testigo venturoso de la epifanía de un amor que me desborda en grado sumo; de un amor que corre libremente a lomos de un corcel enjaezado de bondad, como una brisa docta que satura tiernamente los poros de mi alma y anega las estancias de mis sentimientos.

Esta furia me abrasa; este fervor me embriaga; este entusiasmo me diviniza... Y tú, sabidurías que absorbes mi admiración, ¿me enseñarás a amar?

¿Por qué asustarse ante los torrentes que despiden hálitos de pasión, énfasis y aplomo, ante ese vigor omnímodo de ignorada procedencia, ante el deleite infinito que se siente en un lapso infinitésimo, cuando la necesidad de la naturaleza converge con el goce del espíritu?

¡Oh cuerpo, oh carne, oh protagonistas de esta gesta soberana! Cabeza, tronco y extremidades, crujiente y promiscuo prodigio que es el cuerpo, fascinación imperecedera que inculca por su capacidad hedónica de forjar la mayor de las fruiciones, la fuente de las sensibilidades y el roce de las voluntades. Sí, corpóreos somos, interacción constante entre estos agregados materiales, prolijamente diseñados, por los que rezuma la sangre que brinda la vida y se contagian las sagradas brisas del fervor, con unas venas y arterias cuyas ramificaciones atrapan los confines de nuestro organismo. Con el cuerpo nos comunicamos, con las palabras de hipnotizante embrujo que de él dimanaban nos enamoramos y con la blandura cristalina que exhalan sus manos nos acariciamos suavemente. Sí, cuerpos en movimiento, cuerpos en busca de felicidad, de conocimiento y de belleza, pero cuerpos al fin y al cabo, y el cuerpo que se abre al mundo e imagina lo posible es el mismo espíritu.

Es inexplicable la lúdica compañía que distribuye la delectación por igual, en la alquimia de la equidistancia, entre los convocados al subyugante juego del amor. Uno calla, y otro habla, o ambos enmudecen y ambos conversan, o sólo el sigilo domina con su contundencia... Basta con cualquiera de estas escenografías para enaltecer semejante maravilla, sobre todo si es ante el paraguas de la noche más brillante y colorida, aligerados de todos los estereotipos y convenciones que entumescen la vida, cuando sólo prevalece la emoción más hegemónica, que ahora dispone de alas para surcar el rígido reino de la razón, aunque sólo sea en la fugacidad de soplos pasajeros, y pese a saber que después del mayor de los placeres todo se hunde en amargos pozos de desolación, pues la existencia humana se edifica desde ese encadenamiento inescrutable que entrelaza alegrías supremas con tristezas de no menor talla... Y aun así, nadie logra expoliar el rijoso fuego desprendido por ese delirio desaforado que se enciende cuando, en la soledad arcana junto a aquél a quien ama nuestro corazón y en cuya alma se aposentan quimeras ausentes, se produce la magia coalescente de la bienaventuranza ubicua, de esa lúbrica fusión de alientos psicofísicos que hermana a los actores involucrados en el procaz drama que ambos interpretan: el concurso afrodisíaco de sus respectivos espíritus, en este grácil simulacro del paraíso empíreo.

Es mejor que sea el silencio quien marque los tiempos de esta señera obertura, pues sobran las paráfrasis y los adjetivos: tal es la inteligibilidad

del sentimiento, que se califica a sí mismo, y dirige la más melódica música, aunque ésta no requiera de guía, porque por sí sola emerge y se magnifica... Se precipitan entonces los deseos ácratas que serpenteaban por el confuso corazón del hombre, y con la elegancia y reciedumbre de faisanes de plumas doradas tocan sus fragorosos compases. Son las estrellas las que cantan al admirar el espectáculo amatorio, que es el inexpugnable secreto de la vida, y entonan su himno mientras ocurre un milagro inveterado: la pujanza descomedida, voraginosa e incombustible se transforma en la bondadosa gloria que aúna la carne y el espíritu; y el avaro espíritu toma la trémula carne, y la libidinosa carne captura, avasalladoramente, la diafanidad del espíritu, para imantarse con el brío motriz de un magnetismo flamígero y celestial. En el cuerpo desembocan lo uno y lo distinto, en la juntura prefigurada por la noble lumbrarada del sincretismo. Volátiles, inestables, oscilantes en su irredenta fluctuación, desfallecen los timoratos y nómadas recuerdos de lo prohibido y de lo sacrílego, de lo profano y de lo maldito, porque se ha rasgado el purpúreo velo del almo templo, y ya sólo impera el entusiasmo, frenético, infinito e inmoderado. Todo viso de potencialidad se ha metamorfoseado en radiantes chorros de amor puro en el seno de esa recóndita parcela que trenzan los vástagos de lo humano y lo divino.

Se ha extinguido el egoísmo, hipertrofia del hombre, y se ha disipado la sombra de la interdicción. Uno se acoge con irrestricta confianza al otro, como si de un asidero perenne se tratara, y se siente guarnecido en el sin par refugio al que nada imita. E impetra mutismo, circunspección angelical, para escuchar el estruendo de la dicha única y jamás reproducida; porque cada ocasión es siempre singular, y en el hogar de lo irrepitable se asienta esa verdad de resplandores polisémicos que destila la evanescencia de una vida irremisiblemente efímera...

En líneas vaporosas que se elevan al cielo, ascienden la carne y el espíritu, pues ambos aspiran a las inconcebibles alturas, y sólo allí se obtiene el poder divino que los hombres codician con vehemencia, porque llamados están a divinizarse, y los dioses a humanizarse, y a participar, cuan émulos recíprocos, de una misma y ecléctica fortuna... Se alzan compulsivamente, con el apoyo firme en el báculo del cariño y en el blasón de la amistad, en esa curiosidad sobresaltada ante lo que se nos antoja indescifrable, pero se cosecha como fruto de un arrebató irreprimible...; y robustamente anclados en los amarres que confiere la generosidad ajena, vencida por los ardores primorosos que esparce una sensualidad calcinadora, aguda antorcha de inocencia que, avivada sin escible límite, abrasa entonces, con las densas llamaradas de su furia crapulosa, las almas atizadas en su hoguera límpida, sólo cuando coronan la cima por cuyos

lauros suspiran, sobre la sólida plataforma de la energía compartida, franquean el deprecado pórtico a ese reino donde florecen los más encaprichados sueños, y lo infinito, que finge reservarse a cienientas teorías empolvadas en blancos papeles, se revela por fin a los sentidos. ¡Oh adorada claridad, oh fuerza desasosegante del regocijo más profundo!

Sin embargo, y en virtud de una extraña condena escrita de antemano por un juez severo, que sus razones esgrimirá, pues nada transcurre en vano en este vasto mundo, e incluso todo casual percance, todo tropiezo accidental, responde a un plan ignoto, cuya maestría sólo se descubre paulatinamente si con tesón nos esforzamos por entenderla y comprendernos, como luces mortecinas se detienen de súbito esa miscelánea de gustos y ese caleidoscopio de placeres tan fatigosamente conquistados. Y cuando nos creíamos dioses lujuriosos, y nos jactábamos de haber alcanzado la cúspide del Olimpo para acudir al célico banquete que prodigan las grandes deidades, como si nadásemos ya en las copiosas mieles del amor y hubiésemos abandonado el abusivo gravamen de nuestra humanidad, de súbito nos humilla y anonada una realidad tan horrenda, un veredicto tan aciago que yugula nuestros ímpetus fugitivos y nuestros furores veleidosos, al obligarnos, como a Sísifo, a transportar la piedra pendular de un placer magullado que no desiste de rodar por laderas ingratas. Es la oleaginoso espesura de un deseo siempre huérfano, penitente e insatisfecho; lastre doloroso, rémora inseparable que reiteradamente cae al suelo adusto, y deber nuestro es trasladarla de nuevo.

¡Qué inmisericorde es nuestro destino inexorable! ¿No nos resulta esquivo el propósito auténtico de albergar tales y tan acentuadas querencias, las susodichas ansias de una felicidad flamante y desmedida que se concita en las grutas más hermosas del corazón humano, y cuya aura virginal, cuando parece encapsulada en la ductilidad de nuestra mano cándida, se desvanece de inmediato, despavorida, como instantáneamente elidida por potestades incognoscibles, deslizada por las sutiles pendientes de utopías ancestrales, y así devolvemos a la difícil senda de la historia e intensificar nuestras tribulaciones?

Terrible, sí, pero fastuosa es la majestad que borbota de la intermitencia trazada por ese momento prófugo, dosificado e hiriente, por esa excitación huidiza y episódica que dulcifica el existir humano. De hecho, muchos no sabrían si preferir dilatarlo por siempre o resignarse a que cesase de manera repentina, para así atesorar la oportunidad de apetecer, hijos de un denuedo aún más genuino, que regresara esa concatenación de pulsiones fúlgidas y desbocadas que nos aprisionan con sus amables lazos de ternura. Porque anhelar es buscar, y buscar es

construir, e instaurar, encaramados a las doctas cátedras de la valentía, un escenario rejuvenecedor que sane el agotamiento de lo antiguo.

Deseemos, por tanto, y busquemos los difusos caminos de la audacia. Entreguémonos a la hechizante fuerza que enarbolan los próceres de la fantasía, y fabriquemos lo que todavía no nos ha sido otorgado. Sumerjémonos en la belleza primaveral de lo desconocido, catapultados por tenaces destellos de esperanza, por rayos ondulantes que evoquen rutas montuosas y escarpadas desde cuyo coraje sólo divisemos la infabilidad del futuro, y desde cuyo verdor continuamente reneguemos de cuanto ya ha pasado...

DÍA DÉCIMO

Arrebatos frenéticos me vencen, y me conducen a elucubraciones irredentas sobre mundos exóticos y extravagantes ilusiones, preso de una fantasía arrolladora, aunque también me conminan a desear incorregiblemente la más empurpurada de las bellezas. Y yo sé a lo que me refiero... No puedo ser más explícito, porque el juicio que la historia me depare no debe basarse en mi concupiscencia contumaz, libidinosa y lasciva, en ese séquito de pulsiones indomesticables que tantas veces me atrapó con sus sutiles e inmisericordes redes, y cuya virulencia me obligó a realizar acciones embarazosas que de hecho repudiaba, sino que ha de valorarme por los pináculos más aleccionadores que haya forjado en la esfera del pensamiento y en el ámbito de la invención. No admitiré otro dictamen. Pero todo se esclarece, y todo rumor se propala clamorosamente, divulgado desde insospechadas azoteas. Todos conocerán algún día el secreto último que custodian mis ardores, dulces e indómitos, tridentes que han raptado mi alma como si se tratara de una de las doncellas ultrajadas en los mitos griegos.

Es inútil que lo oculte, porque todo lo escondido se desvela, y nada se mantiene soterrado para siempre, ni afantasmado tras las celosías. La historia descubrirá que yo, Leonardo, el hombre que pintó “La Anunciación” y “La Virgen de las Rocas”, el alma que se afanó en plasmar en sus creaciones la luz epifánica de esa hermosura que ilumina el interior de todos los corazones, se vio sujeto a los embistes de una desconcertante y lúbrica voluptuosidad, a la irremisible tiranía del pecado. Y no sé si me perdonarán por ello, y aceptarán que, junto a la perfección estética y a la exploración del infinito universo de la ciencia, debí también dejar espacio para el amor y el reconocimiento.

Quise amar y ser amado. Cuando cogía el pincel, en realidad imploraba, ávidamente, amor. Cuando formulaba preguntas sobre el vuelo de las aves o el movimiento de los músculos, soñaba con embriagarme de amor, del cercano brillo de un amor que experimenté continuamente, pero cuya reverberación hube de disimular en las entrañas de mi amargura. En mi desafortado anhelo de delicadeza, yo sólo impetraba amor, y permitía que una profunda ambición de sabiduría y belleza eclipsara esa búsqueda encomiable. Pero me engañaba a mí mismo, al suponer que disfrazaría mi hambre y mi sed amatorias bajo la máscara circunspecta del arte y de la erudición...

Querer y querer; conocer para advertir que ignoro; inhibir mi amor por miedo, y reprimir también mi pasión doliente, y ver que desespero, que carezco, que falto, que muero. Ésta ha sido mi tragedia: que mis semejantes no entendieran que, más allá de todo, residía en mí una exultante apetencia de amor, de una luz que me trascendiera superlativamente, y me elevara sobre éste, mi pequeño universo. Ese amor, irrevocable y suntuoso, les resultaría extraño e inaceptable, pero para mí se alzaba como la más alta y amilácea de las metas. Y he sido humano, hondamente humano, humano en demasía.

Durante siglos hemos cincelado, con ejemplaridad y decoro, solemnes figuras, efigies límpidas cuya majestad imperturbable adorna nuestros templos, paramento de iglesias piadosas y calles festivas. Hemos alumbrado cuadros evocadores que nos hablan de una época y reflejan la esquivia esencia de ese tiempo. Hemos contribuido al avance irreversible de la geometría, y nuestra pericia arquitectónica ha coronado las más eximias cúspides. Hemos redactado obras inmortales, y hemos gestado historias fabulosas que inflaman nuestras vidas con su fuego placentero. Sin embargo, rara vez nos percatamos de que el néctar de esta copa refulgente dimana de nuestra entristecedora falta de amor. Si poseyéramos un amor pleno, una devoción inviolable cuyo amanecer de místicos rocíos nos acompañara irrestrictamente desde el púlpito de sus auroras beatíficas, ¿qué más necesitaríamos? Todo nuestro deseo perecería en el amor ya logrado. Nos sobrecogería tanto que, embelesados por sus estrellas inmaculadas, por esas joyas que glorifican nuestra imaginación con la blancura de alabastros puros, no ansiaríamos nada. El arte y la ciencia desaparecerían, suprimidos por un amor llameante, cuya sagrada bóveda envolvería nuestra entera existencia. Sus aguas santificadoras anegarían todas las moradas del alma y sanarían cualquier herida, al brindar una respuesta para todo aquello que hoy nos intriga con los tímidos hálitos de sus crepúsculos desvanecidos. Pero no es así: carecemos de ese amor pleno, y ni siquiera sondeamos sus perfiles. Tormentosamente persigue el hombre un refugio junto a los pechos maternos de la felicidad, porque al contemplar un lienzo excelso o al cultivar la belleza exhalada por las matemáticas y acrisolada en el inspirador receptáculo de la filosofía, ¿no nos bendice un gozo indescriptible que redobla nuestra esperanza, aun incapaces de dilucidar la razón más íntima que se yergue detrás de esta confusa encrucijada de aspiraciones enfebrecidas?

No importa lo grandiosa que haya sido la vida: un día se difuminará nuestra sombra taciturna, y jamás sabremos para qué hemos recalado en este cosmos proverbial, ni por qué debemos alejarnos de sus arcanos dominios. Lo que las generaciones futuras estimen sobre nosotros no nos

es dado anticiparlo ahora. Los juicios de los hombres son sumamente maleables, dúctiles como nuestros corazones. No sé cómo seré recordado, o si seré rememorado póstumamente. Unos me llamarán pintor; otros, escultor; otros, científico; otros, ingeniero; otros, filósofo... Y quizás nadie proclame lo que, en acepción latísima, fui: un enamorado. El amor es la verdad de la vida, y yo no hice más que amar: me enamoré de la pintura, de la escultura, de la ciencia, de la ingeniería, de la literatura... Me enamoré abrumadoramente del ser humano, de su cuerpo y de su espíritu, de la coherencia que arma su anatomía y del fervor embravecido que invade sus ideas, cuyas formas brotan, como inverosímiles carámbanos celestiales, del bello e inescrutable prodigio de la mente. Me enamoré porque pugnaba por ser comprendido, y cuando degusté el venerable cáliz de la amistad, sentí la presencia de una marea amorosa, ennoblecida por el tumulto y las oscilaciones de su hermoso oleaje. Respiré entonces la magia que derrama el oloroso perfume de un afecto angélico, cuya pulcritud hechiza los porosos intersticios de la agudeza humana y los doctos cristales de su luz. Sentí con mayor intensidad que cuando escribo en mis cuadernos o dibujo mis trazados. Sentí algo que nunca antes había sentido, y lo palpé con una fuerza tan descomunal que el vasto mundo parecía clausurarse bajo los seductores auspicios de ese instante único, como si nada más pudiera ya suceder, porque todo hubiese alcanzado su consumación final, su añorado culmen escatológico.

Sí, un insólito escándalo de amor, regado con el agua cárdena de una pasión que agitaría encrespadamente al ser más glacial, es la apoteosis que he vivido. Me he enamorado de un retrato perdurable, del incesante primor de un verbo saciado de bondad, de una humilde ave que emprende su vuelo impulsada por un aleteo armónico, de la eternidad pitagórica de los números, del irisado azul del cielo y del vívido verde de los campos. Me he enamorado de incontables destellos de inefabilidad, destilados desde ese recóndito paraíso bajo cuyo perpetuo mediodía florece, libremente, el espíritu de la belleza, pero nunca me ha esclavizado el amor con tanta ternura como al tener junto a mí un brazo que me arropara cálidamente, y una suave voz a mi lado que me dijera cosas que nunca olvidaría, y unos ojos que divisaran el mismo horizonte que yo, y me miraran también a mí, y una piel sensible como la mía, rosa que percibiera la más leve de las caricias. En esos momentos de júbilo, el entusiasmo evangélico por la vida y por el amor se ha deslizado mansamente y ha unguado el frágil seno de mi alma. Sus doradas brisas han superado el éxtasis enajenador del arte y el conocimiento.

ARTE

¿Cuándo alumbraremos una canción que nunca deje de penetrar en la sede de los corazones, en el día y en el crepúsculo, en fríos inviernos y en tórridos estíos, y no cese de suscitar en nosotros las ilusiones más enaltecedoras que entretejen la cartografía de nuestra alma, para mantenernos en un estado de éxtasis continuo, profundo e insaciable, y así emular todo aquello de cuya vivísima luz gozan los dioses en esas amenas florestas que embellecen las laderas del Olimpo?

¡Qué alentadora utopía!, que mientras escucho la oda de mis amores, cuyo prodigio seductor imprime una huella indeleble en mi ser transitorio, imagine que la humanidad llegará alguna vez a concebir la genuina melodía que propagan las estrellas, inmutable, homogénea y diáfana corriente de lácteos presagios surtidos por los pechos de nodrizas benéficas, capaz de sostener las blancas alas de nuestra alma en un estado de jovialidad infinita, aun cuando parece que ya no se puede aspirar a cúspides más perfectas. Ojalá sueñe mi espíritu que ese palpito tan intenso, como el experimentado cuando sucumbimos ante músicas tiernas que conmueven nuestro ser, lo compartan todos, ubicuamente, en las hermosas grutas de su fervor...

El arte es hermano de la vida, de esa fuerza inveterada que todos percibimos, aura de suaves rayos diseminados que advertimos tangiblemente en cada puntual latido del corazón, en cada estiloso vuelo de un gorrión o en cada pez sereno que surca las inmensidades de océanos encalmados. Vida, vida que nos escolta, vida que anega nuestros salvajes deseos de infinitud, vida que nos insufla un significado, vida sin cuya luz nos asemejaríamos a las piedras silentes, inmunizadas frente al ineluctable decurso de la cronología.

En el arte se reconoce la vida: le susurra a nuestra alma con los furtivos destellos de su oratoria infalible, y se sitúa delante de nosotros, ante nuestra mirada demacrada y nuestro desfallecido rostro, hastiados de caminar sin saber adónde vamos, y de implorar a lo alto sin recibir el maná que tanto ansiamos, obligados ininterrumpidamente a bajar la cabeza, y a humillarnos, prosternados, en los cóncavos surcos y en las amalgadas acanaladuras que estrían la tierra... El arte encarna la paz de un orbe que anhela reconciliarse con nosotros, pues nos brinda belleza, sublimidad, y nos dulcifica con su fantasía inexhausta, sempiterna y nutricia. Su munificencia nos revela un secreto a voces camuflado en las notas de pureza meliflua que hilvanan las mejores partituras, en esas tinciones tan cuidadosas que perfilan la hermosura de los cuadros y en los mármoles veteados que sustentan las esculturas más gloriosas; porque en todos ellos es el cosmos quien se nos comunica, pero vivificado por el ardor del espíritu, cuya claridad no exhibe sino la pujanza que atesora la naturaleza

para viajar más allá de sí misma. En el arte encontramos el interlocutor que con tanto denuedo buscaba nuestro corazón en Oriente y Occidente, en el Norte y en el Sur, a la sonora luz del mediodía y en la difusa noche de los tiempos.

Seamos transfigurados por el arte; más aún, conversemos con él: dignémonos dirigirle esa palabra magnetizadora que pugna por abandonar el rígido mutismo de nuestro espíritu, y así dialogaremos con nosotros mismos, pues basta con contemplar la obra estética para vislumbrarnos como humanidad, y adquirir conciencia de nuestras auténticas posibilidades, pero también de nuestros imprecisos límites, así como de la implacable fugacidad de la historia y de la solidaridad que nos vincula a las batallas libradas en todo siglo...

Permanezcamos estáticos ante la obra artística, y permitamos que nos demude esa magia venerable que fluye de sus senos virginales, afanada en confesarnos algo, aunque no siempre lo comprendamos, luz suspirante por otorgarnos un mensaje de fértiles interpelaciones que sólo nos concierne a nosotros, y a nadie más, porque el arte sella una carta abierta a cada individuo, cuyo intérprete, cuyo exclusivo y legítimo hermeneuta, mora en la inasible unicidad de todo hombre.

Ambicionamos paz, y en la historia acontece una lucha terrible por este ideal de celajes límpidos. ¡Qué flagrante contradicción!, que para abolir esa violencia demoníaca, ese reguero aciago de muerte, polvo, vacío y olvido, hayamos combatido con tanta furia... Y sin embargo, la paz se alza ya ahí, desde el amanecer de todo tiempo humano, cuando en los míticos albores de la racionalidad, nuestros antepasados más remotos decidieron suspender, por un feliz momento, sus fatigosas y avasalladoras labores, para concederle una oportunidad al oculto imperio del espíritu, y pintar, y componer con aplomo, y generar, en definitiva, lo que quizás imitase el universo, pero excedía todo cuanto acaece ante la evocadora esfera de los sentidos. Fue en ese instante inescrutable, al optar aquella alma angélica por legar una producción artística que satisficiera la explosión, caótica y efervescente, de apetencias inmateriales que la invadían, cuando la especie humana coronó la libertad y conquistó las niveas cumbres de una paz honesta, pues triunfó sobre el tiempo, y maravilló a la propia vida y a los mismos dioses que entonan sus cánticos en las más áureas alturas del cielo, al traer el divino firmamento de los creadores a esta tierra seca, a este yermo páramo. ¡Oh milagro desvanecido en atardeceres inmemoriales, en ocasos místicos que ennoblecieron la tenaz aventura de nuestra estirpe, ahora armada con una frondosidad elísea de deseos arrebujados en crisálidas de trascendencia, cuyas regias huestes

aderezaron su semblante y lo proyectaron hacia los incomparables astros del futuro!

Paz, paz beatífica es lo que acrisola el arte, aun las imágenes más sangrientas y las más tremendas y abigarradas sinfonías; porque todo arte es paz, al fin y al cabo, victoriosa paz del ser humano consigo mismo, que necesita crear para vivir, y vive para crear, sin que sepamos por qué y hasta cuándo.

Nos descubrimos libres, infinitamente emancipados, cuando tomamos sutiles pinceles o asimos lápices intempestivos. Respiramos una vaharada de aire fresco y vigorizador; y ojalá todos absorbieran este hálito bendito, esta exaltación suprema de nuestro ser, porque ninguna potestad, por grandiosa y sobrecogedora, nos desafiaría entonces, ni conseguiría siquiera perturbar el placer que interiorizamos cuando nos abrimos a la autonomía de la creatividad, a la multicolor verdad de la vida. No hay emperador, rey o incluso dios que valga cuando nos hallamos solos ante nosotros mismos, y entre nuestro intelecto y la realidad únicamente se interponen las limitaciones del lenguaje y la imperfección insurrecta que aflige las manos de los hombres.

Sí, he aquí la proeza mesiánica del arte, el hechizo destilado por la literatura y el tierno milagro obrado por la música, por los compases cadenciosos de su filarmonía intacta, cuya belleza logra la salvación para aquéllos que perecieron ya en vida, y redime a la humanidad de ese dolor tan agudo que lleva incubado en su alma pudorosa, que es el abúlico y amargo sinsentido.

El arte no ha de erigirse en mero vehículo transmisor de encanto y delicadeza: debe impulsarnos a pensar y a sentir. Yace aquí su tarea indeclinable.

Mistifiquemos el mundo a través del cálido embrujo que brota de una poesía osada, fiel antídoto contra la apatía tan exasperante de una ciencia que no responde al entusiasmo, a la súplica deprecada por nuestras emociones más irreprochables. Ahondemos en la riqueza de la vida y en la policromía de la historia.

Alabemos la hermosura, el amor y la sabiduría, fuegos bienaventurados y forjadores que condensan el ímpetu resplandeciente de las artes, de las religiones y de las filosofías.

Belleza, luz sagrada, teofanía descendida de cielos ornados de piadosos auspicios, liturgia hierofánica que rinde pleitesía al brío creador de la naturaleza: no cejes en tu abnegada vocación de inspirarnos, ni desistan nuestras almas de sondearte y adorarte, porque sólo así nos sumergiremos en las fuentes de la vida, inhalaremos el fragante aroma de la felicidad y expandiremos las arcanas energías del espíritu.

DÍA UNDÉCIMO

Yo creo en el poder imbatible del arte para pacificar los corazones, y en la ciencia y el conocimiento como dorados manantiales que inspiran amor y beatitud entre los hombres. Sus aguas puras nos brindan una esperanza indestructible. Sólo preciso de la humildad de mi pincel o de la magia de mi lira para penetrar en lo más profundo de la conciencia de mis prójimos y perforar las almas más altivas e indolentes, y así descubrir que incluso el peor de los criminales esconde una ignota semilla de bondad, por lo que nuestra labor estriba en propiciar que germine con rectitud, belleza y pujanza. Me basta la ciencia para abrir las mentes de la humanidad, y sólo necesito soñar para imaginar un futuro alentador que restaure toda armonía rota y confraternice toda ansia enfrentada, bajo cuyos auspicios todos nos hallemos por fin unidos en la eterna morada de la hermosura. Profeso fe sincera en el hombre, porque albergo una confianza inquebrantable en la fuerza del arte y en el vigor de la ciencia.

"La belleza perece en la vida, pero es inmortal en el arte". La creación artística nos confiere dominio sobre el tiempo, y cuando contemplo una obra de arte, y compruebo que el alma de la hermosura, esa corola celestial sazonada con los colores más suntuosos, ha quedado cristalizada en la fragilidad de un emotivo cuadro, como congelada perpetuamente en la exuberancia de sus tinciones, siento que nuestro género ha encontrado el místico secreto que nos conduce a los recónditos reinos de la inmortalidad.

Me he enamorado del arte y de la ciencia. Me ha extasiado un deleite salutífero mientras mi alma ponderaba la infinita complejidad de una hoja reverdecida al despuntar la primavera, o cuando trataba de describir con fidelidad las sofisticadas trayectorias que trazan los cometas, cuya procelosa evanescencia emerge súbitamente en esa inmensidad sideral fraguada por los diestros dedos de alfareros divinos, con el rotundo halo de misterio que nos cautiva cada noche; o al afanarme en obtener, para mis obras artísticas, una perfección que constituye un reto siempre creciente en el que esforzarse con tenacidad; o al divisar en todo, ya fuese grandioso o diminuto, un motivo jubiloso de fascinación, un desafío a la áspera rutina de la vida, un objeto potencial de estudio que estimulase aún más mi curiosidad irredenta. Sin embargo, esta devoción por la belleza y la sabiduría no ha impedido que mi alma se mostrase con frecuencia esquiva ante la aflicción que abate los rostros de mis congéneres.

Jamás llegaré a superar la abrupta contradicción que para mí se ha alzado entre, por un lado, la búsqueda de una belleza que me exceda inconmensurablemente y, por otro, el pálpito de tanto dolor que me circunda; entre la insaciable pasión por la sabiduría y un sentimiento irreprimible de conmiseración ante la tragedia ajena.

Con lealtad he venerado la tersa luz que irradia el conocimiento: he aprendido a admirar un sinnúmero de fenómenos, y he nutrido mi intelecto con cuanto nos otorga una naturaleza siempre inagotable. Pero esta ambición traidora ha erigido también las más amargas fuentes de tristeza, pues no ceso de reprocharme a mí mismo haber prestado más atención al cosmos que a la humanidad, a la consecución de la meta egoísta de satisfacer mi voluntad descomulgada de ciencia y mi agónica sed de belleza que al ofrecimiento de una respuesta y de un sacrificio a la tribulación que impera en el mundo.

A este flagelante antagonismo entre mi deseo y mi deber he sucumbido. No he sido capaz de hallar una solución, por la que sin duda han suspirado todas las fatigas de mi alma, que me permitiera conciliar mis propias aspiraciones, inevitablemente circunscritas al angosto e ingrato ámbito de mi espíritu, de mi individualidad avara, de esta imaginación que poseo, inconsolable y ávida de sorpresas nuevas y de sueños ondeantes y rejuvenecedores, con la asunción simultánea de una responsabilidad enaltecida: la de mitigar los males más atroces que asedian a mis hermanos. Me ha faltado tiempo para consagrar mis horas a ambos fines. De mí se han fugado los días y los meses efímeros, mientras yo permanecía absorto en mis huidizas meditaciones sobre los astros, la luz, las plantas y los animales, sin vislumbrar el momento óptimo para concentrar todas mis energías en la ayuda desinteresada a los demás.

Pocos entienden la severidad de este drama, de esta codicia tan despótica cuyas cadenas han avasallado mi alma con los desventurados sortilegios de sus hechizos pertinaces. Mi corazón se ha plegado ante una querencia desbocada por acumular erudición y amasar copiosos acervos de cultura. Me he prosternado ante una voracidad no sofocada por el rocío luminoso del desasimiento. El fiero espectro de mis apetencias me ha incitado a proponerme, sin la saludable restricción, coronar cúspides intelectuales nunca conquistadas y escalar hasta pináculos pictóricos jamás logrados. Espoleado por esta pretensión ardorosa, me he alejado infaustamente de la caridad, del altruismo, del desprendimiento, de la bondad que baña tantos corazones con el celo de sus cascadas diáfanas, del anhelo límpido e inexpugnable de que mi alma viviera transfigurada por la noble virtud de la generosidad hacia todos los hijos de esta vasta y

seductora tierra. El conocimiento, junto con el amor, es el cielo más sublime del hombre, pero prometo que si fundiéramos todas las maravillas del mundo y de la mente en un único crisol, con gozo las rechazaría para saborear la bondad verdadera.

No me alivia pensar que legaré sabiduría y hermosura a la historia venidera, porque no he cumplido lo que igualmente representaba una tarea indemorable para mí: entregarme por entero a mis semejantes; insuflar en su mirada nítidos destellos tallados de esperanza; acariciar sus manos decaídas y enjugar la desafortada angustia de las lágrimas convocadas en sus ojos. El bálsamo salvífico de un perdón cuya belleza me rehabilite es lo único que imploro, porque el hambre tiránica de triunfo ha contaminado mi corazón con sus gotas maculadas. Vano es degustar las dulces pero abrumadoras flores de una gloria sorda al sufrimiento de los hombres.

Tumbémonos en glaucas praderas algodónadas que nos reconforten en días luminosos, al auspicio de esa belleza noble y briosa que resguarda los cauces cuyas corrientes de paz límpida borbollan suavemente en su curso, protegidos bajo cielos fúlgidos, tonificados por la elegancia que destila el grácil aroma de las oropéndolas. Reclinemos confiadamente la cabeza sobre la lisura vigorizadora de la densa hierba, repleta de proféticas hojas lanceoladas y colmada de tréboles pudorosos que reverdecen con aplomo y tenacidad. Pleguémonos ante el palpito magistral que difunde el clamor de la naturaleza, y dirijamos la vista ávida a la suntuosa majestad de los celajes oreados y a su añil intenso, hasta que ese sol que santifica nuestros rostros marchitos nos impida embelesarnos aún más con los lauros de su contemplación, y nos obligue a cerrar los ojos vívidos, para así mirar al fondo evocador de nuestro espíritu. Durmamos, o permanezcamos despiertos mientras soñamos, que es aún más relajante y deleitoso, y comunica más sosiego al alma suspirante, y escuchemos esa melodía tan bondadosa que exhalan los bosques más frondosos, así como la inolvidable balada que protagoniza el rumor de sus aguas fluviales, flanqueadas por meandros, vegas y riberas... Y si nos bendice la fortuna, quizás brille ante nosotros la luz de una orquesta que toque lo más cautivador jamás concebido, y nos conceda experimentar tanta fruición que ni quien ha escrito versos eternos ungidos con sublimes prosodias, ni aquél que ha escandido hexámetros diáfanos y endecasílabas estrofas imperecederas, ni siquiera el dios incognoscible que ha forjado efusivas serranías y ha moldeado océanos sapienciales, se encontraría nunca tan ufanamente complacido en los místicos predios de esta dicha.

¡No ceséis de cantar, altivas aves que surcáis los cielos, ni fenezca el empeño de los ríos por transformar las cordilleras al son de sus deseos, ni desista la naturaleza de suscitar brotes inagotables de alba hermosura, ni abdique la humanidad de componer odas a la maravilla del firmamento...! Que jamás se extinga la llama del entusiasmo, por dolorosos tintes que adquiera el negror de nuestra tragedia, porque ninguna lágrima resultará tan enérgica como para disolver la entereza de nuestros párpados. Nada nos privaría del don de otear el futuro, y de asirnos de la mano, y de caminar por sendas desconocidas, y de ilusionarnos con una meta que a todos nos vincule con los pujantes lazos de su júbilo envolvente, armoniosa luz que nada reprima, aunque sólo se nos tolere divisar ese horizonte de belleza en la recóndita morada que acoge nuestros sueños. Que nuestra aflicción no apague para siempre la gozosa luz diseminada por los faros de la fantasía, sino que propicie, fecunda, la magia de irisaciones bañadas de esperanza...

Explayémonos, yacentes, en el manso y espacioso campo de la vida, que es lo suficientemente amplio como para hospedarnos a todos en los

altos troncos de su holgura. Recostémonos sobre un suelo alfombrado de vislumbres y tapizado de anhelos, para percibir el sigiloso, líquido y sutil roce que prodigan sus vergeles herbáceos, sus racimos fructuosos y sus esparcidas raíces arborescentes. Elevemos ligeramente la cabeza sobre los brazos trémulos, dispuestos como almohada, porque siempre conviene que el encéfalo se halle por encima del cuerpo, sin que le falte la sangre regia, pues necesita mucho riego para imaginar lo aún no augurado... Con devota aquiescencia, distendamos nuestros miembros, para que la ductilidad del espíritu sea capturada por el immaculado poder de la estética. Entonces el cosmos residirá, en efecto, en la hipérbole de nuestras manos, saciadas con manojos de flores olorosas, y habremos construido el punto de apoyo arquimédico que mueva el universo; y discurrirá, sí, el tiempo, pero no lo advertiremos, y los milenios devendrán en siglos, y los siglos, en décadas, y las décadas, en lustros, y los lustros, en años, y los años, en meses, y los meses, en semanas, y las semanas, en días, y los días, en minutos, y los minutos, en segundos, y los segundos, en el desmesurado misterio de lo infinitésimo... ¡Oh arte, que capciosamente engañas al tiempo!

La música y la amistad, y abrir el sentimiento al infinito; y estremecerse con los romances del día y de la noche, de la persona y de la naturaleza; y conversar sin término sobre lo presente y lo venidero; y gritar pugnazmente, aunque nadie nos escuche; y prorrumpir en fragores estruendosos que desemboquen en una dulce algarabía; y escalar todas las montañas; y pisar todas las cumbres y promontorios; y galopar intempestivamente a lomos de todos los corceles; y soñar con níveos unicornios que caracolean augustamente sobre herraduras argéneas; y hablar con todos los seres; y entonar el cántico de los cánticos; y recitar un himno a la alegría; y suponer que las órbitas nos veneran como su centro coruscante... ¡Sí, qué grande puede ser la vida!

Denodadamente imploramos un interlocutor absoluto que satisfaga nuestras ansias más perdurables, pero exista o no, su aurora de tenues rayos despunta de manera gradual, conforme nuestro fervor y nuestro esmero ensanchan las inconmensurables fronteras de la humanidad, bordeadas por gratas inmensidades de presagios, y dilatan, desde púlpitos de valentía, los márgenes que ciñen nuestro pensamiento y los oscuros contornos que confinan nuestras emociones a límites demasiado estrechos...

¿Tan angosta es tu alma que sólo alberga suspicacia y aspereza cuando le confieso que busco la belleza, el amor y la sabiduría? ¿Pretendes acaso condenarme a una fatigosa y gris concatenación de medios, en cuya recelosa acritud nunca se atisbe la claridad resplandeciente de fin alguno?

¿Tan fría y desconsoladora es tu razón que me niegas la serena fragancia de la utopía?

Yo quiero un destello que me supere, y regar mi faz con una pureza que me redima...

Desencantemos la vastedad del mundo con la fuerza del intelecto, pero mistifiquemos la vida con la exuberancia del amor, de la belleza y de la sabiduría.

DÍA DUODÉCIMO

La música materializa lo intangible en sus sonoros compases, pero su hechizo es efímero. La implacable cascada de las horas lo sumerge en densos mares de olvido y lo diluye en las recónditas fuentes de la nostalgia. En cambio, el brío evocador de la pintura se condensa de modo permanente, enclavado en la virtuosa solidez de las dimensiones espaciales. Prefiero cultivar las artes plásticas, aunque he de admitir que nada insufla tanto deleite en los ansiosos poros de mi inteligencia y de mi voluntad como la música, crisálida que me transporta a un escenario desconocido y desborda mi indecisa capacidad de fantasía. Ella expresa todas las emociones que el ser humano llega a avivar.

Esta tarde, cuando regresaba a casa, amparado por un sol sollozante que vaticinaba la límpida irrupción de un crepúsculo insondablemente bello, no he podido evitar detenerme junto al pórtico de una iglesia. Me he quedado de pie al fondo del templo, absorto en una quietud virginal y deslumbradora, prendado de tanta elevación, poseído mi espíritu por un misterio que me sobrepasa en infinitos términos y en místicas cláusulas, mientras unos cánticos que parecían proceder del más sublime de los cielos me atrapaban dulcemente, en un éxtasis soberano que me imbuía de placeres divinales. Mis pensamientos y mis anhelos han fluido por el torrente de mi alma con una suavidad desconcertante. ¿Por qué atesoran las alas de la música esa habilidad tan pujante para trasladarnos a la sagrada esfera de lo invisible, territorio inexplorado que en verdad busca nuestro corazón?

No imagino un universo sin música, ni sin la hermosura inmarcitable de la sabiduría, ni sin la delicada pasión por entender, ni sin enternecerse mi alma, encinta de apetencias inmortales, cuando mi cuerpo cruje y vibra con las notas diseminadas por la lira que ensalza mis deseos.

Creo que se enciende una luz inefable en todos nosotros cuando sucumbimos a un arrebató que nos ensimisma gozosamente, sumidos en una suspensión angélica que bastante se asemeja al sereno trance ascético, glorificados por la magia, dichosa y fugaz, de esa melodía tan refinada que exhalan las recias huestes de la naturaleza; por ese fuego salutífero que el arte, cuan proficuo espejo ustorio, refleja con fervor en las floridas sendas del mundo y de la vida, para irradiar sus pulcras llamaradas hacia la vastedad del cosmos, y así abrasar las mentes y los corazones con los haces inmaculados de su fulguración mesiánica. Captamos entonces un tímido destello de la plenitud; un palpito, indeleble y majestuoso, del

*dorado paraíso donde aletean libremente las armoniosas aves del amor,
crece el árbol de la belleza y triunfan los siervos de la sabiduría.*

TIERRA Y CIELO

Sí, ojalá existiera un dios que nos librase de estas miserias, y transformase nuestras pasiones en dorados ríos de luz, cuyas aguas rebosaran de alegría y generosidad; una deidad que nos revelase el secreto de la vida, porque quizás entonces toleraríamos ser observados, siempre y cuando fuese por unos ojos que irradiasen serenos rayos de amor... Pero ignoramos si subsiste esa divinidad, y hágalo o no, los astros ordenados en el firmamento no cesan de brillar en la noche oscura, que interpela tanto al alma como al cuerpo, y un sol esmaltado calienta a justos y pecadores, a vivos e inertes, y se retira a descansar en la nocturnidad insondable, remedo de quién creó el mundo en seis días y hubo de reposar al séptimo, derregado por producir hálitos de hermosura a partir de la nada en intangibles crepúsculos de ébano. Los cárdenos lirios del campo germinan, mueren, nacen y vuelven a crecer, y ni siegan, ni se fatigan, ni se depauperan, y todavía se visten con tanta delicadeza y se engalanan con una policromía dotada de colores tan bellos que ni Salomón, ni Midas, ni Creso lograrían jamás emularlos... Los lauros de los poderosos de este mundo exhiben el agrio y lacerante signo que remite a la más implacable de las contradicciones. Todo cuanto refulge en sus efigies conspicuas se entenebrece también inexorablemente en escenarios lóbregos, empapados de infamia, cuyas nefandas sombras de desconsuelo con frecuencia han definido a quienes personificaban la quintaesencia de todo lo que implora nuestro género, al haber limitado semejante horizonte al angosto terreno de la gloria y de la voraz riqueza pecuniaria... Y, claro está, de inmediato advertimos que metas tan vacuas jamás agotarían la desbordante y aleccionadora oferta de la vida, o al menos así pretendemos creerlo, aunque luego nos impidamos a nosotros mismos edificar, o siquiera columbrar, un mundo y una historia donde, en efecto, el acopio de poder y la acumulación de riqueza no consuman el elenco de nuestras energías, y donde ese feudo bajo cuya diafanidad mora el dios que, ¡oh humana utopía!, cubre con su mirada colosal un océano ciclópeo regado de galaxias, posea también un gobernante de carne y hueso en estos lares...

Si Dios, según afirman, es luminosamente incorpóreo, ¿cómo se comunicarían los seres humanos con él, si no fuera por la excepcional vía del espíritu, del sueño nocturno que, a diferencia del diurno, parece no exigir que se agiten las cuerdas vocales, pese a mantenernos ásperamente enroscados en torno a nosotros mismos, en el placentero silencio que anega nuestro lecho ávido; un sueño que, en contraste con la tierna luz que imaginamos al mediodía, no acrisola una ilusión capaz de trascendernos, un foco de entusiasmo cuyas tenaces proyecciones nos eleven allende nosotros mismos, a la ultramar de nuestra individualidad, sino que nos devuelve a esa egocéntrica esfera saturada de aspiraciones singulares?

Sí, ojalá un dios entronizado habitara en un reino saciado de belleza, donde todos estuviéramos invitados a convertirnos voluntariamente en súbditos suyos, para así disfrutar de tan magno señor y gozar de tan espléndido sitio; pues de doctos no es sólo ansiar la libertad, sino también someterla oportunamente a los más sabios designios, y arrodillarse, o inclinar la cabeza, ante quien se debe... Muchos se demudarían gustosamente en siervos del más ilustrado de los déspotas antes que en esclavos de su libérrimo albedrío, al menos si el autócrata hubiese hallado la solución al enigma milenario que nubla los brumosos senderos de la vida; otros, por el contrario, considerarían que máspreciado es buscar que encontrar, e iniciar sublimes pesquisas que dirimirlas abruptamente, porque, como proclamara un filósofo, la pregunta es la piedad del pensamiento...

Quizás muchos acudiesen a la corte presidida por ese gran rey, atraídos por la promesa de saborear todos los néctares que brotasen de las sagradas flores de su omnisciencia. Se habría desvanecido en ellos el comprensible reparo a transferir la libertad propia para integrarla en la corriente liderada por la más perfecta de las cabezas, y ya nadie diría que sólo los mediocres obtienen el triunfo, ni sostendría que la emponzoñada copa de la envidia ahoga siempre todo vestigio de aristocracia en el seno del espíritu.

Sin embargo, de poco nos valdría que ese mágico reino condescendiera al ajedrezado suelo de la tierra, donde combaten encarnizadamente las huestes del bien y del mal, procedente de poéticos castillos que solían ubicarse en constelaciones de nubes entumecidas a las que se ascendía por hiedras casi infinitas que surgían del duro arar de la naturaleza, o del arte apócrifo de la fabulación, que ya desconoce uno a qué atenerse, pues la fantasía y la verdad no sólo se entremezclan, sino que se asisten mutuamente, al señalar ambas la sonora certidumbre del futuro, y ser el porvenir sinónimo de la plausibilidad inherente a todo sueño, a toda entelequia, a toda idea... Admitámoslo: tampoco en esa áurea tribuna se nos garantizaría la satisfacción plena, porque ningún dios sanaría nunca nuestra hambre de novedad, de primicia, de primavera. Y aunque en las inmensidades campestres que vertebran este mundo nuestro se levantasen ciudades desprovistas de alcázares, despojadas de murallas, privadas de fosos, con calles y casas en las que no se albergase ningún rastro, ninguna secuela traumática de los males que hoy por hoy afligen el corazón del hombre, y donde el verde y dorado árbol de la vida proporcionase un cobijo a la mente rociado con las gotas más límpidas y asperjado por las salpicaduras de las aguas más hialinas, imbuido de tal belleza que ni la más gris de las teorías sucumbiera a la lapidosa carga del aburrimiento, y cuyos dulces soplos de paz infundieran las amables brisas de la concordia en

todos los miembros de esa comunidad idílica..., ni siquiera entonces resultaría posible explicar cómo conversarían los vasallos con su monarca divino, si en él no hay materia y todo es impasible espíritu.

A pesar de esta objeción ineludible contra toda hipótesis de un imperio numinoso sobre el decurso de los siglos, somos conscientes de que vivir no consiste sólo en ejercer la autonomía. No basta con entonar el grito retozador que nos insufla los céfiros seductores de una felicidad incólume, ni con desplazarse dispendiosamente de aquí allá, desceñidas las tajantes ataduras que el espacio y el tiempo simulan imponernos de modo artificial e ilegítimo, cuando lo hacen en estricto, en maquinal cumplimiento del contrato firmado con las leyes del universo; pero es tan incurable nuestro orgullo que fingimos detentar un salvoconducto, cuyas provechosas cláusulas abrogan lo reglamentado y nos eximen de unas normas ya promulgadas, preceptos inflexibles que tan onerosamente gravan el devenir de piedras, plantas y animales... Por ello, incluso en ese escenario sin telón de fondo que encumbrase a Dios por encima de los hombres, preferiríamos ceder parte de nuestra libertad a la sabiduría suma, pues entendimiento inconmensurable emanaría de los manantiales tallados por un soberano deífico.

Nos agrada tanto mandar como obedecer, y requerimos de un cetro resplandeciente que oriente nuestra vida; de una estrella matutina que nos guíe por la senda de la virtud; del maestro profético que nos enseñe todo lo que es preciso para alcanzar el perenne trofeo de la dicha bajo este grato cielo, aun expuestos a la contingencia del equívoco, del solecismo y de la frustración, pues *errare humanum est*, y hemos de fracasar para progresar en nuestro cometido más genuinamente humano... Pero debería tratarse de una potestad contra la que eventualmente pudiéramos rebelarnos, en herética apostasía; y he aquí nuestro yerto infortunio, porque ¿quién conseguiría sublevarse contra una divinidad eterna, contra una deidad que persiste en sí misma y por siempre, virginal sustancia, acto puro y no contaminado, infinito e infinitésimo, de cuya naturaleza se han ausentado la potencia, la finitud y la corrupción; un dios inundado del espíritu de la bondad, dueño de otros múltiples atributos que sólo evocan perfección y completitud, y cuyo corazón misericordioso suspira por que nuestras almas conquisten los pináculos más eximios? De residir en ese enclave recóndito, seríamos signatarios de un acuerdo irreformable, sin indulgente vuelta de hoja, y nos asemejaríamos a los ángeles y arcángeles caídos, quienes al haber divisado, con una nitidez aciaga, el desenlace vigente, posible y futurible de todas sus acciones, no le plugo al ser supremo expiar el adusto volumen de su trasgresión. ¡Qué atroz fatalidad envuelve a esas criaturas seráficas que surcan cielos innombrables con el batir de sus alas inocentes!

Escojo la condición humana, bajo cuyo amparo todavía acontece la belleza onírica del perdón, la imponderable luz del arrepentimiento, así como ese estado tan reconfortante que adquiere el espíritu cuando se entrega a los cálidos brazos de la compasión, que no constituye un tenue antídoto contra el suicidio o la expresión de un complejo hipócrita de infatuada superioridad, sino una fuente de esperanza sincera en la fuerza antropológica del cambio...

Sí, ojalá nos acompañara un dios, pero, como alguien escribió, ojalá supiera también bailar... ¡Cómo nos asedia la añoranza de ese dios de salvación vaticinado por tantos oráculos! ¡Cómo nos desgarran la melancolía que nos ha inoculado la fe en un redentor, en un mesías que nos auspicio hasta la pródiga altura de los cielos, cuando al mismo tiempo suplicamos sumergirnos en las más remotas profundidades de la tierra! Mientras tanto, que la fe persevere en su afán inveterado de mover montañas indómitas, y de horadar valles que descuellan por su magnificencia, y de inaugurar santos y puros vergeles henchidos de azucenas que palpiten en incomparables destellos de hermosura, pues a veces desencadena una hilera que engarza creaciones legendarias, hitos portentosos, fragancias que nos colman y perfuman con la concomitancia de sus maravillas... Sin embargo, que no trastoque los paisajes rupestres en demasía: no está preparado nuestro corazón para resistir tanto y tan arcano milagro. Impetramos un desafío valeroso, un reto que humille nuestra razón desafecta y propicie que nos percatemos del carácter inconcluso de nuestros sentidos, pero un duelo contra quien atesora también la gentileza de permitirnos a nosotros trasladar las cimas con nuestro propio ingenio, porque algo hemos aprendido al respecto después de erigir pirámides faraónicas, ábsides románicos y catedrales góticas ennoblecidas con prodigios vitrales, así como monumentos hercúleos que rivalizan con las lechosas cúspides de las cordilleras...

Fe, sí, que abra mundos y escenarios, ficticios o reales, sensatos o disparatados, pero una fe que sustituya la rutina que ofusca los intransitables caminos de la vida, esa dinámica que trenzan las causas e hilvanan sus consecuencias, ese mecanismo cósmico que esparce una inderogable concatenación de procesos necesarios, por la utopía de un amanecer auténticamente nuevo.

La religión...: antorcha ancestral que enciende la pira de esperanzas volcadas hacia un mundo tejido de emociones y orlado de deseos, cuya amplitud quizás redima la rigidez de la razón del hombre; hontanar de una luz que mitigue todo dolor y venza toda negación.

He aquí un anhelo: que la pujanza conceptual y simbólica desplegada por las grandes religiones se traduzca, bienaventuradamente, en un lenguaje inteligible para todos los seres humanos, en una exhortación a abandonar esa reclusión sectaria que aherroja muchos de sus ideales más alentadores, en una vindicación del espíritu ecuménico.

Los credos se toparán muchas veces con la infranqueable barrera de una razón altiva. En otras situaciones derrotarán, misteriosamente, el robusto poder del entendimiento, y en no pocos casos perforarán la vastedad del espíritu humano gracias al impulso impredecible que exhala el sentimiento, cuya frescura disuelve la aridez de toda inteligencia; pero siempre, sea cual sea nuestra actitud hacia ellos, nos incitarán a pensar, y quizás planten también una semilla inspiradora que espolee nuestra imaginación, para nutrirla con ese brío tan fascinante que eclosiona en los frutos más bellos cosechados por la creatividad religiosa...

DÍA DECIMOTERCERO

Dicen que la fe mueve montañas, y yo lo compruebo cada día, al admirar mis ojos nuestras iglesias escultóricas, o el séquito de ermitas marianas que embellece colinas onduladas, o la constelación de templos contruidos por los romanos en estas tierras, de cuya hermosura aún hoy se conservan numerosos restos. Todo lo forjaron por fe. No disponían de ninguna certeza que demostrase que esos dioses a quienes invocaban fueran a ayudarles, solícitos a sus deprecaciones. Y sin embargo, carentes de argumentos irrefutables, no escatimaron esfuerzos ingentes y denodados sufragios en alabar a esas mismas deidades arrogantes, a esas divinidades que nunca les agradecían su tesón, su irrestricta y abnegada consagración a los nebulosos altares de lo desconocido.

Hemos prestado más atención a lo invisible que a lo visible, a los dioses que a los hombres, al cielo que a la naturaleza. Levantamos ciclópeas catedrales que rivalizan con las maravillas legadas por la Antigüedad, condensaciones de verdaderos prodigios, hitos que estampan lo más perdurable de la arquitectura, pero acumulamos calles hediondas, abarrotadas de vericuetos intransitables y de arrabales atestados de pordioseros, con muchedumbres escuálidas y enternecedoras plagadas de acémilas, de semblantes enjutos, privados de cualquier atisbo de esperanza, aunque nos hayan instruido en la doctrina, bella y enardecedora, de que todos somos hijos de Dios, prole de un mismo padre. Las casas de la gran mayoría de la población son precarias, astrosas y apretujadas viviendas constantemente sometidas a los avatares del clima y a las vicisitudes de los incendios, que las desvencijan sin atesorar vestigio alguno de lástima. ¿Por qué no preocuparnos más por el bienestar de nuestros semejantes, de tantos desposeídos y menesterosos que portan el alma herida de la humanidad? ¿Por qué esa fe tan robusta, que con una rapidez insólita trastoca las cordilleras y refracta la inderogable marcha de los tiempos, no transforma también los corazones humanos, para que no permanezcamos enceguecidos ante las aterradoras embestidas del dolor ajeno?

Los dioses, si existen, poco o nada tienen que ver con los hombres. No nos han revelado el secreto del mundo, ni la fascinación que nos prodigan las dulces y sinuosas llamaradas del arte, ni las proezas más embelesadoras que nuestra ingeniería erige con el único apoyo de la fatalidad y de la inteligencia. La naturaleza, por el contrario, nos habla continuamente. Dialogamos con ella cada día. Yo le pregunto, y ella me responde: es la suprema elocuencia de la vida, cuya labia desafía todo

discurso humano. No preciso de ningún intermediario, porque sé que es ella la que salvaguarda, con un celo inexpugnable y en un cofre pulquérrimo, las doradas claves para despejar la vasta incógnita sobre el porqué del universo. Y la naturaleza encarna también arte, estética en su máximo exponente. No he de inspirarme en ningún dios lejano o en ningún glorioso paraíso: me basta fijar mis ojos irredentos en la exquisita luminosidad de la vida y en la multicolor gama de espacios que me rodean.

Quizás sea la naturaleza el dios por cuya piadosa luz nos desvivimos tan apasionadamente. Quizás la fe desplace, en efecto, lomas, oteros y collados, porque todos ellos constituyan, en realidad, una parte privilegiada del inmenso y venerado cosmos, de cuyas entrañas dimana el objeto por antonomasia de cualquier credo: a la sazón, la extraordinaria variedad de formas que genera el mundo, portentos que jamás cejarán en su sutil pretensión de cautivarnos. Todo esconde una unidad profunda, unos desposorios místicos esquivos a la observación superficial de los sentidos. De su belleza silenciosa nos percatamos al conjugar la experiencia con la reflexión, para advertir que todo cuanto nos circunda se integra, indescriptiblemente, en un sistema bañado de vigor y enaltecido con el inestimable don de la creatividad.

Sospecho que ese dios a cuyo espíritu reza la fatigada voz del hombre encapsula el significado último oculto en la naturaleza, personificación del rostro visible de esa divinidad, su vívida y palpitante efigie, y la de los ídolos paganos, y la del dios de los mahometanos, y la de esa pléyade de deidades alabadas por tantos pueblos que han ennoblecido los arenosos senderos de la Tierra. San Pablo explica que “en él vivimos, nos movemos y existimos”. ¿Qué, sino la naturaleza, rubrica el escenario donde habitamos, caminamos y subsistimos? ¿Puede lo divino serle totalmente heteróclito a la naturaleza, o ésta no consistirá más bien en una manifestación sensible de esa lógica que rige, armoniosamente, el acontecer irrevocable del mundo?

Pero no encuentro amor en las dilatadas provincias de la naturaleza. Diviso, sí, una hermosura inopinada que me extasía, una luz de vibrante inocencia que me invita a soñar con lo imposible para bautizarlo como posible, mas no descubro la implorada faz del amor. Palpo una fiereza amarga, la agria y reiterada victoria del fuerte sobre el débil. Es ésta la verdad del mundo y de la vida: que la belleza prístina de un prado ataviado de mansos verdos esmeralda encubre, sigilosamente, un duelo trágico por la supervivencia. Yo querría creer en un dios que fuese amor, pero su obra no abraza los pulcros rayos del grato sol de la ternura. Es hija de la necesidad. El amor sólo mora en la interioridad de los hombres,

y muchas veces se evade de nuestro ser, porque no cesan de anegarnos las destilaciones del odio, esas tinieblas espirituales que se exteriorizan como resentimiento, como sed abrumadora de venganza, como un resabio incurable cuyos espectros pavorosos persiguen, entumecidos por indomesticables furros ponzoñosos, el premio atroz de las represalias y de las vindicaciones más despiadadas. Su sombra lúgubre abunda en nuestros corazones, y su causticidad intoxica nuestras almas indigentes. Bajo su férula, proyectamos nuestro rencor sobre los otros y desdeñamos todo lo que el mundo adora.

Yo no requiero de ningún rito que me consuele con sus capciosos sortilegios, y me conceda paz frente a la vorágine ensordecedora que ofusca los dúctiles resortes del cosmos: mi religión brota del amor por la ciencia y del anhelo de felicidad. El conocimiento es mi sagrado hedonismo. El placer que me otorga la búsqueda de la sabiduría colma mi vida y justifica mi pesar. Dos bálsamos me desahogan en mi tristeza: la naturaleza y el ansia humana de entendimiento, que nunca se clausura. Comprendo que mis semejantes se sientan obligados a rendir culto al Dios que perfora las alturas con su tridente, temerosos del sufrimiento, del óbito y del juicio celestial, pero creo que debemos aprender a desterrar estos miedos opresivos. Yo comparto muchos de sus recelos, pues me invade la insistente tentación de interrogarle al universo de la siguiente manera: ¿Por qué? ¿Por qué estoy aquí? ¿Para qué he de vivir, y afanarme en llevar a cabo una profusa multitud de empresas tenuemente borrajeadas en la sede de mi imaginación, si la muerte desembarcará tarde o temprano, quizás repentinamente y sin avisarme, y su navío no levará áncora, mas me apremiará a desaparecer de este mundo indócil? Entiendo la agonía de la humanidad, porque se incardina también en ella el estandarte de mi propia angustia no cicatrizada, de la tensión que vela por mi espíritu. No obstante, debemos enseñarnos los unos a los otros que nuestras ilusiones más arrebatadoras han de volcarse hacia el hombre y su perfeccionamiento, pues el ideal más sublime de la vida fluye del amor, de la ciencia y de la contemplación de la belleza. En estas cimas primordiales reside la salvación que nos aguarda. Morimos, es verdad, pero otros arriban a este puerto, y con las tersas semillas de su entusiasmo fertilizan el mundo. Son ellos quienes toman el relevo en la carrera épica por la mejora gradual de nuestro linaje.

Jamás desvelaré si existe o no un Dios que acepte acogernos en su regazo maternal cuando todo acabe; una deidad que nos obsequie con un sentido, con una razón que esclarezca el porqué de nuestras indecisas andaduras por este dédalo de sendas inescrutables cuyos finísimos hilos de misterio tejen el bordado de la vida más allá del significado concreto que

nosotros mismos formulamos con el agudo haz de nuestras acciones. La fe en Dios simboliza, sí, un convencimiento firme y fortalecedor albergado por muchos corazones, y lo respeto, e incluso en ocasiones, una fuerza inefable me incita a sumarme a los veloces carros de su luz y a sumergirme en sus aguas saciadas de esperanza. Sin embargo, lo que la noción de vida eterna insinúa supera con creces el poder de la inteligencia humana, pues ¿cómo concebir esa presencia imperecedera en la suavidad del cielo? ¿En qué radicaría? ¿Cómo nos veríamos a nosotros mismos? ¿Qué les ocurriría a nuestros cuerpos? ¿Por qué vivir, si hemos de morir ineluctablemente? ¿Por qué Dios no nos ha destinado desde el primer momento, desde los recónditos amaneceres de la vida, a la comunión perpetua y beatífica junto a Él? ¿Será su juicio tan glacial y severo como predicán, o se apiadará, amoroso, indulgente y conmovido, de la porfiada iniquidad del hombre? ¿Qué fatídica culpa han contraído tantos que no eligieron su situación aciaga, sino que padecieron la aspereza inenarrable de una existencia gobernada por los desgarradores dictámenes de la ignorancia, que constriñe todo deseo, por una pobreza ominosa que causa estragos o por una sonora falta de horizontes que marchita todo ímpetu? ¿Por qué la muerte y el dolor se muestra tan poco clementes con el ser humano, y le dispensan un trato análogo al de los demás animales que colonizan el orbe? ¿No nos reduciremos, después de todo, a meros seres naturales, más espiritualizados, sí, pero inexorablemente mundanos, sujetos a las mismas leyes que infligen su rigor sobre las restantes criaturas, o hemos de suponer que se nos ha deparado un escenario distinto, el de la vida eterna junto a Dios, sello solemne de nuestra unicidad en el seno de este hermético universo? Yo intuyo al hombre como un elemento eximio del fervor de la naturaleza, provisto de inteligencia y dotado de voluntad, pero perteneciente a ese cosmos que lo vio nacer, y lo alimentó pródicamente, y fue testigo de cómo crecía y fallecía. En el hombre, la naturaleza se cuestiona a sí misma. En la humanidad, la naturaleza se comunica consigo a través del lenguaje y de la hondura que sus verbos más puros logran expresar. En nosotros, en nuestra delicada carne y en nuestra altiva alma, la naturaleza se ha procurado un espejo en el que reflejarse, un cristal diáfano que le confiesa su más preciada intimidad, en una declaración de empatía inextinguible.

¿No resulta verosímil, además de aleccionador, pensar que los hombres hemos sido llamados a metamorfosearnos en dioses, a transfigurarnos en deidades que derramen el subyugante aroma del amor sobre las mudas extensiones de una naturaleza hambrienta de sentimientos, como si el mundo nos hubiera engendrado a nosotros, lábiles retoños suyos, para que inflamásemos esa bondad de cuya docta hermosura carece

la entereza de sus pechos: la joya de la misericordia ausente en la inhóspita crudeza de la vida?

En cualquier caso, ojalá existiera un Dios que no nos abandonara en el olvido; un Dios cuyas manos de benevolencia nos abrieran las puertas que protegen su hogar eterno. Sí, ojalá... Tantas personas que han vivido en desgracia claman por empuñar la espada que resucite esta aspiración, por un Dios que nos escuche y auxilie. ¿Quién no impetrará un amor que nos ampare para siempre? Sería demasiado injusto poseer un intelecto que nos insta a preguntarnos por la vida y la muerte, por lo finito y lo infinito, por el bien y el mal, y nos permite alumbrar la idea de un reino sumo y eterno, para luego ser traicionados con la evidencia de una existencia rasamente natural, abocada a la más infausta y desleal de las obliteraciones, supeditada a la fatuidad de una aniquilación imperiosa... Pero atravieso, vacilante, océanos tempestuosos y coléricos, teñidos todos ellos de oscuridad indómita, y no me hallo plenamente persuadido de que nuestra estirpe sondee, algún remoto día, la contestación definitiva a estos enigmas que nos han asediado desde la difusa aurora de los tiempos.

Querer respirar las sagradas delicias de una luz y la pujante oscuridad de su sombra antagónica; desear que aquí y ahora se suspendiera el hervor inextinguible que bulle de las contradicciones insumisas y se reconciliase todo cuanto parece enfrentado a la docta luz del día... Pero ¿es siquiera factible avivar esta incoherencia, este flagrante anacoluto que amalgama dinamismos tan dispares, o se trata de un ideal que sólo acontece en el expresivo y pudoroso mutismo de la noche, cuando los párpados adormilados cubren la oclusión de los ojos y los brazos permanecen distendidos sobre la evocadora y susurrante placidez del lecho, para propiciar que no actúe la condescendencia de las manos, esa genial creación que nos capacita para asir los útiles disponibles, de manera que de un gesto tan hipotéticamente insignificante se construya todo un mundo humano? No se afanarían ya sus palmas en atrapar nada, en juntar el pulgar con los demás dedos a fin de sostener los afligidos objetos de la tierra, o en levantar las robustas piedras de templos honorables que prometen conducirnos al más venturoso y augusto de los cielos?

Todo ser humano añora integrar igualdad y libertad, si es humanista, y culminar la trisección del ángulo y la cuadratura del círculo, si es matemático y científico, pero no nos ha sido permitido desafiar la lógica, sino crear nosotros un lenguaje nuevo, fogoso y benevolente, bajo cuyo benigno amparo la igualdad represente la garantía de la libertad, y la libertad, el pedestal marmóreo que entronice la igualdad, y donde los círculos sean también cuadrados, y los cuadrados, anillos orbitales con infinitos radios.

¿Acaso ya no hay alegría? ¿Se han marchitado ya todas las rosas? ¡No temamos la verdad!, que es siempre conflictual e incompleta, y sólo presagia lo aún no manifiesto, como un heraldo invisible y fugitivo que preludia el flamante advenimiento de días colmados de belleza inexplorada, o el rocío que quizás fluya de los gozosos predios del pertinaz mañana... Confiamos entonces en la ardorosa evidencia del futuro, que retará la del pasado y sustituirá la del presente. He ahí el auténtico manantial de nuestro júbilo.

Puede que las ideas se muestren intangibles y eternas, tristemente encerradas en la prisión atemporal que ellas mismas erigen, pero a la humanidad que camina por la senda de la historia le ha sido otorgado alumbrar conceptos rejuvenecedores. Mantendremos, sí, los antiguos, que nunca mueren, y penetran en esa glosada biblioteca junto a cuyos anaqueles todos leemos deleitosamente, pero añadiremos otros, hoy por hoy desconocidos, que no sabemos si moran ya allá, en esas inescrutables alturas siderales que tanto fascinaron a las almas gnósticas y plotinianas, o

si más bien constituyen un producto noble y virtuoso del tenaz ejercicio de nuestra mente, el fruto cosechado por el sacrificio de los hombres en ese cosmos recóndito e inaprehensible que brilla en el seno de su espíritu. Se suscitarán, en cualquier caso, más y más ilusiones, aptas para tonificar los dominios de nuestra fantasía, y su fuerza asestará un duro golpe a las del presente, que se creen únicas e imperecederas... Y lo son, en cierto modo, pero no agotan el vasto espacio de lo que es imaginable y pertenece, por tanto, a ese universo virginal moldeado por los pulcros haces de lo posible; pues la potencia relativiza el acto, y encarna la meta profética a la que lo real aspira, así como el listón preeminente con el que todo se homologa.

Nos es dado, hermanos míos, unir lo que hoy se halla disperso, y redimir lo teóricamente opuesto, y soñar con una nueva aurora... Pero la hora matinal transcurre ya hoy, porque musitar las sonoras letras de “mañana”, y consensuar que comienza en un determinado e incapturable segundo, obedece a un acuerdo humano, que las culturas asumen inspiradas en esa concatenación de ciclos alternantes cuyas oscilaciones bordan el arcano ropaje de la naturaleza, en el fenómeno aleccionador del sol que impávidamente va y valerosamente viene, del alba naciente que despunta y del recopilador ocaso que se clausura en hondos crepúsculos de silencio. El mañana simboliza, en verdad, aquello que no cesa de reemplazar las procelosas huestes del hoy, y el hoy comporta la solidez pura del instante inasible, siempre poseedor de un antecedente y de un consecuente, por lo que lo momentáneo desemboca en las mares insondables de lo infinitésimo, de lo inacabablemente pequeño, tan ilimitado como lo irrestricto y exorbitante, hasta que nos conquista ese tenue, bello y maravilloso haz de imponderables intuiciones que acompaña toda alusión a lo infinito... Y entonces el confuso hoy no existe, sino que remite al espejismo del ayer y del mañana; pero tampoco amanece el ayer, que también fue hoy, ni el mañana, que en breve se enmascarará tras el brumoso rostro del hoy...

No toleremos el avasallamiento del tiempo, la tiranía de sus sutilezas más capciosas y de sus delirios más embaucadores, la opresión de esos esdrújulos y rizados retruécanos que alientan sus brisas indómitas, plagadas de borrosos endecasílabos desafectos. Rebelémonos sin miedo contra la agonía que no desiste de infligir en nosotros, ante lo esquivo e incomprensible que nos resulta: atrapemos las blancas alas de esa jovial mariposa que también hoy vuela bajo miríadas de estrellas y cometas, proeza análoga a la de apresar el episodio efímero, el reflejo fugaz cuyos ecos se desvanecen en los inmensos campos de la delicuescencia. Interceptémosla con suavidad, admiración y templanza; encapsulémosla con amartelada ternura y cuidémosla con el mayor de los esmeros, para que

quizás nos revele, con el alma de una generosidad insospechada, el codiciado secreto de la vida y el porqué de todo cuanto nos rodea.

El mañana es el hoy, y el ayer jamás se difumina irreversiblemente. El decurso de los siglos nada arrincona: lo aúna todo con todo y todo con todos, el ayer con el hoy, el hoy con el mañana y el mañana con el ayer; incoa la recapitulación de todo ser y la síntesis de todo devenir. Y en la rareza, casi funambulesca, que provoca la reflexión ontológica sobre los densos enigmas del tiempo subsiste, empero, una certeza abrumadora, impregnada de un misterio que roza el etéreo reino de lo irrefutable: no sabemos qué nos ha deparado el destino, y toda belleza escondida florece caprichosamente. Por ello, soñemos embargados de esperanza y, ante todo, entreguémonos a encender la dulce luz de la creatividad, a irradiar el fulgor de la invención, a difundir la claridad del arte y a diseminar el esplendor de la ciencia, los mayores tesoros que custodiamos en esa inexpugnable fortaleza aposentada en las indóciles profundidades de nuestro espíritu.

DÍA DECIMOCUARTO

La verdad es demasiado árida y desalentadora como para difundirla por todas las esquinas que bordean este mundo insólito. Su cúmulo de certezas se afana en sepultar aspiraciones ávidas de ascender a lo desconocido, pero como hombres, precisamos del bálsamo de un consuelo, y hemos de construir una historia que nos distraiga del destino cuya tenebrosa y demoledora sombra nos aguarda, siempre expectante, siempre al acecho tras tupidos bosques sembrados de misterio. Nacemos para morir... ¡Si al menos atesorara en mi corazón un hermoso destello de fe! Sólo impetro una tímida minucia; sólo le ruego a Dios, si nos escucha también hoy con su clemencia absolutoria, como soberano que vigila los siglos desde la gloria y las cúspides de los doctos areópagos de su sitial, firmemente enclavado en su noble cielo de amor y pureza, que me conceda un pálido atisbo de fe y estreche la vastedad de mi desasosiego entre sus suaves brazos paternos. Me bastaría un hálito de la esperanza que poseen tantas ancianas en las aldeas, gentes sencillas, corazones inocentes que no han recibido educación alguna, pero cuyo espíritu se halla dominado por la necesidad imperiosa de convertir la vida en una tarea más llevadera. Si se percataran de que sus esfuerzos son vanos, porque la actual esclavitud que atribula sus almas y aherroja sus cuerpos sólo se saldará con su desaparición, con su disolución en ese inmenso, enmudecido y desdichado océano que baña el firmamento con sus corrientes silenciosas, su mortificación adquiriría una intensidad insufrible. Afligidas, suficiente dolor padecen ya como para amargarles aún más la vida con funestas evidencias. Y de poco serviría que les hablara sobre la maravilla inestimable cristalizada en la pujanza del universo, y les aleccionara sobre el terso y efusivo prodigio de pertenecer a un reino, la dúctil esfera de la naturaleza, que produce formas tan variadas y cuya creatividad exhala frondosos rayos de belleza inconmensurable.

¿Qué sería de los hombres sin Dios, cercadas sus almas por los ásperos pretiles de un reguero desazonador, encenegado de tragedia y teñido de desconcierto? Y yo quisiera asumir la fe en ese Dios, pero me cuesta tanto... Se me hace tan arduo confiar en lo que no observo con mis propios ojos, o en lo que no deduzco de esa sugestiva armonía que fluye de los mecanismos irrevocables de la lógica, que difícilmente puede mi intelecto claudicar ante un Dios enigmático y evanescente, cuyo tenso corazón ha renegado de tantos hijos suyos.

En cualquier caso, reconozco que siempre apelaremos a un ser supremo para que nuestras vidas aciagas beban de los copiosos

manantiales de un sentido, de un significado que dulcifique la existencia, pues la secante fatalidad de un óbito ineluctable prosigue ahí, e ignoramos, al fin y al cabo, por qué se alzan nuestros pies sobre la tierra y miran nuestros ojos a cielos trenzados de estrellas. Hay vida porque hay muerte, y emerge renovación en el arcano seno de la naturaleza porque unos seres relevan a otros en esta carrera perenne y repleta de obstáculos inimaginables, pero el vago trofeo sólo se gana mediante un suplicio injusto, que es la aniquilación, despojada de misericordia, de tantos individuos que legítimamente pugnaron por degustar el santo grial de la permanencia. Si el dios insondable se ha encarnado en la naturaleza que nos cubre con sus severos mantos de incógnitas, bienvenida sea la fe en su espíritu y entonemos alabanzas a sus obras más hialinas, pero no sé si su cálida luz lograría salvarnos de este precipicio desgarrador, escarpado e infranqueable; de este acantilado abrupto y pavoroso que separa la realidad de las conmovedoras chispas despedidas por una llama irreprimible, por la pira de promesas y añoranzas en cuyo fuego dramático arden nuestros deseos más profundos, gráciles y sonoros.

Proclaman que Dios es amor, pero si el amor representa algo más que un simple atributo entitativo de su esencia inmutable, Dios debe constituir el fúlgido amor en cuanto tal, su expresión máxima y reveladora, por lo que Dios ha de converger, genuinamente, con todos, pues en todos resplandece la tierna e inmaculada fuente del amor. Lo divino estribará entonces en todo aquello capaz de desprender el delicioso aroma del amor, así como de irradiar el casto pálpito de la entrega...

Albergo tanto amor hacia la humanidad que me siento tentado de pensar que merecemos un Dios. Quizás lo divino simbolice la fatigosa pero sublime meta que hemos de conquistar... ¿Y si Dios fuera la bondad humana? Yo veo a Dios en el placer, en el éxtasis. Es la semilla del cielo plantada en la Tierra, sol que me hace vislumbrar un paraíso nuevo, la morada de la felicidad auténtica. Y yo soy hijo suyo, injertado en la eterna filiación del amor, la ciencia y el anhelo.

Me encuentro inmerso en las aguas gélidas de una paradoja inescrutable: una fuerza insumisa me impide creer en esas alturas seráficas a cuya lejana beatitud tantos dirigen sus deprecantes oraciones, pero un vigor no menos obstinado me exhorta a profesar fe en la sagrada faz de un dios incognoscible. Se debate mi alma, abrumada por la angustia de sus sollozos, en el desierto de esta contradicción perpetua, aunque una ilusión me embriaga enérgicamente: con su inteligencia, el hombre realizará los sueños anticipados por la religión...

Vivimos, sí, equidistantes entre el cielo y la tierra, pero tú, Leonardo, frisas con la más sublime de las alturas, y en sus empíreas amplitudes situas ya más de medio cuerpo. No te has limitado a aventurar tan sólo la impavidez de un pie en él, sino toda la belleza de un alma suspendida en concavidades de amor puro, y este obsequio inconmensurable te permite contemplar la tierra con ojos transfigurados por la visión de su gloria y de su munificencia.

No eres injusto con nosotros, pobres y mortales plebeyos del ingenio, quienes tímidamente alzan sus manos para palpar, con las tersas alas de los ángeles, sus canoras delicias imperecederas, y a través del inmenso ponto de su fantasía inventora penetran con brío y audacia en esas suaves moradas, de otro modo desconocidas. Ansías manifestar lo que tú sientes, ese don que unos dedos bañados de inocencia y regados de bondad acarician en los vívidos prados del cielo, e imploras pisar la tierra, aunque estés llamado a caminar por un firmamento platinado. Tú buscas trocar la tierra en cielo y el cielo, en tierra, para así obliterar toda frontera, para así derruir cualquier muralla que propugne la separación de deidades y personas. Es tuya una vocación indeclinable: la de convertirte en el pontífice que enlace la realidad y el deseo, porque para ti no existe heteronomía entre la verdad y el sueño.

Sí, sé que se ha dicho que quien trepa a las cúspides más nobles y prominentes se ríe de todas las tragedias escenificadas en el teatro y representadas en la vida... Pero irradiemos piedad, acrisolemos los rayos incandescentes de la compasión y, cogidos de la mano, formemos una cadena que vincule permanentemente todas las cordilleras con la extensa planicie que sustenta nuestra críptica, nuestra inexplorada tierra; y así ningún rostro escarnecedor habrá de mofarse de nadie, y todo aquél que escale la montaña mágica compartirá con nosotros, resignados a habitar en sus empinadas laderas y en sus faldas inhóspitas, los dramas que también oscurecen las más aquilatadas cimas del arte y nublan los más pulcros areópagos del espíritu...

Ni siquiera los espacios celestes, arrumbados en perennes lejanías, se hallan libres de desdicha. También los dioses padecen, y más intensa es la tortura cuanto mayores son el poder y el entendimiento; por tanto, reunamos todos los infortunios de las superioridades y de las profundidades y entreguémonos, sin dilación, a sobrellevarlos juntos, anudados al primor de nuestros anhelos insumisos; pues sólo así sobreviviremos a esa aflicción que nos descorazona, a esta escisión que siembra en el alma el más agrio desamparo, icono de su innumerable soledad. Incluso los dioses nos impetran ayuda, y quieren que nos sacrifiquemos con ellos, y ellos

participar, gentilmente, de nuestra áspera tribulación; porque ser divino, hermanos míos, es germen de un gran dolor, y no podemos pretender eludirlo, no podemos sortear un mal que, en los pináculos más ensalzados, alcanza el grado máximo: el infinito. No temamos ascender hasta la antesala del cielo, pero no olvidemos que también allí suceden horribles desgracias, pues las alegrías siempre llegan acompañadas de una inmisericorde profusión de penas desde que el mundo es mundo y los dioses, dioses, y para crear hay que sufrir, y aspiramos a lo célico y deslumbrante porque nuestro espíritu añora investirse de una fuerza innovadora.

Un cielo sin tierra no reclutaría nuestra vehemencia, y una tierra sin cielo nos condenaría a la abulia, a la apatía, al desconcierto. Cielo y tierra se reclaman mutuamente. El cielo interpela de por sí a la tierra y la tierra emana la más viva exhortación a rozar los blancos perfiles del cielo, tutelados por estrellas inexhaustas y pasiones ultraterrenas. Nuestra mirada ha de sostenerse en el cielo y volcarse hacia los verdes dominios de la tierra.

El consuelo de la tierra se aposenta en los recónditos pilares del cielo, y el bálsamo del cielo se cultiva ya en la tierra, pues sus sombras no existen aisladamente: áureos eslabones engarzan el cielo y la tierra. Despojados de todo vestigio de miedo, subamos hasta la más alborozada de las bóvedas celestes, pero no rehusemos descender hasta la más entristecida de las tierras. Edifiquemos entonces un puente inamovible, de reminiscencias genesíacas, para inhalar la fresca desprendida por el aire, ameno y brumoso, que imbuye la atmósfera del cielo, pero contagiémonos también de la dulce fragancia, del reconstituyente y odorífero aroma de orégano que exhalan las oleosas flores de la tierra, y transformémonos en dioses humanos y en hombres divinos, si acaso resulta posible. Acostumbrémonos a vivir, heroicamente, entre el ser y la nada, y a debatirnos entre la tierna luminosidad que centellea en el conocimiento y la nefanda tenebrosidad que tremola en la ignorancia; entre el ámbito de lo infinito y la esfera de lo finito. Sólo así despuntará el pujante haz del futuro, y encontraremos el digno premio deparado a nuestro tormento, a nuestro vacío, a nuestro vagaroso itinerario por las serpenteantes sendas de la vida y de la historia.

DÍA DECIMOQUINTO

“Una vez hayas probado el vuelo, siempre caminarás por la tierra con la vista puesta en el cielo, porque ya habrás estado allí, y allí desearás volver”. Y advertirás lo peligroso que resulta ascender a lo más alto, porque al regresar a las angostas fronteras de la tierra, sus pórticos se te mostrarán irremediabilmente empequeñecidos, y te sabrán a poco. Tu ambición unívoca se dirigirá entonces a retornar, cuanto antes, al más elevado y deleitoso de los cielos.

Quien ha observado el arte más eximio no tolera la mediocridad, sus tediosas franjas de gris mortecino, ni la presencia de obras inferiores a esos pináculos ya conquistados en una determinada parcela de la belleza. Su imaginación se halla hipnotizada, embriagada por el encanto en grado sumo, y no admite un nivel fruncido y deteriorado.

Sin embargo, la grandeza del hombre se demuestra también, vívida y venturosamente, en una capacidad que destella en el seno abisal de su espíritu, derramada desde faros de gracilidad y hermosura: en esa perseverancia que le permite adaptarse a las más diversas situaciones, para así instruir la vastedad de su alma con la pléyade de experiencias que le ofrece el mundo. Es cierto que aspiramos a lo sublime, y no debemos abdicar del ansia de beber las límpidas gotas de su cáliz. Es innegable que moramos entre el cielo y la tierra, mientras nuestro espíritu implora denodadamente besar los lauros de lo absoluto; pero nuestra realidad nos revela como seres frágiles y temblorosos, transidos de ambivalencia, sujetos tanto al férreo dominio del espacio como a ese sutil despotismo que ejercen las huestes del tiempo, por lo que no hemos de connaturalizarnos ni con la rumorosa tierra ni con el silente cielo. No nos aclimatemos a la plenitud, cuando atesoramos una vida a la que le es intrínseca la limitación, ni nos amoldemos a lo imperfecto, porque subyace en nosotros una luz que gime por lo superlativo, divino e inmortal.

Potestades incapturables nos han condenado a vagar entre dos mundos. Esta fatalidad inveterada obedece a un castigo primigenio, que los dioses dictaminaron antes de la constitución del cosmos, pero su dualidad inescrutable nos descubre nuestro más honesto manantial de bendición, porque somos los únicos que al unísono acarician dos dimensiones tan discordantes. Nuestro destino reside en servir de puente recio, inaugural y luminoso que actúe como cálido nexo entre la tierra y el cielo, como una nueva torre de esperanza que arañe las estribaciones de lo imperecedero; en fungir de vínculo que hermane todas las criaturas, de manera que el firmamento divulgue, a través del color y la viveza que

irradian los elementos de nuestro lenguaje, sus más íntimas cogitaciones. El corazón del mundo necesita sangre; su armonía precisa de sentimiento; la lógica que vertebra y pule los vértices de su geometría añora esa expresividad que bruñe y ennoblece el verbo humano. La soledad del universo nos abre sus brazos: desea estrecharnos, para así saborear las delicias del pensamiento y los manjares del amor.

Los eruditos no deben acostumbrarse al brío que dispersan los coruscantes rayos de su entendimiento, ni los ignorantes ahormarse a la dolorosa negrura de su nesciencia; tampoco los potentados han de acomodarse a su absorbente sed de hegemonía. En un orbe donde conviven las luces y la oscuridad, la posesión y la carencia, la felicidad y la tristeza, estamos llamados a construir un camino común, a cuyo curso de efluvios arrebatadores todos nos adhiramos confiadamente. La existencia exige el tamiz de la compasión, la vocación de sufrir y la voluntad de gozar con los demás; de lo contrario, no merece ser vivida.

¡Ojalá no me habitúe nunca a la belleza más adulzorada, sino que todo lo valore como un don insólito y encandilador, y palpe siempre una alegría idéntica a las dichas inolvidables que se concitan en el alma cuando cultivamos, por vez primera, el gusto estético mediante la contemplación de un objeto regado de hermosura, o a la exultación incomparable que germina de aprender verdades antes ignotas! Mi vida ha de vibrar con una jovialidad sempiterna ante el brillo insospechado de lo nuevo, que es el existir mismo, su sorpresa irrevocable: la multiplicidad de figuras deslumbrantes cuya magia nos prodiga esta naturaleza inextinguible, así como el sinnúmero de invenciones forjadas por los inexhaustos dedos de los hombres.

Yo no he de conformarme con asentir cuando otros enjuician algunos fenómenos como ordinarios y huérfanos de interés artístico o filosófico. Rechazo sus afirmaciones tajantes, insensibles a la luz beatífica de lo profundo. Para mí, todo esconde las frondosas sombras de un enigma, de densos ecos primordiales, y ¿qué sería de mí si perdiera el sentido benéfico de lo arcano? Si la naturaleza no ocultara secretos que me atrapasen en sus redes suaves y seductoras, emboscado en místicas crisálidas cuyo ardor concentrara mi avidez indoblegable de conocimiento, ¿para qué habría de vivir?

Yo clamo por inundar esta bóveda sidérea, esta cúpula inmaculada que ante mí exhibe sus broches de fulgor y sobrecogimiento, con un caudal henchido de preguntas, aunque no encuentre respuestas que rasguen el vigor de sus velos. Yo deseo entusiasmarme con la naturaleza que jamás concluye, y con la vida que no se agota, y con el cielo que extiende sus alas,

infinitas y diáfanas, sobre nosotros. Yo suspiro por la eterna juventud en las aguas de la sabiduría, del amor y de la belleza.

Estoy convencido de que ningún misterio me hechizará tanto como la maravilla encarnada en la faz del ser humano, porque sucumbir a la fascinación dimanante de nosotros mismos entraña venerar la elegancia de la naturaleza, el exquisito lienzo que tejen sus partes inextricables, engastadas como como un todo de finos matices cadenciosos. Comprendernos, ¿no equivale a descifrar la creación y a sondear el alma entera?

La humanidad nunca cesará de formular interrogantes, pero ¿por qué? ¿Por qué buscamos más de lo que nuestro intelecto es capaz de elucidar con el auxilio de sus solas fuerzas? ¿Por qué se alza siempre una incógnita antes que una solución? ¿Por qué no nos resignamos a cejar en nuestra empresa de interpelar un cosmos ciclópeo e inconmensurable? ¿Por qué no nos entregamos definitivamente al placer, a ese grato descanso cuyos hálitos virginales brindan la disipación y auspician la indiferencia?

Parece que persiste un ímpetu interior que nos incentiva, espontáneamente, a no desistir de nuestros afanes más enaltecedores. Con un torrente atronador, colmado de energía salutífera y diseminado por las más remotas regiones del alma, su cascada de pulcro frenesí nos exhorta a continuar, nos motiva a volcar nuestros sueños omnívoros hacia el mañana, hacia la belleza rebosante de una nueva aurora. Jamás lograremos rehuir esa intensidad, recamada de anhelos cristalinos, cuya insistencia aleccionadora desborda los cauces de nuestro espíritu e invade todas las provincias del corazón. ¡Oh ángeles de pureza, si ahora me escucháis: yo no quiero la codiciada copa del poder, sino esos ríos de tenacidad, amor y hondura que desembocan en el resplandeciente lago de la virtud!

TIEMPO

¡Qué triste, Leonardo, es todo triunfo, incluso para ti, que luchas por entender la totalidad del universo, y para cuantos han proyectado el genio del hombre hasta límites insospechados, hasta el apogeo de su gloria en hondas noches de fervor, para convencernos de que nuestro tenaz avance hacia el alba de un futuro siempre nuevo es irrefrenable, y nuestra capacidad para inventar, irreprimible!

Todos los creadores sois insaciables, enajenados por la belleza de esa intuición que atrapa vuestra esperanza, pero asolados también por infinidad de dudas indómitas. Detrás de cada eminencia que hoy admiramos abundan el dolor y la incompreensión, una gigantomaquia contra ideas, tiempos y potestades otrora hegemónicas. Vuestro espíritu se halla desabastecido de ese nutriente enérgico, inescrutable, que no cesa de derramar sus emanaciones doctas y piadosas sobre la apatía de este universo aún no esclarecido. Vosotros suspiráis por el único manjar que mitigaría vuestra ansia de belleza y atenuaría vuestra acuciante sed de verdad. El inconformismo nimba así la aureola beatífica del genio, y rubrica la firma reminiscente de esa obra tan eximia que han fraguado sus manos perfumadas con el aroma de la sabiduría. En su insatisfacción perenne resuenan los ecos de las lágrimas vertidas por los Faustos de todas las épocas; en su angustia insanable ante la marchitez de todo fruto prodigado por el árbol del conocimiento, y en su desasosiego ante la caducidad de todo don fertilizado por la sal de la hermosura, se estampa el reconocimiento de esa fugacidad que tiñe la vida con sus sombras aciagas, así como de la fiera pequeñez de nuestras fuerzas, si se conmensuran a este portentoso mundo, a este chorro de creatividad que nos ampara con su verdor y nos consuela con su fecundidad insondable... Sí, Leonardo, tú clamas por abarcarlo todo y percibirlo todo, y este afán imposible te colma de un entusiasmo imperecedero, perpetuamente actualizado, utopía jamás circuncidada por los corruptos dedos del hombre, hálito que exalta toda pasión, preconiza todo deseo hasta sus extremos enciclopédicos y propicia que de tu pecho inexplorado surja una locura divina y gozosa. ¡Y bienvenido sea el haz puro de este delirio absorbente e innombrable, pues sus rayos inextinguibles nos obsequian con la primicia de los fulgores sapienciales, nos imbuyen de la fragancia del amor y nos contagian los efluvios que exhala la sagrada flor de la belleza! Estos delicados bálsamos incoan las voces polifónicas de la salvación, y en su aurora presenciamos el auténtico ósculo de la paz, que enjuga el llanto bautismal del firmamento. Reverbera en su tersura la generosidad de unos labios abnegados que besan, sigilosos, la sequedad de la tierra, para plantar una semilla desde cuyo seno germinen la entrega, la aflicción y la misericordia, sin que los perturbe este bullicio crispado y ensordecedor, esta cascada cuyas violentas convulsiones agitan la santa calma que bendice la naturaleza.

No sufras, Leonardo, no te atormentes, no te flageles con el más adusto de los látigos. Ninguna espalda resistiría su aspereza. Tú no lo mereces, e injusta sería una mortificación que te privara de la felicidad que ya has conquistado. No es malestar, sino orgullo, la luz que inspira tu figura: una honra compartida por la pléyade de obras excelsas que nos has legado, por el disfrute inestimable que otorgas a tantos hombres y mujeres, a tantas almas que se detienen a contemplar tus cuadros o a navegar en tu biografía, para así maravillarse con las posibilidades que han inaugurado las huestes de tu arrojo, de tu valentía y de tu agudeza.

Que del riachuelo de tus sollozos transpire alegría, no consternación, y tus vocablos exuden júbilo, no amargura. Ha encarnado tu existencia un sacrificio extraordinario en aras del arte y de todo cuanto nos enaltece y dignifica; ¿por qué deberías entonces sumirte en una nostalgia letal, inoculada por un apetito irredento de ciega perfección, por la avidez de una plenitud que sólo los dioses obtendrían en las cúspides escatológicas? Si te asediara el descontento, Leonardo, y si fuera ésta la principal y más pujante emoción que embargase, vivaz e intempestiva, la luminosidad que baña tu alma desde sus enhiestos púlpitos de brillantez, prefiero no pensar en cómo habrían de sentirse los restantes miembros que integran nuestro prolífero linaje, cuyo talento es tan sólo penumbra ante la magnitud del tuyo, una isla diminuta que lividece parangonada con la mar en cuya limpidez se zambullen y bucean, libremente, las alas de tu inteligencia.

No, Leonardo, no permanezcas apesadumbrado, anegado en tribulación y hundido en los pozos abisales de la melancolía. Asume, mejor, la pesada pero sublime carga que has recibido y que te ensalzará en el mañana: emerger como el dulce epítome de lo que nos es dado lograr, y postularte como el ejemplo paradigmático, como el modelo reivindicativo, como la quintaesencia que inmortaliza todo aquello a cuanto podemos y debemos aspirar los hombres...

Quizás no seamos nada, o al menos seamos muy poco, pero, tal y como presagiaran los grandes poetas, moran en nosotros todos los sueños. Y tú has sido uno de ellos, la vanguardia de una historia que renace continuamente, cuan ave fénix resucitada de sus arcanas cenizas, porque de los escombros del desaliento brota siempre el espíritu de la superación. Nuestra estirpe jamás capitula ante las fatalidades que dispersan, humedecen y agrietan los siglos en voraces océanos de adversidad, sino que, guarecida en el refugio solitario que nos brinda la oscuridad más acogedora, y transportada por la levedad de esa burbuja ingrávida que no se

fractura, escribe lo aún no redactado, imagina lo todavía no concebido y pincela la hermosura aún no coronada.

Sí, Leonardo, eres la primavera de la humanidad, y la humanidad cunde primorosamente en ti, como en tantos otros héroes, herejes e iconoclastas que han expandido los horizontes de la razón y de la fantasía con su pugnaz búsqueda de amor, profundidad y belleza. Los tuyos entrañan anhelos extrapolados al universo entero.

DÍA DECIMOSEXTO

¡Cómo me arrepiento de haber malgastado, nescientemente, tanto tiempo a lo largo de mi vida! En algún momento se aproximarán mis últimas noches, y las fuerzas flaquearán dolorosamente. Ya no me hallaré vigorizado por esa lozanía, por esa robustez que he poseído cuando me ha arropado el brío de la juventud, y me percataré del exiguuo alcance jalonado por mis logros. Siempre suspiraré por haber coronado cúspides aún más elevadas, aunque la evidencia demuestre, de modo infalible, que todo cuanto haya puesto por obra será siempre escaso, intolerablemente imperfecto, mejorable en sus múltiples dimensiones. Me sentiré inconsolablemente frustrado. El furor de tantos amaneceres dedicados a cuestiones irrelevantes, a permitir que ensoñaciones vanas secuestraran mi alma, delirios cuya inutilidad me desviaba de mis verdaderas metas y distorsionaban mis empeños más genuinos, retornará entonces a mi mortificado espíritu como un lastre insoportable.

Cuando sea anciano y, achacoso, encorvado y encanecido, sumidas mis ilusiones en esa senilidad valetudinaria que a todos nos acecha desde grutas insospechadas, mire hacia atrás en mi pasado, lamentaré haber condescendido con tanta frecuencia a que me guiase una concupiscencia ciega, efímera, delicuescente, en lugar de trabajar al servicio de esos horizontes diáfanos que debían alzarse como los raudos corceles espoleados para impulsar el carro de mi existencia: la sabiduría, el arte y el amor. Pues ¿qué obtengo al claudicar ante vacuos espejismos tentadores cuya medrosa brillantez hurta mi voluntad? ¿Qué lego al mundo y a la historia si cautivo mi imaginación con un goce pasajero y ensombrecido, con una fruición ávida que se desvanece de inmediato, dueña de una velocidad perturbadora, para regresar constantemente a mí con sus crepúsculos irredentos? ¿No sacrifico, por un minuto de placer, una eternidad de dicha?

Me entristece caer en manos de la emoción más intemperada. Una angustia profunda pesa sobre mi espíritu, pues me intranquiliza que se difuminen insistentemente mis horas y mis días, evaporadas sus brumas en la fantasía arrolladora que emanan los sonoros ríos de lo voluptuoso. Yo debo entregarme por completo al arte más sublime e inmolarme en el cálido altar de la ciencia. Yo he de renunciar a satisfacer mi propio deleite. Pero este celo tan intenso, esta vehemencia que nubla la pureza de mis arrebatos, me obliga a admitir que el arte y la ciencia constituyen dos canales, dos vías por las que fluye un equiparable, auténtico y resplandeciente ardor: todo en la vida humana obedece en realidad a los

términos promulgados por una pasión primigenia, de raíces incognoscibles, cuya pujanza se manifiesta a través de expresiones abundantes y dispares. Todo converge en el único paraíso que el hombre persigue...

Sé perfectamente, en cualquier caso, que no habré sucumbido “ante la dificultad de los retos, sino contra el tiempo”. Si hubiera dispuesto de más años, y de un ímpetu remozado e inagotable, habría investigado más, observado más, descubierto más, comprendido más. Pero la agrura del tiempo siempre me vence, y a todos nos derrota. Nos subyuga como seres particulares: abate a Leonardo y a Miguel Ángel, al igual que antes se impuso sobre tantos otros. Sin embargo, no nos conquista como humanidad. El tiempo no oblitera el fuego que han grabado nuestras creaciones sobre la ansiosa faz de la Tierra: otras naves arribarán a este puerto inescrutable, y elucidarán los copiosos interrogantes que les hemos transmitido. Sus ágiles velas sondearán escenarios nuevos. Su tesón afianzará el acervo de la cultura, e incrementará el poder de nuestro entendimiento sobre tantos arcanos que permean las provincias del mundo y las llagas de la historia.

Nunca debemos desprendernos de esta esperanza, para mí inquebrantable: pensar que la luz del mediodía no cesará de contemplar con qué aplomo camine un espíritu, rebosante de abnegación, cuyo corazón consagre el cáliz de su vida a recorrer los arduos senderos que hilvanan las ciencias y trenzan las artes, comprometido a reanudar esa búsqueda que emprendieron nuestros antepasados, con una audacia memorable, expansiva y fecunda, en la recóndita aurora de los tiempos. Es el tesoro sobrenatural que custodiamos los hombres. Su universalidad nos acerca al secreto reino de la plenitud, porque el anhelo persistente de conocer y el afán de crear nos divinizan con su alquimia mágica y versátil.

Quizás alguna vez alguien lea, en lugares remotos y en lejanas épocas, lo que yo ahora escribo, y recuerde que en el pasado existieron personas cuyas almas soñaron con una humanidad más sabia y hermanada, capaz de emplear el conocimiento como cauce privilegiado para permanecer venturosamente unidos. ¡Qué bello sería que un corazón honesto, pródigo y venidero, en un siglo ignoto poblado de magnanimidad, asumiera tantas y tan polifacéticas aspiraciones como las alumbradas hasta hoy por el espíritu humano, de manera que nuestras ambiciones más nobles se convirtiesen también en las suyas!

Confraternicémonos como humanidad, y así la muerte no acaparará la última palabra. Poco me desasosiega la posibilidad de que las generaciones futuras ignoren mi nombre, pero en mí habita un deseo ferviente, orlado con emblemas de rematada pulcritud, y el pudoroso haz

de mi desvelo clama por que todo corazón comparta la mecha sutil que enciende sus tiernas llamaradas: que jamás nadie olvide nuestra vocación de conocer, amar y crear.

Lo que has hecho, Leonardo, hecho está, al igual que ese epígrafe cuyas impenetrables letras otro hombre ordenó escribir, escrito está, según nos han contado, en referencia a una frase enigmática que dejó consignada en un madero... En estas sentencias, “lo hecho, hecho está” y “lo escrito, escrito está”, ¡qué gran verdad se esconde, qué densa e incommensurable hondura se recalca, cuando a simple vista parecen transportar la más nítida y trivial de las nimiedades, como si se tratara de afirmaciones obvias! No, no es cuestión baladí, porque el tiempo se distancia de lo evidente, y exhibe una preocupante proximidad con la noche de lo incomprensible y subyugante.

Sí, el tiempo es inexplicable, pues si hecho está, y por ello está hecho, es porque el tiempo se ha paralizado, se ha desmayado bruscamente en ese preciso e inopinado instante. Hemos realizado una abstracción arbitraria de su enésimo discurrir para aislar un momento y atribuirle la cualidad de presente. Sin embargo, el presente constituye un infinitésimo que, en propiedad, no existe, por lo que no es susceptible de categorización, de reducción al rígido dominio que ejercen las fogosas huestes del concepto. No cabe aprehenderlo como una congrua unidad, en sí misma subsistente. Lo presente irradia una fluencia ávida e insurrecta, y si declaramos que lo escrito, escrito está, tan umbroso hado sólo se conjura al preceptuar que el tiempo se interrumpa, y ceje en su empeño valedero de recorrer, cuan ave nómada o tribu trashumante, una ruta en principio desprovista de término; y si posee o no comienzo, un contorno protológico que confine la estela de su devenir, remite a un problema que nadie, ni siquiera tú, Leonardo, genio entre los genios, ha resuelto jamás...

Lo pasado es pasado, y lo presente, presente, y el futuro les ha sido reservado a otros, como el don que entregamos a quienes habrán de amanecer mañana, cuan nueva flor que irrumpa en la humedad de estos vergeles. Nadie sabe por qué despuntaron los tenues suspiros de su luz en este orbe de perfiles zigzagueantes, bañado de felicidad e impregnado de dolor; por qué se irguió, repentinamente, bajo este astro rey ruborizado y bajo faros solemnes que encandilan el corazón, ante este cielo imantado y sobre estos senderos de adoquines invisibles...; pero su rayo emergió con furia, e impávidamente pisó, con pie firme, la sinuosa faz que cubre el suelo; y de súbito emigrará, andariego, de esta tierra ansiosa de lozanos mediodías, para sumergirse en la oscuridad de lo que no evoca vida, sino la fría sombra de la muerte...

Ese fin, ese óbito resultará menos amargo si nos persuadimos de que la aventura humana no se clausura con un epitafio, con una lápida, con un recuerdo. Este sol y esta luna, a lo alto encaramados, focos de una

brillantez análoga, pero cuyo coruscar brota de fuerzas disonantes, reflejo de esa inescrutable poligénesis de la energía que tanto intriga a la ciencia; esos cuerpos celestes que nos bendicen con el suave óleo de su luz, y a unos abrasan mientras que a otros hielan, porque el justo medio, el óptimo anhelado, incoa siempre una entelequia..., insistirán en emitir destellos seminales ante otros ojos, que son también los nuestros. Y la profunda ignorancia que comparten nuestros espíritus, enfrentados ubicuamente al bicorne dilema sobre nuestro origen y nuestro destino, desembocará en una fuente regada de extraordinaria pureza, cuyas aguas nos exhortarán a perseverar en la búsqueda del amor y del conocimiento.

Ya anunciaron labios doctos y pretéritos que sólo se conoce cuando se ama, y sólo se ama cuando se conoce; y así, al mirar los errabundos planetas, y al deleitarnos ante el espectáculo tan inspirador que nos ofrecen las masas siderales y nos brinda el sempiterno renacer de la naturaleza, participamos del obsequio de la vida. Si jamás erradicaremos la incógnita sobre el significado de la existencia del cosmos y de la humanidad, aceptemos que en todo cristaliza el confuso rostro de un misterio; en todo crece la dorada flor que tutela el cofre centelleante de un arcano, también en el fruto que recolectamos de nuestras creaciones y en el ardor que propagan los heraldos de nuestro pensamiento. Y si es así, ¿por qué habría de encadenarnos, con herrumbrosos grilletes, la angustia ante lo desconocido? ¿Por qué no limitarnos a expresar un agradecimiento sincero, al amparo de este milagro, de esta sorpresa perenne capaz de rejuvenecer y de fertilizar los tibios resortes de nuestro espíritu?

Si, en definitiva, nada nos está permitido hacer con respecto a lo pasado y lo presente, pues para nosotros ambos se paralizan, como petrificados por un influjo divino, en esa fórmula cuya cápsula condensa, sinópticamente, la idealización a la que nuestro entendimiento, a lomos del carro alado del lenguaje, somete la realidad que ahí prospera, bajo este glorioso panel de estrellas tapizadas de seda que nos arropa con el conspicuo manto de su luz, sólo cabe entonces asomarnos a la regia balaustrada que saluda el árbol de la vida. Sí, sólo hemos de vivir... Pero la vida converge para nosotros con el caudaloso y dilatado río del pensar, donde se engrandece insondablemente el alma de todo hombre, pues al no desistir de despertar estas preguntas cosmogónicas sobre la esencia del tiempo y la cualidad del espacio, entonamos una oda a la naturaleza...

Lo escrito, escrito está...: he aquí una aseveración demasiado aciaga, y perdonad, hermanos míos, que lo reitere, pero incido en esta certidumbre porque una frase tan rudimentaria oculta la clave de ese horizonte, fatídico y unidireccional, al que nos hallamos abocados ineluctablemente: la

corroborada irreversibilidad del tiempo; la transitoriedad conminatoria de nuestras vidas; la imposibilidad de volver a edades áureas; la mística clepsidra de la irrevocabilidad; la prohibición de proclamar que lo escrito, escrito no está, y así sostener que todavía cabe modificar el velado curso de la historia y propiciar que todo adopte un cariz reverdecido. La tiranía del tiempo no tiene parangón, ni aun en la más retorcida de las imaginaciones, pues jamás nadie, en su sano juicio, habría configurado una sucesión diacrónica a la que le fuera denegado el regreso y vedada esa indulgencia, gentil y caballerosa, que otorga una segunda oportunidad a quienes han caído. El tiempo nos apremia a caminar hacia un porvenir evanescente, a dirigirnos a las espléndidas ciudades del mañana. No concede respiro alguno, porque todo goce, por efímero e inconstante, entraña ya un arrebató al pasado y una usurpación al presente, amén de un desperdicio de ilusiones brumosas; y mayores privaciones auguran, indudablemente, las funestas campanas del dolor y de la desdicha...

Vivir equivale a ascender hasta la más alta y pujante de las cimas, sin tiempo para recrearse en el hito protagonizado, en esa gesta tan perspicua objetivada en el disfrute de una panorámica vasta, diáfana y arrobadora. No, no queda tiempo para observar calmadamente la atmósfera que baña el paisaje con gratos celajes de exotismo, ni para fascinarse ante la élísea hermosura que ennoblece sus blancas cordilleras, cercadas por inmensidades innombrables. Debemos escalar hasta la más tersa de las cúspides para que nos repatrien, de inmediato, a la adusta y compacta superficie que agrieta la tierra con sus tajantes hendiduras, y si acaso proponernos remontar más tarde... Un decreto despojado de clemencia nos hace descender la ardua declinación sin demora, por lo que esa fatiga, el acezoso esfuerzo físico y mental que hemos desplegado para coronar cumbres legendarias, no justificará todo aquello a lo que hemos renunciado a fin de culminar una proeza tan sonora, por límpida e indescriptible estética que la naturaleza revele a la sedienta magia de nuestros sentidos allá en el techo sigiloso del mundo, donde sólo las franjas atigradas del atardecer se interponen entre el cielo y la fragilidad de nuestro querer...

El tiempo es despiadado, y personifica nuestro enemigo por antonomasia. Su inderogabilidad estrangula la infinitud de nuestros sueños, pero luchar contra el tiempo se nos antoja inútil, y sólo los necios se afanarían en semejante tarea. Urge coaligarse: forjar una astuta alianza e impetrarle, retoños de sagacidad y osadía, una prórroga generosa que nos faculte para viajar retrospectivamente al pasado, a bordo de esa gran nave capitaneada por la memoria de una humanidad que surca el tortuoso y enfurecido océano del no retorno.

El tiempo nos humaniza poderosamente: atenúa nuestras ya aminoradas pretensiones y contribuye, con su celo denodado, a que cicatricen nuestras llagas más sangrantes. Con su lección de humildad, a imagen de la enseñanza implacable que nos procuran las pirámides, incólumes sobre las arenosas dunas de Egipto, cuya tenacidad ha contemplado más de cuarenta siglos transidos de sufrimiento u orlados de majestad, nos invita a ahondar en nosotros mismos, y a no cesar de confiar en quienes todavía no han arribado, pero pronto desembarcarán en este puerto, y reanudarán lo que resta ahora inconcluso en las pertinaces mareas de la vida.

En el tiempo se produce la epifanía de lo aún no dado, y en él refulge la expectativa volcada hacia el mañana, y el llanto gemidor ante el ayer, y la certeza duradera del hoy, que esparce ya la recia luz de un nuevo día. Gracias a la liberalidad del tiempo surgirán otras almas, y nosotros nos alejaremos, para quizás alcanzar finalmente el reposo, tras este duro bregar en pajizos solares saturados de piedra, plagados de polvo, repletos de hierro, mientras horadamos una tierra malherida que, ignaros, desconocemos, custodiados por un sol y por una luna que nada profieren, y a los que cantamos sin ser atendidos, ante la gélida indiferencia que tiñe un espacio gigantesco... Sin embargo, no abdicaremos de hincar el vigor de nuestra azada en estos campos filantrópicos, y de excavar zanjas cada vez más pronunciadas, hasta que quizás accedamos al inasible centro que sustenta la enormidad y la circunspección de este universo languidecido, donde tal vez ángeles magnánimos nos musiten por fin un verbo henchido de cordura, y los dioses no nos mantengan en silencios estáticos y exasperantes.

Que alguien nos escuche, y asuma el lamento elegíaco de los labradores, espíritus industrioses cuya loable resignación lleva siglos, por no decir milenios, devanada en perforar las planicies abisales de la Tierra, hambrientos de las respuestas más impetuosas, obligados a adquirir, en las extensiones telúricas, ese delicioso y venerado pan que no mana del cielo... Pero tú, Leonardo, al empuñar el cetro de la lírica más sublime, dulcificas sus sollozos y robusteces las vibrátiles velas de su esperanza. Te conviertes en el épico cantor de las bondades del firmamento, en el intérprete de los jeroglíficos tallados en el hermético muro de lo imperecedero. Gracias a tus creaciones, dignificas toda vida fugaz, y nos proporcionas la añorada voz que nos reconforte, el *alter ego* en quien mirarnos, el bruñido espejo donde reverbera esa prole de deseos apergaminados que enaltece nuestro espíritu. Así, al detenernos ante lo que hecho, hecho está por obra de tu mano ascética, que contiene la ágil prolongación de tu inteligencia, vislumbramos el haz de un valor eterno: un resplandor puro e incondicionado, como si nuestra protesta estentórea hubiese sido oída en las seráficas alturas, y un

ser exorable, cálido e incognoscible hubiese acudido con solicitud a contestarnos, y hubiera recitado un himno aún más sobrecogedor; o como si una deidad misericordiosa se hubiese compadecido de los exánimes hombres, para enviarnos un mensaje en forma de arte y exhalar, desde las sagradas brisas de su amor, una misiva que todos pudiéramos descifrar, al no requerir de vocablos vaporosos, de etéreas veleidades que se difuminan con la volatilidad indolente de vientos y espacios, de soledades e historias, sino del diálogo perpetuo, discursivo, sazonado, cuya frescura acontece en las intimidades de un alma que otea ya la redención; en esa morada primordial, huésped de una luz que a todos interpela.

Que no te esclavice, Leonardo, la servidumbre del agobio, esa obsesión inconsolable ante la insumisión de tus carencias, pues demasiado has hecho ya, y lo hecho, hecho está...

DÍA DECIMOSÉPTIMO

“Dime si alguna vez se hizo algo”. Dímelo, porque no soporto más esta penuria tan exasperante a la que yo mismo me someto. Confiésame si alguien ha completado algo alguna vez, y ha sido capaz de encarnar, por entero, lo que habían imaginado las veloces alas de su mente indócil. Mientras tanto, abstente de flagelarme con un cilicio punzante que me mata lentamente, martirizado por sus reproches hacia tantos bosquejos inconclusos. No merezco estas increpaciones, porque le es intrínseco a la naturaleza humana codiciar más de lo que puede realizar, y suspirar por lo imposible.

Ojalá no me castigara a mí mismo con estas especulaciones punitivas, injustas, águilas devastadoras que se ciernen sobre mí y roen el frágil artesonado de mi alma con sus picos afilados: lo percuten con huestes que me asestan fieros golpes, salvajemente hostigado por legiones de aldabonazos estruendosos, agudos como el restallar de un látigo sobre la lisura de un suelo pétreo y duro, preso de una violencia voraz y demoledora que dilacera la labilidad de mi tímpano con el tintinear de sus campanas despiadadas, bronces que me asuelan con el estrépito de su repiqueteo retumbante. Es como si subsistieran dos seres en mi interior: uno planifica y otro consume. El foco laborioso que alumbra nuevos trabajos, y cuya luz no cesa en su firme voluntad de plantearse interrogantes sobre la vida y la naturaleza, se halla condenado a un permanente e irresoluble estado de insatisfacción. No perdona que la otra parcela de mi corazón, aquélla que intenta llevar a término lo pensado, jamás plasme sus altivos ideales en una materialización digna de su belleza.

Bien sé que “una obra de arte nunca se termina, sólo se abandona”, y ¡ay, si pudiera enterrar el sinnúmero de bocetos que moran, diseminados, en las vicisitudes de mi mente!... Postergar una obra de arte inacabada, ¿no implica admitir nuestra flaqueza, nuestra propia limitación, del mismo modo que los ruegos que le dirigimos a la naturaleza, o las súplicas que elevamos a los guardianes de la historia para calmar nuestra sed de verdad, representan un amago de reverencia, de misticismo, de piedad ante la infinitud de lo que todavía ignoramos? Si descarto algunos de mis cuadros, si soslayo determinadas investigaciones, se debe a una única causa: he tomado conciencia de que sólo una mano sobrenatural, conformada por dedos angélicos, finalizaría todo cuanto mi razón proyecta. Portamos una chispa divina, una semilla mágica, un atribulado clamor de perfección, y su hechizo lo esbozamos tímida pero fidedignamente. Basta

con delinear un círculo arquetípico, o con perfilar cualquier otra figura geométrica que fluya desde ese lejano cosmos inteligible venerado por Platón, cuyas auténticas cualidades sólo encuentran amparo en la vastedad que anida en los dominios del intelecto. En cuanto asumimos la pretensión de transmitir nuestra fantasía al mundo, éste nos desafía inflexiblemente, y su ingrato y severo óbice obstaculiza que alcancemos la meta incubada en la levedad del espíritu.

No obstante, no debemos claudicar ante lo que hoy se nos antoja inasequible. Carecer de la llave de lo culminado no brinda excusa para rendirse. Hemos de edificar, en la debilidad de esta tierra, lo que quizás llegue a ser posible. Debemos actuar, actuar y sopesar sin miedo, pues “quien piensa poco, se equivoca mucho”. No me avergüenzo de haberme confundido con frecuencia: si hubiera desistido de enardecer mi espíritu con tenaces elucubraciones, aun de manera infructífera, mayores habrían sido mis fallos, y el río de mis desaciertos anegaría ahora, desbordado, otras muchas esferas. He cometido torpezas porque me he aventurado a entender, y a transitar osadamente por terrenos que nadie había recorrido. De no haberme consagrado a fraguar hipótesis, tutelado por nubes de coraje y rayos de entusiasmo, mi vida se habría vaciado de contenido. Me habría traicionado a mí mismo. Habría apostatado de la noble y decorosa cultura de la que son partícipes mi alma y mi cuerpo. Prefiero fracasar, si así descubro islas virginales...

Me he visto arropado por siglos de ansiosa búsqueda, faros que han guiado a esa humanidad cuyas celosas aspiraciones me anteceden y cuyas lámparas orientarán también, por qué no, a quienes arriben a este inescrutable mundo. Es al menos el sueño que me embarga... Me habría resultado más fácil resignarme a repetir lo que otros habían establecido y observado, para así no exponerme al riesgo de incurrir en el más ligero desliz, en el mínimo atisbo de retractación, pero siempre he creído que la maravilla de nuestra mente radica en no cesar de abrir, forzada por una potencia interna que nada ni nadie doblega, el primor de horizontes nuevos, el amanecer de flamantes soles puros en su exploración del hondo y delicado mar de las preguntas y de las respuestas. Comparece aquí la verdad más profunda, rigurosa y desapasionada sobre nuestra esencia, y fútil es todo empeño de rebelarse contra ella...

Para aprender hay que errar, al igual que para vivir hay que sufrir, y palpar la pulsión del dolor que niega; pero ante todo es preciso entregarse con decisión a la exuberancia de la vida y al análisis atento del misterio que nos rodea, del lúcido secreto custodiado por los cielos. La reflexión ha de tender la mano a la experimentación, porque “los que se

enamoran de la práctica sin la teoría son como los pilotos sin timón ni brújula, que nunca podrán saber adónde van”. He amado fervorosamente la naturaleza, pero esta predilección no me ha instado a desechar la introspección serena y pausada que brota al candor immaculado de las noches astrales, cuando el alma yace abrumada por la desnudez de su silencio.

El conocimiento exige conjugar armoniosamente lo empírico con su interpretación, tarea para cuyo logro es inexorable teorizar. Hemos de proponer explicaciones que nos permitan desentrañar las claves del espacio que envuelve nuestro ser, pero para propiciarlo no basta con amasar vivencias: hay que interiorizarlas, y valorarlas a través del exigente filtro que impone la racionalidad. La mera práctica, la usanza despojada de teoría, aboca a una superficialidad manifiesta, a una inhabilidad flagrante para generalizar por la señera vía de la abstracción. Esta grave insuficiencia entumece la utopía de legar una visión filosófica perdurable. Quizás se demuestre que nuestra conjetura anduvo desatinada, pero nunca se probará que fue vana, porque toda época necesitará, indefectiblemente, formular hipótesis, y atribuir un significado a la información que extraiga de ese rocío derramado por los senos de la naturaleza. Con meticulosidad, los sentidos han de revelarnos los prolijos y copiosos pormenores que ribetea cada detalle del inextinguible firmamento, pero la mente debe penetrar en el núcleo del más recóndito de los conceptos, para desgranar la totalidad de su riqueza y desvelar sus virtualidades más insospechadas. Sólo así desenredaremos las sutiles y ovilladas hebras que tejen las múltiples conexiones, los profusos vínculos que encadenan esta miscelánea de elementos, este mosaico esplendoroso, urdido de formas y trabado de sustancias, que integra y engalana la inmensa bóveda celeste, teñida de un negror temible; sólo así discerniremos las leyes de esta mezcla de fenómenos que sazona, con el pulcro haz de su policromía, la luz insumisa vivificadora de este orbe.

La teoría ha de encauzarnos en la imponderable esfera de la sabiduría, pero debe nutrirse del contacto directo con la efervescencia de la creación, para rectificar humildemente cuando convenga. El hombre está llamado a contraer el compromiso de fusionar experiencia e inteligencia, el dato y la noción, lo singular y lo universal. Es la rúbrica, es la tonsura, es la unción delatadora que preconiza nuestra grandeza más genuina: la oportunidad de unificar ámbitos distintos, la materia y el espíritu, con el objetivo último de comprender.

¡Qué oprobioso es el destino, pero qué prudente y didáctica la vida!; pues así nos motiva a continuar, a perseverar, a esforzarnos por

conquistar las inexpugnables cimas de la excelencia, esos cielos poseedores de gloria indómita: a abrazar una fe, recia y audaz, en la coronación venidera de toda cúspide, como legítima retribución para nuestro tesón longánimo. Bien sabemos que este anhelo es inviable, pues nunca rozarán nuestro espíritu, aun livianamente, las doradas hojas de la plenitud, pero ¿por qué no renunciamos entonces a ella? ¿Por qué la entrevemos en cada era naciente? ¿Por qué la acariciamos en cada avance de la ciencia o en cada prodigio que tonifica las letras y enaltece las artes? Quizás nuestra vocación estribe en preparar el porvenir, inundados de paciencia y revestidos de una entereza invicta, para así sembrar un optimismo inalterable en la docta fuerza del futuro. Sí, es inútil sucumbir al desconsuelo y capitular ante el desaliento, pues toda una posteridad nos aguarda.

¡Oh humanidad que me acoges y absorbes mis ilusiones más intrépidas, ecos de corazones quebrados que arrullan desde ramas intangibles: he depositado en ti unas expectativas que franquean todo confín! Es la dulzura de la esperanza, cuya gallardía nunca defrauda a sus retoños impávidos, porque se renueva perennemente, al atreverse a inaugurar escenarios briosos y aleccionadores. Yo mismo soy esperanza para mí, y desearía que toda persona se persuadiera de que su propia existencia, el inasible milagro de la vida, la belleza indescriptible que desprenden los alegres siervos del amor y de la comunicación, nuestro vigor inexhausto para volver a comenzar si advienen rotundas misivas o trágicos crepúsculos, constituyen la raíz más sólida de un árbol que derrocha flores jamás marchitas; la chispa de una llama imperecedera, cuya suave y hermosa luz no ha de ser rehuida. Convirtámonos en una esperanza viva, en la expresión de todo aquello en cuanto hemos de creer y confiar.

No te angusties, Leonardo, ante la fugacidad que asfixia el tiempo y sepulta todo entusiasmo, potencia que deshoja impasiblemente el haz de los recuerdos. No llores ante la brevedad de la vida, ante lo que eres capaz de concebir e incapaz de realizar... No te agobie, en definitiva, la incertidumbre que conlleva nuestra indeleble naturaleza humana, pues a todos nos envuelve la densidad de sus nubes inhóspitas, como aguerridos vapores exhalados desde el espiráculo de ballenas monstruosas y cegadoras...

Tú eres quien eres por lo que has hecho y por lo que no has concluido, y eres quien eres porque asumes el noble y codiciado relevo de cuantos, ya antes de que tu luz despuntara sobre la jaspeada faz de este orbe, carecieron de tiempo suficiente para culminar todos los proyectos alumbrados en la vasta morada de su alma. ¿No vetó el laconismo ineluctable de sus biografías la puesta por obra de muchas de esas creaciones, de muchos de esos destellos de perfección gestados a la ardiente luz de sus fantasías más cristalinas y robustas?

Es la furia y la tragedia del genio, profeta de lo sublime e inalcanzable, profundamente enamorado de la vida pero receloso de lo precedero, pues si su espíritu no hubiera palpado el agrio peso de la frustración, ¡qué aburrida se revelaría la existencia en este universo, y qué vanos nuestros más esmerados anhelos! La ciencia y el arte cesarían de súbito, y ya nadie manifestaría ilusión por nada... Contemplar el atroz y oscuro abismo que flanquea el séquito de nuestra ignorancia, esa lobreguez aterradora cuya penumbra se precipita por las tinieblas empedernidas de los enigmas que aún no hemos aprendido a entender, nos invita a esforzarnos con desvelo, a escorarnos oblicuamente hacia un futuro esquivo y arqueado, hacia un crepúsculo dotado de providencial talud, y a decidarnos, vástagos de una audacia aleccionadora, a protagonizar el paso aún no ejecutado, y a pisar el pedregoso terreno de lo inseguro.

No ansíes, Leonardo, acaparar para ti la totalidad del genio celeste, la integridad de ese claro chorro de luz de cuyos rayos proficuos dispone nuestra misteriosa humanidad. No olvides que quienes te sucederán se enfrentarán a una análoga y corva problemática, y de igual modo sufrirán la incontestable presencia de un final inminente, de un anochecer imperioso y transido de desasosiego, de un ocaso al que todos nos hallamos irremisiblemente abocados desde la aurora de la historia. Sin embargo, germinará de esa sombra temible y espigada la fuerza que nos inspire a trabajar con denuedo, para no dilatar más esta penitencial espera, ante la necesidad fogosa, pero inexplicable, de ofrecer una aportación que ensalce los siglos y asperje la posteridad con su hisopo, de perdurar en la memoria

y de entregarnos incondicionalmente a la causa suprema que enarbolan los apóstoles del conocimiento, de la belleza y del amor.

Ha de persistir una distancia entre la teoría y la práctica, una escisión entre las ideas y la realidad, una fractura que separe la provincia de los sueños del reino de las evidencias, porque sólo así transformaremos el firmamento y metamorfosearemos los deseos; sólo así abriremos, fulgurantemente, nuestro frágil espíritu, para no renunciar jamás a superar todo cuanto prevalezca en la sofocante angostura que envuelve los dominios efímeros del aquí y del ahora. Ha de conquistarnos la osadía de un impulso santificado con las más elevadas aspiraciones que llegan a anidar en el corazón del hombre, con ambiciones mullidas por un amor inquebrantable hacia nuestra especie, cuya intrepidez nos exhorte a desafiar el cosmos y a imaginar la historia. Debemos trascendernos a nosotros mismos mediante el poder vivificador que brota, con una pujanza arcana, inusitada y bella, de ese océano colosal que baña la mente con sus aguas espumosas, de ese infinito espacio que contiene la reflexión y alberga el sentimiento.

Sólo desde las más altas cimas se aprecia con justicia el esplendor que bruñe la tierra. Sólo desde el pináculo del pensamiento puro y desde la cúspide de la emoción sincera se divisa la amplitud de lo verdadero y la extensión de lo posible, y se descubre, con viveza insólita, la urgencia de forjar las esperanzas de un mundo nuevo, de fraguar una humanidad que ensanche con arrojo sus categorías; una estirpe que inaugure flamantes escenarios para el ser.

DÍA DECIMOCTAVO

Todavía me encuentro sumamente débil, obligado a convalecer en la violenta soledad de mi cama, azotado por un mal de raíz desconocida. Me siento tan impotente, flanqueado por todo un mundo que clama por ser observado y entendido... Verme recluido, casi encajonado, en esta alcoba enmudecida, como si fuera un perezoso, un haragán condenado a un confinamiento sedentario que tiñe el cuerpo de desconsuelo y pinta el alma de melancolía, mientras adolezco en un mar de desdicha, y la ciudad rebosa de actividad, y el vigor humano fluye por doquier, y Miguel Ángel esculpe una obra maestra o Rafael pinta un cuadro que eclipsará los míos...; este caudal de dinamismo me deprime y hunde en el pozo enfangado de una angustia voraz, desde cuyas profundidades sólo resuena el rotundo eco de mi tristeza. ¿Por qué he de contraer estos achaques? ¿Por qué no se me concede un respiro, un paréntesis venturoso, si a pesar de que mi vida resultará forzosamente breve, lacónica, sin dispensa que la canonicé con el añorado don de la inmortalidad, la responsabilidad inaplazable de ensanchar los horizontes de la ciencia no cesa de domeñar mi ánimo con una opresión despótica y desmedida?

Las horas pasan, los días se diluyen, los años se difuminan. Las personas desaparecen, y se evapora el perfume de esas ansias olorosas que embellecieron sus tenaces mediodías. Mi sombra se disipa. Envejezco, y me acerco al tenebroso umbral que ciñe toda sepultura, mas ¿qué he conseguido? Sin duda, mucho menos de lo que ha anhelado mi corazón. Ante una vida tan fugitiva, cuyas apetencias han flameado con tanta y tan implacable intensidad, la enfermedad inflige un castigo demasiado severo. Me despoja esa furia expansiva que nos exhorta a comprender y a amar. Acepto, con pudorosa resignación, que el óbito me usurpe toda la energía que atesoré en la impetuosa juventud, porque cuando irrumpa la muerte con su fiereza, ya no me percataré de su temido hálito, tal y como argumentó Epicuro hace milenios; pero el destierro que decreta el mero padecimiento físico se me antoja, en verdad, agria y exasperante...

Si es cierto que “la falta de uso oxida el hierro, y de la misma manera, la inactividad destruye el intelecto”, yo necesito ejercitar la mente. No preciso de asueto, sino de tareas ponderosas cuyo rocío me insufla arrebatado entusiasmo e inyecte en mi sangre el docto bálsamo de la alegría indeleble. No busco reposar: mis manos deben fraguar lo aún no presagiado. He nacido para crear, y moriré porque he creado. Yace aquí mi destino, la rúbrica del rol impostergable que una naturaleza me ha otorgado, y mi alma ha de cumplirlo, imbuida de una piadosa abnegación.

No soy yo, Leonardo, quien alberga este compromiso enaltecedor y saciado de inocencia que sólo se vuelca a inventar, sólo se orienta a descubrir, sólo se difunde hacia las más altas cimas que entronizan el pensamiento y encumbran la sensibilidad, sino mi ser integrado en la majestad de este cosmos imponente y rumoroso, bajo cuya florida bóveda de secretos habita la flecha de mi espíritu y aletean las pulsiones de mi corazón.

¡Ay de mí si no trabajara, y ay de mí si ya no portase la venerable antorcha en cuyas pulcras llamaradas ondea el fuego de una curiosidad intempestiva! ¡Ay de mí si se hubiera desvanecido de mi alma la esclarecedora voluntad de aprender! No sería yo, sino otro. Perecería en vida. Sin embargo, un escorpión inmisericorde agujonea mi espíritu, ahora envenenado por una ponzoña para la que no cabe cura: la ambición infinita de sabiduría...

Muchos ignoran el sentido, el propósito que justifique su existencia, quizás sin advertir que poderes innominados lo han preestablecido sólo en parte, pues también lo formulamos nosotros mismos, con nuestro caminar por el misterio de la historia. Y el significado invulnerable que yo he querido legar a las generaciones venideras desemboca en el enardecido océano de la creación. He aspirado a erigirme en creador, y he procurado avivar hermosura y forjar amor desde el sacrificado púlpito de mi obra. Nada ha clavado en mi corazón una cruz tan bienaventurada e infausta al mismo tiempo: hontanar de fortuna, sí, por infundirme la convicción, aciagamente incontrastable, de que mi perseverancia servía siempre a un fin mayor, ya fuese a la sede de la ciencia o al sitio de las artes, mas fuente también de aguas malogradas, porque en su reflejo cristalino mi espíritu se palpaba sumido en una anemia petrificante, huérfano de facultades para coronar el noble objeto que codiciaban sus voces absolutorias: los lauros de la perfección. Pero ante todo he sido humano, hondamente humano.... No he traicionado mi ser.

¡Yo, que confío ciegamente en la razón y ensalzo el cáliz que contiene su savia, gustosa, aleccionadora, mesurada; yo, que con sobrecogedora honestidad alabo la irreprochable luz de la armonía y del equilibrio; yo, que adoro la paz y rindo pleitesía a la delicadeza; yo, que entrego mi contemplación a las bellas y proporcionadas leyes que rigen el mundo: yo, qué poca paciencia poseo!... Carezco de esta gran virtud. Mi vida es impaciencia pura, apresuración profética, insatisfacción perenne. La impaciencia me inspira, pero ¡ojalá me imbuyera del grato y sonriente aroma que prodigan los hijos de la serenidad, del desprendimiento y de la mansedumbre! Disfrutaría de la fruición que dimana del momento puntual,

del instante efímero que siempre se amustia y agota, pero cuyo abatimiento estampa una huella imborrable, obsequiosa e inequívoca en la desconcertante languidez de la memoria humana; como aquellos paseos seductores junto a un sosegado río Arno, escoltado sigilosamente por las mágicas tonalidades azafranadas que exhala el templado atardecer florentino, chorros de copiosa luz que estriaban la uniformidad de las alturas, y cuyos prudentes destellos me permitían vislumbrar la pletórica mezcolanza de colores que inunda la tierra y anega el cielo con su vivacidad beatífica, dotada de una exuberancia y de un gozo inefables que me he empeñado en reproducir fielmente en cada uno de mis cuadros...

¿Me consolaré con el recuerdo de que otras personas sobrellevan una situación mucho peor que la mía? Lógicamente, el afecto de condolidada hermandad con los demás hombres y mujeres instaura siempre un faro de luz alentadora, pero considerarse fortalecido al meditar sobre las tragedias ajenas tampoco me complace. Mi espíritu ha de buscar la felicidad genuina e implorar el deleite incommovible, y debe soñar con recorrer esos dulces vergeles que bosquejan la plenitud, esos prados y esas provincias de cuya frescura angélica se ausente todo atisbo de tribulación, todo vestigio de amargura, todo rastro de desesperanza y aflicción.

No abdicaré de una llamada que representa mi vocación insoslayable en esta tierra: expresar el fervor que yo siento; derramar la fragancia que a mí me embriaga. El universo ha de acariciar la rosa que mis dedos sondean, y en mis ojos debe transparentarse el brillo recóndito que irradia el sagrado tridente de su iris, para que nos ilumine una idéntica pasión por la belleza. Deseo unirme al mundo, y que el mundo me estreche también a mí en sus brazos compasivos. La impecable limpidez de sus gotas llegará entonces a percolar a través de mi alma, y el relámpago que tributan mis emociones invadirá el artesonado de su corazón. Suspiro por internarme en el fondo inaccesible de esta humanidad que me rodea, de esta familia que me enorgullece con su pertenencia.

Vivir para crear...: ni la mayor utopía de los filósofos concebiría una meta más elevada, dichosa y edificante.

NOCHE Y SOLEDAD

La noche proyecta un enigma siempre abierto. Se apagan las luces, desfallecen las lámparas y se extinguen las voces, y nos arroja nuestra soledad ante la infinitud del universo.

En el azabachado negror que permea las noches meditabundas descubrimos quiénes somos, y nos percatamos, bajo los cálidos suspiros derramados por su desnudez inocultable, de nuestra flagrante pequeñez, que siembra al mismo tiempo esa suave luz cuyos rayos sinuosos resaltan nuestra más perspicua grandeza. No existe espacio para la inquina que inocular el engaño o para la insolente picardía que esparcen las argucias y sus habilidosas estrategias; tampoco para los circunloquios o la traslaticia perversión de los lenguajes. Porque, frente a lo que pudiera ponderarse en primera y rasa instancia, bajo el amparo de la nocturnidad, ¿no centellean miríadas suntuosas de estrellas inaudibles, arracimadas en misterios bordados en la lejanía, pero tan poderosas y hegemónicas como para teñir de colores celestes una bóveda triste y lúgubre, dotada de imponente nervadura? No nos queda más remedio entonces que admitir nuestra paladina insignificancia ante este océano repleto de tímidas nebulosas. En la noche prevalece una afasia críptica, y así logramos percibir, absortos, lo que nos comunica la naturaleza, cuyos diálogos carecen de hipocresía, y no se hallan contagiados por la espuria enfermedad de la mentira y la desafección. En la noche hemos de escuchar y callar, pues es preciso atender a la clase magistral que nos brindan los galantes astros y nos concede una luna enguinaldada.

Sí, nos circunnavega el silencio, nos contiene el silencio, nos define el silencio...; él nos exhorta a componer nuestra propia y jovial melodía. Somos palabra porque habitamos en el silencio, y nadie oiría nuestro clamor si las sagradas voces que exhala el firmamento no permaneciesen reprimidas, arrumbadas en distancias inescrutables. Enmudece el fértil orbe para que hablemos nosotros. ¡Pródigo y abnegado es el mundo con esta humanidad ingrata!

Ese placer sobredimensionado de volver serenamente sobre uno mismo, ¿no guarda una estrecha analogía con el gozo de leer en la mansa soledad que sosiega la noche, cuando, flanqueados por una tenebrosidad sonámbula, nos sentimos la única estrella que arma este feroz séquito de constelaciones? Sin embargo, la experiencia bienaventurada exige siempre compartirse, como el bien, de esencia “difusiva”, según la consideración de los filósofos, por lo que necesitamos más estrellas opalescentes que configuren más galaxias, además de la nuestra. No nuestra morada, sino la solemne ciudad que forje el espíritu de la alegría, donde sólo florezca la tersura intacta que emerge de un resplandor inaugural, de unas luces bellas

y primordiales saciadas de pureza, y en cuyo seno haya colapsado toda pétrea e inquebrantable muralla. El retraimiento monológico, la reclusión voluntaria, plantará así el germen privilegiado que disemine el néctar de la compañía.

¡Oh secreto aleccionador, el pensar que la altanería de una soledad que se jacta de sí misma y presume de sus portes espigados, antorcha que sólo languidecería si desistiéramos de comprender una realidad hostil, desde la que dimanan tantas y tan apocalípticas tragedias, pero fluyen también delectaciones incomparables, reminiscencias que jamás se evaporan en la vacuidad del olvido, constituya la robusta palanca que levante una urbe espléndida, la pluma lúcida que escriba la enciclopedia donde figure cada ser humano o el anhelado panal en el que a todos se nos entronice como reinas!

Todo es vanidad, y es cierto que todo yace cegado por los soles deslumbrantes del orgullo, pero incluso las más engreídas ínfulas son capaces de irradiar una bondad insospechada, cuando nos revelan las lentas pulsiones de la luz que dora toda soledad: creernos estrellas imbatibles e impertérritas, fijas en la cromada cúspide que envuelve el cielo encapotado, corazones que fingen no requerir de nada ni de nadie, a pesar de que encarnan a unos pobres e irredentos seres, ajenos a la clemencia divina, aún más infelices que nosotros, vulgares bípedos implumes, pues fuerzas recónditas las obligan a reverberar obstinadamente y sin descanso, a otorgar sin esperar nada a cambio, en hermosa y altruista contribución a la epopeya que teje y gobierna las vastedades del cosmos...

Mostrémonos envanecidos como las estrellas más exuberantes, y prorrumpamos, cuan émulos suyos, en cánticos sublimes, en odas que desplieguen una exultación honesta ante la belleza que magnifica las enormidades siderales y los contornos de la vida. Nos poseerá así el don de una humildad sincera, y habremos ganado un imperio inexpugnable, bañado de libertad y exento de desdicha.

No son, hermanos míos, los recurrentes vicios privados los que edifican la excelencia pública: es el hontanar beatífico de la virtud el que inflama la llama ígnea y misericordiosa cuyo noble fervor enardece la solidaridad entre los hombres y las criaturas, a imitación de esas estrellas generosas, haces alabastrinos que brillan las unas para las otras.

Sí, es medianoche, y nos observa una tremenda oscuridad, que ya no inspira temores innominados, sombras que aflijan el corazón con sus coreografías pavorosas, sino un sobrecogimiento que enaltece el alma, así

que disfrutemos de esta preclara y exquisita luna llena... Entreguémonos al éxtasis mesiánico de la paz dulcificada que destella desde los púlpitos inasibles de su fulgor inmaculado. Embriaguémonos de la fragancia mágica que desprende y, sobre todo, soñemos, soñemos sin cesar junto a la hoguera, o mejor aún conversemos, porque es así como se transmite la delicada plétora que acrisola nuestros más vibrantes sueños.

DÍA DECIMONOVENO

Es de noche, y se desvanecen los vestigios del mundo. Percibo un silencio apacible, sepulcral, eremítico, que me transmite a la vez brisas de sosiego y ráfagas de temor. Enaltezco mis pupilas azoradas hacia esa exuberancia que baña el cosmos con su docto aroma, y observo estrellas encandiladoras y fulgurantes, cuya luz enardece la desmesura que caracteriza este caliginoso firmamento; diminutas ante mis ojos noctívagos, pero seguro que empíreas y soberanas en realidad... Tenués murmullos que balbucean labios arcanos me instan a preguntarme de dónde procede su brillo. ¿Por qué resplandecen las estrellas? Lo ignoro. Quizás desentrañemos este misterio tan sutil y profundo cuando amanezca el futuro. Es la divina ilusión que guía todos mis esfuerzos en las provincias del arte y de la ciencia: creer que alcanzaremos un grado de refinamiento estético muy superior al que ha sembrado nuestra época, y profesar una fe no menos intensa en el esclarecimiento venidero de todas las incógnitas que hoy por hoy turban nuestra alma.

¡Cuánta paz inhala mi espíritu junto a las estrellas! ¡Con qué inocencia se derrite mi corazón ante estas emanaciones de un reino de verdades perennes! Son una fuente de luz y un foco forjado en los cielos de la concordia, y oso impetrar a estas inmensidades siderales un sigilo aún más fúnebre, para que me conceda escuchar los tímidos susurros musitados por los cometas divagantes mientras conversan los unos con los otros. Tiemblo, acongojado, ante este espectáculo que me llena de escalofríos. Su aleccionadora belleza hiela mi sangre y me invita a lanzar las súplicas más efusivas a ángeles inasibles.

Elevo ahora la vista a esas célicas entidades que rutilan en púlpitos ungidos, y reconozco la unidad que funde mi alma con el cosmos: mi integración cadenciosa en el seno de una esfera que trasciende mi existencia y me enlaza a un cirio eterno. Mis preocupaciones se disipan, volátiles y aquietadas. Me basta percatarme de que me encuentro ligado a un ámbito que desborda los mezquinos feudos de mi propio ser. Me sobrecoge el contraste entre la oscuridad desoladora que preside el cielo nocturno y el reverberante centelleo de las estrellas. ¡Qué minúsculo nos parece el universo cuando atraviesa el tamiz edulcorado de nuestros ojos, de esos cristales tan vívidos que atesoramos para explorar la radiante belleza del mundo! Nuestro espíritu es capaz de subordinar la exorbitancia del espacio a la palmaria pequeñez que ahoga nuestros sentidos. He aquí el hechizo obrado por nuestra mente, cuya magia nos transporta hasta las

regiones más remotas, ciclópeas e inusitadas, y despoja el orbe de su majestad ante la fuerza insólita del entendimiento.

No creo que descubra nunca un manantial tan pródigo de paz y reminiscencia como cuando vislumbro, hundido ante el reclinatorio de mi nostalgia esperanzada, las estrellas que coruscan en las colosales amplitudes del firmamento, acompañado por una tenebrosidad silente, bajo el único escrutinio de ese hervor indómito que esparce la ficción más instigadora. Propicia que recuerde cómo los antiguos pasaron también largas y nocturnas horas aprisionados por la fascinación que brota de los cuerpos celestes. Su embrujo rememora que Tales, Pitágoras y Eratóstenes se maravillaron ante un don cuya belleza me atrapa ahora a mí, y aplicaron los inconmensurables rayos de su ingenio al cálculo de las trayectorias que trazan los planetas, a la predicción rigurosa de los eclipses y al cómputo de la longitud que describe el ecuador terrestre, así como al tratamiento matemático de las esquivas eclípticas y de otros importantes parámetros. Y, mucho antes que ellos, los egipcios y los babilonios también se fijaron en el cielo estrellado, e inventaron calendarios perdurables. ¡Qué estampa tan gozosa, pues imagino a Platón, y a Aristóteles, y a Euclides, y a Arquímedes, y a todos los sabios de Grecia, volcados sus espíritus hacia el horizonte en las cálidas noches que anegan de piedad el Mediterráneo! ¡Con qué belleza hubieron de extasiarse sus corazones al alabar la armonía del universo, con sus miríadas de ojos invisibles que nos espían desde sus recónditas sedes de estabilidad!

Yo nada soy frente a ellos, aunque nunca he juzgado a estos prohombres como autoridades infalibles abocadas a determinar el rumbo de mi pensamiento, sino como vástagos preeminentes de una misma stirpe humana, como almas que experimentaron una necesidad análoga a la que a mí hoy me invade: la de venerar este escenario que nos circunda y encumbra, para diseminar interrogantes que multipliquen nuestra insaciable sed de conocimiento. Nos separan la incurable cisura del tiempo y el abismo pertinaz de la distancia, pero nos vincula una patria común, tutelada por la humanidad, en cuyas extensiones nadie es forastero, y donde no cabe desarraigo.

Me enorgullece ser humano, de esta insigne filiación, linaje que me hermana con figuras excepcionales, con corazones que ennoblecieron el arte y aquilataron la ciencia. Su prestigio más valioso no reside en sus aseveraciones específicas, que probablemente se demuestren erróneas en el mañana, sino en una voracidad intelectual irreprimible, contagiosa, digna de la más alta pleitesía, que con sumo beneplácito los apremió a

formular cuestiones intrépidas y a ofrecer respuestas no menos valerosas. Al honrar los hitos mayestáticos que coronaron en la Antigüedad, y que tantas otras onomásticas destacadas han conquistado en tiempos más recientes, me veo poseído por una alegría sincera. Su hondura me ayuda a proseguir hacia una meta que, aun incognoscible, me atrae inexorablemente, dueña de un magnetismo irresistible que planta en mí la tenaz semilla del entusiasmo.

Sí, es de noche, y los irrevocables ecos de su mutismo me enervan y descomponen, pero también me hipnotizan con el delicioso perfume de su serenidad. La ciudad duerme ahora, porque la humanidad manifiesta predilección por el día frente a la noche. Olvida que una lóbrega opacidad, parcialmente iluminada, concita mayor hermosura que el día que deslumbra y ciega. Tanta luz diurna enluta nuestra mirada ávida. Nos impide discernir el aplomo que anida en las estrellas, y captar cuán ínfimos somos delante de su gloria, pues nos asemejamos a pigmeos aterrados ante la astronómica vastedad que inunda las galaxias.

Siento cómo late el ímpetu de la noche en mí. Tanto enmudecimiento, tanta inactividad y tanto descanso placentero me exhortan a desdeñar las potestades indecorosas que nublan este mundo, las dificultades tan desazonadoras que enturbian la vida, los abrojos pasajeros... Ahora sí noto un vigor divino que cruza mis venas. Ahora resucita mi fervor. Ahora palpo con qué solemnidad se alza la noche como fuente de inspiración y hontanar de energía. Mi corazón se halla reflejado en el espejo que bruñe el cóncavo de las estrellas. Yo también imploro convertirme en un astro, inmortalizado en la bóveda zodiacal de las artes y en el Olimpo de las ciencias; pero me avergüenza incluso sugerirlo, y expresar estas fatuas pretensiones, transidas de altivez, consumidas por su arrogancia inhóspita, cuando a muchos de mis congéneres la fortuna no les permitirá ambicionar nada, y sus nombres agonizarán sin remedio en grises pozos preteridos, para expirar como rehenes aciagos de la más acerba indiferencia. Sin embargo, ¡cuánto anhelo ubicar mi estrella en la misma constelación que acoge a Fidias, Apeles y Vitruvio, moradores egregios de un parnaso beatífico, quienes simbolizan, más que a individuos particulares, la pasión secular por la sabiduría y la perfección...!

Bate sus alas puras la noche, y me olea el sagrado viento del amor... ¡Hacedme llorar, versos celestiales que me seducís con vuestra luz inextinguible! Mis lágrimas quieren despertar, y claman por un pecho donde derramar la savia de su rocío. Diviso un sínodo que congrega innumerables astros de titilaciones inmarcesibles conspirados a lo lejos, y mi ser suspira por metamorfosearse en una estrella chispeante, que

enriquezca el templado júbilo de ese paraninfo, refulgente sobre la historia como hijo de una felicidad expansiva, y así legar la copa de la ternura y el cáliz de la ciencia. Aunque mis intenciones jamás logren cumplimiento, siempre, cuando imponga el ocaso su velo sobre el día, me aguardará esta sublime cúpula estrellada que ahora me arropa. Yace aquí el bálsamo que me imbuye del mayor de los consuelos.

¡Qué sería de la humanidad sin la noche! Ella aviva nuestras ansias estragadas, esos delirios que magnifican las tensas sendas de nuestra fantasía. De noche, la humanidad emprende lo que nunca se atrevería a protagonizar durante la vorágine del día. Las tinieblas nos amparan, cairelados, en un dulce y protector anonimato, envueltos por la conmovedora negrura de ese cielo moteado de estrellas cautelosas que habita sobre nuestras almas trémulas. Y yo soy uno más, que busca, como tantos otros, amar y ser amado. La noche más lúgubre entona un canto eufórico a la sabiduría y al deseo.

¡Oh noche, perfora mi corazón con tu belleza y repara mi soledad! Ante tu inabarcable poder de evocación sucumbo, suavemente derrotado, y con admiración me postro a tus pies devotos. Te contemplo, y todo un mundo se abre ante mí. Embriagado por tu plenitud, comprendo cuán vanas son las aspiraciones de los hombres. Ya sólo me queda soñar, para demudarme en un grato crepúsculo, hasta que el incomparable primor que exhala el alba me desadormezca.

Ojalá pudiera reflexionar mucho más sobre la noche, pero la indolente lasitud, la sombra del abatimiento, me vence con su abulia y su marchitez. Debo reposar para rendir en la aurora, aunque mi espíritu prefiera la noche al día, y sea en el hiato noctámbulo que divide, como en una cesura poética, la versatilidad de cada jornada, cuando las potencias de mi alma se embelesan en ríos de paz y amor, revitalizadas por el milagro de un silencio enunciativo...

Del irreprimible miedo a la soledad nace una bella fuente en la sima del corazón, de cuyas aguas mana el impulso enardecido que nos exhorta a vivir y a soñar juntos. No pretendemos, en realidad, que se ausente de nosotros este temor tan bien fundado, al igual que no queremos el cese completo de las sombras acérrimas propagadas por la oscuridad más luctuosa, por ese rayo o relámpago de tiniebla que vislumbraron los serenos ojos del místico, y contra cuya virulencia tan frecuentemente se alzan nuestras almas. Precisamos del aislamiento para seguir, como el poeta, la escondida senda de los pocos sabios que en el mundo han sido, y así edificar una morada en el interior, una fortaleza inexpugnable, una ciudadela en la hondonada de nuestro espíritu donde encontrar un refugio perenne, un amparo frente a los inescrutables avatares que nos prodiga el existir y su peregrinaje por caminos inconclusos.

Encerrémonos en nosotros mismos, y huyamos a esas cartujas que sólo rinden culto al silencio, mientras un hosco vacío se impone sobre el corazón, arrecian las soledades del alma y sobre la superficie de la Tierra se desploman estrellas otrora imbatibles. Así inundaremos el universo con un ímpetu vigorizador, a imitación del muelle que, atrincherado en su elasticidad esquiva, nos impele inicialmente a descender, y nos comprime de manera implacable, como si de un émbolo se tratara. Su virtud retráctil nos abaja sin misericordia, y nos facilita esa gratuita lección de humildad proporcionada por las leyes que imperan, entronizadas e inderogables, en el sitio de la naturaleza, para luego reincorporarnos a la altura inaugural, hasta finalmente rebasarla, y así revestirnos de la tierna y colorida dulcedumbre que brota, albriciada, de conquistar un nivel jamás logrado. Reacción y acción...: he aquí el secreto inopinado que oculta la soledad: volverse hacia uno mismo para descubrirse huérfano de una belleza ignota, y sondearla en las vicisitudes que nos deparan los piadosos mensajeros del destino. Sin embargo, y para invocar esta luz, ¿no habremos de apocarnos espontáneamente? ¿No deberemos abandonar esa estridencia cósmica que eclipsa el alma, y sucumbir mejor ante el poder inmaculado de renunciar a los mullidos placeres que esparcen, por doquier, los ínclitos heraldos de la vida? ¿No ansiaremos ahora navegar a través del fondo inabordable de nuestro espíritu? Saciados, o incluso hastiados, por el abismo tan desgarrador que representamos para nosotros mismos, aspiraremos entonces a pisar el mundo con pie decidido, y a mirar venturosamente los incontenibles celajes del cielo, enamorados de sus nubes arreboladas, partícipes del entusiasmo de quien por primera vez se maravilla ante un embrujo que nos supera...

Por tanto, temámonos, y encomendémonos al pavor persistente ante el elaborado enigma, ante el jeroglífico que irradian los voraces chorros de

nuestro espíritu, porque de él aflora una pujanza inagotable, providencial, cuyo furor nos abre a las bondades del árbol de la vida, y al lucero que ennoblece el alba, y a ese sol rojizo que preside un ocaso embreado. La áspera agonía que contagia la soledad se verá reemplazada por la confianza inmovible en esos frutos, bañados de esperanza, que llega a otorgarnos la compañía de los hombres, mas no descuidemos nunca el candor del retraimiento: estremecerse ante él no obstaculiza amarlo, y más vale ser temido que amado, como proclamara el filósofo... Triste evidencia, sí, pero quizás toda aversión se transforme, bajo los recónditos auspicios del futuro, en un éxtasis amatorio, pues el amor auténtico e incorrupto entraña también recelo de su pérdida y apego hacia su permanencia, y abundan en nuestra historia esas relaciones tan conflictivas que involucran el amor aunado con el odio, la compulsiva atracción y el no menos reiterado rechazo: la arcana intención de sufrir para gozar, de padecer para deleitarse, en un escenario donde, sin aflicción, no emerge la más añorada de las dichas.

Suspiraríamos, sí, por soportar el dolor infinito, el castigo interminable decretado contra Prometeo por usurpar el fuego de los dioses: desearíamos asumir, cada uno de nosotros, la onerosa carga que le corresponde a la entera humanidad, pero no somos capaces de coronar semejante meta si tan sólo nos flanquea nuestra soledad adusta y abrasiva. Nadie nos ha conferido una condición redentora, y los seres humanos buscan salvadores incognoscibles más allá de las bóvedas celestiales y del primer motor inmóvil. Nuestra voluntad se revela demasiado frágil y riela temblorosamente, arredrada por la magnitud de unos desafíos tan desorbitados y amedrentadores: necesita encaramarse a fornidos hombros de gigante, para así triunfar sobre los infortunios que también exhala el cielo, y erigirse firme, robusta sobre la ductilidad que moldea la tierra, pues de lo alto proceden profetas mesiánicos e irrumpen jueces severos, vivificantes clemencias y áridas condenas...

Odiar para amar y amar para odiar, en el macabro dinamismo que incendia la contradicción murmurada... Y sólo en la santa soledad, en la calma sosegada que apacienta nuestro ser, se extingue la trémula luz que desprenden los opuestos. Brilla entonces la unidad: ese ensimismamiento puro, simple, monocromático, que reproduce la imagen icónica de lo externo; la tenacidad de una vida que se posea perfectamente a sí misma, como un foco inmutable, enclavado en el más profundo corazón y cuyas linfas rieguen, con la honestidad de su sangre, ese catálogo de elíseas constelaciones que adereza la cúpula de los cielos; una lámpara sideral que tan sólo emita energía en forma lumínica, y entregue sin recibir, en alarde insólito de dones virginales e inalterados.

Convirtámonos en nuestra propia y soberana estrella, y alumbremos, desde el refulgir de nuestro espíritu, un ámbito colmado de riquezas fabulosas, cuya sustentación no requiera de nadie ni de nada más. Hallemos, en el castillo hospitalario que forjan los dedos devotos de nuestra alma, el verdadero reino de amenos horizontes que despliegue la pléyade de prodigios augurada: el presagio de esa libertad eximia que acaricia nuestro ser cuando leemos, fascinados, rejuvenecidos, una obra que nos permite experimentar una nueva vida, por trasladarnos en marsupios invisibles a otra época intensa e insertarnos en otro espacio palpitante donde centuplicar, con haces póstumos de magia inaprehensible, nuestra vidriosa y exigua existencia. Obtendremos así una victoria momentánea sobre una muerte amenazadora, cuya alargada y denegrida penumbra siempre nos acecha desde tribunas recriminatorias...; pero las derrotas, aun pírricas, a quien se sabe omnipotente, ¿no blanden los lauros que nos brindan la alegría más desmesurada?

Transfigurémonos en un álgido astro que agite el cielo con su luz: en un tridente de primor, que sólo obsequie, sólo genere, sólo ofrezca ese regalo que parece surgir de la nada, aunque labios indolentes y amonestadores aseveren que *ex nihilo nihil fit*... Suscitemos, en la más furtiva intimidad del alma, en ese archipiélago plagado de anhelos difusos, el amanecer de nuestros propios dioses imperecederos, e imploremos demudarnos en artífices de los taciturnos perfiles del orbe, en sí mismos subsistentes, como las ideas platónicas.

Codiciemos, en definitiva, lo más alto, pero no olvidemos que toda estrella pertenece a una galaxia. Compartamos con los demás astros que enjugan las lágrimas vertidas por el cielo su jovialidad angélica: el regocijo de diseminar una claridad inspiradora a un firmamento lóbrego y adormecido, tantas veces adverso y desafecto hacia los afanes más elevados que empapan, con la frescura de sus gotas, la sequedad del espíritu del hombre... Y he aquí un tesoro divino, un cúmulo fastuoso, repleto de esmeraldas, zafiros y rubíes; la soberbia gema enjoyada, la mítica perla ensortijada y el pecio más espléndido de los galeones sumergidos.

DÍA VIGÉSIMO

¡Oh soledad! Te busco y rehúyo al mismo tiempo.

Necesito aislarme, y dejar que mi corazón vague por cielos de mansedumbre, porque es así como presto atención a las sutiles melodías que bruñen la naturaleza, cuya sofisticación y tersura me hablan a través de sonidos cadenciosos inundados de mudo fervor, y le manifiestan a mi espíritu esos frescos, bañados de una belleza deslumbrante, que con pasión exhalan sus notas y sus sigilos pincelan. ¡Sí, qué sublime el placer que en ese momento me embriaga con su inescrutable perfume! ¿No alcanzo una paz insondable cuando los melifluos suspiros del silencio conquistan mi ser? Pero un fuego intenso y recóndito golpea entonces mi puerta y me recuerda la hermosura de la compañía humana. Onerosas pulsiones atrapan mi corazón, y me sumen en turbias intuiciones y amargas dudas. Yo no puedo vivir con mi pesarosa autonomía, y muero si me enclaustro en los oscuros retazos que trenza mi soledad: he de compartir mis palabras y gozar de mis fantasías con mis semejantes.

Sí, yo amo mis vigilias de arcanos y sosiego, cuando todo desprende aromas de concordia y armonía, y todo rebosa de una sencillez que colma mi corazón con las inspiraciones más nobles, solícitamente escanciadas por la mano de un ángel. ¡Ojalá oiga cuidadosamente esa melodía inextinguible que sólo irradia compases de amor, y sólo es sierva del amor, y sólo me une a un mundo que ansía besarme con los labios del amor!

Sin embargo, me invade una creciente sensación de destierro. El universo me decepciona. El saber me intranquiliza. El arte no me sacia. El amor me desborda. No arden léxicos, metáforas o alegorías en el vasto y denodado cielo de la imaginación capaces de rescatarme de mí mismo. Sólo me queda el deseo, y perseverar hasta que las gentiles alas de la vida me eleven al paraíso de la dicha imperecedera. ¿Y acaso no anhele, con una vehemencia límpida, ser escuchado por esa inmensidad imponente cuyo manto de pulcritud excelsa envuelve las esquinas del cosmos, al igual que yo me afano en descifrar sus más inefables misterios? ¿No imploro que ante mí se extiendan siempre unos brazos cuya delicadeza me acoja generosamente, para que nunca vuelvan a avasallarme las inhóspitas cadenas de la soledad en el incomprensible decurso que describe la existencia? ¿No impetro que alguien me espere, con desvelo y dulzura, cuando regrese a mi hogar, para que su voz me comunique vocablos aterciopelados, impávidos y premonitorios, corazones cuya serenidad destile aliento y esparza pudorosos haces de optimismo sobre un alma

tantas veces afligida? Yo no quiero reservarme en exclusiva mis aspiraciones más íntimas y mis más heroicas ilusiones, salvaguardadas en esferas impenetrables sólo consagradas a mi mayor gloria. Alegre o compungido, sueño que alguien se entregue tiernamente a mí, y con un entusiasmo que sana cualquier vestigio de desazón, me esmero en llegar al fondo de todos los corazones que tonifican a la humanidad, sin que ninguno me resulte ajeno. Pero clamo también por disfrutar de horas retraídas, casi anacoréticas, sólo acolitado por esos interrogantes elusivos que no ceso de dirigirles a los cautelosos vástagos de la naturaleza...

¿Y si es la soledad el único mal auténtico que me tortura, la secreta raíz de mi insatisfacción? “¡Ábrete al mundo, camina, canta, juega, escala, bebe, ríe...!” -me gritan los ecos fugitivos de la voluptuosidad-. ¿Abandonaré este refugio de reflexión que anega la morada de mis pensamientos con los vislumbres de universos nuevos e inasibles? ¿Aprenderé a huir de mí mismo y a rebelarme contra las sombras de mi tribulación?

Sí, me siento solo, y tras densos espejismos, sólo se yergue un corazón atormentado por esta espiral infinita e indolente que me eclipsa, disuelve y desconsuela... Yo ambicionaba descubrir certezas nuevas y crear obras eternas, porque amaba la sabiduría, alababa el conocimiento, adoraba la vida; pero en esta bifurcación agotadora de preguntas y respuestas concatenadas, en este laberinto interminable, en la disipación de cuyos intrincados y resbaladizos senderos se pierde y consterna mi espíritu, atosigado por fantasmas indómitos, no encuentro la calma, la felicidad, la vibrante y regia llama inflamada por una verdad que me redima de mí mismo. Sólo atisbo soledad. Sólo inhalo hálitos de tristeza. Sólo diviso indeterminación. Sólo escruto tinieblas, inacabable y abúlicamente entrelazadas. Sólo capto la infinitud de una textura confusa que enmaraña cifras, entreteje letras y vertebraba ideas: ese inmenso y abrumador lienzo universal que todo lo hilvana con todo, todo lo recapitula y todo lo culmina; la inquietante impotencia grabada con sangre en la fragilidad que empequeñece el espíritu y menoscaba la belleza del cosmos. ¿Cómo no sobrecogerme ante esta costura ilimitada que borda, desde los astros de su sutileza, desde la sede de su reciedumbre, el dilatado y valeroso espacio del conocimiento, y cuya pujanza ribetea el críptico brocado de la vida? ¡Yo quiero escapar de esta prisión! ¡Sólo un sentimiento puro me salvaría de las celdas de la ciencia y me liberaría de sus garrotes refulgentes! ¿Cuándo me acariciarán esos dedos misericordiosos que absorben mis incansables deprecaciones, el tesoro de mi súplica? ¿Cuándo rozaré su amabilidad, su lisura y su evocación? ¿Qué verbo, imbuido de franqueza y ablandado por verdes hojas de amor

honesto, me convencería de que existe un bien más alto, máspreciado, más divino que el saber? ¿Qué ojos, trasegados de honradez, me persuadirían definitivamente de que siempre se alzará un cielo que rebase mi comprensión, y florecerá un bosque cuyo embrujo trascienda por entero la rigidez asfixiante que rezuman las porosas fronteras de la inteligencia? ¿Qué boca pronunciaría palabras incondicionadas, rayos perforados de infinita inocencia, tan puros como para reflejar la suavidad del aleteo de un ser que sólo vuela porque ama, ya no empujado por un anhelo voraz de explorar nuevos y colosales territorios?

Esas aguas tronantes y arrolladoras que resuenan en mí, ¿no pugnan por exceder los estrechos cauces de la razón? Bulle un furor que me conmueve. Sus emanaciones, tan húmedas, lacónicas y bondadosas, lenta y sedosamente se deslizan por las depresiones que horadan mi alma. No sé si lograré contenerlo, ni si seré capaz de cumplir sus cálidas expectativas...

Con humildad y resignación, mi vida ha de aceptar esta contradicción implacable, este antagonismo que angustia mi voluntad. Sí, me devora la estridencia de una paradoja punzante: la antinomia, de apariencia irresoluble, destinada a confrontar la profunda nostalgia que me apremia a encerrarme, la dolorosa añoranza por recluirme en un ostracismo de tintes ascéticos, con la pretensión, bella y purificadora, de integrar mi espíritu en un cosmos dadivoso, cuyo regazo me reciba desde la exuberancia del amor.

Yo quiero franquear todas las calles de la historia, y recorrer todos los recovecos que transparenten la inagotable pluralidad de las culturas, y que mis pies pisen los umbrales que protejan todas las moradas, y apurar todos los cálices, y degustar todos los manjares que dulcifiquen mis cánticos nuevos, e intercambiar todos los verbos, y transitar, como legendario caminante, por todas las calzadas que remitan al espíritu y evoquen la naturaleza, y buscar, en las múltiples latitudes que sazonan la tierra y tapizan los cielos, la belleza seráfica, el don primordial, la hermosura genuina, cuya esencia no habita en ningún enclave, sino que fluye, mayestática, desde ese placer indescriptible concitado al reanudar el más trepidante de los viajes, y al sentarse en una mesa inusitada bendecida por un distinto techo...

No, hermanos míos, no nos conformemos con ningún espacio ni transijamos con ningún tiempo. No comprometamos nuestra facultad estética con nada, si antes no lo hemos conocido todo, ni jamás digamos que entendemos, si nuestro corazón no ha inhalado la vasta miscelánea de aromas que desprende el universo. Nunca hipotequemos la insospechada amplitud que late cuando nuestro espíritu abraza un estupor de ecos primaverales, porque el asombro nos eleva a cielos imperecederos y puros, y nos vincula al íntimo sentir de todos los hombres...

¡Qué tragedia, qué abandono en soledades peripatéticas por cuya oscuridad ululan temores olvidados! ¡Qué agonía, sí, la inquietud que infunde la conciencia de la imposibilidad, el aprehender la impotencia en su fuerza más desgarradora y encarnecida, cuya intensidad nos induce a intuir que todos nuestros juicios serán ineluctablemente pasajeros, por lo que nunca alcanzará nuestra alma la evidencia plena...! Pues, en efecto, siempre cabe más, siempre se alza una cúspide dotada de mayor belleza, quizás ignota y aún no descubierta, o una conceptualización más precisa para catalogar la variedad inherente al mundo que nos rodea. Nunca cesa de despuntar un rayo aún más inspirador, un “más” que todo lo pone en espera, y ni siquiera el amor puede refrendarse fidedignamente; tal es su limitación inexorable e intrínseca. Por tanto, no lo neguemos: hemos entregado nuestro corazón sin saber si habíamos encontrado esa autenticidad que cualifica la pasión libre y honesta...

La vida es tan fugaz que hemos de padecer, y equivocarnos imperiosamente. Sin embargo, aquí resplandece también ese milagro, presagiado en auroras de inocencia ya desvanecidas, que enriquece nuestro existir: convencernos de que no vagaremos sin término, émulos de los eternos peregrinos errantes, discípulos de esos nómadas que deambulan, desconsolados, en medio de inconmensurables e inhóspitos desiertos,

pedrizos, polvorientos o arenosos, sino que residimos ya en un jardín angélico, cuyas pulcras flores de ternura dispensan bálsamos provistos de las delicias más gratas... Debemos escoger sin dilación, porque ni nuestra sensibilidad ni nuestro espíritu blanden paciencia para aguardar una certidumbre de cariz indubitable, las flamantes irisaciones de una verdad pura y deífica que sólo coronaríamos si nuestros ojos lo hubieran divisado todo, imbuidos de piedad, si nuestras manos hubieran asido todos los objetos, embriagadas de júbilo, y si nuestros oídos, iluminados por una estrella que esparciera amor y brindara misericordia, hubiesen escuchado todas las melodías entonadas en el futuro, en el presente y en el pasado. Y no es así, ni jamás lo será. Brilla aquí, con una clarividencia aleccionadora, la rúbrica de nuestra felicidad inescrutable, pero también emerge el negror que sella nuestra más estentórea condena.

Yo ansío escalar la tajante muralla que me separa de la ciudad de las maravillas; clamaría por lograrlo solo, pero no puedo... Hiel a mi voluntad esta insuficiencia drástica, cuyo haz flechado penetra en mí con su fuerza abrumadora, para interpolarse en la totalidad de los intersticios de mi alma, como una intrusa dispuesta a perturbar el sosiego que presidía mi corazón. Su furia insólita provoca que el más alarmante de los pavores reine en ese fondo abisal cuyos pilares sustentan las fatigas no sanadas de mi espíritu. Su violencia detona el rosario que congrega mis desdichas más aterradoras, y en su suelo hunde sus raíces todo infortunio... Mi amargura no amaina, pues me atribula esta orfandad de valentía, esta indolencia que me impide lanzar cuerdas nudosas y ascender afanosamente hasta el pináculo santificado con la luz de la belleza, que añoran las alas de mi desvelo. No soy hijo del coraje, sino vástago de la prudencia y retoño de la pusilanimidad, y vislumbro una atalaya indómita, una demarcación inapelable que divide lo real de lo utópico, de ese intrigante no-lugar que, sin embargo, avisto como exordio incoado en alguna región remota, en algún océano pudoroso en cuyas aguas desemboca el rocío destilado por mis lágrimas, la corriente que transporta la savia extraída de mis sueños mutilados...

Ojalá gozara de energía y fogosa juventud para asumir todas las ideas y todas las perspectivas, y para contemplar con la luz que irradian todos los soles y diseminan todos los cielos, sin permitir que me cegara mi lugar de origen o mi deseo. Anhelaría escapar de mí mismo, y así ser otro, pero no puedo, porque lo que he vivido no se borra: todo suma, y nada resta. Y he asimilado muchas experiencias fascinantes cuya pujanza me ha transformado, y me ha hecho ser quien soy y querer ser quien quiero; y he oteado mucho, o quizás poco, y percibo que ya es tarde para emprender ese proceso catártico, ese purgatorio que limpie la ofuscación de unas zarpas

que tiñen mi espíritu de sangrante oscuridad y enmascaran mi vacío; una expiación que me libere de las memorias apiladas en la cima de mis pensamientos, para así amnistiar mis díscolos, mis insumisos recuerdos, las reminiscencias apergaminadas en las profundidades insondables que oculta, con celo, el alma siempre lánguida...

Sí, hermanos míos, una vida resulta demasiado breve para comprender las implicaciones de lo humano. Imploraría que un don sobrenatural me transfigurara fulminantemente, metamorfoseado en todo en todos y en todos en todo, en recapitulación máxima del universo y en apocatástasis reconciliadora de todas las épocas, y me concediese identificar un palpito de sinceridad detrás de tanta insufrible y mustia apariencia... Sí, la adopción de una hechura disímil, disonante, para devenir en un manso objeto de ese prodigio tan deprecado que llamamos “mutación”, cuyas virtualidades conducen la vida por una senda vibrante, mágica y escondida, constituye la expresión inconfundible de una ambición generosa, cielo de supremas y alegres profecías, que hoy me atrapa con sus lazos arrebatadores.

Pretendo probarlo todo, para que nada me sea ajeno, ni se me destierre de ningún dominio, de ninguna provincia que contenga vestigios de la vida, ni se me desahucie de ningún territorio en cuyas extensiones se atisbe, aun subliminalmente, un tenue destello de lo humano...

¡Qué agrandada fantasía: ser yo y ser todos, para que todos adviertan con viveza la luz que asaetea mi corazón, al acariciar mi alma la hondura exhalada por sus emociones! Nos convertiríamos entonces en dioses encarnados, capaces de llevar el mandato bíblico a su más escrupuloso cumplimiento. ¿No comparece aquí el antídoto más eficaz contra un desamparo desaborido, lacerante, irredento, cuyas sombras angustiosas profieren un silencio tan doloroso que momifica la imaginación y diseca el entusiasmo? ¿No enjuga su paño amoroso el cálido suspiro que recoge nuestra tristeza bajo cielos desnudos, en vísperas de confianza, sacrificio y fortaleza?

DÍA VIGÉSIMO PRIMERO

Somos prisioneros aciagos de nuestra razón y esclavos silenciosos de nuestro lenguaje. Contemplamos el universo desde el restringido prisma que nos ofrecen los sentidos, pero ¿cómo persuadirnos plenamente de que ese espacio, objeto cuyos perfiles, colores y mixturas nutren nuestra observación con su pléyade de manifestaciones, exista fuera de nosotros? ¿Dónde obtendremos una certeza pareja a la que nos procura la lógica y nos otorga la fría pulcritud de las matemáticas, cuyas aseveraciones se nos antojan diáfanas y eternas, benévolas e inquebrantables ante el más leve resquicio de escepticismo? Aun así, y en lo atingente a estas veneradas disciplinas, que los griegos cultivaron con una entrega perdurable, ¿subsisten con independencia de nosotros, o constituyen también otro de los arcanos productos que prodiga nuestra inteligencia, siempre insaciable?

Imaginamos y pensamos porque representamos el cosmos de una determinada manera, y difícilmente alcanzaremos a entender si la naturaleza obedece, en verdad, a nuestro modo de concebirla, o si se alza siquiera un mundo que goce de autonomía con respecto a nosotros. Tolero fascinarme ante esa hermosura, ante esa libertad, ante esa gloria arrebatadora que satina el firmamento con su regio y complacido esplendor..., mas ¿no estriba quizás el don que me subyuga, el hechizo cuya acrisolada luz me atrae con ardor, en el suelo más recóndito de mi propio e inescrutable espíritu, que se ve a sí mismo reflejado tenuemente en el críptico espejo que moldean sus creaciones? ¿No responderá todo a un embrujo obrado por la mente de los hombres? ¿No brotará toda forma, todo sonido, todo matiz, del inagotable poder de invención que atesora el espíritu humano?

¡Oh destino, a cuánta oscuridad se enfrenta mi alma! La voracidad de la ignorancia y la fiereza del egoísmo me anulan... Quisiera no preguntar, y anhelaría que no embistieran contra mí, con su bravura insólita, los dolorosos interrogantes que rugen sin cesar en la sede de mi espíritu; dudas transidas, todas ellas, de un desasosiego que me abrumba mientras remolinea alocadamente a mi alrededor, pues su aspereza evoca la agria vastedad de lo que no comprendo. Ojalá se ausentaran para siempre tantas cuestiones inundadas de agonía, esa perplejidad que ensucia mi ánimo con su negror profundo y lo tiñe de tumultuaria lástima, de un anochecer cuya coreografía de astros llorosos se despierta en el alma al severo fragor del desconocimiento, emanaciones de angustia y desnudez que atacan sin piedad los ensombrecidos fundamentos de mi entusiasmo. Sin embargo, estos hálitos fantasmales que se ciernen sobre mí,

desatados por mi insatisfacción perenne ante la caducidad de los frutos que maduran en el árbol de la ciencia, ¿no me permiten también apreciar cuán frágiles son los cimientos que sustentan mi celo, mi voluntad, mi orgullo? ¿No me revelan el imbatible aroma de la modestia?

Quisiera refugiarme en la dulzura y en la amenidad que exhala la estética y en la tierna luminosidad que irradian los faros de la sabiduría, para así hallar una morada inmortal, una ciudadela en cuya docta y serena calidez lograra reposar, por fin, mi corazón ansioso, gratamente sumido en sueños orlados de imperecedera claridad. Suspiraría por evadirme de una realidad demasiado enigmática, misterio que me sobrepasa y estremece... Pero yo he de continuar, pues ¡con qué belleza, sagacidad y convicción caracolea ese corcel excelso sobre cuyas espaldas, robustas y ligeras, cabalgan armoniosamente mis deseos indómitos cuando le sonrío el propicio sol que custodia el sagrario de la valentía! Debo vivir y debo amar, porque incontenible es la fuerza de mi vocación, inagotable la ductilidad de ese cortejo de lentas esperanzas que en mí habitan, e insondables los límites que ciñen mi perseverancia. Yo he de erigir pilares nuevos, capaces de sostener una fe inconmovible en las enaltecidas posibilidades que el arte y la ciencia le brindan a la humanidad.

HUMANIDAD

¿Quién no ha palpado la sensación pletórica de transportar el firmamento en la evocadora fragilidad de sus manos, y de impulsar las galaxias y las estrellas hasta el infinito, como si dispusiera de una energía superior a la pujanza que bendice, con sus perfectos haces de luz, a los mismísimos dioses que besan el Olimpo, capaz incluso de entronizarnos como soberanos del inconceptualizable destino?

Nada hay de malo en soñar con el poder y en acariciar, inmersos en el cálido sigilo que mistifica la noche impávida, la osada tez de la sabiduría; tampoco en imaginar que es la suntuosa Tierra la que gira, tornasoladamente, alrededor de nosotros, y no nosotros en derredor de ella, ni en suponer que la historia constituye ese intrépido barco que nosotros capitaneamos... Pero ¡qué quimera, qué ficción, qué descaro o qué insolencia, ante el milagro de la vida, sostener que el espacio entero nos pertenece, y aseverar que nuestro espíritu controla el decurso que trazan los siglos con brío y hermosura! Sin embargo, cuán profundamente humano se nos antoja contemplar todo lo que nos circunda, fomenta y contiene no como fruto prematuro recogido al albur insospechado de la contingencia, sino como una fuerza sinuosa, coriácea e intempestiva que estamos llamados a dominar, pues es susceptible de doblegarse ante el señorío que ostenta nuestro iluso deseo... Esta emoción insaciable remite a un afecto que todos merecemos degustar en cálices de oro: percibir un hálito de la vitalidad interminable; un tenue destello de frenesí aun en la ductilidad de nuestra alma, para así caminar, bípedos y erguidos, por el bello y fecundo orbe que nos tutela, mientras miramos a lo alto y a lo bajo, tonificados por una convicción inexpugnable: el enigma más sibilino no subsiste allá, a lo lejos, insertado en esos vacíos siderales o enmascarado en estas rebosantes planicies, sino aquí, colindante, pero en una vecindad enajenada de este planeta, cuya esencia no claudica ante los angostos márgenes que ciñen el radio organoléptico de nuestros sentidos, ventanas que ven, tocan, escuchan, captan y saborean lo que nace y muere, pero no el don inefable e imperecedero...

Encarnamos un misterio sempiterno, un secreto insondable encadenado a esta realidad tan etérea: la expresión máxima del porqué y del para qué, del cuándo y del cómo, del ser y del no ser. De repente arribamos a un puerto enmudecido, y súbitamente nos marchamos, sin despedirnos con la requerida cortesía, pero mientras comparecemos en estas inmensidades discretas e inescrutables, albergamos los mayores anhelos. Encaramados al carro alado del pensamiento y a la nívea cima de la invención, franqueamos pórticos que nos introducen en reinos crípticos y fascinantes, nutridos quizás por el inimitable alimento que la experiencia secular les suministra, pero cuyos perfiles jamás cesan de proyectarse más

allá de todo cuanto se nos ha concedido otear en la vana estrechez del aquí y del ahora.

Somos, en verdad, la fantasía del universo, y en nosotros se recrean las estrellas y se glorían los soles, las lunas y los cometas. Vislumbran nuestros ojos el principio sin fin y el final sin principio, la irrestricta y dilatada suspensión, libre, aeriforme, que dinamiza el tiempo, y aprehende nuestro intelecto un no saber que cree que sabe: la pasión que arrebató el alma de este cosmos ingrato y descontentadizo, cuyos cielos nos arrojan sobre la noval superficie que alfombra la Tierra sin explicarnos nada, y nos instan a que seamos nosotros mismos quienes descubran, fatigosamente, todo lo que un espíritu noble ha de desentrañar, o más bien la belleza que un corazón puro y ansioso alcanza a desvelar en los estriados senderos de la existencia... Nadie nos ha brindado una bienvenida, ni nos ha recibido con gentileza. Nadie nos ha rendido la pleitesía que les corresponde a quienes han inaugurado el gran teatro del mundo y han propiciado, con su magia, con su juventud y con su celo, que todas las criaturas integradas en esta impenetrable y tersa bóveda celeste atisben en nosotros, cómodamente arrellanadas en la calma inspiradora de sus palcos, el vasto espectáculo de la vida. Sí, estamos solos, pero nos tenemos a nosotros mismos...

Actuemos sin rezongar, hermanos míos, porque el aforo vibra intensamente, y sus emblemas ondean con elegancia, repleto todo él del conspicuo séquito de dignatarios que acompaña a la naturaleza en sus arduos trabajos para urdir el gigantesco tapiz del universo; aunque nosotros lo ignoremos, y esos ilustres asistentes no nos tributen nunca los aplausos que añora nuestra alma al comenzar o al concluir tan señera obertura... En nuestro sin par escenario no resplandecen luces coruscantes que nos permitan distinguir las prolíficas siluetas del público ya asentado en sus exquisitas butacas, y sólo divisamos la confusa y desazonadora vaguedad diseminada por unas sombras garabatosas que se confabulan en la lejanía; pero nosotros hemos de fungir de artistas involuntarios y abnegados, pues estriban aquí los pilares de nuestra más honda vocación. Sin embargo, quizás no se demore ya más tiempo en compadecerse de nosotros el tácito cónclave compuesto por los insignes seres que atentamente nos observan en púlpitos honorables, e, inundados de piadosa y delicada lástima, condesciendan a alzarse desde sus sedes fastuosas, hechizados por un júbilo beatífico que expande todo presagio, para obsequiarnos sin interrupción con una pléyade de loas y con una cohorte de ovaciones, no protocolarias, sino espontáneas y sinceras. Así, del altitonante y ensordecedor estruendo que congreguen sus palmas y acrisolen sus vítores, o del clamor magnificado que irradian sus gritos de felicitación, emergerá la

contestación implorada a esa pregunta abisal que personificamos como profecías encarnadas: ¿para qué vivir?

Puede que habitemos en estos verdes y recónditos parajes para procurar una alegría honesta, un entusiasmo que dulcifique el mundo: el estremecimiento de un gozo que todos puedan testimoniar. La potencia seductora de nuestros cánticos ha de extinguir este silencio sepulcral, astronómico, desolador: la afasia cósmica imperante en la arquitectónica que preside, desde los bellos y solemnes cielos de sus sitiales mayestáticos, las imponentes y áfonas nebulosas que iluminan los contornos de lo eterno. El sufrimiento que traslucen nuestros interrogantes debe interpelar, e incluso conmover, a lo absoluto, si aún vive, para que su omnisciencia solícita y misericordiosa nos revele las respuestas por las que suspira la antorcha lacrimosa de nuestro desconsuelo...

DÍA VIGÉSIMO SEGUNDO

En ocasiones me siento inundado por una fuerza prácticamente incontenible, y acaricio el fuego de unas manos misteriosas que me estrecha y abrasa afablemente con sus llamaradas de fervor puro, como si mi humilde cuerpo se hubiera bañado en las aguas vigorizadoras de la laguna estigia, y se hubiese imbuido de una robustez seráfica, docta, invencible; o como si un tridente divino hubiese atravesado la textura de mi alma, arreciada ahora por una inflación de energía, cuyas chispas de oro me santifican con el poder de un crisma sacro, con el obsequio de un entusiasmo impermeable al desaliento... Este chorro de potencia se compone de efluvios amatorios, y lo exalta un torrente fiero y caudaloso, cuyas cascadas esparcen rayos imperceptibles de una pasión inaudita, luminosa y agigantada, ímpetu procedente de un origen último que me resulta incognoscible. Su prófuga aprehensión reta todo concepto, pero su dulzura inconfundible me invita a continuar, como si me prodigara un acicate irrestricto que desentumeciese mi ser de todo vestigio de tedio y de todo viso de amargura. Tan pujante emanación, canalizada por el providencial arcaduz que fortalece los baluartes de mi espíritu, me transmite una ilusión imponderable por entender y por crear: una alabanza a la nobleza de la vida, al fin y al cabo. Atisbo el pulcro resonar de sus ecos resurgentes en mi intimidad más remota. Sí, se ha apropiado de mí un ansia indescriptible que me esclaviza. Me ata con una cadena tierna y placentera, y ¡ojalá todas las privaciones de libertad se asemejaran a ésta!, porque me veo ahora investido de mayor autonomía que si mi alma no hubiera sucumbido ante autoridad alguna.

Late algo impalpable y reparador dentro de mí, cuya arcana voz de inocencia primordial me exhorta a proseguir. No debo rendirme ni desertar ante nada. Subsiste todo un cosmos fuera de mí, pero incluso si esa vasta extensión me fallase, si la volubilidad de esa esfera que engrandece la imaginación no cumpliera mis expectativas y traicionara las esperanzas que he depositado en su verdor, aún poseería mi alma un cálido universo de interioridad, de cuyo aplomo y de cuya templanza nadie lograría jamás despojarme. Siempre gozaría mi espíritu de una coraza indestructible, dotada de tanta y de tan benéfica solidez que me ungiría sin cesar con su bienaventurado crisma, por lo que resistiría todo ataque y toda hostilidad.

Ninguna férula tiránica usurpará nunca mi mundo, ese recinto amurallado y legendario que nadie sitiará jamás. En su recóndita y sagrada ciudadela reverbera una espontaneidad absoluta, sobrehumana,

fertilizada por semillas celestiales que han sembrado dedos amorosos. La inmensidad cósmica se me antoja mera nihilidad en comparación con el frondoso territorio que ocupa la condescendencia de mis sueños, amplitud poblada por los productos ancilarios de mi fantasía. Me recreo constantemente en sus cauces piadosos, y la espuma de sus olas me sana con las meceduras de su delicadeza, de su silencio, de su honestidad...

La fulguración que enardece las estrellas flaquea, penumbrosa, ante la luz cegadora que germina desde ese escenario plagado de utopías irredentas, donde una hermosura perfecta como la verdad no constituye una entelequia, sino que manifiesta, a lomos de los corceles de la belleza y del candor, la realidad en su estado más lijado, sugerente y versátil.

No he de temer nada ni debo recelar de nadie, pues nada ni nadie me arrebatara nunca ese espacio infinito, esa singularidad irreductible que me pertenece en exclusiva, y a cuyo amparo encuentro un refugio inmortal, cromado con una invulnerabilidad ileso: un oasis saciado de sinceridad. En su paz me sumerjo con confianza, guarecido frente a una existencia a veces cruel, despótica y desdichada.

Ojalá todos los hombres descubran que también ellos atesoran un reino inexpugnable, un parnaso que les es único. En él hallarán una emancipación genuina, cuyo clamor de independencia contrasta ostensiblemente con los enmohecidos grilletes que nosotros mismos hemos fabricado, rigidez que aherroja nuestros pobres brazos y avasalla nuestros débiles sentidos, obligados, en aciaga servidumbre, a contemplar solamente lo externo, la inexpresiva y huidiza superficie que ocluye los elementos terrenos con gruesas capas de apariencia, sin arrostrar el desafío más acuciante e inexcusable: el apremio de emprender una indagación introspectiva, una búsqueda en las profundidades de nuestro ser capaz de desvelarnos el inagotable patrimonio que regenta toda alma en su quietud y en su soberanía; una exploración de ese vergel exuberante, bendecido con el brillo virginal de la alegría, junto a cuyos ríos bautismales mora la auténtica riqueza de una vida límpida, y donde destella el epicentro de esa suave luz por la que suspira, afanosamente, el corazón humano.

¡Cuánto dolor al no intercambiar la belleza de la palabra con otra persona, al no comprender esa misiva que la dulzura de su boca nos anuncia, o al no desvelarle la amplitud del reino que vislumbra nuestra alma impávida...! En esos casos, sólo nos queda el vocativo, el desnudo, el pródigo silencio, que es inefable, pero anegado de intensidad, y cuya paz enuncia tanto o más que los brumosos ecos del discurso, de la prédica o del murmullo.

Se cultivan muchas lenguas, pero sobre todo resplandecen muchos semblantes, una pléyade armada por innumerables e irreductibles particularidades que maravillan el firmamento con su exotismo. Nada garantizaría, incluso si nos bendijera el patrimonio de un idioma idéntico y una torre angélica frisara con los solemnes pórticos de un cielo luminoso, que la magia sensual del verbo derruyese esa barrera tan áspera que nosotros mismos cimentamos, en defensa acérrima frente a los demás; ese muro tan grueso que nos recluye y desarraiga, quizás para protegernos de las adversidades que difunden las vicisitudes de la vida, aunque en verdad nos debilite, y nos encierre en la cárcel de una existencia no congregada, en el eterno soliloquio que adormece nuestro espíritu.

Vivir jamás discurre ajeno a comunicarse con quienes nos acompañan en esta ardua vorágine, acto infinitamente persuasivo, que no se produce tan sólo a través de retumbantes dicciones, sino que exige también contemplar de frente al otro, y para ello no compete ningún calificativo o estructura sintáctica: hemos de sonreírle, y confesarle, aun despojados de vocablos implosivos, que merece la pena peregrinar por esta historia, si es para levantarnos bajo un mismo cielo y pisar juntos esta anciana tierra.

Ni siquiera una multiplicidad aún mayor en el colorido y fastuoso babel de lenguas enarbolado por el hombre, cuya heterogeneidad custodia un tesoro adamantino que blande flores de belleza inmarcesible, focos de curiosidad efusiva, fuentes de arroyos que emanan una creatividad prácticamente incesante para fraguar formas de interlocución, alhajas políglotas capaces de enriquecer las distintas regiones que nutren el orbe y de dignificar la costura que arropa los tiempos, triunfaría nunca sobre la impetuosa voluntad de diálogo que definió ayer, rige aún hoy y caracterizará también mañana la convivencia entre los seres humanos. Probablemente nuestros labios no dominen la lengua del otro, pero seguro que ambos poseemos la viveza de una tez con la que fascinarnos, la cristalinidad de unos ojos para observarnos, la fortaleza de unas extremidades con las que acariciarnos y la agudeza de unos oídos para escucharnos sosegadamente, en la malva hermosura de la reciprocidad sincera. Despunta siempre un rayo que confraterniza a los hombres y a las

mujeres aun cuando enmudecen, y conversar, esa experiencia filológica, constituye otra manifestación de la vibrátil y rebosante sensibilidad que se aposenta en el seno más profundo de nuestro intelecto. Los vocablos materializan el afecto físico por una vía divergente, para dotarlo de un nuevo dramatismo, pero, pertrechados de palabras o privados de ellas, hemos de transmitir una impresión, una ejemplificación de ese elenco que cataloga nuestras emociones. Para conseguirlo, no son precisos ni vagos rumores ni imágenes retraídas, pues los ciegos también perciben esa exuberancia tan prolífica que envuelve la constelación de sus espíritus. Tampoco es necesario oír, ni palpar...: sólo basta con ser y con estar. Y en efecto, humanos somos, y nos situamos en un mismo y plural cosmos, así que no nos agobiamos por carecer de un lenguaje compartido, o por no coincidir en un mismo lugar, de entre los incontables que fecundan las provincias de la vida, o por no ofrecernos las manos como rúbrica que estampe concordia y signo que evoque armonía. Será suficiente con reparar en los demás, con volcar nuestro corazón hacia ellos, pues nuestra es la certidumbre de su presencia, aun en las remotas esquinas que angostan esta tierra inescrutable. Debemos edificar, en el piadoso interior de la mente, la más entrañable de las moradas, cuya calidez se alimente de esa resonancia tan límpida que exhala el recuerdo fondeado. Y con ternura y nobleza hemos de entregársela a todos los que no están aquí, pero allí están, o ahora no están, pero estuvieron, o no están, pero estarán..., porque, después de todo, han sido, son y serán, y su luz habrá ensanchado el círculo de una humanidad abrumada de desconsuelo. Es así como acontece el vaticinado milagro de la reviviscencia.

El auténtico lenguaje que vincula a los seres humanos se llama solidaridad. Sus palabras no se evaporan, disuelven o diluyen en un concepto específico, ceñido a un determinado número de letras en cualquiera de los alfabetos, silabarios o ideogramas, sino que rebasa esa estrechura insumisa que cosifica la prodigalidad del habla, hoy difuminada en agrias atmósferas de olvido. Sus oraciones se bañan en los manantiales inconmensurables del sentimiento, y su pujanza no la embalsama ninguna críptica y prolija formulación.

Solidaridad equivale a aceptarse como miembro de una misma familia, para portar al unísono la alegría y la aflicción. La solidaridad profesa fe en el deber de enaltecernos los unos a los otros, y desde su bella luz de misericordia no caben ánimos transidos de nostalgia, teñidos de obsolescencia o impregnados de irredenta desazón: tan sólo hay lugar para aquellas almas que anhelan emprender el descubrimiento, en la faz extraña y quizás ausente, del inasible enigma de la vida y de la fibra genuina de la naturaleza.

Padeceremos mucho, clamor que sella un horizonte innegable. El sufrimiento sepultará todo vestigio del deleite, pero siempre persistirá la esperanza de que surja un hombro contristado sobre el que llorar, un cuerpo expectante que abrazar, una voz arrulladora con la que cantar o la fugacidad de una mirada con la que soñar. Perpetuamente emergerá la ilusión de que comparezca otro espíritu, humano como nosotros o divino, por qué no, cuyo semblante ya no adopte la condición de lobo para los demás, ni se revista de la inmunidad hierática y sacralizada de rígidos abades mitrados, sino que sencillamente exhiba el más hermosos de los rostros: el de un hermano o una hermana. Jamás, ni en la peor de las tragedias ni en el mayor de los gozos, se desvanecerá la posibilidad de fusionar sinérgicamente lo diverso, y de encontrar en la expresión, presente, pretérita o venidera, un auxilio inestimable que tonifique nuestras deprecaciones más conmovedoras: ese don que nos tributa lo inteligible, aquello que nuestra razón genera, alaba y aprehende. Aun desprovistas de fonética, continuamente se alzarán voces amparadoras y fisonomías sugestivas, un firme sostén sobre el que apoyar las fatigas de nuestra flaqueza. Por tanto, si esculpimos obras que despierten lágrimas ocultas y estremezcan el corazón del hombre, habremos conquistado el cielo...

Los apelativos, ese entramado tan profuso que han forjado históricamente las lenguas, dan figura a un suceso que acaece en el sitio de nuestro entendimiento, pero en ocasiones un evento tan íntimo no tiene por qué adquirir perfil alguno: tan sólo ha de fluir libremente, en el aire o en el agua, como los augurios insondables, esas premoniciones cuyas tersas alas puras rehúyen toda merma que amenace con relegarlas al juego gramatical de elocuentes semánticas, símbolos diacríticos, guarismos minuciosos y reglas ortográficas. Basta así con advertir que no estamos solos, y con convencernos de que no hemos recalado aisladamente en la vastedad de este mundo, sino que provenimos de un mismo tronco primigenio y derivamos de una análoga y fértil rama, y albergamos furtivas ansias paralelas, por lo que todo descuerdo actual profetiza la unidad futura...

Columbremos entonces la fuerza hagiográfica que esconde lo humano, y no toleremos que la perspicacia de los sentimientos, inveterada, audaz e incisiva, capitule ante el alambicado poder de encantamiento que detentan los lenguajes. Nuestra alma ha de trascender la encrucijada en cuya intersección se bifurca toda noción elusiva, para así penetrar en el hogar del amor y de la claridad.

Tenemos como humanidad, y no buscar fuera, sino dentro, lo que es inagotable, tan imponderable como los espacios infinitos que nos rodean,

aquéllos en los que el filósofo logra prolongar su brazo precavido o adelantar su báculo orlado sin temor a sucumbir en las nadas siderales; pues nadie conoce dónde concluye este universo embriagado de misterio, como nadie sabe dónde finaliza la serpenteante orografía que perfora nuestra alma, si en realidad se clausura en algún enclave, o más bien es infinita, infinita como el pensamiento... Y finitas son las palabras, aunque con ellas declamemos lo infinito, y finito es incluso el sentir; pero infinita es la intuición, infinita es la altura que cubre nuestro espíritu, porque somos navegantes en un océano de infinitud, e hijos de una mar sin término.

DÍA VIGÉSIMO TERCERO

Yo quisiera hablar todas las lenguas del mundo, y así entender a todas las almas que han vivido con anterioridad a mí, y descifrar los corazones de quienes vagan hoy por las inagotables sendas que horadan la Tierra...

Creo que las diferencias entre los hombres son sólo aparentes, porque en realidad compartimos un vínculo asaz profundo, un sentimiento común ante tantos misterios inmensos y vertiginosos que nos sobrecogen por igual. Todos encarnamos un anhelo equiparable por saber y una pasión convergente por crear, y las incalculables y desasosegante barreras que con frecuencia contribuyen a segregarnos, esas fronteras que angostan el alma y amustian la voluntad, han sido erigidas por nosotros mismos.

Ojalá pudiera conversar con todos los hombres, y entablar diálogos aleccionadores con gentes de naciones recónditas, de subyugantes continentes, de civilizaciones olvidadas y de fervorosas religiones. ¡Qué luz tan diáfana acariciaría mi ser con su cálido y delicado brillo! ¡Qué alas tan blancas y ligeras adquiriría mi alma para comprender la enigmática naturaleza del hombre! ¡Con qué elegancia surcaría los cielos de la sabiduría, y me imbuiría de la fragancia que derraman las aves del amor y sus nobles plumas leonadas! ¡Cómo transformarían mi espíritu esos destellos primaverales que brotan de cada nuevo rostro, esa prímula que despunta con cada voz flamante que dulcifica, desde altas tribunas de aplomo, la vastedad del firmamento!

Yo deseo que todo cuanto descubra me acerque fraternalmente a mis congéneres, pues “la ciencia más útil es aquélla cuyo fruto es el más comunicable”, y emana una honda verdad de aquel lema: “contemplata aliis tradere”, es decir, “entregar a los demás lo que uno ha contemplado”. Pocas experiencias nos enriquecen tanto, en virtud de su belleza y de su simplicidad, como la dicha de caminar junto a un amigo a quien revelarle en confianza, bajo un sol bañado de honestidad o una luna saciada de inocencia, las inquietudes que nos invaden, el dolor que nos asfixia, pero también las ilusiones, las alegrías, las maravillas por cuya fecundidad, gloria y tersura nos encontramos poseídos.

Aprender es lo que siempre he ansiado. Me he afanado en reemplazar la quiescencia de mi ensimismamiento por el soplo tonificador de una brisa liberadora. He implorado que mi aciaga soledad cediese el testigo a un rescate fulminante, a la mano afable de un ángel de bondad

que me salvara de la caverna oscura que yo represento para mí mismo. He buscado someterme a inescrutables desafíos, así como a la hermosura purificadora que emerge de las ideas retoñadas y se desliza, con suavidad, desde el primor de los semblantes aún no sondeados, para que los límites que flanquean mi espíritu crecieran de manera insospechada, y así degustase mi corazón el vino cuyo aroma nos bendice con el elixir de un renacer perpetuo, de un bautismo eterno en las aguas redentoras de la novedad.

No lograba respirar si yo era mi única compañía: me ahogaba, falto de aliento vital, y requería de ese céfiro prístino y placentero que desprenden las añoradas corrientes de la juventud y exhalan los afluentes inexhaustos del entusiasmo, ya fuera en forma de sabiduría, de arte o de relaciones interpersonales. Mía era la aspiración a inhalar una sustancia que hasta entonces me hubiese resultado incognoscible, y experimentaba, con suma claridad, cómo el reverberante universo me obsequiaba con una lujosa exuberancia de oportunidades para palpar los lauros de esta emoción, auténticamente pletórica: la de sustituir la rutina desapacible que ofusca la existencia por el casto resplandor que destilan los celajes de lo original; por un hálito dorado, cuyo rayo amable jamás languideciese, sino que rociara nuestra faz con vivos haces color amatista, sonrosados por tímidos fulgores de jaspe límpido; por la posibilidad de que cada día irradiara, en su más nítida acepción, un amanecer restaurado e inconcluso, una aurora boreal sin otro crepúsculo que la expectativa ante la primicia aún no desvelada; un alba siempre inspiradora y un anochecer nunca reiterativo, antorchas benéficas que me concedieran divisarlo todo desde el leal espejo de unos ojos metamorfoseados.

Advertir que la sencillez oculta el más sublime de los arcanos bruñe el mayor secreto a voces en este cosmos. Nada pasará desapercibido para las mentes portentosas, para aquellas almas que han sido capaces de fijarse, sí, en ese sol de deslumbrantes magnitudes que emerge tras lejanas montañas, pero también en lo escueto y nodular. En estos espíritus ha hundido sus raíces una suspicacia justificada: la solución a las incógnitas más importantes, arduas y seductoras exige antes comprender esa luz que parece despojada de mística, lo hipotéticamente desprovisto del grado de apasionamiento que le atribuimos a lo monumental, a lo desbordante, a lo que nos impresiona, desconcierta y estremece, por reflejarnos como criaturas capitidismuidas en medio de la voracidad de un espacio gigantesco...

Tú, Leonardo, miras a lo grande y alabas lo pequeño, y en esa agilidad que anida en tu inteligencia no existe cabida para las divisiones artificiales entre la mayúscula y la minúscula, o para los cocientes ilusorios entre la sustancia y el accidente: tú no pisas sobre la superficie que protege el corazón de la tierra, sobre la fachada que disfraza los elementos, sino que penetras desde lo tangencial hasta el fondo último y recóndito; hasta ese fundamento sobre cuyos pilares se asienta la verdad. Y gracias a tu empeño, descubres, exploras e inventas lo desconocido, y propicias que avance el pensamiento y crezcan los umbrales de la sensibilidad, y con el catálogo de maravillas concebido por tu alma cautivas nuestra imaginación, siempre ansiosa e irredenta.

¡Cuánta libertad robustecería el cielo si todos nos entusiasmásemos con el brillo glorificado que germina en los frondosos bosques de lo diminuto, con cada carnosa manzana que cae de un árbol y con cada hoja pediculada agitada por el viento, trasladada de lugar en lugar, sin que nadie le revele previamente la inopinada meta de su destino! Transfigurada exultaría la vida de todo hombre si nuestras pupilas anhelantes no se emocionaran sólo cuando contemplan la bóveda que nos ha custodiado desde tiempos inmemoriales, ornamentada con su letanía incomparable de soberbios y estilosos cometas y engalanada con su florida pléyade de estrellas hieráticas, ni al permanecer atónitos ante la magia arrolladora que diseminan los dulces rayos de la fantasía. Forjaríamos un mundo nuevo si no venerásemos sólo el pináculo que acrisola los sueños reparadores alumbrados en auroras remotas, pero cuyas atroces cúspides, pese a embelesarnos irresistiblemente con la pureza que cristaliza en su embrujo, nunca serán coronadas por nuestra voluntad, pues así lo han decretado poderes insondables que desafían el celo del hombre.

Ubicuo, fulgura el misterio, y el halo prístino y subyugante del enigma lo cubre todo. Constituye el ropaje ecuménico que atrapa el orbe entero con sus sedosas telas, y sus costuras recamadas circundan los mares, orillan los océanos, cercan los continentes y rodean el vasto y colorido cielo de nuestro asombro. Pero este manto, bordado con tanta meticulosidad y culminado con tanta pulcritud, no se sustenta sólo sobre lo orondo, aquilatado y ampuloso, sino que lo soportan también, con mayor extenuación y con un esfuerzo aún más conmovedor, los rostros cariaados, humildes y doloridos, espléndidos en virtud de esa alegría que entenece su faz; las fatigas ignoradas, esos esmeros teóricamente revestidos de la pátina que envuelve lo prescindible e insignificante, luces lánguidas que sucumben ante faros cegadores, ante astros que acaparan todo prestigio y todo reconocimiento. Pero en el desnudo de los débiles estriba la fuerza más vigorosa que ha edificado la historia y ha alfombrado el futuro. Su sacrificio, su abnegación y su valentía han tallado todo hábito colmado de belleza que despunte en este firmamento inagotable, todo atisbo de estética adorado por los ojos trémulos de los hombres, que en realidad lo es todo, porque la naturaleza es arte, como también lo es el espíritu...

DÍA VIGÉSIMO CUARTO

Mientras me miraba detenidamente en el espejo para lavar mi cara desaliñada y acicalarme, he empezado, no sé por qué, a cavilar sobre la complejidad inusitada que esconden los labios del hombre. El más sencillo desplazamiento de cada uno de ellos, cuyos respectivos extremos convergen en las comisuras que ensamblan la boca, requiere de la intervención conjunta de multitud de articulaciones. De qué manera es posible que las órdenes de mi mente se transmitan al cuerpo casi al instante, como si no rigiese aquí la mediación ejercida por el tenaz y espaciado tiempo, cuyas derivaciones prevalecen en tantos otros ámbitos de la naturaleza, esboza una cuestión indudablemente oportuna, pero no creo que llegue nunca a resolverla, pues aún desconocemos cómo se transustancia el vino de la naturaleza en la sangre del espíritu...

Me basta, en cualquier caso, rendir pleitesía al extraordinario fenómeno del movimiento de los labios, proeza que precisa de la participación concertada de otros muchos elementos corpóreos. Gracias a ella, desplegamos una aptitud infinitamente luminosa, el talento que mejor nos define como especie: el lenguaje. Pienso sobre mí mismo, y me reconozco, ante todo, como un ser capaz de comunicarse con los demás hombres, facultad que desempeño en virtud de las palabras. Pero este don no habría descendido desde unos cielos recónditos si la naturaleza, ignoro a través de qué enigmáticos mecanismos, por qué sutiles hebras y alambicados engranajes, no nos hubiese obsequiado con una dotación proficua de huesos, músculos y articulaciones, cuya elaborada simetría permitiera, por ejemplo, pronunciar las letras b, f, m ó p. Sin los músculos que vigorizan los labios tampoco conseguiríamos, verbigracia, silbar, reír, llorar o muequear, acciones tan profundamente humanas.

El cuerpo sirve abnegadamente al espíritu y el espíritu obedece, con suma lealtad, al cuerpo, como si una imponderable armonía los hubiese sincronizado a la perfección, ya en la aurora de nuestro linaje. Quizás -y enuncio aquí una hipótesis provista de verosimilitud- el espíritu represente el fondo auténtico, el significado verdadero que le confiere sentido al cuerpo, y el cuerpo no constituya sino la más refinada materialización del concepto encarnado por el espíritu. Es probable que el desarrollo del cuerpo lleve pareja la evolución del espíritu, al igual que el crecimiento de la planta suscita nuevas formas, flamantes estructuras cuyas disposiciones no se hallaban inicialmente en el ardor de la semilla. El espíritu se alzaría, en consecuencia, como la insospechada funcionalidad que vertebró el cuerpo. No alcanzo a dirimir, por ahora, si estas atrevidas especulaciones

son correctas, o al menos plausibles, pero debo admitir que cuanto más analizo el organismo humano, cuanto más me sumerjo en sus aguas arcanas y más buceo en su frescura, más astucia y mayor sofisticación detecto en la ductilidad que vindica sus dominios concatenados.

Ojalá nunca juzgue despectivamente el cuerpo. ¿Qué sería del espíritu sin el cuerpo? Pero muchos lo desprecian, y lo consideran un producto inferior, un mundo degradado, al cotejarlo con el cosmos glorioso, evocador y sempiterno que entrelazan majestuosamente las ideas. Olvidan que, privados de lo tangible, mortal y corpóreo, sin estar moldeados por una determinada configuración anatómica, jamás lograríamos reflexionar sobre ese séquito que, integrado por alisadas y nobles nociones, pugna por fascinarnos con rayos de sabiduría y elegancia.

El cuerpo instaura un vínculo que eslabona el espíritu y la naturaleza: simboliza lo espiritual de la naturaleza y acrisola lo natural del espíritu. Un animal no emplea un lenguaje inteligible como el nuestro porque, a causa de designios inescrutables, su organismo no se encuentra ahormado a una necesidad análoga al imperativo que en nosotros sobresale. Sus labios no efectúan tantos, tan variados y tan mímicos gestos como los que manifiestan las personas con un primor inconfundible. ¿Cómo podrían entonces distinguir tantos y tan crepitantes sonidos, o musitar cotidianamente sílabas vocálicas y consonánticas?

¿Qué habría sido de ti, Leonardo, si hubieras sucumbido ante la inercia, ante la vacuidad de las asfixiantes convenciones adoptadas por tu tiempo? ¿En qué abismo se habría hundido tu alma hubiera realizado lo que todos, en teoría, debían emprender, como hueros autómatas, para así limitarte a seguir el rastro ya trazado, el discurso prefijado, el itinerario de vida escrito por manos indiferentes a tu anuencia? Porque este drama aflige a muchas personas, y tantos otros sospechamos que una importante porción del genio de la humanidad se ahoga en una oscura fosa de cuya tenebrosidad nada se recupera, pues todo en ella se somete a un estereotipo ya incoado.

Tú te atreviste a caminar con paso heroico, pero pisaste con tu pie y no con el de otro. No acudiste a aclamadas escuelas, ni a pulcros paraninfos, ni a los centros de erudición más célebres que enaltecían esa edad áurea del Renacimiento, a cuya luz emergió el glorioso rayo de tu espíritu. Te recreaste más que nadie como un autodidacta consumado, y no te lucraste de impresiones ajenas. Te instruiste con todos y a todos ilustraste; leíste el grueso libro de la vida; utilizaste la antorcha de la experiencia y dominaste el compás de la naturaleza. Fuiste tú el artífice de tus sueños, pero fraguaste un concebir despierto, cuya belleza te impulsó a armonizar tus mejores evocadoras fantasías con los ideales que albergaban tus coetáneos. Esta alma, perlada de concordia, te instó a solidarizarte con las pasiones más lúcidas, con los gozos más vibrantes y con las expectativas más fecundas de tu siglo.

Despuntó en ti un ejemplo inspirador, Leonardo, como el de tantos otros genios que no se plegaron ante la adversidad, ante el hado, ante una fatalidad displicente que sólo despide pálpitos de amargas tempestades, ni discurrieron por la senda y las anfractuosidades que otros ya habían pavimentado. Tú fuiste tú mismo, y nunca renunciaste a la vivencia más edificante, ni a encontrar a tu venerado profesor. Sobresaliste al instituir la libertad como tu bandera tremolante, para así enarbolar el estandarte en cuya insignia ondea la honrosa marca de la autenticidad. No temiste lo que nos depararán las voces de un futuro siempre incorpóreo. Bendecido con una mirada de confianza, encaraste de frente el mañana, y, aun en las tragedias, saborearon tus labios insólitos motivos de consuelo. Tú mismo esculpiste tu más sublime estatua, rotulaste con primor tu propia biografía, pintaste tu áulico retrato y compusiste tu oda irreplicable a la alegría.

Con qué esclarecedora lección de humildad nos obsequias, Leonardo, a quienes vivimos aprisionados en este reino de irrealidades deprimentes y de exiguas apariencias; encadenados a nubes manchadas de vanidad y a incorregibles delirios de grandeza; donde lo que no es, aparenta ser, y lo

que es, simula no ser, y no se expresan, con franqueza suficiente, las emociones sinceras que invaden nuestro espíritu. Sí, en nuestro mundo imperan unas reglas demasiado opresoras, y legiones regurgitan ideas que no han alumbrado en el dolor de sus soledades más íntimas. Su severidad nos impone qué hacer y qué no hacer para persuadirnos de que por fin hemos alcanzado la prístina humanidad, y hemos coronado esas canas cimas de hermosos colores que otros presagian. Qué triste, pues muchos ya sólo piensan en satisfacer la cohorte de ilusiones depositadas en sus pechos....

Los lauros que prodiga la Tierra y encandilan el alma se desvanecen, despojados de su antigua brillantez, fagocitados por una hiriente espiral saturada de olvido, en cuanto fulgura la luz de aquello que, en acepción estricta, perdura y jamás yace sepultado en sarcófagos de desesperanza: la contundencia de todo lo que inventan y vivifican los dedos del genio. Las más nobles luminarias alzan su vista sin miedo. Con cabeza erguida, marchan hacia un escenario flamante, y cogen de la mano a todos los que no pueden andar solos, porque se hallan lisiados o desvalidos; pero no se detienen a firmar en ese cínico volumen de cubiertas apolilladas cuyas páginas encapsulan las ensombrecidas normas de su época, sino que redactan una obra nueva, confraternizados con quienes imploran, heraldos de dulzura, que alguien les enseñe a manifestar los anhelos amparados por su corazón. Forjan así el portento de una pieza artística, lacerante para quienes sostengan ser algo sin serlo, y reconfortante para los que pretendan ser algo ellos mismos. Exulta aquí la pedagogía perenne que transmite todo genio: la vida resplandece en lo que llegamos a compartir y en lo que donamos a la posteridad; en ese diálogo incomparable ante cuyo sol se precipitan los sueños, y donde todos nos disponemos a escuchar las aspiraciones que nutren las demás almas, para entusiasmarlos, como hijos de una misma bienaventuranza, con el júbilo que desprenda el otro, y para angustiarnos al son de su más pesaroso sufrimiento.

Tú, Leonardo, no necesitaste ir a la universidad, ni obtener los grados de doctor, de licenciado o de bachiller, ni en cánones ni en teología, ni en medicina ni en metafísica, porque tú mismo te erigiste para ti en maestro y en discípulo, y extendiste las piadosas alas de un espíritu purificado, de un corazón ansioso de maravillarse con la mística que preside el cosmos, retirada ya la máscara perturbadora de unas tradiciones consuetudinarias que tantas veces atorán nuestra fascinación ante lo obvio y lo episódico. No pudiste así vanagloriarte en nada, sino tan sólo, como el filósofo, en lo que todavía no habías comprendido y en aquello en lo que aún buscabas cultivarte. Qué vida más pura, Leonardo, al haberte situado al margen de los sofocantes formalismos que nosotros mismos instauramos, para así

sacrificarte incondicionalmente en los divinos altares del arte y de la sabiduría, sin exigir nada a cambio: sólo el aliento de vida que exhala toda creación proyectada por el alma desde esa síntesis que fusiona la fortaleza de la mente con el jardín de los sentimientos.

Sana envidia, Leonardo, y buenos augurios infundes en quienes no han tenido más remedio, o acaso han permanecido faltos de voluntad para rehusarlo, que cumplir maquinalmente dictados gregarios, grises y alienantes, y atravesar puertas angostas, estrechas galerías transidas de etiquetas momificadas y aturcidas por panegíricos rimbombantes, cuyo único objetivo estriba en el avasallamiento, no en el servicio honesto; en la fama infatuada y no en la compasión íntegra; en el rédito de lo propio que eclipsa el radiante astro de la humanidad; en la erudición detentada y no en la ciencia amada.

La sabiduría, hermanos míos, no se asimila pasivamente, ni se compra como los bienes tangibles que anegan el mundo, ni se regala con generosidad libérrima, sino que se cosecha como el fruto más succulento de la reflexión y de la vida. Para inhalar su más honda esencia, su más delicioso néctar, no es preciso desplazarse erráticamente de una esquina a otra de entre los infinitos rincones que posee este globo terráqueo, ni ascender hasta cumbres borrascosas, ni viajar a las iridiscentes estrellas que rutilan en la lejanía: el espíritu vive cuando se entrega a la meditación, cuando especula en el recogimiento que sosiega la noche o en la lechosa claridad que besa el día, hambriento de conmutar limados vocablos y seductoras categorías con el resto o con uno mismo. Vivir equivale entonces a ponderar lo que hay y lo que no hay, cómo son las cosas y cómo deberían ser para enriquecer el universo y dignificar la historia. Después de todo, el alma más profunda de la sabiduría reside en no tolerar que ningún minuto se asemeje a otro; en impedir que nada suceda en balde o pase desapercibido. No existe minúscula gota de rocío que sea insignificante, o ráfaga de viento que haya de obliterarse: todo es todo, y todo confluye en todo de manera proficua y concatenada, en benigna y milagrosa intersección. La majestad de la sabiduría florece cuando tomamos en consideración lo magnificado y lo disminuido, sin que nada nos resulte extraño. Así captaremos como propio todo lo que nos circuya con su intenso aroma, ya sea la intrépida alborada que vaticinan joviales pajarillos o la tenaz presencia de una muerte aterradora.

Sabiduría es sinónimo de conciencia en esta vida, de vida que se sabe vida. Lo sapiencial nos exhorta así a adquirir un discernimiento sobre nuestro lugar en el mundo, una iluminación sobre nuestra responsabilidad ante el ayer, ante el hoy y ante el mañana, para favorecer que todo, gozoso

o desdichado, nos conquiste con la pujanza señorial y límpida que dimana de aprender a ver más allá de lo evidente. Y reverbera aquí la estética luz de la filosofía: en no conformarse con la fachada, con la superficie que oculta la verdad, pero sin ceder a la tentación de que únicamente prime lo complejo, agudo y tortuoso, ese enrevesamiento que tanto gusta a los espíritus sutiles, pese a disuadirnos de entablar un coloquio con la humanidad y con la naturaleza, cuyos verbos saciados de inocencia mitiguen nuestra ardiente sed de comunicación. En una convergencia de justicia y desmesura radica ese don que añora la faz de la sabiduría...

Sabiduría es admiración inmaculada y rugosa compunción; es perplejidad y crítica; es felicidad y llanto; es taxativa certeza y tumultuoso deseo; es el entender y el ignorar simultáneos de quienes no cesan de prepararse para aprender, para vivir y para pensar más, sin límite auscultado. La sabiduría entraña una anulación impávida de fronteras y una supresión decidida de acotaciones: la ambición de penetrar en un océano de islas fluctuantes, desprovisto de orillas y privado de médanos, en cuya calidez no hemos de zarpar hacia el apremio de ningún destino, ni arribar a ningún muelle idílico, porque su secreto inveterado entiba en remar, aun sin rumbo, y en bogar secundados por unas velas que remolcan corrientes colmadas de aires vigorizadores, a imitación de esos náufragos que flotan en paz y autonomía sobre divagantes témpanos de hielo. Disfrutaremos entonces de un céfiro reconstituyente que oxigenará nuestro espíritu, y cuya suavísima fuerza oreará los mullidos resortes de nuestro ser con el soplo de un deleite primaveral y prolongado, enjabonados con sus linfas rejuvenecedoras.

Naveguemos, pues, por el undoso océano de la sabiduría, y hagámoslo sin la inquietud de fijar la singladura para determinar la ruta pertinente, a sotavento o a barlovento, porque la solución al enigma que encarna la historia y configura la vida brota de introducirnos en los mares remansados del conocimiento, del amor y de la belleza, donde no hemos de identificar ninguna meta concreta, ningún foco centrípeto y coruscante hacia el que todo se oriente, en tendencia inexorable y cadenciosa. En sus aguas no se requiere de la intervención de mágicos astrolabios, del hechizo de fetiches supersticiosos o del embrujo de crédulos talismanes e idolátricas nigromancias, sino que basta con respirar la relente y perfumada frescura que insufla su brisa vespertina para acariciar, sin interposiciones, la delectación imperecedera, en la que un instante, por efímero, desvela una despaciosa eternidad y ofrece una afable profecía de beatitud angélica. Y desemboca en su amplitud el versátil mensaje que la sabiduría le dirige a nuestro espíritu: descubrir lo duradero en medio de lo transitorio, y, si no se encuentra, engendrarlo, para inaugurar lo vivaz e inmarcesible, lo que nos

uniría ayer, nos vincularía hoy y nos abrazaría también mañana. Triunfará así nuestro coraje sobre la indolencia del tiempo, ese crepúsculo desazonador que se cierne sobre el presente, y lo convertiremos todo en la aurora que constantemente nos renueva, como la palabra diáfana que enmudece, o el chorro de luz que ciega.

DÍA VIGÉSIMO QUINTO

Yo no fui a las grandes universidades, ni me sumergí en esas florecientes bibliotecas que evocan la gloria marchita de Alejandría, Éfeso y Cesarea, o en cenobios reclusos que esconden incomparables alhajas de sabiduría acumuladas durante siglos... Hube de descubrirlo todo por mí mismo, resguardado en la calidez de una soledad ávida de experiencias nuevas, de astros inéditos cuyo estímulo dulcificara mi sed de conocimiento, y he de admitir que en esta virtuosa obstinación ha destellado uno de los placeres que han alimentado mi ser con el manjar de la plenitud.

No acudir a la universidad..., pero suplir esa carencia con la observación atenta de la belleza que me circunda; no caminar por egregias bibliotecas, ni contemplar sus serradizos estantes cubiertos de polvo, sus alburnos anaqueles y sus joyas apergaminadas..., pero pisar el fértil suelo sobre cuya solidez palpita este planeta, y vislumbrar sus verdosos prados, enguarnaldados con la fuerza de la vida, e instruirme con sus inimitables figuras, y reproducir su edificante gama de colores, y plasmar en el arte las maravillas que el universo, pródigamente, le enseña a nuestro espíritu...

Lo que la sociedad me denegó es el amargo corolario de una injusticia frustrante y disuasoria, cuya iniquidad confina nuestra riqueza más preciada en prisiones de mármol y sólo tolera que la aprovechen unos pocos afortunados, sin permitir que la humanidad entera beba de la fuente primordial que desprende las divinas aguas de la ciencia, y en ella se inspire para forjar su porvenir. He tenido que ganar ese bien límpido yo mismo: he dirigido mi mirada y mi fascinación al orbe que me arroja con su luz. Pero esta devoción me ha insuflado un júbilo tan honesto que una y mil veces lo repetiría.

Preferiría no visitar ninguna universidad afamada, o no internarme en ninguna insigne biblioteca, con tal de asistir a la lección magistral que imparte cotidianamente la vida. No he precisado leer a Aristóteles para explorar el desarrollo del feto humano, ni a Hipócrates y a Galeno para examinar esa imbricación de pormenores que moldura nuestra anatomía. No me he visto obligado a estudiar a Sócrates y a Platón para alabar la dignidad que posee el hombre, el ser más elevado de cuantos existen sobre la faz del mundo. Mis sentidos le han cuestionado directamente a esa naturaleza tan expresiva en cuya amplitud, en cuya luminosidad, en cuya efervescencia mora mi espíritu, y de cuya exuberancia me alzo como hijo

venturoso. La mediación de los eruditos bienquistos, y de todos aquéllos que, versados en la profusión de disciplinas que esculpe el inmenso mosaico del saber, ennoblecen el sitio del arte y el trono de la ciencia con los rayos benéficos de su talento y de su meticulosidad, resulta a veces necesaria, pero poco o nada vale confrontada con la inmediatez irreductible de la tierra. Prístino e incólume resplandece el cosmos: he ahí los raudos ríos, los bosques repletos de inagotables criaturas, la majestad que enardece las montañas, los cuerpos celestes y su pléyade de constelaciones polifónicas...

Investiguemos, heurísticamente, esa vastedad que mistifica el universo, y con modestia y circunspección, formémonos a través de esta empresa impostergable. Sólo así avanzarán la física y la medicina. Los intrincados y locuaces razonamientos divulgados por los filósofos, quienes osan especular en torno a lo que es y lo que no es, de nada sirven cuando pretenden esclarecer el funcionamiento de la realidad. Sólo el ineludible contacto con sus resortes, custodiado por la lucidez de la reflexión, es capaz de ilustrarnos sobre el porqué de tantos fenómenos que acontecen bajo este firmamento teselado de misterios.

Yo no pude estudiar, ni lograr los títulos pomposos, los melifluos halagos y el estrafalario catálogo de adulaciones ditirámbicas que confieren nuestras presuntuosas instituciones académicas, plagadas de hombres cuyas palabras sólo denotan afectación, arrogancia y vacuidad. Nadie me invistió como bachiller en artes, y menos aún como doctor en teología o en cánones. No ingresé en las augustas aulas de Bolonia, Ferrara y París. La vida no me lo concedió. Ya había decidido el destino que el fulgor de la ciencia no despuntara en mí espontáneamente, como por obra de un prodigio infuso, sino que yo buscara su irreprochable estela en el silencio absolutario de mi alma, al amparo de un ensimismamiento profético, aunque acompañado siempre por un reguero intenso y presuroso de centurias, en el que otros muchos espíritus han consagrado su existencia a expandir el patrimonio inmortal de la cultura; empeño éste que ha de enorgullecer a una humanidad tantas veces desgarrada por un dolor cuya espada no cesa de clavarse en nuestros corazones. Quizás mis dedos no redacten con la vistosa elegancia que exhiben los letrados, con la exquisitez y sofisticación que bendicen a los copistas y con la remilgada finura de los amanuenses. No domino el latín, ni gozo de desenvoltura en las demás lenguas clásicas. Tampoco abunda en mí una oratoria que rebose de brillo capcioso y seductor, pero jamás exhalarán mis labios ejercicios de prestidigitación ergotista, malabarismos dialécticos cuya única meta resida en sembrar oscuridad y confusión, no en venerar la verdad. La retórica que utilizo me la ha dictado la vida, y cuanto escribo y

pronuncio me lo testimonia, perspicua y diligente, la naturaleza inveterada que me arrebuja con su manto inconsútil. Ella supera en arrojo y elocuencia a todos esos ejércitos armados por doctos sedicentes, por académicos impregnados de exasperante vanidad y por bibliófilos henchidos de una altanería que ciega sus almas ante el hechizo de lo puro.

Ojalá nadie alardee nunca de la educación recibida, ni se jacte de haber franqueado los pórticos que protegen reputadas universidades y tutelan bibliotecas conspicuas, sino que todos proclamemos, con humildad, que nuestro espíritu tan sólo ha implorado aprender y compartir el cáliz del conocimiento, cuyo néctar jamás deviene en posesión nuestra, sino en una potencia libre y tonificadora, chorro de inocencia que ha de adueñarse de nuestro ser.

Yo he sido fiel condiscípulo de la vida, y he encontrado al docente más eximio: se llama “voluntad”. Su rostro, imbuido de piadosos presagios y entusiasmado al son de la belleza prometedora que brota de las entrañas inextinguibles de la naturaleza, se dispone a preguntarles a la tierra y al cielo, manifestaciones de lo eterno, y les impetra que le muestren los secretos inexhaustos que tallan el delicado don de su hermosura. Y si “mediocre alumno el que no sobrepasa a su maestro”, yo he sido un discente gris, apático, mediano, pues jamás he conseguido aventajar, en ingenio y primor, a la naturaleza tan sublime que me baña con sus manantiales diáfanos.

Por eminente que sea el profesor, debemos aceptar que el estudiante siempre se hallará conminado a superarlo, pues sólo así le agradecerá, de manera auténtica, la estela de saber que le ha transmitido con generosidad suma. Triste se nos antojaría la era que no añadiese nada al tesoro estético y sapiencial legado por las épocas precedentes. Aciaga, cetrina y desapasionada juzgaríamos la civilización que no enalteciera la herencia de sus antepasados.

Confieso que ignoro por qué transcurre, velozmente, el tiempo, y por qué se relevan incansablemente los milenios, y unas naciones sustituyen a otras en la hegemonía sobre la historia, en la cima que gobierna las artes y en el pináculo que encumbra las ciencias. Me inclino a pensar que potestades incognoscibles han convocado a cada época para que aporte los tenues hálitos de su luz a la humanidad: para imprimir una huella única, y esparcir una simiente fecunda que propicie, en el anhelado fervor del mañana, coronar alturas aún mayores en la senda que conduce a la perfección.

No puedo imaginar que las décadas se disipen en vano, y las lecciones de la historia se revelen fútiles y deshumanizadoras. Deseo creer, por el contrario, que todo discípulo excederá a su maestro, y todo pueblo incrementará el acervo que le otorgaron sus ancestros, ofrenda sazónada de sabiduría. Es mi fantasía impecable: la de un futuro, no sé si limítrofe o distante, a cuya pálida luz un espíritu brinde respuestas a la cadena de interrogantes que yo he planteado y he tratado de contestar sin éxito. Ansío que el séquito de enigmas que me intriga en las grutas de este místico anochecer se convierta, cuando amanezca un día perlado de beatitud, en una certeza métrica, robusta y relumbrosa, firmemente asentada para los que habrán de venir, sucesores en la inescrutable aventura de la vida.

Sueño, en definitiva, que mi estirpe habrá conquistado finalmente un entendimiento cabal sobre todo cuanto nos circunvala, nutre y ensalza. El fruto de su esmero nos ayudará a comprendernos también a nosotros mismos, y a sanar la angustia indolegable que late en las profundidades de todo espíritu.

Tú, Leonardo, ves lo que otros no ven, y reside aquí tu verdadera y elogiosa fuerza, porque no se cierne penumbra o crepúsculo sobre tus ojos angelizados, preámbulos de un cielo en miniatura, sino que todo proyecta luz inmaculada ante sus pupilas. Incluso la noche emerge para ti como el día, suntuosa y cegadora, pues tú resistes la energía desbordante y arrebatadora que exhalan los destellos virginales de las mañanas límpidas, y no te asusta su incontenible resplandor.

Nunca desistas de ver donde otros no ven. Jamás renuncies a la hermosura de tu don, que es también el nuestro, porque llegaremos a observar contigo, y, asidos de tu brazo, nos situaremos en ese punto a cuya luz confluyen las mejores sombras y los más logrados planos, y a través de cuya claridad todo lo real se presenta como un espejo diáfano custodiado en la pulcritud de marcos dorados. Permítenos acariciar la suavidad de tu mano pudorosa, y seguirte por esa senda, imbuida de hermética angostura, que tu esmero ha allanado en atardeceres místicos. ¡Invítanos a ese latente espectáculo al que tú ya has asistido!

Tú ves donde otros no ven porque nada te espanta, y ese respeto tan loable que profesas hacia la naturaleza, esa veneración tan sincera, efusiva y aleccionadora que albergas por sus vástagos y sus fulguraciones, brota de tu amor insumiso al mundo y a la historia, de tu pasión por comprender y por crear. Cuando alguien descubre que ya nada atemoriza las provincias de su alma, y come del fruto prohibido, bebe de los cántaros que atesoran la dicha vedada y se lanza a caminar por las innumerables veredas que fertilizan esta heredad, este predio envolvente, ya sea a la luz del Sol o al candor de la Luna, en la nitidez reverberante que derrama el día o en la oscuridad apacible que despliegan los heraldos de la noche, bien cabe aseverar que ha conquistado la cúspide de la autonomía.

Vagar sin miedo por las rutas de la vida: éste es, desenmascarado, el secreto de la libertad. Sí, hemos de sentirnos protegidos bajo la advocación del cielo, y debemos sellar la amistad más honesta con la exuberancia que abrasa la tierra, para así intuir su más sonora robustez bajo nuestros pies, al igual que percibimos el peso del aire suspendido sobre la mansedumbre de nuestras espaldas, y la espesura de la bóveda celeste sobre la ligereza de nuestros intelectos; porque nuestra mente define el pilar sobre el que se asienta, majestuoso, un firmamento inflamado de asombro...

Columbrar afecto hacia la tierra y jugar, como festivos coribantes, con los ofidios traicioneros y con las más salvajes fieras es el prolegómeno de ese júbilo escatológico ya presagiado en todas las edades. Pero este anticipo que incoa el epílogo de los tiempos no preludia ahora, como para

los profetas y visionarios que sondearon el enigma de la vida en la más remota antigüedad, un corolario irreparable y conclusivo, sino un principio proverbial, un presente auténtico y no un futuro severo e impenetrable. En este misterio egregio, corazones doctos nos comunican la felicidad que experimenta el espíritu cuando desvela, eufórico, que en la tierra fosforece ya el cielo, y advierte que del cielo dimana también el inescrutable arcano que embravece los tibios resortes de la tierra. Proclama así que la ciudad cuyos muros de prístinas promesas amparan la llama de la alegría inextinguible, ese oasis inundado de maravillas y saciado de glorias, no se alza en las áfonas lejanías que vigilan las galaxias, ni en el postrero núcleo que vertebra nuestro planeta, sino en la compasión del verbo dador de vida: en la dicción seráfica que transparenta la luz de la sabiduría, de la belleza y del amor, cuya magia nos antecede y nos releva. Brilla en sus ecos piadosos una voz mesiánica, la asimilación gozosa de la buena nueva, el consuelo de que un alma nos oiga, por fugaz que resulte la conversación...

¡Concédenos una palabra, oh mundo, aunque sólo sea una!
¡Otórganos un palpito de tu luminosidad mediante el divino poder de los vocablos! Sí, una palabra colorida, profunda y soñadora...

Manifestemos fervor y osadía con las metáforas. Llevemos, con intrepidez exegética, cada difuso término al límite de su expresividad, a ese agreste filo que flanquea el acantilado descomunal, de riscos enardecidos y ceremoniosos, en cuyos impacientes precipicios cada locución se convierte en un epíteto bañado de audacia, en un foco capaz de irradiar haces de salvación, pues allí se confunden la prosa y el verso y se integran la tierra y el cielo... Emancipados ya de renuentes y lóbregos recelos admonitorios, lancémonos desde ese despeñadero abrupto de franjas escarpadas, porque nos aguarda un mar no orillado, sin ocaso ni aurora, de concavidad infinita como para amortiguar toda caída, donde todo es paz, paz primordial y beatífica, esclarecimiento perenne, fuente que no cesa de sembrar templanza, amenidad, sosiego: el explícito océano en cuyas aguas se balbucen esos pensamientos que aproximan lo eterno a los pechos ansiosos del tiempo, y tan sólo transmiten lo sustancial e inalterable, la luz que no arrastran ni el viento desafiante del olvido ni la desazonadora cortina de las apariencias.

Sí, hermanos míos, cuando nos escuchamos los unos a los otros nos redimimos, y ya no nos hallamos en la gravosa obligatoriedad de desahogarnos, de gritar a las inasibles, esparcidas y amordazadas estrellas, ni de excavar cada vez más hondo en los abismos arqueológicos de la tierra; porque el cielo converge con la solemnidad que repuja los lenguajes, y el infierno, el averno declamado por los poetas, equivale al enmudecimiento

deliberado de quien se niega a hablar con todos los corazones que circundan su alma y nutren su cuerpo. Sólo por discernir la hermosura fascinante de una palabra vale la pena vivir, y cuando los rostros se conmueven con esas letras elásticas, gomosas y encandiladoras que cobran vida al pronunciarlas nuestros labios, nos percatamos de cuán dignos, y nobles, y venturosos son el imaginar, y el cantar, y el entender...

En cada concepto que exhala nuestro espíritu y en cada proposición que interpreta nuestra inteligencia chispean convulsos centelleos colmados de esperanza, densos hontanares de serenidad. Su delicadeza atenúa toda angustia, flexibiliza cualquier frontera y aplaca toda adusta y maltrecha constatación de esa impotencia que en ocasiones nos asedia, pues ante las intimidades de su luz, ante la pureza de su faro, todo es dulzura. Del cielo quizás sangren lágrimas de silencio, pero la tierra las enjuga con los manantiales de la palabra...

¡Qué grande se revelará la existencia si alcanzamos a ser partícipes de la proeza encarnada en el diálogo, y a sostener la inmensidad que nos aterra, aturde y subyuga sobre la calidez que vierte un verbo de primor y virtud! Será entonces posible aunar la ilusión, bella y enaltecedora, de que surja un casto espacio de libertad, un reto genuino al determinismo tan asfixiante que nos impone el universo y vasto mundo.

Quizás nada pueda sanar la intensa agonía que nos flagela con su látigo recóndito, pero qué difícil se nos antoja desprendernos de la utopía vivificadora de que en los prados del amor, de la hermosura y de la sabiduría germine una semilla de salvación...

DÍA VIGÉSIMO SEXTO

¿Cómo no me había fijado antes en la maravilla expansiva del brazo humano? Sus huesos, sus músculos, sus tendones, sus articulaciones...: todos ejercen una función preestablecidamente concisa, y a nosotros nos corresponde identificar sus raíces más profundas. En virtud de su destreza, las personas nos encontramos capacitadas para el desempeño de acciones que sobrepasan, con creces, el alcance de las operaciones ejecutadas por los animales. Conquistamos un mayor nivel de autonomía gracias a nuestras pródigas, libres y dúctiles extremidades, cuyas manos nos permiten asir infinidad de objetos, pintar lienzos que alaben las suaves flores de la belleza y escribir obras que aspiren a bucear en las aguas de la inmortalidad.

¿Qué sería de nosotros sin los brazos, despojados de estos miembros corpóreos que sirven como pilar de nuestras más elevadas aptitudes! Sin embargo, esta excelencia que concita mi admiración no la detecto únicamente en su morfología, sino que en verdad resplandece, con su miscelánea de irisaciones indómitas, en todos los elementos que moldean el organismo del hombre. He dibujado ya, meticulosa, exhaustivamente, la estructura que proyecta el brazo humano, y he analizado los pormenores que definen la exquisitez de su complexión, para así figurarme cómo son factibles los movimientos que despliega ante nosotros con elegancia y suntuosidad.

He de adentrarme también en la investigación metódica del ojo, porque cada vez lo estimo más esquivo y atrayente. Debo dilucidar las intersecciones que esbozan las imágenes en la pupila, no sin antes averiguar las propiedades de los rayos que componen ese fresco, colmado de impresiones seductoras, cuya viveza impacta sobre nuestros globos oculares. Sólo así formularé una teoría integral de los colores.

¿Cuánto y cuán aguzado ingenio se necesitaría para concebir un instrumento tan portentoso como la herramienta que nos procura, abnegadamente, el inasible ojo humano? Escuchamos, sí, los cantos melódicos e inspiradores que entonan los pájaros, esa musicalidad intercalada por doquier en el gozoso círculo de la naturaleza, pero ¿hacia qué foco se orientan en realidad nuestras ansias, si no es hacia la observación del verdor que permea la esfera de la vida? ¿Sacia algún estímulo nuestra sed de novedad con mayor dulzura, audacia y aleccionamiento que la exposición a esa heterogeneidad de formas, tinciones y matices que le exhiben a nuestro espíritu los ojos? El

conocimiento avanza más gracias a la vista que a cualquier otro sentido, y no existe mayor adversidad para el hombre que la privación de percibir un elenco en cuyo seno granan inexpresables e impulsivas tonalidades; nada emula en consternación la imposibilidad de tomar conciencia del imponderable tamaño de las entidades que barnizan este orbe, o de deleitarse con la sublime y mística belleza que poetiza los rostros. Hablamos y oímos porque antes hemos contemplado el mundo con el útil tan proficuo que nos brindan los ojos. Es así como adquirimos un fondo común de experiencias, un catálogo de memorias, un cuadro de reminiscencias que intercambiamos con otros individuos, con otras ramas del tronco que cobija a nuestra estirpe.

El misterio que fluye, rumorosamente, del cuerpo humano me desborda tanto como la inmensidad inabarcable del firmamento. Ambos se me antojan igualmente arcanos: lo grande y lo pequeño, porque lo diminuto encubre un vasto reino de complejidad, un auténtico microcosmos. Es preciso comprender adecuadamente su fundamento remoto si queremos desvelar, piadosos, los prodigios inimitables que enriquecen el universo y bosquejan el semblante inmaculado de lo divino.

Hace pocos días me autorizaron a diseccionar un cadáver recientemente exhumado. Seguro que muchos pensarán que se trata de una labor desagradable, incluso mefítica y nauseabunda, inadmisibile para gente honrada, pero no entienden que la ciencia médica sólo evolucionará si obtiene información detallada sobre nuestra anatomía. Creo hallarme próximo a descodificar la clave recóndita que rige, desde sus astros de intrigante simetría, las proporciones instauradas entre los más prolijos constituyentes que molduran un organismo tan polifacético como el humano. Al leer un texto atribuido al célebre arquitecto romano Vitruvio, me ha invadido un presagio de resonancias angélicas: he advertido que subsiste un vínculo extraordinario, embrujador, una imbricación, pía y reveladora, que relaciona el espacio descrito por los brazos estirados de un hombre con su altura.

Con el nuevo cadáver, pretendo lograr una imagen rigurosa del hígado y de sus ramificaciones. Sondaré también el apremiante estudio de los órganos reproductores, cuyo sagrario incuba el venerado germen de la vida, para desentrañar enigmas que, bajo el radiante sol que hoy ilumina nuestras cabezas, considero inexplicables: ¿cómo se engendran los nuevos sujetos? ¿Es acaso el varón quien deposita su semilla en la cavidad del vientre femenino, o salvaguarda la mujer un secreto que le confiere también un poder concomitante en la generación, frente a lo que supusiera el ilustre Aristóteles? Los hijos combinan rasgos que derivan tanto de los

padres como de las madres, por lo que ellas han de participar, de alguna manera, en la génesis de la flamante criatura; de lo contrario, los vástagos emergerían como calcos miméticos de sus padres. ¿Cómo se decide entonces qué características se heredan de cada uno de los progenitores? ¿Lo causa el azar, o dimana de algún mecanismo intrínseco, cuyos engranajes alimentan aún nuestra ignorancia? ¿Por qué algunos retoños se parecen escrupulosamente al padre mientras que otros evocan más a la madre, y por qué otros muchos no se asemejan en casi ninguna facción a sus ascendientes? ¿Por qué se transmiten dones físicos, pero no suele procederse de modo análogo con las facultades de la mente? ¿Por qué el artista no siempre transfiere su talento a su prole? ¿Acaso las habilidades del alma no se legan de generación en generación?

Nuestro principal desafío radica en distinguir más allá de lo meramente externo. Debemos emplear la agudeza del intelecto, ese grato chorro de luz que con aplomo, constancia y gravedad inspecciona en las moradas de lo oculto y trascendente, para acceder a un núcleo aún no escrutado, desde cuya hondura se deslizan, raudas, claras y armoniosas, las corrientes de la naturaleza y del espíritu. Si no, continuaremos enceguecidos: otearemos, sí, la multiplicidad que envuelve y olea el cosmos, pero no penetraremos en su más genuina esencia.

La naturaleza encarna arte, y el arte se transustancia en naturaleza cuando brotan los atribulados perfiles del hombre. Otorgamos nombres diferentes a lo que resulta, en último término, sinonímico. Estoy plenamente convencido de esta fe pura. En cualquier caso, he de afinar mucho más en mis reflexiones, para pulir la rudeza que oscurece sus aristas y rematar sus vértices, todavía espigados. Así aquilataré lo que, hoy por hoy, no representa más que un encadenamiento de vagas, afanosas e incipientes intuiciones arremolinadas en mi imaginación.

Volver la vista atrás, al mundo antiguo, a lo ahora arcaizante y otrora pionero; a las milenarias pirámides y a los pluriseculares templos; a las cariátides, a los astrágalos y a los hipogeos; a las columnatas, a los peristilos y a los propileos; a la reciedumbre dórica, a la frondosidad jónica y a la magnificencia corintia; a los fustes, a los basamentos y a los capiteles ornamentados con resplandecientes hojas de acanto; a los ampulosos mausoleos y a los mármoles palaciegos; a los geométricos almocárabes y a las vidrieras vivificadas, sugerentes e inmortales... Todos dan testimonio de glorias agostadas y poderes depuestos. Todos son vestigios ceremoniosos de un universo extinto y vívida constatación de ese inmisericorde tránsito que disipa las sombras de los tiempos... ¡Cuánta belleza y cuánto sufrimiento, y de dónde venimos y adónde vamos!

Sí, lo pretérito, galería de ruinas inveteradas que antes hablaron y más tarde enmudecieron; grandezas fenecidas y nombres marchitos, pétalos secos que ya no portan ningún mensaje, pero terreno de consuelo vigoroso ante las oscilaciones y avatares de esta era tan arcana que misteriosas potencias nos han deparado... ¡Cuánta serenidad transmiten los espíritus más sublimes e imperturbables, y el reconocerse miembro de una ascendencia común, arropado por quienes han contribuido, con tantos bienes, con tanta sabiduría, con tanta luminosidad, a la epopeya del existir! Nada hemos de temer, si nos protege una estela tan diáfana y amparadora, cuyos chorros cristalinos reflejan el más longevo legado del espíritu...

Miremos entonces al egregio e irredento pasado, pero sin que nos enreje, en sus celdas húmedas y atávicas, un sentimiento anacrónico, teñido de nostalgia ante la inevitable obsolescencia, ante la noche irrecusable que enmohece los más devotos claustros y las más solemnes catedrales edificadas por el tesón humano. No nos aferremos tercamente a imaginarios caducos, concebidos al dictado de promesas hoy desvanecidas que insisten en apresarnos con sus grilletes dolorosos y sus falaces tentáculos, ni toleremos que aneguen nuestro indiviso corazón las dulces lágrimas inspiradas por aquel doncel, sedente, melancólico y meditativo, cuya delicada estatua, pasión atronadora perpetuada en un alabastro tallado junto a las nobles piedras de Sigüenza, evoca toda una vida entretejida con amores, expectativas y deseos. No cedamos ante la conciencia, retrógrada y arquetípica, que lo contempla todo como fruto raleado de degradaciones precedentes y de corrupciones irremisibles, en un proceso que impone imbatible, triste y mustia decadencia sobre las dilatadas sendas de la historia, pues esta insinuación inflige una atrofia exacerbada, y nos aboca a un envejecimiento prematuro que ahoga el fervor del espíritu. Sus garras herrumbradas pugnan por atenzar sin clemencia nuestros afanes, las fugaces llamaradas de nuestra más esperanzadora creatividad, porque el

apego angustioso a rayos áureos que ya no despuntarán sobre la faz de la Tierra, ¿no nos incapacita para trascender, auspiciados por una inteligencia y una voluntad volcadas hacia la supremacía del futuro, la resistencia desmoralizadora que oponen representaciones encalladas, brumosas y extemporáneas, destinadas a exaltar las edades primigenias en demérito de los logros modernos, ahora desacreditados como expresión de un declive imparable? Ellos retienen y fatigan la fantasía en los preámbulos apologéticos y anquilosados de lo que ya no subsiste, cuando nosotros hemos de suspirar por la floreciente luz que irradie el rostro del amanecer y plante la semilla de lo desconocido; nosotros hemos de esculpir lo imposible.

Establezcamos, en consecuencia, una confrontación crítica con todo cuanto nos antecede, sin permitir que nos invada la remembranza, violenta y esclerótica, de lo que ha sido y nunca más será. Propiciemos, eso sí, que el más cortés de los aprecio domine nuestra alma como disposición afectiva, la gratitud justificada de quien ha heredado un tesoro y anhela, como el poeta, reconquistar lo que le ha sido dado. Y si todo hasta nuestro corazón, y nos sumimos en una languidez silente, herida e insanable, enceguecidos ya ante la tierna sonrisa de la vida; y si el tedio más destructivo derrota nuestras fuerzas y apaga nuestro sacrificio, para producir una sequía voraz que atribule la fuente recóndita de nuestros sueños, internémonos en esa morada lírica y entrañable en la que resuenan los dorados ecos de una memoria valerosa, encaramados al carro alado que impulsa el arte y propaga las voces inexorables de la ciencia... Allí encontraremos un refugio imperecedero, un sagrario de suave luz en medio de la áspera oscuridad que rige el cosmos, una fortaleza inexpugnable frente al vacío que amenaza con avasallar la fragilidad de nuestras almas.

Sí, hermanos míos, abrámonos al incandescente curso de los siglos, al fuego de la naturaleza y a la fragancia, vinosa y embriagadora, que forja y abastece ese célere torrente cuyas gotas derraman el pujante amor, gráfica metáfora para ensalzar el don de la vida.

En una historia cuyo significado se hallara escrito de antemano por dedos premonitorios no se alzaría espacio para la ansiada libertad, sino tan sólo para el cumplimiento, sordo y severo, de lo ya decretado, al igual que acontece en las provincias del orden mecánico, blindado e instintivo, de esos cánones inderogables que prevalecen en el vasto ámbito de la naturaleza. Allí no descollaría un final verdadero, sino un principio obtusamente clausurado sobre sí mismo y sus confines renegridos, que contendría en sí cualquier germen de hipotético término. Atrevámonos, por el contrario, a vislumbrar la febril, la dilucidadora, la herética novedad a la

que aspira nuestra alma: la posibilidad de que el ser se amplíe, aun cuando parezca que haya irrumpido la consunción trágica de toda energía albergada en el firme y vibrante corazón del hombre...

Esclarezcamos el sentido de la historia en la historia misma, es decir, en el pensar impávido y en el actuar rebelde que blande la humanidad en cada álgida época reservada a los hijos de nuestra estirpe; vehículo privilegiado por el que se constituye esa teología de sollozos emotivos cuya intuición subyuga, desde albores remotos y piadosos crepúsculos de lunas intercesoras, la antorcha de nuestro entusiasmo y de nuestras imploraciones...

DÍA VIGÉSIMO SÉPTIMO

Los antiguos nos brindaron un caudal de conocimiento, estética y fantasía de cuyos manantiales refrescantes todavía hoy bebemos. Su sabiduría se sintetiza en dos apotegmas, en dos bellos prontuarios: “nada en exceso” y “conócete a ti mismo”, el célebre “gnothi seautón” inscrito en el frontispicio del templo de Apolo en Delfos.

No creo que encontremos dos lemas más dignos, válidos y decorosos para orientar nuestra existencia. Lo compruebo en mí mismo: a lo largo de mi vida, he ansiado acariciar con mis propias manos el bienaventurado árbol del saber, guiado por la finalidad última de la autognosis, de entenderme a mí mismo, así como de comprender el “porqué” subyacente a mis eclécticos, entusiastas e insumisos deseos. Sin embargo, y con el objetivo de no precipitarme en la escabrosa telaraña de un solipsismo que ahogue la inteligencia, he necesitado salir al mundo y abrir la ventana de la naturaleza, porque he pretendido inspirarme, con una aquiescencia sincera, en ese ideal tan noble, duradero y poderoso que encarnan los doctos ángeles de la prudencia, el equilibrio y la medida, cuyos rayos clarividentes se reflejan en la acendrada simetría que rige la estructura más íntima del firmamento. Muchas veces me habré distanciado clamorosamente de este precepto, es inútil negarlo; pese a todo, es el principio en cuya franqueza y bondad ha confiado mi espíritu con lealtad suma. He pensado que no debía entregarme por completo al placer más destemplado, extraviado en disipaciones insurrectas y descontroladas, sino que todo deleite exigía embridarse dentro de un límite austero, honesto y discernible. Es la pedagogía de la sobriedad, brújula morigerada que magnetiza el corazón con sus agujas aleccionadoras, sereno astro de primor edificante, clave para que la fruición no se convirtiera en una carga fastidiosa y colérica, cuya furia nos desvíe de la avezada senda de la rectitud.

Sólo se alzan tres campos en cuyos fértiles y copiosos dominios he descubierto mi impotencia irresoluble para aplicar la máxima relativa al talante lúcido, profundo y virtuoso de la moderación: la hermosura, la sabiduría y el amor, realidades que he aspirado a desvelar sobreabundantemente. Cuando me he bañado en el misticismo que impregna sus aguas más genuinas y pondonoras, no he perseguido linde, orilla, estabilidad o confín, sino desbordar toda acotación y rebasar toda divisoria oclusiva, paralizante, desazonadora. Admito que la suave y luminosa enredadera de la belleza, del conocimiento y del amor ha atrapado el reino de mi espíritu. Mi vida se asemeja a una frontera recién

derrumbada, en cuyos pórticos pulimentados y en cuyas fúlgidas antecámaras rutila ahora la constelación de todas las emociones posibles que llega a albergar la débil alma de un hombre esperanzado. Mi vida es éxtasis puro y fuente que no cesa. Mi vida esparce felices chorros de frenesí, de júbilo, de arrojó, cascadas intangibles carentes de paz, de quietud, de sosiego, sólo imbuidas de una apetencia infinita, laxa e irrefrenable. Nunca esclareceré si, de no haberme afanado por nada en demasía, de haber aprendido a conjugar la búsqueda apasionada de la plenitud con el disfrute insustituible de lo fugaz, del encanto frugal y efímero, de la delectación momentánea, habría coronado un mayor grado de dicha.

He sentido lo que muchos otros palpan con ardor: el arrebató incomparable que nos sobrecoge cuando condescendemos a que los bienes más altos y primordiales del espíritu gobiernen nuestras vidas. A la dulce e incorregible idolatría de este dogma he sucumbido de manera flagrante, como si mi alma se hubiera postrado ante inopinados vellocinos de oro.

He suspirado por un culmen desmedido, sin percatarme de que lo imperfecto esconde un gozo insospechado, y desprende un aroma aún más revelador que esas fragancias seráficas imploradas por mi tesón indócil. He preferido transfigurarme en dios antes que comprometerme con el cultivo de la afligida morada de los hombres, pero, después de todo, no he logrado alcanzar el cielo ni he sido capaz de amar la tierra. He vaciado mi corazón de la árida espesura del conformismo para colmarlo con una voluntad verdaderamente sobrenatural, aunque no he conquistado la belleza críptica que atesoran los seres deíficos, y en el arduo camino he renunciado a algunas de las experiencias más fascinantes de la vida humana... Quizás estribara aquí mi destino: en erigirme a la vez en dios y en hombre, para residir, anfibológicamente, entre ambos universos.

He contemplado el cosmos desde los tersos alcores que tutelan el anhelo inmaculado de ciencia, sensibilidad y hermosura. Encaramados a sus púlpitos de fe ciega, han observado mis ojos luz y oscuridad, caos y armonía, amor y crueldad, sabiduría e ignorancia, caducidad y permanencia, aplomo y apatía, tristeza e ilusión, muerte y vida... Mi corazón se ha visto cautivado por el hechizo divino de un raudo gavilán cuya elegancia batía el aire y calmaba el cielo, pero ha padecido también con intensidad y hondura, testigo del reguero de sufrimiento y desolación que ha oteado en las inescrutables provincias de la naturaleza y del espíritu.

Sí, mucho he vivido, y mucho he llorado, sin paños de consuelo que enjugasen mis lágrimas fecundas, porque mi alma ha vislumbrado lo inefable...

Cuando el cansancio deviene irreparable y, exangües, esclavos de una ácida lasitud, de un hastío moral y de una asfixia que tapia las ventanas del espíritu, nada hay que nos restituya la rosa de la fantasía y de la vitalidad, hemos de mantener la esperanza en una epifanía que nos brinde el consuelo cuando amanezca la osada luz que presagie un nuevo día. Y aunque la vida se agote, y llegue a término nuestra presencia misteriosa en las hondonadas de esta vastedad que tapiza un mundo tan delicuescente, siempre nos bañará con su rocío la ilusión, copiosa y vigorizadora, de que finalmente germine una claridad honorable, merecedora de alumbrar al género humano.

Tú, Leonardo, has formado parte de ese foco dilucidador, de ese ámbar reverberante que destelló sobre Europa y esparció su luz amorosa sobre el entero orbe, y te has metamorfoseado, como faro y vigía, cuan centinela del mañana, en uno de los serenos rayos que ha allanado el empedrado que cubre nuestra ardua calzada hacia la libertad. Pero no has sido el único, porque por esas calles que versifican Florencia han deambulado algunos de los mayores espíritus de Occidente, frente a quienes nos asemejamos a homúnculos en medio de una aristocracia de titanes.

Lo que antes evocaba una fase aciaga, átona y descolorida, apática y baldía, cuyas auroras narcotizadas nunca emularían la vedada gloria que irisó en las etapas pretéritas, cuando los filósofos, los poetas, los rapsodas, los escultores y los matemáticos de Grecia condujeron el intelecto hacia unas cotas de magnificencia difícilmente igualables, se ha demudado, gracias a vosotros, mujeres y hombres del Renacimiento, en una pascua retoñada. De vuestra refulgencia ha emergido un período rejuvenecedor, un apogeo bajo cuya tutela el ser humano ha vuelto a creer en sí mismo, a no temer el relevo que permuta los siglos y a no suspirar por una escatología demasiado lejana, para la que los dioses no nos han otorgado temple suficiente, sino a admirar a los antiguos como instrumento benéfico que nos ayude a despuntar con aún mayor belleza. Habéis suscitado así la eclosión vertiginosa de las energías adormecidas de la humanidad, ocultas tras almas aletargadas y corazones anestesiados, para que nosotros mismos construyamos ese progreso que no sabemos si es auténtico o ficticio, pero que al menos esboza la tersura de un ideal cuya pudorosa luz bañe nuestra razón, de una meta enriquecedora por la que luchar, de una plaza sitiada que capturar en esta guerra insistente contra todo aquello que nos subyugue con su estruendo belísono. Y sí, conforme avanzan presurosamente las infatigables centurias, con la rapidez y ligereza que exhiben las más refinadas gacelas en las sabanas de África, disponemos de más elementos de juicio para interpretar la realidad con una hondura acrecentada, y quizás

en esta constatación –no exenta de ambigüedades- estribe ese progreso que tanto ha fascinado a nuestro espíritu desde secretas madrugadas...

¡Oh Renacimiento, oh Florencia, oh Italia que despertaste el ave fénix de la era clásica, cuya hermosura yacía envuelta en sus mustias y espesas cenizas! Emprende ahora su vuelo, redivivo, con Leonardo y la pléyade de restantes genios como alas primogénitas que se baten, confiadamente, hacia un inusitado cenit; porque la humanidad venera, sí, lo pasado, pero sobre todo atisba lo presente y sondea lo futuro, y codicia adueñarse de su propio destino, sedienta de apagar todo crepúsculo y de prevalecer sobre toda adversidad... ¡Y qué párvula ingenuidad se incoa aquí para todo aquél que observe con atención las épocas y su arbitrario proceder, y reflexione sobre los desafueros que ofuscan todas las edades! Sí, un sueño cándido, pero qué bello pensar que nos es dado sobreponernos a una fatalidad ya evaporada, como si en nosotros residiera la llave crucial a esa puerta asintótica tras cuyos umbrales irrumpen, con audacia, las espléndidas ciudades en las que penetraremos, tal y como escribiera el poeta, en la alborada; aunque este delirio conspicuo declame la fatuidad de una utopía, la inocencia de un entusiasmo que ignora el sello insobornable impreso por el azar y estampado por el mal radical, tantas veces no queridos, pero cuyos espectros temblorosos conspiran siempre en nuestra historia... Sin embargo, ¿cómo renunciar a un estímulo sagrado, a una exhortación a no desistir jamás de proyectar nuestra vehemencia hacia las esquivas comarcas del porvenir? Y nunca dejará el Renacimiento de alzarse como un ejemplo único y sobresaliente de la excelencia que consigue nuestra familia humana si se propone concentrar, en la angostura de un tiempo y en la fragilidad de un espacio, estética, perfección y amor por sí misma.

El Renacimiento ha acontecido ya, y nosotros encarnamos a hijos suyos, a herederos de esa pasión desorbitada por el arte que no ha de abandonarnos nunca. Pero el Renacimiento es capaz de ser hoy también, y de regresar mañana, y de retornar constantemente a los manantiales de nuestra conciencia, como luz de chorros restaurados: renace el alma humana siempre que recluta imaginarios nuevos que la liberen de las ataduras que hoy avasallan su creatividad herida. Y el más horrendo de los grilletes lo impone el narcisismo, esa vanidad obturadora de nuestros sentidos ante la pulcritud que desprende la sonrosada luz de días generosos, y un modo privilegiado de combatirlo dimana de aspirar a una belleza casta y salvífica. Alabemos entonces el poder redentor del arte para enaltecer las almas y podar una senda por cuyo itinerario se aventuren todos los espíritus, como en esos años divinales que dulcificaron Italia...

¡Oh hermosura que nos rescata de la agreste sequedad del egoísmo, adusto pedernal que nos encoge, descorazona y endurece! ¡Oh Renacimiento, que nos apremias a ambicionar un escenario de armonía imitativa, donde la mansedumbre del arte pacifique a los espíritus, y a cuya luz la misericordia grave el signo primordial del hombre, para que todos, al contemplar ese encanto común y de majestuosas chispas flamígeras que se yergue ante sus ojos, esa belleza que decora las mismas calles por las que todos transitan, y cuyo hechizo cautiva a doctos y a iletrados, a opulentos y a desamparados, a potentados y a desposeídos, recompongan la bandera del pundonor conculcado, que expresa, como pocas otras nociones, aquello que nos humanizará con ardor y alegría!

Sí, el Renacimiento enarbola una dignidad inexpugnable: que la humanidad renazca y, maravillada por los hitos más egregios que ha protagonizado una Antigüedad cuya memoria honra y ensalza con el mayor de los respetos, auspicie la edificación de la morada de la belleza, del hogar en el que anide la paz y se fragüe la sabiduría, equivale a implorar que sea el gozo la luz lo que triunfe en esta tierra santa, no las infecundas sombras del pavor ante lo que nos ofrecerá un futuro siempre incierto.

Que el futuro viva como futuro: que obre como tal y depare lo que desee. Somos una humanidad que ansía la felicidad para todos en esta tierra, así que no nos impidamos a nosotros mismos disfrutar, ya hoy, de la dicha de inventar y de la belleza de soñar con cielos inefables, bienes que nunca se estragan en los fragosos senderos del hombre. Busquemos entonces la hermosura que nos une, como deleitarnos, juntos y en una misma urbe, con las proezas del Renacimiento.

Prosigamos hacia el futuro, hermanos míos, vástagos de corazones impávidos y expectantes. No hemos de impacientarnos ante lo ignoto, sino que debemos iluminarlo con esa antorcha prístina cuyas llamas protegen la luz del conocimiento y blanden el fuego del amor, que todo lo redime, pues en su seno cristaliza la patria que añora nuestro espíritu.

Aun cuando la mayor de las tragedias se cierna sobre nosotros, y no se vislumbre manera humana de amotinarse contra potencias que nos desbordan, regocijémonos en el bálsamo de la sabiduría ya concitada: acudamos al retiro salutífero de las artes y a la atalaya virtuosa de las ciencias, para así bucear en mares purificados por ecos angélicos.

Quizás desaparezcamos para siempre de esta tierra y de este cielo, pero habrá valido la pena existir, pues lo que hemos conocido y amado no pasará, a diferencia del cielo y de la tierra, sino que subsistirá y no se

desvanecerá en consumados atardeceres de olvido, reminisciente de esas palabras seminales y anegadas de vida que escrutan el inasible fondo de todas las cosas...

La dignidad, hermanos míos, no fenece nunca. Nos marcharemos de este orbe, y el rostro de la humanidad se difuminará inexorablemente. Satisface una ley universal promulgada por la vida; obedece a la propia naturaleza que se regenera a sí misma, cuyos dedos pródigos nos concedieron el don inopinado de surgir en este enclave remoto de un cosmos inmenso, oscuro y sinuoso. Todo se clausurará. Habremos vivido durante un fugaz y obliterado lapso, consista en décadas o en milenios, pero todo concluirá irrevocablemente... Y así ha de ser, porque lo eterno no alcanza a fundirse, alquímicamente, con la precariedad de la cronología, y todo cuanto se halla sujeto al dominio del movimiento, tantas veces despótico, si no tiránico, no puede desembocar en océanos imperecederos.

Moriremos como individuos y cesaremos como humanidad, pero habrá resultado una experiencia plena, colmada de gratitud, y nos habremos convertido en partícipes de esta densa euforia efímera. Impetremos una vida verdaderamente alentadora y sanemos el sufrimiento que atormenta a tantos miembros de la familia humana, para que la solidaridad y la clemencia primen en las entrañas de nuestro espíritu. Cultivemos así las artes y las ciencias, y no falleceremos nunca, aunque no brille ninguna orquesta cuyos estilosos músicos entonen nuestros himnos, o labio sugestivo que besar, o mano seductora a la que aferrarse intensamente cuando advengan las tinieblas del infortunio.

Incluso en las postrimerías del tiempo humano subyace ya un halo inflamado de perpetuidad, cuyas llamaradas nos visitan tibiamente en las obras que diseminan amor y derraman caudalosas lluvias de conocimiento. Amemos entonces y conozcamos, y deprequemos los torrentes diáfanos que contienen la sabiduría, pues habremos degustado lo perdurable, lo vitalicio, que es la perfección poseída: aquello que sacia por completo todo anhelo, y cuya magia propicia que un minuto de vida bien justifique una constelada infinitud de enervantes y letárgicos silencios.

Conocer y amar contribuyen a una vida más llevadera, para que el atronador mutismo que ruge en esta bóveda estelar, cuyo fragor desoye las exclamaciones proferidas por nuestros gritos desfogados, no atesore la última palabra. Hemos hablado, sí, y el peregrinar de nuestro diálogo florece como un obsequio imborrable, pues se ha integrado ya en la arrebatadora biografía del universo. Aunque expiren los tiempos y sucumban los espacios de la humanidad, y el enmudecimiento sidéreo

vuelva a instalarse, sedente, en el trono gestatorio desde el que todo se gobierna, e inflija una agria derrota al brío incandescente de la voz humana, sonido que, aun tenue, corona las más recónditas esquinas nebulares, la grandeza de haber pronunciado un verbo, una dicción reflectora del altivo y aquilatado núcleo de un concepto, nos ha introducido irreversiblemente en la esfera que acrisola luces permanentes e inextinguibles.

Sí, hermanos míos, nuestra victoria es ineluctable, y por mucho que una fuerza descomunal, exhalada por la cólera del cosmos, se propusiera cubrir de polvo aniquilador nuestros más enjundiosos libros, o dismantelar los cuadros que ennoblecen nuestras pinacotecas, o sepultar las partituras que salvaguardan nuestras más bellas melodías, nada ni nadie nos despojaría nunca del valor inconmensurable que ha forjado nuestro espíritu en su desvelo por innovar, por conocer y por amar, cuyos resplandores rubrican una huella indeleble en el hollado corazón que sustenta la tierra con profundos haces de esmero; tierno furor que transforma categóricamente el firmamento. Nada disipará jamás la hermosura tallada por nuestras lágrimas...

Enorgullezcámonos, por tanto, y caminemos con la cabeza erguida, que no implica capitular ante la arrogancia, sino confesar que, mediante la complejidad del amor y los más ásperos sinsabores de la vida, hemos entreabierto el velo de ese reino incomparable humedecido por ríos repletos de sueños amaestrados: la provincia de las ideas posibles, un imperio cuya constitución antecede a esta cúpula astral que nos custodia, bendice y riega con el cáliz de su luz, que es la interpelación suprema, el porqué, por qué el ser y no la nada. Y al plantearla, el cielo nos ha galardonado ya con una invitación al opíparo banquete que paladean los dioses en copas áureas, porque hemos asumido el compromiso con la cuestión de las cuestiones: por qué las cosas son como son y no adoptan otro cariz, otra mística, y qué rutas han de recorrer nuestra alma y nuestro corazón para modificarlas, y coadyuvar a que respondan al entendimiento más luminoso, pero tantas veces pisoteado, que albergamos sobre nuestra propia condición humana...

El alma de la dignidad, hermanos míos, siempre rebrota con un ímpetu restañado, pues sus agudas llamas son de carácter sempiterno, y ninguna autoridad mundana sofoca su pujanza indómita.

Sería laudable haber habitado sobre la faz de la Tierra si tan sólo un espíritu hubiese acarreado, sobre sus hombros maltrechos, la onerosa carga del interrogante por el ser y por la nada; y es una cima que ya hemos jalonado, porque juntos, abrazados al alba y al ocaso, nos hemos erigido en artífices de la coyuntura que ha permitido a nuestros filósofos, científicos y

artistas inundar los cielos con la luz del conocimiento, del amor y de la creatividad. Por ello, ya hemos sido conquistados por la incógnita más eminente, así que nos solidarizamos ahora con una potestad que nada ni nadie derroca, anterior y posterior al espacio y al tiempo, cuya esencia le confiere sentido a todo o lo priva de significado.

¡Qué aleccionadora nuestra humanidad, hermanos míos! Su corazón nos transfigura en siervos de la pregunta por el ser, por el espíritu y por la vida, para imbuirnos de tolerancia y tonificar nuestras almas con un afán vibrante de comprensión, impulso que nos orienta hacia el pináculo más insólito, santo y elevado de cuantos perforan la historia: adquirir conciencia de nuestra dignidad y preservarla...

DÍA VIGÉSIMO OCTAVO

Acabo de leer un discurso memorable, compuesto por el ilustre Giovanni Pico della Mirandola, príncipe de la concordia y erudito de predicamento imperecedero. La obra versa sobre la dignidad inextinguible que bendice a nuestro linaje, y considera al hombre el ser más afortunado de cuantos pueblan la creación, el intermediario entre la totalidad de los reinos que integran los relucientes dominios de la vida, el docto intérprete del universo y el pontífice que hermana lo eterno y lo pasajero. He experimentado un gozo inconmensurable al sumergirme en la sabiduría, en la claridad y en la hermosura que irradian sus palabras, profundas, dulces y egregias. Constituye uno de los textos más sobresalientes que ha forjado nuestro tiempo, y albergo la convicción de que el futuro lo venerará como la herencia más genuina de este siglo deparado por las inescrutables manos del destino.

1486, fecha en la que Pico della Mirandola redactó su anhelosa oración, deberá invocarse como el año epónimo en que se congregaron por escrito las aspiraciones más hondas, florecientes y pujantes que han enaltecido nuestra época; como el momento privilegiado a cuya luz, ardiente y providencial, un alma benéfica recogió la admiración incesante por la estirpe humana que a tantos hoy inspira con un énfasis de pureza estuosa.

Nunca desistiré de alabar la insondable grandeza humana: el brillo tornasolado que al unísono desprenden los faros de la naturaleza y del espíritu, así como el poder arrobador que atesoran la materia y la mente para expandir las brumosas fronteras de la creatividad.

El hombre, vínculo que entrelaza lo visible y lo invisible, dotado de unos ojos que contemplan, simultáneamente, la aterradora vastedad del cosmos y la críptica inmensidad del corazón... Surgimos del mismísimo polvo de la tierra, de ese lodo frágil de cuyas entrañas primordiales proceden también las demás criaturas que fertilizan, pululantes y decorosas, el pletórico legado del mundo, pero con nuestro intelecto nos perfilamos como moradores de un firmamento celestial, pues alumbramos ideas perdurables y reveladoras formas geométricas que acarician el divino hogar de lo perenne. En nuestra imaginación reverbera el resplandor ilimitado de la belleza.

Ojalá las generaciones venideras recuerden la nuestra como una edad fúlgida, ansiosa de presenciar con qué fuerza y qué entusiasmo

renacía la devoción del ser humano por sí mismo, para que todos nos sintiéramos poseedores de un valor infinito, capaz de transfigurar la dorada faz del mundo a través de las alas angelicales del arte y de la ciencia.

Ni en presencia de las más adversas circunstancias ha abdicado nuestra estirpe de sonreír. Toda sonrisa custodia un afán y un celo de perpetuidad: suspiraríamos por sonreír incesantemente, sin que jamás se difuminara la luminosidad que exhalan las huestes del júbilo. La historia se convertiría entonces en la gran y festiva velada en homenaje a una humanidad dichosa. Sin embargo, la sonrisa siempre se entrevera con la más avinagrada amargura, con la aspereza y la agonía de las expresiones serias, disecadas por la severidad que inocular el dolor y por la bravura insólita que macula toda pasión contrariada.

Sonreír implica ensalzar la vida, pero supone también acatar la fugacidad de cualquier ventura. Jamás lograríamos mantener una sonrisa perenne, porque precisamos del descanso, y sonreír requiere de un esfuerzo mayúsculo, capital, aunque muchas veces no reparamos en este sacrificio. Sonreímos por insobornable convicción, por lisonja y fingimiento o por necesidad irreprimible, pero sonreír desata siempre un ardor insospechado, en cuyas grutas ascéticas no hunde sus raíces nuestro estado natural, pues tendemos inercialmente a la quietud.

Sonreír equivale a activar una energía vital adormecida, a ahondar en un sí a la existencia y en un sí a los hombres, si brota como alegría sincera, deslizada desde la más diáfana de las certidumbres... Y ésta se nos antoja más llevadera que las sonrisas disolutas y los halagos artificiosos, impostados con adulaciones esparcidas desde incensarios inanes que sólo buscan contentar, agasajar al interlocutor incluso ante la vacuidad que profieren sus vocablos ripios, aunque en realidad verifiquen la rudeza de nuestro desinterés, disfrazado de cinismo y enmascarado con espesas nubes de aquiescencia, de aprobación hacia todo lo que enuncian sus labios...

Los angustiados sonríen con mayor pujanza que quienes saborean, ya en esta densa vida, la copa que derrama el néctar de todas las fruiciones, porque sonreír, lo reitero, encarna un ejercicio de compromiso, heroísmo y entrega. No es sencillo abrazar el optimismo en esta tierra herida, fustigada por suplicios contumaces y flagelada por grises infortunios, en este valle transido de lágrimas que eclipsan cualquier eventual afecto cuyos tenues rayos congraden rosas de jovialidad y amapolas de sosiego. Todo aquél que sufre sabe bien cuán ardua es la vida y cómo el padecimiento acecha, avizor, en la retaguardia de nuestro peregrinaje por largas y empinadas sendas de tenues rayos, pues todo triunfo deviene pasajero, y toda exclamación de victoria sobre las arbitrariedades que ensombrecen la claridad de la naturaleza se torna sumamente prematura. A pesar de esta evidencia, no desiste de sonreír, aun inmerso en horas indigentes, e intuyo que el alma del macilento Lázaro exultaba con esmero, rendida a la puerta

de la casa de ese epulón de luengas barbas y cabellos lacios que banqueteara para mitigar su desamparo, rehén del aire de autosuficiencia que vagaba por su rostro, mientras los selectos huéspedes convidados al fragor de su mundano y nutrido festejo se disponían a cruzar los umbrales que tutelaban un palacio tan conspicuo, sin agacharse para observar, aun torvamente y con ceño fruncido, la paupérrima silueta de un mendigo harapiento desterrado a la intemperie más flagrante. Eran criaturas cercadas por su propia arrogancia, ajenas a toda noble inquietud por el bienestar de sus congéneres. Sus frentes inmóviles sólo reflejaban la más lacerante insensibilidad ante el dinamismo y la inocencia del corazón. Sí, he aquí el gesto máximo e inenarrable del ultraje que infligen el escarnio, el menosprecio, el desdén y sus ofensas indecibles...: la indiferencia más cruel, el trazo dramático que estampa humillaciones sangrantes, el vilipendio atroz al que llega la ceguera espiritual del hombre si se lo propone; porque hay que ambicionar deliberadamente la perpetración de un atropello tan tenebroso: hay que huir de una situación tan obvia, punzante y escandalosa para no posar el fulgor y la ternura de los ojos en la fragilidad del hermano que muere delante de nosotros...

También Lázaro sonreía bajo la belleza ornamental de un cielo puro, y entonaba una melodía sigilosa a las bondades de la vida y del hombre. La música que surge de las moradas más herméticas del espíritu no la expelen voces febriles que nublen, con sus discordancias cacofónicas, el fervor de nuestros oídos: la irradian las facciones risueñas, estilístico trasunto de nuestro ser. Al sonreír, Lázaro compuso un himno a la creación, y como un ángel que diseminara por el mundo el rocío de la benevolencia y el faro de su luz absolutoria, perdonó a la humanidad que lo había olvidado y cuya alma había renegado de su martirio expiativo. La sonrisa y el candor de todos los Lázaros de nuestra historia acrisola un signo ondeante que evoca misericordia: el emblema de quien no ansía castigar a sus prójimos, e impetra al padre de los cielos y de la tierra, o a la madre que reina en el orbe de las ideas, que nos exonere con indulgencia, porque ignoramos lo que hacemos, a diferencia de los afligidos, quienes experimentan, desazonadoramente, la iniquidad de nuestras acciones más ignominiosas...

Ni los sátrapas más ampulosos, ni esos autócratas que se engalanan con uniformes entorchados, ni todos aquéllos que se revisten de una pompa envarada, de pérfidas jactancias y honores traicioneros, emulan a los humildes en la frescura de su sonrisa, pues no adoran la vida y no glorifican la libertad, chorros virginales que bendicen los prados de la naturaleza desde sus púlpitos generosos, sino que vuelcan su corazón adusto hacia la esclavitud, hacia una tiranía que secuestra y apaga la luz de las conciencias. Sólo el atribulado percibe la magia filosófica que germina en verbos

inundados de consuelo; la mística enarbolada por esos diálogos tan cautivadores que nos enaltecen, redimen y dignifican, al permitirnos compartir nuestras respectivas vivencias, sin pretender amasar, en la oscura cárcel que sella la impudicia de nuestro egoísmo, grotescos y aborrecedores cúmulos de dominio sobre los cuerpos y de despotismo sobre las almas. Entre los potentados difícilmente se produce una conversación veraz, no contagiada por la apetencia, infecciosa, aciaga y avasalladora, de copar aún más cotas de hegemonía; aspiración ésta insaciable y crapulosa, cuando los únicos destellos inextinguibles que despuntan en el parnaso de la vida se blanden en el trisagio del amor, de la sabiduría y de la belleza, la trinidad suprema del espíritu, el triunvirato de nuestros anhelos, la entraña de un placer inagotable y de una felicidad de reverberaciones infinitas. Por ello, la perforadora voluntad de poder que abrasa tantos corazones se encuentra condenada a escuchar, desde recónditos principios metafísicos, el estrépito que propaga los ecos estruendosos del fracaso inexorable, para desencadenar una insatisfacción constante que carece de cura, veneno cuyas toxinas carcomen la lábil textura de nuestro ser. La enseñanza es inapelable: los pobres son más desprendidos y magnánimos que los ricos, quienes yacen ahogados en sus cavernas de hipocresía y ambición desahogada.

Ojalá toda alma sonriera genuinamente, con un ademán que tradujese un temperamento anegado de ufanía honesta ante el éxtasis envolvente del amor, de la comunicación, del arte y de la ciencia. La suavidad que aquilata esta pléyade de sacramentos, descendida desde el cielo más beatífico que cabe concebir, nos concede presagiar, incluso en medio de tragedias que parecen sofocar toda veleidad épica, ese santuario de salvación con cuya piadosa hermosura ha soñado nuestro espíritu, mano dulcificada que nos rescatará de este sufrimiento, de esta tristeza que crispa el pensar de todo hombre...

Quizás nuestra utopía se alce como una cúspide inasequible, y todo constituya una ilusión torcida, una chispa aviesa que sólo destila nostalgia de la amada juventud y del entusiasmo perdido; el canto del cisne del ímpetu romántico... Pero merece la pena atesorar querencias que magnifican el corazón y alimentan el espíritu, porque los frugales intervalos de deleite efímero que esbozan colman los pozos desabastecidos del alma, y figuran impulsar a la humanidad con un empuje incondicionado, estallido de fuerza, de trascendencia, de excitación, de tenacidad. El destino al que nos abocan nos resulta esquivo, y es presumible que jamás se nos revelen los lejanos manantiales de su furor. Sólo nos queda entonces perseverar en el cultivo del sinnúmero de sueños que revolotean en la

atmósfera de nuestro ser, adiestrados por la libre belleza de la fantasía, hasta que todo se clausure...

Probablemente nos sintamos solos mientras erramos, sobrecogidos, por tan inmenso y transfinito universo, pero concitamos todos los sueños hoy imaginables y fraguamos otros nuevos, otras espadas capaces de romper la tajante y rígida frontera que nos separa del más grato de los paraísos, en cuya serenidad se expanden los sueños y se ajardinan los deseos. Conquistemos ese cielo, hermanos míos, pues allí reverdecemos nosotros mismos las dúctiles esferas que fertilizan el plano de lo posible...

Puede que no seamos nada, pero forjamos nosotros mismos lo factible, y propiciamos su entronización en el ámbito de lo efectivo. Aquí corusca la proeza que protagonizan los sueños, la hazaña de inaugurar un fenómeno objetivo, cuya transparencia acontece en el *hic et nunc* del decurso de los siglos, y subvierte ya la historia.

Tú, Leonardo, has captado el dilatado secreto de la sonrisa, espejo maleable que aúna simultáneamente lo falso y lo verdadero, el jugo de la franqueza más audaz y el fruto del más cauteloso disimulo. Tú has entendido, con inimitable perspicacia, que sus telas ocultan las solemnes rúbricas de un misterio insondable. Esa sonrisa mesurada y ese gozo contenido, esa discreción, esa elegancia, ese silencio mesiánico que declama las palabras más profundas de la vida..., resplandecen unitariamente en tu obra.

Cada faz difiere, y en ella se ha exteriorizado una huella única, por lo que brilla en todos nosotros, con incandescente bizarría, la luz esperanzadora que refrenda lo irrepetible. Celebremos, hermanos míos, un portento de extraordinarias resonancias: la maravilla de que cada semblante le pertenezca insustituiblemente a un individuo, y en todos nosotros llamee el rúnico arcano de la creatividad de una naturaleza despojada de fatigas; docto hechizo cuya virtud engendra formas nuevas, nunca antes vislumbradas por los ojos que tonifican las ventanas del espíritu.

Disfrutemos del prodigio inveterado que cristaliza en la fisonomía, balcón del alma: la posesión de una cara inconfundible, de una reminiscencia exclusiva, a cuyo aplomo le atañe una especificidad que ningún corazón escruta. Palpemos en este milagro otra prueba, otra profecía y otro cántico de que vivimos para contemplar la belleza que nos permea y circunda: para admirar con devoción los cielos y venerar con delectación la tierra, pues así formularemos interrogantes que ensanchen los confines de nuestro espíritu. No florece un cometido más alentador para

nuestra existencia que la tarea de fascinarnos ante un planeta tan augusto, vivaz y pintoresco, donde nadie se baña dos veces en una misma y remansada agua... Porque todo fluye, sí, ya se percató Heráclito de esta agilidad de emanaciones inconcusas, pero también todo permanece, ya lo advirtió Parménides, pues en los copiosos cauces de su discurrir prepondera una extensión idéntica, una luz trémula que se limita a describir círculos provistos de radios concéntricos: un don que sólo se transforma y nunca se destruye; una potencia que remite al vigor último encapsulado por la pregunta más subyugante a la que están llamados a servir los hombres, ¡y qué hermosa vocación amanece tras estas cimas níveas!

Ojalá el enigma impreso en cada perfil incomparable nos exhorte a reflexionar sobre el sacrosanto valor ínsito a toda persona, así como a meditar sobre nuestro papel irrenunciable en este cosmos grave, brumoso y gigantesco: la responsabilidad de asumir la voz, aun enronquecida, de un firmamento mudo que palpita sediento de palabras sonoras. Sí, intelectualicemos este mundo que nos acoge bajo su manto cálido y colorido: humanicemos el espacio entero.

DÍA VIGÉSIMO NOVENO

Hoy he buscado pintar una sonrisa tan vívida que transmitiera, al unísono, destellos de gozo embelesador y haces de amanerada sutileza, claridad y misterio, realidad y apariencia. Hoy he ansiado inmortalizar una sonrisa que sintetizase, con fidelidad, agudeza y refinamiento, todas las sonrisas desplegadas por el espíritu humano a través de la fragilidad ineluctable que envuelve nuestros rostros. Las almas sonrían por motivos tan diversos como la obligación, la felicidad, la hipocresía, la crasa e intonsa ignorancia... Algunas sonrían sin saber por qué, y a otras muchas que imploran hacerlo no les concede el cielo esta festiva gracia que desbroza la maleza de la angustia.

En la sonrisa cristaliza un espejo de la volatilidad, profusa y desconcertante, que desprende la amalgama de nuestros estados anímicos. Por ello he deseado dar figura a una sonrisa que pudiera brotar de cualquier sentimiento: una sonrisa universal. No sé si lo habré logrado, pero considero que en la alevosa sonrisa de la esposa de Giocondo he plasmado esa ambigüedad de tintes perifrásticos, esa insurrecta ambivalencia de impresiones vaporosas. No he pretendido confundir, ni congrega los ásperos vientos de la doblez o diseminar la cólera del desasosiego, sino ilustrar la furia, la agresividad despedida por las numerosas contradicciones que emboscan, encrespadas, la regia fortaleza sobre cuyas murallas de fervor se alza el trono de nuestro intelecto. Después de pintar esta sonrisa, tras constatar que de las flores de mi propio árbol ha germinado un don inundado de belleza y anegado de estabilidad, he de confesar que me he notado por fin complacido con una de mis obras. Me incomoda declararlo, porque en mí late un eterno inconformismo, una insatisfacción conturbadora que veta cualquier atisbo de envanecimiento, y cuyas aguas se deslizan por todos los ríos que humedecen la vastedad de mi alma. Sin embargo, hoy ha completado mi espíritu la meta ensoberbecida que se había propuesto en noches esperanzadas, y hoy pueden mis labios entonar, como Simeón, un “Nunc dimittis”. Sé que no habré alcanzado la perfección, porque sólo los dioses coronan su cúspide anhelada y descollante, y la sangre que emana mi corazón riega las venas de un simple y débil hombre, nacido del vientre de una mujer...; un individuo tantas veces dominado por la más intensa de las pasiones, pese a que las incontenibles alas de su alma suspiran por sobrevolar un cielo colmado de la más alta hermosura y, en un ejercicio de competencia temeraria y colosal, disputan a los dioses la imaginación más desmedida, así como ese sueño, acezante y nunca obliterado, cuyas declamaciones vislumbran la efigie de lo absoluto, noble y soberano. Mi

sombra rubrica la frustrante finitud que oscurece las ductilidades de mi ser, pero palpita en mí un impulso irresistible que me eleva hacia el Carmelo de lo sublime, hacia las cumbres de lo culminado. Me asemejo a un atlético discóbolo que codicia batir las marcas jalonadas por deidades todopoderosas...

Creo que nada de lo forjado por mi alma lánguida se acerca tanto a la plenitud como la sonrisa que acabo de pincelar. Desafío a los dioses a confeccionar una sonrisa más enigmática y, al mismo tiempo, más afín a la versatilidad que transpira de nuestras emociones: una sonrisa capaz de exceder los faros de integridad y belleza que mi cuerpo y mi espíritu han alumbrado a la luz pródiga de este amanecer.

Me hallo disgustado conmigo mismo por no haber concluido muchos de los diseños que comencé a delinear, y por no haber materializado el deslavazado tropel de empresas que proyecté en el seno de mi fantasía, siempre insumisa, umbrosa y melancólica, siempre desperdigada por mundos inaccesibles y campos sembrados de expectantes girasoles; pero después de pintar esta sonrisa, puede mi corazón descansar en verdores bañados de quietud, piedad y holgura, al menos por un instante, efímero, mas indeleble, en el que raya la aurora del regocijo. Por la lábil osatura de los dedos de mi feble mano ha transitado una voraz ambición de perfeccionamiento, toda ella investida de energía inusitada, concupiscente y virulenta. Su ímpetu sobredimensionado ha conferido forma a una sonrisa cuyos copiosos chorros de pujanza nítida rozan las fronteras de lo divino, recóndito y legendario. Por primera vez ha obedecido la temblorosa fuerza de mis brazos a mi mente confiada, y ha acariciado mi espíritu las irradiaciones de esa unidad secreta, tersa y nostálgica que con tanta entrega había perseguido en las arduas sendas del arte. Los alisados cabellos de Gioconda, la delicadeza purificadora que define los contornos faciales de su boca, la sensibilidad extasiada que transparenta la tierna blancura de su tez y la belleza insondable que inspiran sus níveos pómulos han acrisolado, con pulcritud, amor y limpidez, la más humana de las sonrisas. La luz que enardece sus colores me ciega, porque evoca en mí demasiada hermosura prohibida...

Hoy he procurado pintar una sonrisa laureada porque me entusiasma y gratifica la idea de cantarle a la vida con músicas que esparzan rosas de aplomo y dulzura, y si “si es posible, se debe hacer reír hasta a los muertos”. He identificado en el buen humor un camino privilegiado para desembarazarme de las obsesiones más acaparadoras y recurrentes que avasallan mi espíritu, y así degustar el cáliz de una libertad auténtica que serena las mareas del existir. La hilaridad fogosa

ante la vida y ante mí mismo me ayuda a recordar mi limitación, mi contingencia, mi carácter prescindible. Me río en soledad, y con frecuencia fabrico pensamientos que me divierten con fruición desbordada, para así relajarme y distraerme. Se trata de una actividad que aconsejo vivamente practicar a otras personas: reírse, reírse candorosamente, y, sobre todo, reírse de uno mismo. Sus frutos contribuyen a que nos entendamos como lo que en verdad somos: parte de un fascinante acertijo. Y al igual que sucede cuando descubrimos que la solución a un determinado rompecabezas entrañaba un menor grado de sofisticación que el inicialmente presagiado, intuyo que si conociéramos el desenlace de la ingeniosa trama en cuyos intrincados laberintos nos encontramos ahora perdidos, cuan aves que vagan por cielos nebulosos, nos reiríamos como nunca nadie lo ha hecho.

Emulemos a los espíritus que pueblan las sátiras ancestrales y riámonos de nosotros mismos, porque sólo así transformaremos, con osadía y elegancia, la civilización que hemos edificado desde antiguo, este mundo que tantas veces nos vemos tentados de concebir como incuestionable, como abúlico, como despojado de cualquier vestigio que exhale castas brisas de expresividad, alegría y juventud. Y ojalá aprendiera a reírme más de mí, porque ganaría en paz, inocencia y realismo...

SACRIFICIO

Leonardo, víctima propiciatoria de un sacrificio vicario, cuya cabeza luminosa y tonsurada porta, fuertemente ceñida, una corona trenzada de espinas de insólita fiereza; semiología desgarradora del calvario de tener que preguntar demasiado en vida; alegoría penitencial de suspirar por conocerlo todo, cuando nuestro único saber auténtico certifica la vastedad inderogable de esas nubes de ignorancia que siempre cubrirán nuestro corazón con sus vahos pavorosos y oscurecidos...

Leonardo, cordero degollado por los verdugos de la fantasía, cuya sangre derramada baña y vivifica las esperanzas de tantas almas bellas, al proceder de un mártir del espíritu, de un testigo supliciado en cruces invisibles, de quien lo inmoló todo por revelar las claves más arcanas que sellan los pórticos del espacio y cercan las colinas del tiempo... Y he aquí la salvación, néctar que no se halla ni en el terso cielo ni en la hermética tierra, y menos aún en el temido y deletéreo infierno, sino en el paraíso que custodia los lauros del amor y los estandartes de la ciencia. Su milagro ya se palpa tentativamente, como en un dulce ensayo, y las afables caricias de su luz no cesan nunca, porque su legado se prolonga por los siglos subsiguientes, como lote de nuestra heredad y antorcha tonificadora que nos guía hacia una meta ignota.

El genio, hermanos míos, no surge de la nada ni a la nada sucumbe: se yergue en medio de la inescrutable historia, y en él se compactan las apetencias más decorosas y aquilatadas que nos prodiga una época en su apogeo: la esencia de una edad dorada, cuya profundidad se plasma de manera eminente en una serie de individuos capaces de asumir, secuela de la fatalidad o regalo de la providencia, los problemas más complejos y las más exigentes demandas suscitadas por la algidez del momento en el que habitan, y consagran la fugacidad de su tránsito por el hogar del cosmos al desempeño de una tarea indeclinable. Una exhortación proficua los apremia a brindar respuesta a los proyectos ya incoados que reciben de auroras pretéritas, y a engendrar ellos mismos las inconfesadas ilusiones que dignificarán los astros del mañana, inmersos en el doloroso parto de las ideas innovadoras. Leonardo encarnó a un adalid señero de las promesas más enorgullecedoras que albergaron sus contemporáneos; no obstante, su corazón anduvo más allá, y soñó también con la luz y la hermosura ulteriores que habrían de codiciar sus sucesores en la palpitante carrera de la vida.

En el genio resplandece la sociedad, y en la sociedad se realiza o ahoga el genio. ¿No conlleva siempre su obra más sublime incompreensión, soledad y rechazo? Es inevitable que el genio peregrine enemistado con su mundo, y que el eco de sus lágrimas desconsoladas lo escuchen risueños

querubines en las esquinas del firmamento, pues su mente interpreta el espíritu de su era con un furor enardecido, y descifra la ductilidad de un lenguaje que lo inserta en las más dispares batallas emprendidas por nuestro linaje, contiendas que él mismo contribuye a transmutar, para dirigir todo esfuerzo hacia la exploración de territorios exóticos y aleccionadores.

Sí, en todo período moran los genios, porque le son intrínsecos a la humanidad misma, sumida en este encadenamiento inasible de centurias que nos gobierna. En sus espíritus cristaliza lo más elevado y sugestivo que dispensan un instante y un enclave. Mientras persista el tiempo y perdure el espacio, y una humanidad que se fascine bajo sus francos auspicios, germinará el glorioso árbol que cobija a los genios, para fortuna nuestra y tragedia suya...; pues de los hontanares de la genialidad sólo brotan adversidades desalmadas, un perpetuo ayuno y una suprema ascesis, una disponibilidad total para las aspiraciones que acendran la cultura, arquetipos que, por utópicos e inconmensurables, nunca se culminan en las vicisitudes del existir del hombre. Sus destellos prístinos sólo se atisban en la lontananza, pero su hálito constantemente reaparece en ese cielo legendario que vierte su lluvia sapiencial sobre los más prodigiosos intelectos, como haces espectrales, casi fantasmagóricos, que jamás se alejan de sus corazones ávidos.

No, Leonardo, los dioses no te han concedido esa gracia que reviste el alma con el sacramento de la paz, porque si en ti anidara el sosiego, la humanidad carecería del acervo de arte, de erudición y de admiración por sí misma que tu espíritu le inculca. De tus manos insondables sólo fluye creatividad: ¡qué limpidez y qué hermosura!, pues una dicción divina te ha susurrado el manso secreto del amor, de la belleza y de la sabiduría...

En tu insatisfacción yace nuestra felicidad, y de tu dedicación abnegada a la más solemne de las causas despunta un pundonor solemne y honesto que ensalza nuestra dicha. Y es así que de tu innumerable aflicción vivimos, y de tus noches veladoras a la tierna luz de una luna pernoctante que enceguece, súbitamente, las luciérnagas temblorosas, volcado en la redacción de esos diarios esclarecidos cuyo hechizo hoy albea ante nosotros, nos llegan ahora unos tesoros que nos enaltecen. De tu pasión precursora, Leonardo, emerge el manantial de la cultura, de cuyas aguas todos bebemos intempestivamente.

Mártir ungido, mártir intercesor por la humanidad, mártir por manifestar lo genuinamente humano; símbolo perenne de la victoria sobre la autoridad del tiempo, tras librar una colosal gigantomaquia con

potestades sacras e inveteradas...; embajador plenipotenciario de los mejores esmeros que cultiva, con un celo rayano en tabernáculos de devota entrega, el alma humana. Nos abandonaste hace ya mucho, Leonardo, pero cuando contemplamos el fruto de tu memorable pugna contra los límites del espíritu, nos descubrimos a nosotros mismos en el vidrio diáfano de su exactitud, armonía y elegancia, y la viveza de tus interrogantes reverbera también en el estanque de nuestra curiosidad indómita, acompañada por nenúfares en flor y carpas de escamas áureas. En ti nos vemos personificados, pues tu efigie condensa nuestros anhelos más hondos y prósperos.

El genio funde su ser con el de la humanidad, y se integra en la vanguardia que flanquea la lucha histórica por el entendimiento, por la justicia y por el amor. El jugo extraído de su angustia no es ya exclusivamente suyo, sino también nuestro, y él o ella se metamorfosea en un nosotros... Y así nos situamos, como escribió el poeta, en medio del camino de nuestra vida, que es la de todos, genios o no, pero siempre humanos, porque vivir implica compartir un mismo sol y pisar la irrevocable gravedad que sustenta un mismo suelo.

Tu destino, Leonardo, estriba en padecer febrilmente, en emocionarte más que toda la humanidad en su conjunto. Tu corazón ha de helarse al advertir la pluralidad de tribulaciones que fustiga esta bóveda titánica con los arrolladores flagelos de su látigo inmisericorde, para resucitar al calor de la bondad... Tus largas noches de insomnio se demudarán entonces en las serenatas más beatíficas que protagonice nuestra especie, y permaneceremos contigo, y nuestros labios fruncidos te insuflarán un aliento vital, la alegre brisa de un impulso que te impida ceder ante las sinuosas sombras del agotamiento. Tus sollozos serán los nuestros, y avivaremos así la augusta llama de la longanimidad en el espíritu del hombre. Al trabajar tú con ese amor, con esa delicadeza, con esa tenacidad, la humanidad reverdece, se reencuentra con su rostro prohibido y ennoblece sus más íntimas profecías; al perseverar tú despierto, soñamos sin cerrar los ojos, y reflejamos el contenido de nuestros bellos ensimismamientos en el misticismo que preside tus cuadernos.

Tú que sientes mucho y de modo muy intenso, Leonardo, ojalá percibas también la solidez de nuestro apoyo y de nuestras bendiciones, la imponderable expresión de cercanía que dimana de la humanidad entera, del alma sintónica de una estirpe que busca transmitirte sus energías más inefables, para que así no desfallezcas, ni renuncies a tu encomiable ambición.

¡Qué placidez inspiran tus noches en Florencia, bajo ese cielo suntuoso, moteado de deseos entusiastas que entronizan las horas más espléndidas otorgadas por un universo siempre inabordable! ¡Qué ricas en ansias de grandeza, pero de una magnificencia difundida, ya no perdida en esa banalidad ególatra que nos ciega ante las flamantes y virginales llamaradas de días candorosos!

Sueña desvelado, Leonardo, mientras la humanidad se afana en soñar dormida, porque la inmensidad que robustece los tallos escondidos de tu valor infunde un soplo galvánico, y sus exhalaciones generosas, saciadas de confianza y embargadas de optimismo, colman a esta familia desvaída que clama por virtudes ausentes... Necesitamos que el cáliz de cuanto medita tu espíritu bajo esta luna taciturna, espejo de las más gratas abstracciones que añora el alma del hombre, devenga en fuente y vehículo de sabiduría, en un fulgor magistral que nos extasíe durante los milenios venideros.

Imaginemos que todos fuéramos Leonardo, y todos nos reclináramos ante ese sobrio escritorio desde el que se divisan las honorables creaciones que adornan, coruscantes, la imperecedera ciudad de Florencia, y a lo lejos balbucieran las estrellas que entierran el crepúsculo en féretros de misterio... Evoquemos el sufrimiento de Leonardo, como si todos experimentásemos sensaciones convergentes, una voluntad análoga y purificadora de sabiduría, amor y hermosura como la que a él lo invade, cuyas gotas se ensartan suavemente, cuan rosas inmarcesibles de sedoso terciopelo, en sus venas tensionadas, para esculpir en él la faz de un verdadero genio, de un héroe despojado de cualquier vestigio de punzante cobardía, de quien no se amilana ante las dimensiones alcanzadas por los retos que ahora afronta su corazón, y para quien todo desafío, por minúsculo, merece un ofrecimiento sincero...

Figurémonos, en definitiva, que todos fuéramos todos, y nadie quedara rezagado en la solidaria senda que extiende los deshilachados lienzos de la vida, y los talentos más eximios que olean a los genios con su bálsamo de santidad se transformaran, por obra de un influjo seráfico, también en dones nuestros, y nuestros cuerpos trémulos se imbuyeran del brío inextinguible que destilan las amapolas angelicales de su frenesí, para que todos nos embarcáramos, al unísono, en la forja de una existencia bienaventurada.

Sumerjamos nuestro pensamiento, hermanos míos, en el delirio vesánico de que no hubiera muerte, y la humanidad avanzara como una sola alma de noche y de día, y ningún poder de este orbe desmedido

derrocara los sueños que vislumbra nuestro corazón, ni venciera la vibrante magia que perfuma con su aroma los prados de la poesía...

Sí, poco somos, o incluso nada, pero ya lo pregonaron las inmaculadas voces de los poetas: nuestra alma ampara todos los sueños del mundo...

DÍA TRIGÉSIMO

¿Cuándo alcanzaré la paz? ¿Cuándo acariciaré la piel aterciopelada de la satisfacción en una obra concreta, sin pretender siempre enmendarla con retoques inagotables, y sin suspirar por explorar horizontes nuevos, o por elucubrar sobre flamantes temáticas cuya recurrencia oprime mi imaginación, o por intuir ideas cautivadoras que vigoricen mi creatividad, o por plantearme interrogantes inusitados que estimulan mi fascinación, o por tratar de resolver una pléyade inacabable de misterios que me trascienden de modo insuperable?

Una extraña dicotomía fragmenta mi espíritu. Mientras que una de sus mitades se esmera en expandir la provincia de mis anhelos, la otra clama por enajenarse de todo querer para franquear, ya en el hoy, ya en los minutos conminatorios de este mediodía, los añorados pórticos que protegen una patria suspendida en cielos de claridad, descanso y mansedumbre, santamente desasida de tantas y tan intensas preocupaciones que ahora nos asedian sin clemencia o tregua pudorosa... ¿A quién le tributaré mi corazón, al afán o al sosiego? ¡Ojalá contemplase mi ser el espectáculo virtuoso, libre y cotidiano que nos abrumba con el don de su hermosura sin que mi alma se viera aturdida por torbellinos irrefrenables de cuestiones científicas, por enigmas cuyas respuestas yacerán en eternos lechos de ignorancia!

Esta vida ha devenido en un tormentoso sinvivir. Muchos confiesan envidiar mi curiosidad, mi tesón, mi perseverancia, mi insaciable amor por la belleza, mi empeño insepulto por entender, pero desconocen el sufrimiento interior que suscita en mí la tutela de esta luz de chorros inconmensurables... Soy rehén aciago de mí mismo, prisionero de mi propio deseo desbocado de acumular copiosos caudales de sabiduría, esclavo de mi ansia por desentrañar ese porqué que todo lo hilvana con la hermética espesura de sus redes. ¿Cuándo encontraré el equilibrio, la estabilidad y el reposo? ¿Qué mano misericordiosa atemperará el dolor que me inflige una espada cuyo filo trasiega mi espíritu con furias insólitas? Cuanto más añadido a mi vida, imbuido de la cándida convicción de que colmo mis apetencias desafortadas, con mayor perspicacia emerge, desde los abismos de mi alma hambrienta de lo inextinguible, un fondo aparentemente infinito, y no palpo el sagrado roce de esa quietud que también imploro. ¿Reside aquí mi fatalidad? ¿Se avivan en su infortunio las oscuras llamas que anuncian una condena decretada contra mí por jueces despiadados? ¿Se me ha privado del derecho a exponer alegato alguno? ¿Acaso no cabe absolucón que dispense de este suplicio a un

alma compungida? ¡Qué crueldad la del destino, que me subyuga con sus enérgicas cadenas, y sobre mí descarga su inquina más atroz, esa ira ensañada que azota mi intelecto con su látigo invisible para designarme como su más servil escudero! El espectro de la plenitud desata una cólera más temible que la de Medusa, cuyas pupilas petrificaban a quienes osasen observar su diabólico semblante...

Resulta incontestable: “donde hay más sensibilidad, más fuerte es el martirio”. Y a mí me fustiga salvajemente todo lo que me circunda. Una lluvia fiera se precipita sobre mí y me tortura sin compasión. Me estremece el padecimiento inenarrable que inunda el mundo. Caminar por las calles se ha convertido en germen de tribulaciones colosales. No dejo de presenciar un orbe demasiado defectuoso, cuya organización mejoraría enormemente si empleásemos los astros de la lógica: sí, el poder redentor que permea, suaviza y engrandece los poros de nuestra racionalidad; ese verde cuyas calurosas manifestaciones afloran con nitidez en la vastedad que nutre nuestro espíritu; esa chispa beatífica que habita en el corazón humano. Su lucidez contrasta con el despecho y las tinieblas de una historia inhóspita, en la que no cesan de perpetrarse las mismas locuras y perversidades, y en cuyo seno la barbarie y sus hordas impasibles aniquilan toda voluntad de instituir ese reino áureo que entronice la amistad y unja la concordia en sus más regios sitios. Los hombres, en vez de sobreponerse juntos a cualquier adversidad, se inclinan con contumacia a luchar entre sí, absurdamente impregnados de una mentalidad marcial que violenta, horrisona, todo propósito conciliador de hermanar almas hoy rotas.

Testimoniar cómo mis congéneres optan por avasallarse en lugar de profesarse respeto mutuo me aflige con una amargura indescriptible. Desgarra mi amor hacia mi estirpe, pero no puedo relatárselo a nadie... Nadie puede besar mi angustia. Nadie puede vivir por mí o ingresar en la ductilidad de mi espíritu. He construido un mundo del que sólo yo soy partícipe. Constituye una morada demasiado pequeña; su angostura me asfixia sin remedio, pero ¡oh paradoja!, porque me muestro reticente a abandonarla, a tolerar que bañe mi rostro la luz inmaculada que derraman los deleitosos heraldos del día. No, no me atrevo a escapar de este horado críptico de perforaciones íntimas y recónditas, pues el espacio que me aguarda se me antoja desolador, y provoca que todo fúlgido sueño palidezca en noches de mensajeros mudos...

Si surgiera un alma bella, aunque sólo fuera una, cuyo corazón de piedad asimilara lo que yo siento, esta emoción agria e inefable que me consterna con sus sombras ásperas, y compartiera conmigo el punzante

desconsuelo que produce resignarse, remiso, ante tantas realidades que deberían cambiar para que la vida adoptara formas más enaltecidas, y todos los hombres y mujeres agraciados con el regalo de la existencia ejercieran la dignidad que les pertenece como cimas de la creación, respiraría entonces aliviado, y se desvanecería una soledad injusta y profunda, un crepúsculo entristecedor que se cierne sobre mí con ecos insurrectos... Pero no descubro esa alma que irradie generosidad, y poseo un carácter excesivamente tímido y exageradamente dubitativo como para declamar mis pensamientos más sinceros y, en un acto de indiscreta pero valiente extroversión, comunicarle a la sociedad una creencia firme: sus naves han de desembarcar en puertos nuevos...

Bien sabe la ciencia que a ella le entrego el brío de mi entusiasmo, porque nada me otorga tanta paz y tanta felicidad como la búsqueda de soluciones a la cohorte de preguntas, a la vertiginosa espiral de incógnitas cuyo examen abordo con pasión y tallo con desvelo, pero mi situación ha llegado a un punto insostenible. No disfruto de la vida, ni siquiera de la belleza diáfana que exhalan paisajes teñidos de una tenue y sugerente melancolía, pues me basta divisar una cierta estructura integrada en la armoniosa esfera de la naturaleza para pensar, de inmediato, en imitar sus perfiles, y así sondear, como dócil ingeniero, sus posibles aplicaciones en el bosquejo de artilugios que propicien la coronación de una vida más placentera. Un análogo veneno me inoculan las volubles musas del arte: me extasían determinadas obras, pero al igual que a un reo no indultado, me encarcela una sensación de debilidad descomunal, ardua y atenazadora, como si albergase una noción tan elevada de la estética que ni los dioses rebasarían sus graves confines. Sin embargo, me aherroja también la conciencia de que nunca conseguiré trasplantar mis arquetipos al sonoro campo de la práctica, dadas las deficiencias ostensibles que crisan mis ojos y entorpecen mis brazos...

Pocos lo advierten: no se alza mayor desdicha para el espíritu que internarse en el más lejano pléroma, impulsado por la ligereza que bendice las ágiles y veleidosas alas de la imaginación, pero no lograr extrapolar la pulcritud oteada a una realización efectiva en esa superficie que temple las fútiles aspiraciones y el vano orgullo de la Tierra; que vislumbrar la idea más bella sin transformarla en un objeto tangible; que acrisolar en la mente lo supremo, y en el cuerpo el fragor que recapitula la incompletitud humana. Prendo el pincel, e instantáneamente me percato de mis límites infranqueables, de mi escasa prestancia, de ese distanciamiento agónico que me desvincula sin reparos de cualquier hábito de hermosura desprendido por los amables cielos de la excelencia. Me dispongo a vivificar los diseños concen tuosos que espolean mi cabeza con sus lumbres

delicadas, pero siempre traiciono, de manera inexorable, la pureza indómita del ideal que custodian los blancos faros de mi alma, pues nunca escalo hasta la cúspide, la gloria y la nobleza que evocan sus presagios.

¿Quién me niega consumir una convergencia absoluta entre la idea y la materia? ¿Por qué mi mente concibe lo sublime, pero la providencia no le ha concedido las facultades precisas para que lo lleve eficazmente a cabo? ¿Por qué esta lastimosa ruptura, este hiato tan abrupto, este purgatorio perenne instaurado en nuestra más honda esencia humana? ¿No sería preferible sacrificar el exótico obsequio que nos capacita para percibir lo divino, prístino e impecable, aquello que desborda la tibia luminosidad de los rayos solares con los agudos haces de su opalescencia, y así inmunizarnos contra la desilusión que produce nuestra flaqueza, nuestra impotencia inflexible para encarnar la magia que atisba el espíritu desde sus brillantes púlpitos de oro? Mi corazón titubea, náufrago en una mar extensa, vacilante y anegada de incertidumbres, pero tampoco he de soslayar una verdad patente, una lección incontrovertible: esta carencia que me conturba cincela una fuente reveladora. Sus aguas emanan irrestricta inspiración. Vencer mi fragilidad palmaria representa un reto de envergadura apoteósica. Me insta a no abdicar de mi trabajo, a no desistir de este ímpetu ingrato por inhalar el gozoso aroma que seduce a los dioses. Me fortifica una esperanza efusiva, audaz y fragante: nacerá, en algún mañana remoto, una consonancia total entre lo que la altivez de mi inteligencia considera culminado y lo que mis tardos dedos confeccionan. Quizás amanezca el resplandor de una hora desde cuyos tronos de coraje y fervor atesore mi alma legitimidad auténtica para insuflar el soplo de la vida a sus obras, ¡y ojalá advenga con prontitud!, pues sólo la más aquilatada de las bellezas, sólo una perfección descendida de cielos inescrutables, serenaría mi espíritu con el primor de su dulzura.

Si cada minúscula gota que navega por el torrente de nuestra sangre se transformase en efluvio redentor, y cada sacrificio que realizamos, por ínfimo, se convirtiera en un holocausto sincero ofrendado a la humanidad entera, ¡qué bella y distinta luz diseminaría el existir del hombre! Todos seríamos augures de nuestro común destino.

Si la facultad de bendición que exhiben las palabras, esa virtud de transmutar, nominalmente, el mal perpetrado en cálidos chorros de bienes efusivos, así como de esparcir esperanza a estos bosques atribulados y a estos valles pesarosos, se consagrara a exhortarnos a todos a concebir una tarea que entusiasmasse nuestros corazones, y fusionara nuestros espíritus en la búsqueda de una solidaridad creadora, ¡qué docta luz, bañada de apremio y encumbrada a delicadas cimas de hermosura, santificaría la inhóspita coyuntura de la vida humana en ese escenario añorado, si en verdad atisbásemos un don que nos confraternizase, un bálsamo de valentía que contribuyera a estrechar los lazos entre las almas de los hombres, ya despuntase en los lauros del conocimiento, en los pináculos de la estética o en los predios del amor!

Nuestra sangre liberadora se desliza desde la agilidad preluada en la palabra. De sus líricos soplos fluye el haz de nuestra energía suspirada. Bendigamos entonces las piedras áfonas y las plantas enmudecidas, e incluso las diminutas virutas de polvo y los irreductibles corpúsculos que estructuran la materia: ¡bendito sea todo!; y deambulemos sobre una mar de bendición, inmaculada y exótica, foco de lácteos y diáfanos resplandores; para flotar, como hijos del placer, junto a sus peces escamados, mientras nos mantenemos suspendidos en la fuerza rehabilitadora de la amistad...

El lenguaje más eximio otorga el elixir de la vida. Su hechizo nos confiere la posibilidad de que todo cuanto parece inocuo y desdeñable emerja como una realidad nueva, sólida y tonificadora. Centellea aquí el poder omnímodo que atesoran las dicciones deletreadas por nuestros labios, esas alhajas pulquérrimas que poseemos, pero que tanto y tan negligentemente denostamos. Sí, hermanos míos, perdonad mis prédicas incriminatorias, pero ¿no ha sembrado con frecuencia lo que pronunciamos y aplaudimos una semilla envilecida, de cuya reciedumbre no han germinado frutos decorosos, urbes prósperas e inundadas de alegría, sino ciudades impregnadas de tristeza?

Sí, etimológica fuente de vida es la palabra, ilimitado abrevadero de sorpresas y aljibe nunca desabastecido de sabiduría: manantial que derrama salvación, se aventuran a declamar los emisarios de mi alma, porque a ella acuden nuestras aspiraciones más vívidas y en su seno se fortalecen nuestros más frágiles consuelos; en ella se reconcilian los hermanos, y se

piensa en el futuro, y se recuerda un pasado que, al retrotraerse a la mente, al resonar en nuestro espíritu las reminiscencias de lo que ya fue y aconteció, devuelve la vida a heredades que se nos antojaban extinguidas en fieras hondonadas de nihilidad aniquiladora...

La palabra evoca los cielos, y precisamos de la pujanza que acentúa todo léxico, cuya sabiduría no se contente con interpretar el mundo, o incluso con cambiarlo, sino que ose cicatrizar nuestras heridas y sanar las llagas lacerantes de nuestra lástima: una voz atiplada, que exceda de todos los profetas prodigados por los tiempos arcaicos y por las eras modernas. Una expresión, en definitiva, que nos amnistíe de este dolor tan penoso, de esta sensación desgarradora, de esta cisura que clava en el corazón flechas y esquirlas envenenadas con unguentos de impotencia, ante un firmamento arropado por los escalofríos de inmensidades descarnadas teñidas de silencio: una luz que nos convenza de que en las dehesas del arte, en el círculo de la ciencia y en ese templo que rinde pleitesía a la bondad, un impulso arcano nos libera de la angustiosa finitud que hoy nos gobierna y ahoga en sonoros pozos de desasosiego...

Mediante el discurso, perfora nuestra alma esa luminiscencia de rayos sonrosados que imploraba el poeta en su lecho mortuario, para que no se anegue nuestro espíritu en una cavernosa lobreguez o se aherroje en grutas empapadas de vacío y encono. La palabra nos rescata de la soledad abisal que define el desierto de nuestro orbe, la amarga clausura de nuestro gozo; ese desamparo descomunal que sólo nos llena de compunción, y cuya intensidad rebasa la crudeza del abandono que palpan los peregrinos cuando, al caer la noche, acampan en calladas frondosidades, mientras lechuzas invisibles ululan en la oscuridad. Es incluso mayor que el sobrecogimiento de los espeleólogos al sumergirse en las profundidades de cuevas inabarcables y tenebrosas, con el único acompañamiento de estalactitas desafiantes y estalagmitas impertérritas, así como del sigilo revelador que rezuma en cauces subterráneos humidificados por la altivez de aguas sollozantes, riachuelos que logran percolar a través de rocas prístinas, porosas y resbaladizas; en la imponente solemnidad que vela por una naturaleza lúgubre, salpicada de neutralidad, enjutos los corazones de ese agobio que nada apaga, de esa tensión de agitaciones turbias infundida por la escucha de aullidos indiscernibles que murmuran en distancias retadoras...

La historia ansía redimirse, pero únicamente coronará esa blanca cima de pureza a lomos de la palabra, oral o escrita, porque sólo sus flores nos obsequian con el vislumbre de un horizonte refinado por ecos salvíficos. Y yo quisiera salvar a la humanidad, mas no puedo, y desearía que los cielos

me dispensaran de tantas desdichas, pero nadie viene en mi auxilio. Y desaforadamente grito, e impetro socorro a lo alto y a lo bajo; y vago por todos enclaves y asciendo a todas las cúspides; y surco atroces cordilleras que inflaman las piras del pavor; y leo pensativamente todos los libros y tributo mis oídos a todas las ideas, pero no encuentro a ese redentor, aunque muchos prometan enunciarme sus misivas recónditas. La luz que mejor refleja su rocío, en críptica cadencia de destellos virginales, comparece en el arte, corusca en la antorcha de la ciencia y fulgura en los faros de la compasión humana, pues no imagino una salvación que no nos exalte a todos, y cuya esencia no proyecte una inteligibilidad universal. Nada me exonerará de esta penuria luctuosa si no funde mi corazón con el alma de mis hermanos, ni creeré en ningún término mesiánico si no lo flanquea un mensaje regado de amor.

Una voz de augusta bendición acrisolaría el inicio de la redención más anhelada, el prolegómeno de esa plenitud que codicia todo espíritu. Sellaría el encaminamiento propedéutico hacia el paraíso anunciado desde auroras remotas, porque al experimentar la magia elipsoidal que brota de la palabra, brújula cristalina cuya transparencia transfiere la buena voluntad al mundo y apacigua toda alma bipartida, como si inyectara en nuestras venas un sedante infalible, sacralizamos lo aparentemente profano y humanizamos los rancios pedestales incensados bajo invocaciones adúlteras. Propiciamos entonces que los dioses desciendan al denso bullicio que aquilata esta tierra vulnerada. Hermanos míos: la salvación no requiere de doctrinas desabridas, de férreos preceptos y de dogmas severos, sino de vocablos inspiradores, vástagos de frescura y retoños de omnisciencia, cuyo ímpetu lexicográfico nos permita entender y amar.

En la palabra, los dioses nos han concedido un refugio de salvación, un noble remanso de paz. Y si nos subyuga, al galope de su furia arrolladora, la llorosa languidez del sinsentido que agujijonea el corazón de los hombres, o si la consternación ha medrado hasta semejantes gradaciones que preferimos, en necrófilo arrebató y en alarde de nihilismo mefistofélico, la muerte a la existencia, o vivimos sin vivir y morimos ya en vida, acudamos a ese oasis teleológico que custodian las palabras, al arte, a la ciencia y a los acogedores brazos de la humanidad: fascinémonos con el fenómeno de la comunicación, y dejémonos transportar por las suaves ondulaciones que describen sus ligeras y espumosas corrientes acuáticas, vaivenes jabonosos cuyos gráciles caracoleos conducirán nuestro espíritu, al abrigo de sus plácidas burbujas, hacia una mar venturosa glorificada por la más templada de las calmas, donde no surgirán convulsas tempestades ni encolerizadas olas que embistan, en su resaca indómita, contra la abnegación que preside las orillas, y en cuya serenidad nos

sostendrán los enhiestos pilares de la belleza, del conocimiento y del amor...

No os entristezcáis, hermanos míos. Por acrimoniosa que nos resulte la vida, y por endurecidos que se encuentren nuestros corazones derrengados, nos tenemos a nosotros mismos, y ahí brilla la Tierra y rutila la vastedad del cielo, y despide su luz el arte y dispersa sus dádivas la ciencia. Buceemos escoltados por los titanes del espíritu y asomémonos al claro que amanece cada día, pues acariciaremos una riqueza incalculable, que a todos recibe con deleite y a nadie rechaza, encrespada; un gentil proscenio de tintes beatíficos en cuya amplitud cabemos todos. Este reino no excluirá ni expatriará jamás a nadie.

Dicen que carecemos de paciencia suficiente para aguardar, sentados, un porvenir siempre esquivo, y aseguran que en esta deficiencia arraigan muchos de los males que nos afligen... Pero quizás se deba a que no podemos acomodarnos pasivamente y mirar, con docilidad disuasiva, unas paredes asépticas y unos techos sombríos y encalados, por cuyos adustos orificios no ingresa la belleza desprendida por pudorosas luces cenitales. Recostémonos con dulzura, y leamos con devoción a los grandes maestros que han descifrado las claves del espíritu y del corazón del hombre, e interiorizaremos, sin duda, una quietud tan benéfica como para permanecer sedentes toda la eternidad... El arte nos revive, nos multiplica como existentes y nos encarama, briosamente, a las ramas que bruñen el verde y dorado árbol de la vida. En el arte, en la ciencia y en el amor, no perecemos: nos sobreponemos a un final inexorable, pero incierto, y con vehemencia nos asimos a la insondable estela que trazan los apóstoles de la vida, como cisnes que exhalan cánticos armoniosos cuando otean la entrada en un mundo nuevo llamado muerte.

He aquí el principio de nuestra salvación, el albor de una edad flamante. Porque si hallar el cáliz de lo salvífico significa escapar del tormento que nos flagela con una finitud soturna y opresora, y superar unas contradicciones insufribles que atenazan el alma y le cortan, brusca y tortuosamente, la respiración con sus espadas aciagas, segadoras de nuestro ánimo vacilante y expropiadoras de nuestras alas desfallecidas, mientras divisamos un océano acendrado de maravillas mas proseguimos encadenados, aun con bramantes lazos de platino, a la angostura que fija el aquí y a la ofuscación que rige el ahora, incapaces de reflexionar más allá de nosotros mismos, urge entonces la eclosión de una luz que emita palabras demiúrgicas, de una lámpara que le restituya a nuestro espíritu el vuelo prohibido por los tiernos cielos de la clemencia ...

Volar..., en esto consiste la salvación: en elevarse, acrobáticamente, por encima de lo pasado, de lo presente y de lo futuro; en descubrir lo que es perdurable y no fenece; en encontrar un verbo enardecido por la belleza y la caridad, cuya pulcritud nos interpele en la inmensidad que encarnan estos impenetrables espacios siderales, y erija una morada infinita donde nadie se sienta extranjero.

¡Oh cruel fatalidad, que a ti nos arrojas para olvidarte infaustamente de nosotros! ¿Por qué nos has ofrecido un edén y un parnaso, si hemos de transitar por estos destierros y padecer estos castigos? ¿Por qué ha de marchitarse la flor de la vida? No tolero más silencio; no soporto más la indiferencia y el mutismo; no puedo sobrellevar la orfandad suprema que genera esta ausencia de respuestas, esta sequía de luz, porque mis clamores ya no esconden brisas perdidas de piedad y elogio, sino que en sus hálitos sólo transpira estremecimiento: tiembla mi alma y tartamudean mis pasiones ante los problemas insolubles que encapsulan su agonía, su trance, su purgatorio por sendas perladas de lágrimas. Por mucho que pregone las preguntas que me abruman y las vocifere hasta las esquinas del cosmos que nos circunda con sus inabordables bóvedas de misterio, ninguna alma bella se digna contestarme... ¿Por qué este interrogar incesante? ¿Por qué el “porqué”?

Que un espíritu magnánimo nos hable, y nos vivifique con su conmiseración, ignoro si un dios, un ángel o un ser humano, o una entidad que ni siquiera nos figuramos bajo este mediodía, pero que el son aflautado por alguna voz de hermosura reverbere en nuestras almas. Palabras, sí, palabras vigorizadoras necesita nuestro corazón...

DÍA TRIGÉSIMO PRIMERO

“La verdad es la única hija del tiempo”. No amanece la luz de la certeza despojada de las cadenas que impone, subsidiariamente, el tiempo, y la totalidad de nuestro saber se aprehende siempre en un momento específico, teñido de nostalgia e impregnado de delicuescencia. Conforme avanzan los inconcebibles siglos, nos vemos obligados a negar afirmaciones que los antiguos habían enunciado con convicción y profundidad. Sólo la matemática permanece, como lo constato cada día que me sumerjo en la cristalinidad de sus mares bajo la guía del admirable Luca Pacioli. De manera magistral, con una clarividencia reservada a los más egregios cultivadores de esta ciencia que fascina a todo espíritu enamorado de la verdad, su tratado De Divina Proportione expone los entresijos de las proposiciones inderogables que inflaman la llama de la aritmética y honran el altar de la geometría. ¡Qué gran gozo me ha procurado ilustrar este libro destinado a recorrer cielos eternos! Mi alma no cesa de extasiarse al contemplar el flujo de perfección y belleza que brota de la más divina de las proporciones, de ese número áureo inscrito en las formas más sublimes de la naturaleza, desde la espiral de algunas conchas marinas hasta la elegancia limpia, grácil y arrebatadora que permea la organización espacial de los pétalos de una rosa. ¿Cómo no plasmar yo, humilde discípulo del inagotable mundo, esa misma y docta armonía en mis obras, reflejo tímido de la sabiduría y la excelsitud del cosmos que me acoge? ¿Cómo no coincidir con Pitágoras y vislumbrar la magia de los números ubicuamente? ¿No resplandece en los reinos de la materia, la vida y el espíritu la fina luz de un orden matemático, de una constelación de equilibrio y medida que confiere al universo un aura cuya magnificencia no deja de apresar mis fantasías? Por ejemplo, estoy convencido de que en la mecánica se ha condensado un paraíso ameno y esbelto; por sus amplitudes revolotea libremente el lenguaje que delinean los sutiles dedos de las matemáticas...

Sin embargo, admitir que la verdad emerge como la unigénita del tiempo me desasosiega con viveza. ¿Pende acaso todo del desconcertante hilo de lo pasajero? ¿Destilan nuestros esfuerzos esterilidad, porque se dirigirán irrevocablemente a identificar aseveraciones parciales y contextualizadas, cuyos versos de luz marchitable se evaporarán como esclavos infaustos de una evanescencia que disipa, con rigor, con dureza, con frialdad, la luz prodigada por cada época?

Los hombres caminamos como rehenes sumisos de los inflexibles cánones del tiempo. Nuestros hábitos, nuestra vestimenta, cómo pincelamos cuadros bañados de los más bellos colores e incluso cómo nos embelesa un cielo imbuido de misterio constituyen aspectos estipulados, en gran e inextricable medida, por las distintas eras deparadas. No obstante, las personas construimos juntas el tiempo. Quizás la verdad represente un vástago engendrado por las pertinaces potencias de la cronología, pero un retoño que se desarrolla paulatinamente, para madurar con ese mismo y escalonado decurso diacrónico, y así desvelarle a la humanidad el secreto más inspirador que esconde el corazón del universo; un arcano cuya pulcritud se nos anticipa, aun someramente, en el carácter sempiterno que exhala la lógica y desprenden los manantiales invisibles de las matemáticas. Cada edad debe ostentar su propia evidencia, para que cada generación, cada etapa que borda el retablo de la humanidad, cada pueblo que despunta y fenece a la impenetrable luz que nos concede el Sol, estampe su rúbrica incontrovertible, la contundencia de su más emblemático corolario. Las profusas certidumbres han de cederse el testigo de la historia las unas a las otras para que se despliegue, con primor, el proceloso manto de la originalidad.

Cada período ha de captar la hondura acrisolada por una determinada verdad de cuantas esclarece el ingenio del hombre, porque sólo así logrará confiar en sí mismo, y profesar fe en haber conquistado la intelección plena, reconfortado por la alentadora conjetura de que la providencia le ha encomendado una misión inexcusable en el seno de este gigantesco planisferio, nunca exento de enigmas. Florecerán otros milenios, y otras civilizaciones, y otros modos de pensar, que no edifican sobre una tabla rasa ni empiezan desde cero, sino que se apoyan en aquellos pináculos que las centurias precedentes habían estimado como cúlmenes incontestables, para negarlos, sustituirlos o mejorarlos. He aquí la indomable dinámica que fertiliza los prados de la historia, la flagrante huella de la necesidad, la ceguera de un tiempo inexpugnable, cuyos ojos no se detienen a lamentar la caída de imperios otrora hegemónicos, ni a deplorar la muerte de inteligencias y corazones eminentes que otorgaron gloria a las artes, las letras y las ciencias... Expiran las personas, pero persiste la humanidad, pues los sujetos singulares deben vivir y morir. Esta irremediable ilación permite el advenimiento de otros espíritus fecundos, de almas vigorosas que insuflen aire fresco a las sucesivas décadas y expandan la epopeya de nuestro linaje. Subsistamos o desaparezcamos, lo que cuenta es el candor, es el aplomo, es la trascendencia de nuestro legado a la posteridad: la efusión de luces creativas cuyo furor surque el vasto océano que humedece el acervo de los siglos. No me inquieta que otras almas superen mi arte, y poco me preocupa que mis explicaciones

sobre los prolíficos fenómenos que sazonan el cosmos se demuestran erróneas: ineluctablemente arribará a este puerto un corazón capaz de entusiasmanos con una hermosura más sugestiva, y de venerar a nuestra estirpe con una piedad no parangonada hasta ese día elogioso, y de razonar mejor que yo sobre el porqué subyacente al lienzo que retrata una eclosión de formas cuyo celo transfigura, con tenacidad, devoción y exquisitez, la textura que hilvana la brumosa cualidad de nuestro mundo...

Cuando observa mi espíritu los exuberantes lazos que vinculan la tierra con los cielos, y una miscelánea abastecida de impresiones y afiligranada de destellos polifacéticos atrapa afablemente el ardor de mis sentidos, no renuncio a interrogarme: ¿qué somos? ¿Quizás una minúscula fracción gestada por esta naturaleza que nos desborda, pero también nos estremece y condena a aciagas celdas de abandono, o germina en nosotros una semilla filosófica cuyo cincel oculto talla los ecos de un cosmos dispar, de una esencia perdida que sólo se intuye en las criptas de nuestras almas trémulas, mas nunca se concreta en ningún contenido peculiar? ¿Acaso la infinita concatenación de causas que gobierna la naturaleza nos destrona de nuestro sitial áureo y nos usurpa nuestra unción divina? ¿Qué luz recóndita, moteada en focos intangibles, nutre esta multitud de seres diversificados y esta trabazón de prolijas asociaciones que traman los borrascosos senderos del existir? Yo alzaré mis ojos hasta donde lleguen las fronteras de la vida, y me internaré en todas las provincias que ensalcen el espíritu, y la tribulación de mis hermanos convergerá también con los feroces ríos de mi dolor, y verteré gotas intempestivas al unísono con una humanidad que llora, porque las aguas lacustres que derrama mi tristeza, y los torrentes huracanados que despiden lágrimas surgidas de un amor prístino, han de socavar montañas ciclópeas, y esculpir un valle de amistad por cuyos cauces flexuosos no se deslicen más ásperos y pálidos gemidos...

¿Qué apenumbra mi alma? ¿Qué desgarrar mi corazón? El porvenir de la humanidad, la fortuna de esta dinastía en cuyo frondoso árbol de hojas caducas oscila el cirio de mis pasiones, y a la que ansío transferir, en herencia, el mayor de mis tesoros, una riqueza infinita que rapta mi espíritu con suaves redes de terciopelo, mi más límpida piedra de topacio: el afán de amar y entender. Arquímedes falleció hace ya mucho, pero nos obsequió con innumerables hallazgos y con inventos eximios, y el artista pervive en el fruto más valioso que graba su trabajo, en los caudales imperecederos de su obra. Confieso, en cualquier caso, comprender muy poco, porque si bien resulta indisputable que algunos individuos perduran en la historia, y su nombre, preservado en los espléndidos templos del prestigio, descansa en la memoria resucitadora de la humanidad, se trata

siempre de una minoría exigua: incontables hombres y mujeres no disfrutarán de ninguna alabanza o evocación, ni en vida ni después de muertos. Vagarán por el colosal orbe como hijos del vacío...

Yo, embadurnado de un egoísmo que me seduce con incurable intensidad, y por cuyas llamaradas de voraz ingratitud mi conciencia todavía hoy me recrimina, como una imputación jamás saldada ante ese tribunal que dispensa el bálsamo inescrutable de la justicia suprema y absolutoria, suspiro por perpetuar una brisa aureolada que inmortalice mi reminiscencia. Sí, me desvivo por fraguar maravillas cuya majestad asombre a los mundos futuros y por revelar soluciones a cuestiones que fomenten el espíritu científico; pero muchos de mis semejantes no podrán nunca empeñarse en un objetivo similar, y sólo serán recordados por la agudeza que exacerbó sus penas... Espoleada por este remordimiento abrasivo, la ceñidura opresora de un sentir de violento suplicio me enreja, abofetea y maniata: se adjudica mi alma profanada, y se enseñorea de mi entero ser, ahora incautado. Este desconsuelo agrio, irreprimible y avasallador me impide marchar con el ritmo rotundo que creía exhibir en las anfractuosas sendas de la vida, pues no puedo peregrinar solo: mi corazón está hambriento de manos impávidas que se aferren a las suyas, y de brazos alongados, siempre dispuestos a envolverlo con céfiros de ternura... Asisto a tanta desolación, a un padecer tan ominoso, a horrendas cárceles de iniquidad que ofuscan el existir de incalculables hombres y mujeres... Por ello, mi complacencia se convierte inexorablemente en la más fugaz y censurable de las realidades, y no concitar en mi corazón el tónico de la misericordia sellaría una derrota intolerable, la más infame capitulación ante fatalidades atroces que no desisten de hostigarnos.

No alcanzaré la paz conmigo mismo mientras divise rostros, sangre y sudor que estigmatizan a una humanidad afligida, y temo que nunca coronaría la serenidad impetrada por las sedientas noches de mi alma en sus más bellas primaveras, ni jamás obtendría el regocijo que persigo... ¿Dónde la engolada vanidad, la jactancia, la fatuidad que desperdigan las potestades de este mundo? ¿Para qué el triunfo, si nos conduce a renegar de la humanidad, a postergar a nuestros congéneres al lóbrego oprobio del olvido?

¡Cuánta y cuán ruborosa ambición mortifica la pureza de esta tierra! Me inundan rayos atronadores, cantos de sirena que me ensordecen, orientados al dominio, no a la ayuda honesta. ¿Dónde se yergue el nuevo escenario prometido? ¿Dónde el hálito del arte, y dónde el amor humano? ¡Qué difícil se nos antoja alumbrar una luz victoriosamente

inconexa e inaugural, lo suficientemente intrépida como para desafiar lo ya consolidado; un sueño que conmueva y sacuda los cimientos que apuntalan esta historia, plagada de maldad y ensombrecida por tantas ilusiones conculcadas!

Ojalá todo espíritu descubriera su hogar primordial e invulnerable en la gran morada de la humanidad, patria nuestra, cuyas alas fraternales se abren infinitamente y protegen, en un alarde insólito de hospitalidad deífica, a todo corazón que en ellas se refugie, tras su follaje de esperanzas renacidas. Sí, se ofrecen siempre a cobijar, bajo la noble bóveda celeste, a cuantos se decidan a ser partícipes del milagro de la vida, y a interpretar, en la más elevada de las hermenéuticas, al resto no como los otros, sino como sus hermanos... ¡Qué radiante y presta luz de irreprochables fulgores enaltecería la efigie de una humanidad que jamás relegara, preterido, a ninguno de sus miembros; una humanidad para cuya alma nadie se eclipsara nunca en anonimatos adustos, y para la que ningún corazón enamorado de la bondad hubiera fracasado; una humanidad que se turbara por igual con todas las desgracias y se embarcara en el mayor de los júbilos con todas las alegrías diseminadas por la superficie de la Tierra!

Entre tanto, cuando deambule por las intrincadas calles de Florencia, o cuando otee, a través de mi ventana, la cálida y delicada brillantez que purpura en los lejanos púlpitos del horizonte, o cuando dialogue con quienes me rodean, mi vida expresará una angustia consumada, pues comprobaré que continuamos cautivos de espesas tinieblas de ignorancia en torno al porqué último de nuestras acciones, ya sea en la oscuridad que sotierra los vientos del crepúsculo o al abrigo de la luz que enfervoriza el día...

¡Yo añoro vida y permanencia! ¡Mi espíritu ha de extraer, de la más ínfima parcela de la naturaleza, el símbolo de la belleza eterna e inmarcesible! ¡Mi corazón exige que lo transitorio se demude en un don cuya copa me embriague y encandile inextinguiblemente! Sí, vida que nos asalta, asedio que nos fustiga, hostil e implacable cerco a nuestras almas...; vida que encapsula, en la fragilidad acompasada por su idea, esa luz que con tanta vehemencia codician acariciar nuestras manos y besar nuestros labios, para propiciar que toda la ruina y toda la melancolía esparcidas por nuestras andanzas seculares no hayan regado en balde la faz que tutela el mundo. Mi dicha ha expiado mi sufrimiento, pero yo he de deleitarme con los demás, porque mi esfera más íntima sólo crece cuando comparte su ansiedad y su solicitud con los gritos implorantes que profieren mis prójimos.

Y no amaina la sensación de que en mi interior se desata una euforia armada de pléyades de vivaces y acuciosos deseos, indefinidos, impetuosos, irresistibles. Fluye con hermosa independencia, procedente de una gruta mágica custodiada por ingentes y nebulosas cavidades, repleta de pequeñas vetas doradas y dulcificada por un filón de aguas hialinas. Su rumbo indómito compone, ininterrumpidamente, la materia esponjosa que moldea los débiles pilares de mi voluntad. Una avalancha de ampulosos mas indomesticables anhelos integra ahora mi alma. Su sustancia se transforma en planes que pugno por llevar a término, pero que nunca consigo completar, pues siempre me percató de las deficiencias inquebrantables que ratifican la hermética prohibición, promulgada por autoridades indolentes, de que mi espíritu culmine sus más tersos proyectos...

Quisiera rastrear su más genuina fuente, y por qué soy yo, y no otros hombres o mujeres que han dignificado mi tiempo, el portador de una fuerza tan anómala y vibrátil. No percibo que quienes me circundan se vean anegados en una hilera infinita de empresas eclécticas y simultáneas. Sin embargo, contra mí embate una auténtica marea irrestricta y enfurecida, un volcán encolerizado, con su cráter sumido en la erupción más altisonante: sus humos y lavas me zarandean con una agresividad enconosa e inusitada. Yo palpo cómo albergo una pretensión inamovible que busca propagarse a las más remotas esquinas sollozadas por el firmamento, y también advierto que una energía ignota me insta a comunicársela a la creación entera, para así desentrañarle las galerías inexploradas de la más inasible intimidad que salvaguarda el tabernáculo de mi ser. Mi soledad no puede asumir tanto sueño y tanta veleidad que no remite: precisa de un alma que se arrogue la responsabilidad de amparar dentro de sí, como faro y vigía, esta corriente ciclónica de apetitos superpuestos, este tornado insurrecto de emociones, imaginación y efervescencia. Sólo un corazón bello, valiente y generoso me exorcizaría del agobio, de tintes demoníacos, que me inflige esta perenne insatisfacción, este amor adúltero, esta avaricia que me carcome compulsivamente, esta espiral de ansias pecaminosas que me laceran sin clemencia.... Quizás una naturaleza siempre impredecible me haya castigado o bendecido a mí a cargar, sin auxilio o indulto, con el gravamen intransmisible de una legión iracunda, henchida de empresas vertiginosas y de un enjambre saturado de propósitos bravíos. Sus huestes me embisten belicosamente, y se abalanzan sobre mi espíritu con la aguerrida fiereza de un león de Nemea. No cabe losa más ardua que esta abusiva servidumbre. Con onerosa crueldad, sus golpes percuten nuestra alma fatigada, porque las voces de su impaciencia viajan delante de nosotros mismos, y difícilmente las controlamos...

La historia de la humanidad trenza una metáfora tejida de conspicuas intenciones privadas de cumplimiento, un relato urdido de delirios frustrados que se repiten, inconclusos, y sólo se sacian en su parcialidad más desafecta. Y yo encarno una aspiración infinita y nunca colmada, cuya pulsión no brinda la amable fragancia de la paz, sino la más copiosa avidez de conocimiento.

En nada desmerece tu figura, Leonardo, por haber claudicado, como el más dulce rehén, ante el ansia de universalidad omnicomprendiva. Tú has suspirado por conocerlo todo desde la luminosa perspectiva de una unidad trascendente. Desde su inocencia reveladora las diferencias que escinden las partes se juzgan como discrepancias meramente provisionales, como divisiones que nos vemos obligados a elaborar artificialmente y a causa de un imperativo inveterado, mas cuyo núcleo en realidad apunta a una convergencia plena, clarividente y vislumbrada en el ópalo de ese futuro que todos añoramos.

Acariciar la más alta sabiduría que implora el alma humana exige apreciar la importancia de los detalles menos conspicuos; nos insta a declamar la fuerza que atesora lo pequeño, periférico y accesorio, ese elenco de adminículos aparentemente vacuos, irrisorios y anecdóticos, pero esenciales para edificar lo magno y arrobador. Debemos prestar atención a las minucias sorprendidas, cuyos adarnes y suplementos apendiculares no tienen por qué consistir en aditamentos residuales que decoren el cuerpo sustancial con sus bisuterías intelectuales, sino en objetos insoslayables que demandan un estudio disciplinado, de cuyo rigor no cabe prescindencia alguna. Sólo así avanzará con solemnidad la ciencia, esa grandiosa contextura entretejida de conceptos, ese glorioso tapiz urdido de experiencias, y las artes dispondrán de lenguajes nuevos y más perfeccionados para expresar el catálogo donde se acrisolan los más hondos, exhaustivos y polisémicos sentimientos que el corazón del hombre pugna por transmitir desde los inspiradores púlpitos de la estética.

Sin embargo, no olvidemos nunca que la mente posee legitimidad para dirigir la vista más allá de los pormenores inagotables, de los matices ilimitados y de las filigranas inasibles, pues le es lícita la propensión a una totalidad inexcusable y jamás parcelada: el descubrimiento de las propiedades que añade la coalescencia, la integración, sobre el aislamiento selectivo de las múltiples porciones injertadas. Percibir el sagrado arco iris del todo, hermanos míos, evoca esa energía hermética, ese poderío mayestático impreso por la briosa solidez del armazón que engarza la pujanza del sistema, del entramado de sutilezas microscópicas que lo eleva sobre la reclusión del individuo en solitarios retiros de nostalgia...

Un rayo de génesis indescifrable deslumbra, con su radiante luz, el alma de Leonardo. Su ardor le impide resistir una tendencia que embriaga impulsivamente sus aspiraciones más nobles, y su aroma permea todos los orificios de su espíritu: la de captar el todo no como una simple suma o enfardelada aglomeración de farragosas fracciones secamente yuxtapuestas, de pedazos desarticulados, de mónadas inanemente enumeradas, cual

infecundos filamentos que retazan un manto deshilachado, sino como una dimensión nueva y vertebradora que emerge, sí, sobre la base de un rosario de fragmentos intercalados, pero cuyo germen se constituye en una entidad superior, melodiosa y cohesionada. Tan estilizada esquematización no es susceptible de examinarse exclusivamente como la rala, asimétrica y trabada superposición de átomos disgregados o de moléculas desligadas; responde, por el contrario, a otra categoría sondeada, a un flamante y sugestivo prisma que inaugura un cariz distinto en los vastos cielos del espíritu.

En Leonardo refulge el genio, y por ello su alma se encuentra absorbida vigorosamente, tan arrebatada como los corazones de los místicos en sus claustros de amor puro. Un ataque súbito e incurable de fascinación aprisiona sus pesarosos deseos: es la magia, es el embrujo que exhalan los ángeles de la generalidad compendiadora, de ese vibrante nexo que entrelaza todo cuanto hierve en las concatenaciones de su mutua imbricación. Su entendimiento se halla intoxicado por un veneno ignoto, pero indescriptiblemente placentero, cuya ponzoña le ha inoculado la certidumbre de que el componente singular ya no se dilucida por sí mismo, desgajado y descontextualizado en grises campos de abandono, pues ahora desbroza una esfera dispar de intelección gnoseológica. Surge la necesidad de ubicarse en un nuevo ángulo, para así triunfar sobre la insanable estrechez que aherroja nuestras lentes ensombrecidas y desventuradas. Para Leonardo, ya no subsisten dísticos bicéfalos, hemisferios inestables o bífidos hemistiquios: sólo brilla unidad, sólo florece coherencia, sólo despunta cálida armonía.

Se ha avivado un fuego inextinguible. Se ha encendido una luz invulnerable, un cirio pascual que ninguna potencia de este mundo logra apagar con sus espurios sortilegios. Ya no es posible esconder los vínculos que resuenan apasionadamente en los dominios de la naturaleza y en el reino del espíritu. Desde ahora, todo énfasis clasificatorio, toda indagación que cribe por la vía de la separación taxonómica, de la vivisección entomológica en fatigosas bifurcaciones y jerarquías porfirianas, palidecerá inexorablemente ante el acucioso primor de una llamada que nos conmina a ceder a un enfoque sintético, a subrogar cualquier tentativa analítica en beneficio de una impostergable aproximación unitaria, apta para manifestar la docta ligazón propiciatoria de que todo prospere en inocultable solidaridad con todo. Quizás aprendamos, finalmente, que al abrir las prolijas páginas que vivifican un humilde libro reverbera el orbe entero...

Se trata de un esfuerzo prometeico, que ni siquiera Leonardo es capaz de acometer solo, pero a través de este denuedo admirable se

instituye una empresa sempiterna: el desafío más apremiante que el destino nos ha encomendado como humanidad. Sí, hermanos míos, deidades incognoscibles nos han otorgado una tarea urgente, prístina y expiatoria: la incitación a asimilarlo todo recapitulado, embellecido y reconciliado con todo, allende la disección de los elementos que sustentan el cosmos y nutren las versátiles raíces de la vida. Hemos de escrutarlo todo desde todo, y hasta ese amanecer no descansaremos, ni los dioses nos acogerán en la sede presidida por las musas de la paz y los apóstoles del sosiego. Se nos antoja difícil, un designio casi inasequible, pero se alzan milenios por delante... La complejidad de este trabajo encarna un horizonte verdaderamente suntuoso, así que ya no existe motivo de angustia o de abulia que nos atribule en las celosas noches de este firmamento mudo, pues queda mucho por hacer para coronar la lejana cúspide de la completitud. Hemos de ponernos manos a la obra de inmediato, si buscamos alcanzar, antes de que haya concluido el tiempo reservado a los hombres, una contestación a esa pregunta que, desde los remotos albores de la razón, nuestros ancestros les han formulado al árbol de la totalidad y al sinnúmero de ramas que su verdor engloba. Sus frutos áureos derramarán una recompensa que lauree nuestro desvelo, pues sólo su néctar prohibido remunerará nuestras esperanzas más profundas.

Leonardo, nadie como tú ha interiorizado, con esa intensidad y esa perspicacia, la acendrada convicción de que todo late en todo, sin que preponderen taifas enfrentadas ni en el suelo que fermenta la naturaleza ni en el aire que expande las suaves alas del espíritu. Esta fe tan firme en la unidad ha rubricado tu más inmortal épica y ha sellado tu tragedia más aciaga. Su fervor ha cincelado la bruñida fuente de tu entusiasmo más industrial, pero sus aguas también han desprendido un sufrimiento no aliviado. A tu corazón han llegado los más arduos deseos que abriga el alma del hombre. Tu voluntad ha condensado nuestra ambición imperecedera. El espejo de tu afán insaciable de conocimiento y universalidad ha reflejado un anhelo que nos confraterniza a todos. ¡En ti ha resplandecido el rostro de lo humano!

Gracias sinceras, Leonardo, por haber personificado un ideal perenne: habitar en la morada de la humanidad para identificar el sentido último que todo lo conecta. Aunque nos esclavice, inmisericorde, la conciencia vívida de que ese significado tan evasivo probablemente nos resulte inaccesible, y no se discierna manera humana de desentrañar las enervantes claves de su secreto recóndito, vale la pena vagar por esta tierra de misterios y contemplar este cielo azulado, con tal de albergar un sueño de proporciones divinas.

DÍA TRIGÉSIMO SEGUNDO

“La parte exhibe siempre la tendencia a reunirse con el todo, para así escapar de su imperfección”. Bajo cielos inmensos y subyugantes, todo lo contemplo como parte solidificada en un todo, y me siento incapaz de dividir, de desmembrar el sistema en sus constituyentes íntimos. Cada vez se me antoja más ardua y desasosegante la observación del mundo, porque me basta otear cualquier provincia que riegue el cosmos con su luz, incluso la más ínfima manifestación de la naturaleza, para percibir unidad, primor, las pulcras irisaciones de su soberanía, de su fortaleza y su concordia, más allá de cualquier hipotética diferenciación. Intuyo que todo comparece en todo, y atisbo el todo en mí, y a mí mismo integrado en un todo que me sobrecoge por su magnificencia.

Yo he de comunicar esta sinergia, este solapamiento de todo con todo, esta imbricación ecuménica que experimentan los anhelantes ojos de mi alma. Me hallo en la obligación de expresar la hermosa y profunda convergencia que detecto, aun sin proponérmelo, en todo cuanto investigo con una pasión honesta y un interés insumiso. ¡Mis congéneres deben erigirse en testigos preclaros, en partícipes jubilosos de este frenesí explosivo cuyas irradiaciones de vigor e inocencia no cesan de maravillarme con su ternura enaltecedora!

La humanidad ha de perdonarme por no haber vencido mi propia y enérgica obstinación, por no haber extinguido el fuego de ese fervor indoblegable que me ha exhortado a concatenar lo divergente, preso de afanes indómitos, en lugar de inducirme a desglosar, a diseccionar el tejido que hilvana la colorida textura del firmamento, para así desgranarlo con meticulosidad, paciencia y esmero. Si en vez de sucumbir, cautivado por su espléndida y vibrante dulzura, ante el entusiasmo que en mí suscita la confluencia universal de todo con todo, hubiese dispuesto mi curiosidad al servicio del análisis lento, cabal y metódico del lienzo que nos imbuje y rodea, quizás hubiera protagonizado avances más robustos en las sendas que conducen al templo de la belleza y al parnaso de la sabiduría. De haberme comprometido fielmente con esta óptica, me habría acercado a los variados campos que fertilizan los alegres bosques del conocimiento revestido de un espíritu bien distinto, y no habría deseado descubrir la razón última que lo vincula todo con todo en inderogable reciprocidad. No habría implorado que mis dedos acariciasen la corona del ser y el blasón de la vida, ni los mecanismos precisos cuyas leyes ocasionan que todo responda a todo bajo esta bóveda masiva, estremecedora y sollozante, sino que me habría conformado con dilucidar las relaciones específicas que

gobiernan determinados fenómenos y rigen ciertos acontecimientos. Sin embargo, una obsesión avara, efusiva y encandiladora por la totalidad me ha debelado desde sus intangibles tronos de fiereza, y ha gestado el clamor flamígero que recopila la intensidad de mi tragedia. Admito, eso sí, que sus leales mensajeros han forjado también el más copioso manantial de inspiración para las ansias primordiales que impulsan las alas de mi espíritu...

Muchos considerarán altivo y pretencioso a quien ostente estas ambiciones ancladas en paraísos recónditos, como si se encontrara cegado por su presuntuosidad, por su irredenta ufanía, pero ¡bienvenida sea la soberbia, si propicia que florezca, refulgente, el árbol luminoso que custodia el tesoro más hondo del arte y ampara el legado imperecedero de la ciencia!

De haber representado la realidad en mi entendimiento como una amalgama impregnada de emanaciones inabarcables, como una mezcolanza plagada de átomos anárquicos, oscuros y desperdigados, como una conexión azarosa, incoherente y empequeñecida de elementos dispersos, mi corazón no habría palpado esa llamada tan acuciante, ese arrebató vocacional ineludible que me ha invitado a explorar la luz y la mística cuyas doradas chispas de misterio bendicen la amplitud del mundo: los destellos sagrados de sabiduría que permean esta sorda vastedad, este silencio desconsolado que nos envuelve, dueños de un ardor arcano, evocador y devoto. ¡Oh universo! ¡Oh palabra eterna que todo lo escrutas! Al concebir el hechizo más emotivo que despliegan los poderes de la naturaleza como un todo bañado de armonía, pujanza y congruencia, coordinado desde la perspectiva de una síntesis magistral de lo disonante en lo unitario, mi alma ha conquistado un gozo inigualable. A lomos de este vislumbre, ella y yo nos hemos embriagado de la hermosura, piadosa y celestial, que transmiten sus más delicados efluvios, fragancia que no procede de sus dúctiles fracciones sondeadas aisladamente, sino del sistema que vertebra el orbe unificado e inconsútil, carente de flecos entorpecedores y libre de fisuras agónicas, en cuya pureza todo repercute en todo, desde lo más diminuto hasta lo más portentoso.

Este mundo no está hecho para ti, Leonardo. Eres un ángel demasiado puro para el universo, una criatura de bondad que sólo habitaría en los cielos de la inocencia. Tú razones con una mente iluminada por el corazón, y blandes la empuñadura de la magnanimidad. Toda belleza naufraga ante el ardor de tus ojos, y en el crisol benéfico de tu espíritu, inteligencia y sentimiento convergen para augurar una humanidad redimida, reconciliada, hermanada, cuando en la historia prima el apetito incorregible de potestad y de sometimiento. En sus tajantes escarpaduras predominan la desolación, la angustia, las humillantes derrotas del amor...: la opresión ejercida por unas almas sobre otras, antepuesta a la voluntad de entablar un diálogo bañado de sinceridad y bendecido con la luz de la tolerancia.

¡Cuántas veces no se habrá compungido el corazón del hombre por remordimientos similares! Pero qué poco hemos aprendido del vertiginoso ritmo que entierra los siglos en tumbas invisibles, porque ni siquiera después de venerar la abnegada maravilla de tus cuadros hemos logrado que su belleza, llamada a estremecer el espíritu y forjada por tus manos de pureza en el apogeo que laureó las noches y los días del Renacimiento, nos inspire un anhelo imperecedero de comprensión y de armonía...

Yace en nosotros, frecuentemente sepultada en el más luctuoso de los túmulos, la noción diáfana de la solidaridad, en cuyo seno las luchas se libran en el feraz ámbito del espíritu, y sólo cobran valor si nos conducen a un escenario que nos exhorte a conquistar las álgidas cimas de la concordia y de la beatitud. Un propósito tan saludable como el que traspasa nuestro ser habría de orientar, a modo de astro pródigo, la entera existencia de nuestra estirpe en su rumbo azaroso hacia islas desconocidas, pues no cabe clamar por ninguna luz dotada de mayor universalidad y perfección, por ningún don que nos obsequie con una felicidad más prístina, honesta y embriagadora. Pero en virtud de una potencia insurrecta y enigmática, constantemente nos rendimos ante la violencia y sus más infaustos desenlaces. Su ruindad corroe nuestra alma, cuan convólvulo insaciable: nos impide divisar juntos el alba inmaculada, veta que disfrutemos del Sol y de la Luna y prohíbe que consagremos nuestros días a la urgente e indeclinable tarea de entendernos los unos a los otros, para que la afable luz de la compasión nos transfigure con el fervoroso hechizo de su suavidad...

Sin embargo, nuestro orgullo adolece de gran vulnerabilidad, y nuestro ensimismamiento también capitula ante la ternura pujante que exhalan los lamentos del hombre. Si tomáramos conciencia de cada inalienable sufrimiento, de cada agravio no sanado, de cada amargura desamparadora que ha experimentado la humanidad a lo largo de tantos milenios, de tanto esfuerzo silenciado, de tanto y tan vagaroso recorrido por

tiempos y espacios, la conjeturada infinitud de nuestro espíritu sucumbiría, desbordada, ante la letal intensidad que nos infligen las flechas de la tragedia, y el inagotable poder del intelecto, magia que desencadena pulcras ufanías de deleite en el hogar de nuestro corazón, se mostraría incapaz de asimilar tanto drama, tanta desdicha, tanto desamor.

Difícilmente consigue nuestra alma asumir, en toda su crudeza, un solo episodio inficionado por una injusticia flagrante y desgarradora, pues palpa una inconsolable desmesura de dolor, y percibe cómo se ausentan las irisaciones de esa luz que rubrica el pináculo donde cristalizan nuestros ideales más alabados y nuestras más hondas deprecaciones. En ese preciso instante, sólo desea que se detenga el altivo discurrir que dilata las fronteras de la historia y cesen, aun fugazmente, nuestras opacas ambiciones y voluptuosidades, para que nuestras súplicas instauren un reino gobernado por la verdad sonora, detrás de cuyos hercúleos muros únicamente triunfen los apóstoles de la gentileza, la probidad y el honor. Implora entonces que se disipe de la tierra todo atisbo que evoque iniquidad, y prepondere, en exclusiva, el fulgor incontenible de una ley moral que, en la singularidad irreductible densificada en ese momento, se concibe como una promulgación de proyecciones auténticamente ecuménicas, ajena a toda disputa sobre la naturaleza de nuestros actos y a todo desacuerdo sobre la desconcertante diversidad de los juicios éticos del hombre.

Esparce tanta y tan bella fuerza esa conmiseración que se alza, impávida, cuando contemplamos cómo las tupidas tinieblas de la injusticia se ciernen sobre nuestros semejantes, cómo atribulan sus cuerpos con pavorosos flagelos de consternación, que se evade del alma toda atadura avasalladora a ese mástil decadente, a ese tronco que enarbola la bandera de nuestros intereses individuales, y se apaga, aun en breves interludios, la llama voraz que difunde las sombras tentadoras del egoísmo, de esas pulsiones que sólo reflejan un amor incestuoso hacia nosotros mismos. La sangre de suplicios preteridos mana a borbotones a través de las heridas abiertas en el corazón de la humanidad, y entronizamos, en el recóndito sitial que preside nuestro espíritu, un ansia irreprimible de olorosos cálices de fraternidad, de padecimiento ante la desventura que percute a tantos afligidos cuyas almas deambulan por los caminos de la historia. Materializar la lejana utopía de la justicia se convierte así en nuestro afán más profundo y vibrante, y el imperio de los sueños desciende por fin a la anchurosa superficie que satina este orbe lánguido. Nuestro rostro admira entonces el más imponderable de los prodigios y degusta cálidos presagios de plenitud: en ese lapso efímero, en ese interregno innominado, la alegre y añorada meta que glorificaran los más doctos filósofos y exaltarán los poetas más eximios no requiere ya del encanto que propagan las lágrimas

del arte o de la belleza que dora los claros de la reflexión, pues se ha asentado, de forma manifiesta, en la fragilidad de nuestra alma...

Triste se nos antoja, en cualquier caso, que para producirse un milagro tan egregio, para encender en el corazón del hombre el fuego de un amor incondicionado, hayamos de presenciar cómo el más lacerante de los tormentos enceguece la faz que unge al prójimo con sus óleos crismados de misterio... Y no menos desazonador resulta que esos torrentes miríficos, esos ríos colmados de clemencia que brotan, como nutridos por rayos seráficos, en la intimidad y en el símbolo de nuestro espíritu tenaz, enseguida desemboquen en océanos regados de indiferencia, y esa efusión de amor, esa luz encapsulada en la pasión que habíamos albergado en los tardos crepúsculos de nuestra fantasía, fenezca de manera súbita, vaporosa y nostálgica. Nuestros corazones regresan entonces a la más ardua e impía realidad, y un planeta poco hospitalario cosifica el terso haz de nuestra esperanza, porque el hombre fácilmente claudica ante la agresividad del olvido...

Las elásticas ilusiones que enlosan nuestra imaginación y aletean, con la dócil hermosura de serenas flores de loto, en el cielo de nuestra interioridad, ¿no nos brindan el más delicioso de los néctares? Por tanto, no debemos resignarnos a abandonar una aspiración que exige cumplimiento: la de una humanidad que encuentre la paz y el sentido mientras bucea libremente en los mares que acogen el amor, la belleza y la sabiduría; una dinastía que corone esas cumbres níveas en cuyas cúspides de mansa franqueza corusca la rosa inmarcesible de la justicia. Abdicaríamos de la pertinaz estela de nuestro destino si desistiésemos de una empresa: la de gestar, aun en la más inasible esfera de nuestro pensamiento, la ductilidad de un cosmos que exulte en nubes de paz y nos vivifique con la savia de su justicia. ¡Hermanos míos!, una voz oculta nos acucia a edificar una morada digna del hombre, donde toda la hermosura del cielo se vuelque en pequeños vasos de barro. Ojalá esculpa ya hoy nuestro desvelo las estatuas que tutelen esta urbe santa cuyas almas briosas enjuguen todo llanto y mitiguen toda pena, y tallemos su templo de blanca luz perenne con la perseverancia que nos ha apremiado a erigir las ciudades más grandiosas y a componer las obras maestras de las cien artes.

Ignoro qué nos enseña el veloz tránsito que disuelve toda década en desiertos, peregrinaciones y espejismos, si es que revela alguna evidencia cuya validez reverbere por doquier, más allá de los avatares prodigados por esta hilera indómita de centurias delicuescentes. Mi corazón navega por aguas de desasosiego cuando trata de dilucidar si es factible extraer, del raudo avance de los días, una lección adecuada para todos, un significado

apto para otorgarnos, derramado por sus sabios destellos, una luz cuyo copioso resplandor nos ilustre sobre todos los pormenores que ha de entrañar la pertenencia a nuestro antiguo y místico linaje... Pero nada confuta una certeza fundamental, indubitable y vigorosa: la ubicuidad del futuro. La historia siempre ofrece un porvenir, y mientras perdure el tiempo deparado a la humanidad por autoridades inescrutables, y permanezcamos en este enclave remoto agudizado en la vastedad del firmamento, dispondremos de un mañana nuevo, de un amanecer profético, de una aurora anaranjada que nos permita enmendar los infortunios heredados de un pasado inhóspito.

Entusiasmémonos, por tanto, con los vislumbres de un futuro tonificado por el dulce aroma de la paz, porque siempre despuntará la luz de un futuro...

DÍA TRIGÉSIMO TERCERO

¿Por qué tanta maldad? ¿Por qué tanta y tan estólida violencia diseminada por la faz del mundo? ¿Por qué tanto grito angustiado ante el dolor que nos infligimos los unos a los otros, cuya intensidad rebasa, y con creces, el alcance y la amargura del sufrimiento que la naturaleza nos impone desde sus cánones severos? ¿Cuándo concluirá esta sinrazón, esta locura lucífuga, estos estragos que nos condenan, como humanidad, a sumirnos en enfrentamientos interminables, ya se prolonguen en contiendas de magnitudes colosales o se enquisten en un sinfín de refriegas y escaramuzas que diezman, con su acometividad incesante, nuestras ilusiones? ¿Qué pretendemos, después de todo? ¿Prosperidad, decoro, honor? ¿No obtendríamos esta pléyade bordada de dones y acariciaríamos rosas aún más fragantes si, en lugar de luchar, camináramos juntos y confraternizados hacia extensos predios que celebren los castos presagios del futuro? ¿No sería más inteligente y fructífero que cooperásemos, como diestros colaboradores, en vez de destruirnos mutuamente? ¿Cómo es posible que edifiquemos enhiestas catedrales que conmueven nuestro fervor, monumentos de piedad cuya alabada luz emula las cumbres más sublimes fraguadas por los dioses, y simultáneamente nos enzarcemos en toda clase de hostilidades, de turbulencias, de visceralidades que carcomen la pureza de nuestra alma? ¿Por qué se hunde nuestro espíritu en díscolas conflagraciones y en ciénagas repletas de litigios levantiscos, encharcado nuestro corazón en los odios más furibundos e inundado por las fricciones más incomprensibles? Yo mismo arrastro una culpabilidad no expiada en este drama tan perverso, porque con frecuencia he brindado mi humilde llama inventiva al servicio ímprobo de la devastadora belicosidad que preconizan las trompetas de las guerras, y cuyos oscuros rayos de pavor se propagan a lomos de sus excrecencias más espantosas y sofisticadas. No siempre he contribuido a rasgar el velo del templo que despliegue, ante nuestros ojos ávidos, la armonía genesiaca otorgada por las nobles musas de la paz.

Ojalá las voces de las almas bondadosas y desprendidas, manantiales de luz en un universo lóbrego, príncipes de una virtud bella y contagiosa que enaltece el espíritu humano, se revistieran de un brío aún más enérgico que la eficacia inherente a ese veneno mortífero, a esa ponzoña corruptora inoculada en nuestra sangre por las armas más nocivas. Ojalá el soplo cristalino que baña el arte con los besos inmaculados de su mansedumbre lograra aplacar la dureza que detentan los más pétreos corazones. Ojalá bastase con discursos conciliadores y con pláticas aleccionadoras para transformar audazmente la tierra, y un solo y

prudente reclamo pronunciado por bocas eruditas extirpara la proclividad a la beligerancia que tapia las ventanas irredentas del espíritu.

¡Qué refugio tan evocador, qué recogimiento tan hipnótico, qué morada tan enternecedora nos ofrecen los púlpitos de la palabra...! Desde sus cielos virginales conferimos expresión al sol que todavía no ha despuntado, y en su bóveda saciada de limpidez se produce la condescendencia de los sueños. La hialina luz de su indulgencia reblandece toda voluntad encallecida. Si esa potencia inagotable y soberana que atesora nuestro espíritu, ese tesón indescriptible que lo impulsa a alumbrar nuevos escenarios, se tradujese en una exhortación, grabada a fuego vivo en la conciencia de todas las generaciones, a escoger el fecundo júbilo de la paz antes que la irracionalidad ínsita a toda agresión, habríamos coronado nuestra más implorada cúspide y habríamos evangelizado el entero cosmos, los continentes, los mares, las estrellas y las galaxias, con la aurora de una verdad perenne.

Cuando sólo la frondosa magia que orna todo vocablo proferido desde corazones de inocencia sellara nuestros acuerdos, y no obligásemos a quienes no piensan como nosotros a aceptar nuestras opiniones por la maligna vía de la opresión, del avasallamiento más denigrante, habríamos entonces franqueado el augusto vestíbulo y el flamante atrio que nos introducen en ese eterno paraíso por todos añorado en suspiros inmemoriales. Desgraciadamente, las vidriosas almas de los hombres parecen preferir la animadversión al eventual asenso que brote de la discusión honesta. Bien es cierto que proliferan conceptos desconsoladores, augures de abominación y heraldos de desdicha, pero para combatir su música furiosa únicamente hemos de exhalar ecos perfumados con inefables aromas de bendición. En cambio, toda pugna, ya la perpetre un rencor recalcitrante o ya proceda de la búsqueda sincera de la concordia, frunce siempre nuestro espíritu, y sin reparo nos tiñe de un resentimiento cáustico y mermador, cuya ofuscación eclipsa, con resultados incomparablemente trágicos, los destellantes anhelos de paz que borbotean en el seno de todo corazón.

Ansío el momento, quizás lejano, bajo cuyo cielo de suavidad aquilatada todas las batallas se libren con verbos fehacientes e impávidos, y en lugar de ejércitos fragorosos, expongamos narrativas contrapuestas, testimonios que manifiesten su vigor persuasivo mediante la coherencia de sus respectivas argumentaciones. Imagino el día en cuyo amanecer de santos y benéficos colores no sean hombres de carne y hueso quienes blandan las espadas, sino lenguajes envainados, desprovistos de escudos, ballestas y panoplias, amparados sólo en la égida invulnerable que dimana

de su fuerza contemplativa, de la profundidad que transmiten sus dicciones, y embellecidos con el ímpetu de las ideas y analogías que revela su denuedo; capaces así de repeler cualquier ataque. En vez de subyugar el cuerpo, habremos conquistado el espíritu...

La inteligencia ha depravado a nuestra estirpe. Prodigamos mayores dosis de crueldad y ensañamiento que los animales. Hemos identificado modos nuevos y más perfeccionados de causar tribulación y de quebrantar piélagos de promesas inasibles. Nos hemos convertido en inhóspitos agentes de una profusión de terrores imperdonables y de atrocidades diabólicas. ¡Qué extraña situación la del hombre, qué trauma y qué agonía ensombrecen nuestra existencia, al convivir con la constatación de que el instrumento más divino cultivado por la flaqueza de nuestro espíritu, esa chispa angélica asentada en el trono de la mente, deviene también en la llave de los crímenes más horrendos y de las incitaciones más inicuas! Necesitaría toda la fe del mundo para creer en la humanidad...

Tenuemente nos dignificará avanzar, con altivez, hacia el florido pináculo que custodia el óleo de las ciencias, o diseñar cúpulas mayestáticas cuyo esplendor desafíe la gloria que consagró el Panteón de Roma, si no culminamos hitos semejantes en el hermanamiento entre los corazones humanos, y hoy siento cómo unos labios celestiales me susurran: "admiro vuestras obras; es grandioso todo lo que elaboran vuestras manos; deslumbráis a los astros y a los cometas con vuestro ingenio, pero yo esperaba más amor en la Tierra".

Mi alma desea que el conocimiento se transfigure en paz, y abriga una impetración inextinguible: que la paz se metamorfosee en nuestro más valioso acervo. Yo quiero que el entendimiento vincule poderosamente a los hombres, para venerar al unísono, plantada con aplomo en los campos de la sabiduría, la dulce e inmortal semilla del amor.

COMPASIÓN

Piedad... , mas ¿qué evocan los ecos de esta cualidad incontenible y benigna? ¿Acaso no apelan a la veneración de la magia creadora de la vida? Invadimos el mundo con el haz que propaga nuestra mirada fugitiva, y se suscita en nosotros un sentimiento valeroso, rociado con el hisopo de una misericordia cuya luz asperjada revitaliza nuestro corazón adolorido. Se apodera entonces de nuestro espíritu un hermoso sufrimiento, y su intensidad nos funde con la tribulación que enturbia los ojos de almas extrañas y concatenadas. En la plasticidad de nuestras venas y arterias se inyecta el tónico de la generosidad, el afán honesto de asumir la aflicción ajena...; y esta magnanimidad enaltece a la estirpe humana, y justifica su tránsito vagaroso por esas encrucijadas temidas en cuyas granadas veredas de misterio se bifurca el discurrir de todo siglo esquivo.

¡Qué hosco y aburrido el individuo atomizado! ¡Qué frío y descorazonador el solipsismo, la autocefalia, el abandono antropocéntrico cuya lobrete nos angosta, enluta y acongoja ante la fastuosidad que exhalan los cánticos de la naturaleza y despliegan las suntuosas raíces de la vida! ¡Cuánta y cuán honda desolación dimana del patetismo que sella todo cálculo unívocamente egoísta! ¡Qué insustancial el aislamiento descompasado que no se conjuga con los verbos más virtuosos proferidos por los labios del hombre! ¡Qué corrosiva la viscosidad mucilaginosa secretada por las pieles de una inmanencia sectaria, tosca y tremebunda, cuya estrechez se enroca sobre su propia opacidad, e interpreta lo real como amorfos argamasas amalgamadas de fracciones teratológicas e irredentas, de pedazos de alma y vida no englobados en el resplandor de un todo que ilumine sus tensas franjas de penumbra! ¡A qué poco saben las fortunas privadas cuando experimentamos la calamidad más desgarradora y la contrariedad más flagrante a nuestro lado! Sí, hermanos míos, recluirmos sobre nuestra insanable oscuridad apesadumbra y ennegrece nuestro ánimo con mohíñas tinciones de amargura.

El áspero egoísmo se parece a un virus. Se esmera en colonizar lentamente muchedumbres de huéspedes incautos, y acaba por reproducirse a sus expensas. Parasita sus territorios más recónditos y se multiplica alocadamente, hasta infectar regiones antes consideradas inexpugnables. Esta espiral de contagio contamina progresivamente a más y más criaturas, y cuando franquea el osado mundo del espíritu, asalta las profundidades del intelecto y los pilares de la sensibilidad. Instrumentaliza intenciones, ideas y gemidos, y anula todo resquicio de compasión aún latente. Bajo su férula, sucumbimos ante fuerzas deshumanizadoras, y nos bañamos en cascadas sin voces. Toda luz genuina se extingue, e impera entonces el yugo de intereses espurios.

¡Qué pasajera, qué angustiosa, qué inútil y adusta resulta toda dicha acaparada por dedos esclavos de sí mismos, circunscrita tan sólo a la afectación extravagante y a la peculiar idiosincrasia que ocuyen los faros más bellos del espíritu! No se alza erudito o polígrafo sobre la faz de la Tierra que no aspire a transmitir la claridad interiorizada en el sagrario de su corazón, ni esteta, literato y músico que no pincele, redacte y componga para que otros se extasíen con la primorosa hermosura que se ha propuesto otorgarles mediante la contemplación de su obra en el devoto espejo de su anhelo. Todo lo oculto se desvela, y toda serena ventana se abre finalmente de par en par. ¿Acaso no es el más frágil de los cristales aquél que pretende impedir que un aire seráfico refresque el exuberante salón del regocijo?

Sí, el todo condensa la verdad, y monopolizan la parte los fieros heraldos de la mentira. Si no discernimos los nexos de significado que vinculan a todas las personas entre sí, y tejen también la alisada costura que cohesionan el cosmos, esas lustrosas telas almidonadas cuya delicadeza borda el manto que arropa el firmamento, poco habremos avanzado en la aventura que guía el arte y pilota la ciencia. Soy quien soy, eres quien eres y es quien es porque somos quienes somos, sois quienes sois y son quienes son; y cuanto aquí expongo no obedece a un juego lingüístico, a un malabarismo dialéctico, a un alarde extemporáneo y tremolante de pirotecnia léxica y de prestidigitación gramatical, diseñado para captar y retener el pensamiento por unos instantes efímeros... Lejos de mí todo malgaste del codiciado tiempo con la vanilocuente, encarrujada y estéril trivialidad que exhiben los artificios de una retórica crespada, inane y ajedrezada, plagada de aliteraciones, anegada de sinécdoques y repleta de metonimias, ante los supremos e impostergables desafíos que encara el existir del hombre, singular y colectivo.

Soy quien soy porque eres quien eres, genealógicamente hermanados, pertenecientes ambos a una idéntica enramada que robustece el fecundo árbol de la vida. Convergemos en un desasosiego de dimensiones parejas, cuyas embestidas convulsionan por igual nuestros corazones geminados en este cónclave de galaxias y fervores mudos: coincidimos en una desazón lo suficientemente aguda como para disuadirnos de acariciar, en la belleza de la naturaleza y en la excelencia del conocimiento, esa rosa que esparce el aroma del deleite desde su Carmelo de sabiduría, su fragancia perfumada de satisfacción. Atenaza nuestro espíritu, en húmedas celdas de desconsuelo, la crasa ignorancia sobre el motivo último de nuestra presencia bajo esta cripta celeste, silenciosa y estremecedora... Pero jamás ofreceremos un conato de contestación a la pregunta más acuciante, silbada y desnuda, a ese abismo inexplicable que versa sobre el porqué de todo cuanto circunnavega los mares y el recogimiento de nuestra alma, si no

tomamos juntos las bramantes riendas que conducen a la cuestión más intempestiva, y no manifestamos un análogo pietismo ante el arcano que esconden los hijos del ser, los retoños tutelares de la vida y de su luz inveterada, para bogar en el único barco que surca el desmesurado océano de la historia, cuyas velas se hallan propulsadas por la solidaridad y tonificadas por la fantasía...

Una ambición percute mi voluntad: comprenderte para comprenderme y descubrirte para descubrirme; y tú has de entenderme para entenderte, y debes sondearme con coraje, para así escrutar también las serpenteantes orillas que trazan los afluentes de tu espíritu.

No nos engañemos: cultivamos un común y extenso suelo, de cuyos prados fértiles crecen jugosas malvasías; bebemos de la concomitancia de unas aguas purificadoras que se deslizan desde un mismo río pigmentado de perplejidades indóciles; compenetradas nuestras almas en sus crepúsculos de incertidumbre, divisamos la inmensidad abrumadora del espacio cuando nos hastiamos de la finitud y de la apatía que nublan las esperanzas de todo corazón aún apegado a mástiles de inocencia.

Deseo vislumbrar contigo esas doradas alturas, y que tú también albergues el ansia de elevar conmigo la vista hacia el fulgor prístino que vierte la majestad de una cúpula tiznada de astros y cometas... Quizás otros se sumen a la dulzura que desprende esta tierna utopía, así hasta la noche cuyas lágrimas de soledad apaguen la luz diseminada por los copiosos rayos del tiempo. Entonces proclamaremos: “¡ha valido la pena!” Sí, nos habrá dignificado resaltar las incógnitas insumisas que nos ahogan en torbellinos de vértigo y nos hunden en grises pozos de pavor, pues aun conscientes de que nunca rozaremos atisbos de una solución dilucidadora para estos interrogantes dotados de tanto apremio e imbuidos de tanta sofisticación metafísica, al menos habremos degustado los más finos manjares en el trono de una mesa compartida y, encaramados a cimas de entrañable y proficua calidez, habremos soñado con la inminencia de una era que difunda el sol de la fraternidad.

La felicidad sólo es meritoria de tal nombre si logramos expresarla más allá de las fronteras que cercan y empañan la bóveda del cielo. Debe transformarse en un relato apasionado y efusivo que nuestros corazones le dirijan al entero universo y a su pléyade de ilusiones olvidadas. A través del don, explícito y concesivo, cuya sagaz y ligera llama de tersura se enciende con toda palabra perspicua, la vastedad que perfora los intersticios del orbe ha de devenir en partícipe de nuestra jovialidad, porque el destino ha congregado nuestros vocablos para convertirlos en puentes

inquebrantables, capaces de fusionar las más dispares vivencias que protagoniza cada espíritu, así como en la clave decisiva para que las bienaventuranzas que gratifican a las otras almas, antaño relegadas a la sofocante esfera de la más remota alteridad, lleguen a percibirse como un regalo inspirador, como un obsequio descendido de regios parnasos invisibles gobernados por ángeles de alas jamás marchitas.

El gozo más radiante exige retirar la rugosa espesura que lubrica esa capa ignífuga cuyo grosor nos obstaculiza reconocernos, diáfananamente, en el rostro agrietado de los demás. Hemos de demostrar que todo lo humano nos concierne. Y como no germina la alegría sin las sombras de la adversidad, ni florece la épica sin la tragedia, sólo nos liberaremos de la hiriente agonía que los letales pálpitos del vacío infligen en nuestro espíritu cuando nuestras emociones más pujantes y vibrátiles converjan en bellos senderos de armonía. Ese fuego místico que brota, con ardor, de la intimidad más noble de nuestros semejantes ha de abrasar el ímpetu que bendice nuestro ser...

Conmovámonos entonces ante los mismos dramas: celebremos al unísono con los que festejan la corona de su fruición, y derramemos sollozos inmaculados con quienes aún permanezcan sumergidos en los lechos del llanto no enjugado.

DÍA TRIGÉSIMO CUARTO

La fragilidad de mis ojos se ha posado hoy sobre la ostensible y estremecedora crudeza que exhibe la faz del dolor. He presenciado una atroz desgracia: mientras unos albañiles alzaban vastos bloques de piedra en la calle, unos cuantos sillares se han precipitado aparatosamente sobre sus maltrechas espaldas. Algunos han padecido heridas graves y contusiones serias, y uno de ellos ha fenecido al instante. Impotencia máxima ha experimentado mi corazón. Me ha avasallado el desconsuelo más punzante, y me he fundido en mi propia amargura. Por mucha fuerza que atesorara mi cuerpo e irradiara mi espíritu, jamás habría rescatado a esos obreros desventurados; pero también soy consciente de que si hubiera ultimado ya mi diseño de una grúa que facilite estibar cargas onerosas, es probable que esta tragedia no hubiese acaecido. En algún momento compareceré ante el juicio de la posteridad, y más que como un hombre que consagró sus horas a embellecer ciudades populosas y a ornamentar iglesias imbuidas de poesía, deseo ser recordado como una persona que entregó su alma y su desprendimiento a sus semejantes, y dispuso toda su curiosidad, así como el fuego avivado por el haz de su perseverancia, en el altar de nobles e imperecederos ideales.

No soporto tanta consternación a mi alrededor. Me enternecen las lágrimas y me fascina la bondad. Anhelaría que todo se metamorfosease en torrentes bañados de una algazara perpetua: en una explosión de gozo irrestricto y nunca revocado que nos entusiasmasse, conjuntamente, en una existencia vaciada de cualquier atisbo de desazón. Pero sé que mi espíritu otea lo imposible... El sufrimiento nos pertenece de modo congénito. Invariablemente nos acompaña. Su estela nos flanquea en el nacimiento, en la vida y en la muerte. En determinadas situaciones, ocultamos esta realidad tras el sutil barniz que esmaltan los espectros de la delectación efímera, pero en seguida nos percatamos de que tarde o temprano regresa. Nunca nos abandona, entre otras cosas porque jamás obtenemos la totalidad de dones que codiciamos, ese pléroma que nos subyuga, ese cáliz divino que nos absorbe; y esta deficiencia insurrecta compunge nuestro ánimo. Lo advierto en mí mismo: ansío aprender, y hallar respuestas a los infinitos interrogantes por cuya resolución suspira mi alma. Impulsado por este objetivo, le pregunto piadosamente al cosmos, e incluso a la humanidad, pero no siempre recibo una contestación, y la oscuridad que cerca este mutismo de ecos pertinaces me entristece sobremanera, mella mi ficción y mina mi inventiva, por el desasosiego que suscita en mi corazón. Sin embargo, descubro también la ferocidad del egoísmo que atenaza mi espíritu: me inquietan mis infortunios y me preocupan los daños que se

ceban con mis prójimos, pero no reparo en los dramas que nublan la convulsa esfera de la naturaleza; en ese insecto diminuto que, devorado por un hambriento pájaro, se convierte así en su fugaz sustento, o en cómo acontecimientos que para nosotros evocan pavorosos gérmenes de angustia son obsecuentes de una dinámica universal, de leyes trabadas inderogablemente que propician la emergencia de formas flamantes y vertiginosas.

¿En qué misteriosas grutas hunde sus raíces el significado de las débiles aves capturadas por un fiero halcón? ¿Y el de la vida de las hojas que un herbívoro exige consumir para alimentarse? ¿No consiste acaso todo en un ciclo geminado, en un círculo vital envolvente, integrado por los profusos seres pobladores del intrigante espacio que nos circunda, cuya ilación siembra en ellos una mutua y concatenada dependencia, una suprema simbiosis que satisface fines mayores? ¿Y en qué estriba ese propósito superior al que todo remite? ¿Por qué se precisa del dolor para alumbrar configuraciones ponderosas cuya belleza nos cautive, como humanos, al observarlas con detenimiento? ¿Por qué tanta versatilidad, y no una única y recapituladora manifestación de la copiosa luz de la vida? ¿No sería factible que todo discurriera por cauces alternativos?

No ceso de conmoverme ante quienes enferman. ¿Cuándo se ausentará toda huella de tribulación? Me niego a plegarme ante él, como si se tratara de un fenómeno inherente al hombre mismo, cuyo carácter lesivo no fuese susceptible de extirparse de nuestras vidas a través de la magia invencible de la inteligencia. Quisiera interiorizar las fatigas de mis hermanos, y de cuantos moraron en los tiempos pretéritos, y de quienes habrán de habitar en este orbe bajo los inescrutables cielos de un porvenir que desborda, inasible, la elasticidad de mi imaginación... Ojalá mi voz insuflara alivio en todos los corazones, y nos convenciera de que llegaremos a esclarecer los motivos subyacentes a las patologías que sin clemencia nos azotan con sus látigos demoníacos, porque, encaramados a los púlpitos y a las luces embriagadoras de la racionalidad, habremos relegado toda lástima al más lacerante olvido...

Me gustaría asumir el mal que abate a tantas personas, a tantas almas desfallecidas que sondean la desmesura de este mundo bajo astros de ébano, y acarrear sus cruces atezadas camino del calvario. Me veo capacitado para llevar a cabo una empresa tan ardua, como si una autoridad inefable me hubiese investido de aplomo y reciedumbre. Y aunque esta percepción se nos antoje cubierta por la sombra elongada de la inverosimilitud, no abduco de profesar una utopía tonificadora: la fe en que un solo individuo bastaría para desterrar toda perversión de nuestro

planeta, porque las aguas regias del amor disuelven cualquier perla adusta. Sin embargo, me temo que necesitaríamos toda una humanidad para coronar tan grandiosa cima... Sólo un futuro beatífico nos redimiría, pues nada garantiza que no vuelva a aprisionarnos la aflicción, provocada no ya por los achaques físicos, exiliados de nuestro entorno, en colofón eximio, gracias a las aportaciones inestimables con cuya luz sapiencial nos obsequia la ciencia, sino originados por los infames tentáculos del egoísmo, depravación que corroe nuestras almas endurecidas y nos induce a hostigarnos, soliviantados, los unos a los otros. Azuza así nuestra obstinada inclinación al enfrentamiento, a enconarnos en los lagos abisales de la cólera y de la beligerancia más empedernida, cuyos riachuelos se deslizan, con sigilo, por las depresiones y las lóbregas hondonadas que moldean nuestra naturaleza voluble.

Entre tanto, doy testimonio de mi martirio cotidiano. Peno cotidianamente, aun con disimulo, al recorrer una ciudad abarrotada por muchedumbres infelices: una urbe crispada con un sinnúmero de semblantes obligados a trabajar a destajo por un salario ínfimo, atestada de caras desnutridas y aniñadas que deambulan en orfandad y vagan confusamente por las plazas y las travesías. Peor aún: compruebo tanta y tan impasible frialdad... Los mismos aristócratas que holgazanean en sus soberbios palacios y sucumben a toda clase de disipaciones y voluptuosidades se detienen también a prodigar limosnas a la salida de las iglesias, pero tal alarde de altruismo sólo busca que los demás se fijen en sus teces heráldicas y admiren, fervientemente, la ínclita caridad de quienes viven entre algodones. No detecto destellos de pureza en sus intenciones difusas, ni tampoco en las pláticas de tantos clérigos sentenciosos y admonitores que predicán el amor fraternal en sus peroratas homiléticas, salmodias atrabiliarias y alocuciones vacuas, mientras se arrojan la funesta prerrogativa de condenar a tantas personas execradas ante Dios como pecaminosas. ¿Acaso ellos, rapaces ofuscadas por su mezquina sed de rentas, halagos y emolumentos, secuestradores del espíritu, la belleza y la simplicidad que se escudan en la Biblia, en la Iglesia y en la Tradición para disfrazar su abrumadora apetencia de dominio, detentan labios divinos para pontificar desde sus gélidos cánones, exentos de misericordia? Y qué vileza, qué iniquidad la de quienes dicen quemar cuerpos para salvar almas...

Ojalá apareciera ese dios ecuánime de cuya benevolencia nos hablan las palabras eternas y sacrificiales que recitamos en la eucaristía, y ojalá dictaminara con rectitud... Todo cambiaría drásticamente: a muchos a quienes ahora consideramos culpables se les exoneraría desde tribunas saciadas de indulgencia, y a no pocos que se creen inocentes, porque los

adorna, encordonado, el hálito delusorio que nimba el poder impune, los incrimináramos por cuanto han perpetrado y por cuanto han omitido. Yo mismo soy responsable, y me flagelo intempestivamente con el plúmbeo resonar del remordimiento más enfurecido, de rabiosas máculas no expurgadas, al no haber mitigado tanto desamparo... Pero ¿qué habría yo de poner por obra? Un rumboso donativo no solucionaría nada. Si en vez de dádivas dispendiosas, de óbolos abultados, de rezos agónicos y de jaculatorias deshojadas entendiera cómo opera nuestra mente, y por qué no desistimos de erigir desfiladeros escabrosos, rudos despeñaderos que nos escinden tortuosamente como hombres, mi tesón serviría de mayor provecho para todos esos desposeídos que carecen de esperanza.

Hemos avanzado mucho, porque hoy construimos cúpulas más gloriosas que las heredadas de los romanos. La maestría de Brunelleschi lo demostró en Florencia. Pero no distingo una iniciativa tan intrépida y solícita en ese ámbito errante, munificente y enigmático que concierne a los sentimientos más profundos del hombre. Permanecemos igualmente enceguecidos ante la desdicha ajena. Las enseñanzas de Cristo no han transformado nuestros corazones, sino que han exacerbado, con frecuencia, las mismas divisiones que nos separaban ya antes de su venida a este valle de tormentos allende los cerros de Galilea. No me cabe duda de que acumularemos más erudición, y en breve expandiremos las fronteras de las matemáticas y de la filosofía de la naturaleza hasta pináculos más elogiosos, hasta cotas de belleza que no acariciaron los antiguos, en paralelo a como nuestro esmero ha cincelado, hacendosamente, bustos que poco han de envidiar las más egregias esculturas talladas por Fidias en el glorioso cénit de la Grecia clásica. Sin embargo, no resulta tan inequívoco colegir, inspirados en la evidencia irrefutable cristalizada en esta pléyade de adelantos técnicos, que nuestra condición humana siempre se perfeccione paulatinamente.

En cualquier caso, sostengo, con firmeza inconcusa, que la meta más urgente de nuestra civilización radica en eliminar el dolor, o en al menos contrarrestarlo gradualmente. El desarrollo de la medicina nos brinda una asistencia providencial en este cometido. Recientemente he estudiado cadáveres humanos para desentrañar su intrincada estructura, ávido de comprender el mecanismo en virtud de cuya delicada imbricación los diferentes órganos corporales contribuyen a nuestro brío, a nuestra actividad. De ahondar en esta senda, confío en una pronta identificación de los remedios implorados para muchas de las enfermedades que implacablemente nos asedian, fallos eventuales en la función que ejerce cada uno de los elementos de nuestro ser.

Despuntará el día, y me abrazo aquí a las blancas túnicas de mi imperturbable credo, en cuya aurora benéfica habremos desvelado tanto sobre la críptica complejidad que describen los engranajes de nuestro organismo, máquina portentosa y encandiladora, rival de las producciones más sublimes forjadas por el arte, que los estados patológicos se sanarán de inmediato, pues discerniremos los designios, por ahora camuflados, que los gobiernan con meticulosidad.

¿Por qué no clausurar el dolor? La humanidad no merece su cilicio acechante, aunque sus perfiles tenebrosos persistan, agriamente ubicuos, sobre la Tierra. Los animales sufren, e incluso las plantas, o la naturaleza como un todo, pero una potestad ignota legítima a nuestro intelecto para concebir, desde tronos armoniosos, una existencia liberada de tantos de los agudos pesares que ahora nos afectan y angostan. No debemos resignarnos ante la subsistencia de la fatalidad, sino que hemos de coadyuvar, con osadía, a excluir todo trastorno, nocivo corpóreo y espiritual que nos fustigue. No capitulemos ante el dolor, como si hubiera de imperar ineluctablemente entre nosotros: con la rosa de una honestidad irreprochable, ambicionemos edificar el rostro luminoso de una historia regida por la argéntea plenitud, donde padecimientos tan aciagos y desalentadores como los que hoy mortifican nuestras almas no priven a nadie de conquistar sus más brillantes sueños. La mente humana a todo alcanza, ya sea a lo peor o a lo mejor, pero en esta ocasión ha de aspirar, desde castas cumbres de arrojo e impavidez, a lo más elevado.

No contamos con arma más enérgica para vivificar nuestras ilusiones que la confluencia de naturaleza y conocimiento: el conocimiento examina la naturaleza para elucidar su verdad más íntima, su hermenéutica más recóndita, y la naturaleza colma los afanes del conocimiento. Sólo así nos impondremos, heroicamente, sobre las penumbras vestigiales del dolor.

Quizás también logre, mediante el primor estético y la belleza aromática que exhalan sus granadas flores, transmitir una misiva perdurable, rociada de mansas gotas de amores virginales y rebosante de unas incrustaciones cuyo fulgor eclosionado custodia la fragancia de mis inconmensurables fantasías; un mensaje insepulto que sobrecoja a todas las almas sensibles, a cuantos aprecien mis creaciones más enardecidas. Descansa en este lecho de intachable limpidez mi empeño más indómito: que quienes contemplen mis cuadros participen de la misma pasión tutelar por la humanidad y por el firmamento que alberga mi corazón, y sus emociones devengan, definitiva y jubilosamente, en las mías.

Lázaro sufrido, propicie un destino redentor que en el seno salvífico de Abraham disfrutes de una dicha esperanzadora, cuya luz inveterada compense tu malograda vida, para que las exultantes brisas que circulan por los reinos celestiales alejen definitivamente todo rastro pavoroso, toda huella maléfica de las humeantes llamaradas infernales y de su presagiado pandemónium, relámpagos punitivos que a otros consumen en la árida condena sempiterna, según nos han contado...

Lázaro sufrido, tú muestras que la vida es pasajera, porque los trofeos vigentes que codicia el alma ennegrecida del hombre languidecen como lauros momentáneos y fugitivos. Nos enaltece más residir en una reminiscencia regada de rectitud y aquilatada con la luz del amor que poseer, ya en el hoy, una imagen dolosa, acaparadora, corrompida, cuyo egoísmo distraiga nuestro espíritu en la evanescencia de unos placeres terrenales gozados a costa de la tribulación ajena, como le ocurrió a aquel epulón inhospitalario, cuyo corazón no se apenó de tu infortunio, y ni siquiera fue capaz de ofrecerte los restos de comida no engullidos por sus voraces perros.

Lázaro sufrido, el presente constituye una ilusión efímera, espectral, elusiva, y todo triunfo en el aquí y en el ahora de la historia comparecerá ante el inexorable juicio que convoquen los tiempos futuros. En su tribunal no prevalecerá la piedad absolutoria, sino la mayor de las severidades ante lo que se hizo y ante lo que se omitió. Padeciste en vida, pero ahora nadie concita tanta conmiseración... Tu broncínea entereza, querido Lázaro, estriba en haber despertado la más bella compasión en el espíritu de las generaciones venideras. Sí, los hombres y las mujeres del mañana llorarán contigo, y verterán lágrimas solícitas cuando descubran que nadie te atendió en vida, pues fuiste objeto de una negligencia letal y, más aún, de la indiferencia más interesada, que no observa cuanto acontece alrededor, y no abre las puertas de nuestro hogar al hermano callejero y malhadado.

Sí, Lázaro, late aquí tu noble fuerza: inflamar nuestros sentimientos, y favorecer que tu angustia y tu dolor se tornen en nuestra más íntimas vivencias, para que así soñemos con la morada del padre Abraham, del padre nuestro, del padre de la tierra y del benefactor de los cielos, de esa utópica bóveda sideral que todo lo abarque, y también acoja al hombre; aunque sólo acariciemos su efervescencia en el breve instante que conlleva la lectura del relato, apurado y genuino, que se refiere a las vicisitudes de tu alma.

Sí, Lázaro, tú inspiras la más rejuvenecedora e impávida de las fantasías, y contigo nos emocionamos vibrantemente, como quienes

contemplan, desde fuera, el lívido impudor que preside esos cenáculos licenciosos, opulentamente techados en madera de ébano, santuarios de hipocresía y de rivalidades ceremoniosas; esos banquetes orlados con heráldicas insípidas, numismáticas desabridas y pundonores apolillados; el lujo más estrambótico y la pompa más extravagante; el más rancio abolengo que engalana blasones espetados y escarapelas pretenciosas; el enervante boato de incienso y de la parafernalia desmedrada de mirra; oropeles que se tamizan con el pretexto de unos remilgos impostados y de un refinamiento que no es tal, pues hunde sus raíces en una alegría adulterada cuya fruición no se puede difundir, por su propio e infamante concepto, porque ha sido diseñada para dividir, no para aunar los corazones de los hombres, y naufraga en los pozos de su soledad, en el desdoro de sus ínfulas sedicentes, infatuadas y menoscabadoras...

Nos exhortas así a luchar por otra historia, por otro sol y por otra luna que nos iluminen mientras todos nos sentamos en la dulce y serenada mesa de la vida: en el festín profético que no requiere del fino lino, de los ropajes almidonados o de los vanidosos atuendos bordados de ahilada, rozagante y salvaje seda; de las teces acicaladas con dispendiosos afeites adobados y aderezadas con cosméticos selectos y olorosos; de los copones damasquinados o de las bandejas engastadas en centelleante plata; de aristocráticos vinos o de embalsamadas aguas, ni de viandas palatinas que penetren en bocas ahítas, tenebrosas y estragadas, empalagadas ya, opíparamente, con una saturación de alhajas engañosas y de preseas fraudulentas, de exornados halagos y de vacuos panegíricos... No, la vida no consiste en una jovialidad hermética, sino en esa celebración a cuya luz de augusta hermosura todos se reúnen para emprender, conjuntamente, la búsqueda honesta de la felicidad participada.

Lázaro sufrido, esa lágrima áurea que derramas, exánime, sintetiza tu mayor riqueza: una ablución aromada e insondable que encapsula, concomitantemente, todo un cosmos; épica y risueña maravilla cuya belleza desafía la grotesca e irreverente angostura que ensimisma nuestro intelecto en espesas celdas de abandono. Tú blandes una espada enternecedora y empuñas una filosa daga que, enardecidas por la munificencia de la bondad, rompen, emolientes, la dureza granítica de unos corazones atrofiados, cuya opacidad difracta todo viso de clemencia. Eres tú el legítimo custodio de un brío que nunca alcanzaría ese epulón hirsuto, alma decolorada que jamás tuvo el coraje de invitarte a su convite altivo, ni de curar tus llagas, ni de limpiar tus cicatrices, ni de suturar tus magulladuras, ni de aplacar esos quejidos tan abrumadores que profería tu espíritu...

Tu alícuota amputada esconde el secreto de la humanidad y encubre el capítulo más prolijo de la naturaleza, pues en su condición de agua incólume, de minúscula porción de esta fuente mirífica de la vida, revela todo un actuar y todo un entender. Aunque caiga como una diminuta gota opalina emulsionada en desiertos inconmensurables, quizás riegue por fin la pequeña semilla que implante el oasis de nuestros anhelos, el fausto lago de la virtud y el añorado elixir de la paz, cuyo crecimiento procure la ambrosía incomparable del deseo, ya no sujeta a los haces disuasivos de la interdicción, sino convertida en la delicia obligada para todo aquél que merezca asumir el nombre de “humano”...

¿Y si existiera una lágrima, tan imbuida ella de esa pujanza prístina que robustece el espíritu con lástimas espontáneas, cuyo primor derribase las más altas e inexpugnables cimas, y por sí sola erigiera frondosos valles erosionados por impactantes gargantas nemorosas, símbolos de la dolencia congeniada? Un único sollozo bastaría entonces para vencer el más dañino de los odios, la más encrespada de las cóleras, la más perniciosa de las ofuscaciones.

Lágrima tornasolada, ignoto diamante en bruto, insospechado aljófar tallado con desvelo por una mano numinosa; díscola turbación para la que no cupo amnistía; amortajado despojo del pobre Lázaro, quien lo único que otorga a este orbe inasible es el llanto implorante de un corazón ignorado, expoliado y zaherido: no te avergüences por tu impotencia, por tu reducido tamaño, pues incoas el más eximio ypreciado de los dones.

Lázaro sufrido, llora intensamente junto al gélido pórtico que tutela la casa del epulón; rendido, mancillado, arrinconado, arrumbado en el frontispicio de su hacienda avara y solariega, arrebuñado en tu casta túnica ondulada, con los ecos fantasmales exhalados por risotadas descompuestas y ebrios retozos, pese a que no inmutas ni un ápice a sus conspicuos y encopetados huéspedes... Ese humilde suspiro tuyo; ése, el usufructo único y jadeante de tu estertor de hontanares irreprochables, que también legas al universo y a los siglos, porque eres magnánimo, y cuanto menos acopian tus dedos, mayor es aún la hermosura diseminada por tu altruismo, pues la realidad se sume en las mayores contradicciones, máxime en esta arcana incongruencia que deshonor a los poderosos...; esa gota infinitésima, minimizada homeopáticamente, se unirá al imparablen raudal de tantas otras almas que han gemido ante la muerte y han cantado ante la vida, y cuyas lágrimas condecoradas han desembocado en el fervor que olea océanos innominados, en esos inmensos espacios líquidos rebosantes de efusiones acopladas, pero integrados por moléculas microscópicas que saturan toda oquedad y empapan todo intersticio. Lo nimio e imperceptible siembra los

collados de lo colosal, y la grandeza no se sustancia sin la ineluctable pequeñez...

Lázaro sufrido, no cejes en el áspero llorar que embellece tu rostro flébil y macerado. Tu elegía es paz cuando flaquea la templanza en el alma, y mansedumbre duradera, el seguro bastión al que aferrarse con firmeza, como un mástil infrangible en medio de tormentas que no escampan. Y truenos enloquecedores retumban ahora, como indicios premonitorios de inminentes cataclismos, como síntomas que nos alarman ante una hecatombe, ante el apocalipsis cuyos fragores horrísonos se avecinan desde cielos inhóspitos y recuerdos malditos: el más fiero de los vendavales, un bucle de perverso y espigado vórtice desatado por las aberrantes y ríspidas ventiscas de nuestro egoísmo, cuya violencia eclipsa la luz sustentadora de la razón humana. Por tanto, llora impetuosamente, produce lágrimas furtivas y de desfallecimiento ante el desconsuelo de ver a muchos sin dialogar con ellos, pues no se dignan vislumbrar tu cara demacrada, abatida, deprimida, transida toda ella de una aflicción asaetadora, ni intercambiar la hermosura homérica de las palabras con el púlpito de tu espíritu... Tú sabes hablar mejor que ellos, y en la clarividencia de tu soledad has inventado un lenguaje tan hondo y expresivo que todo cuanto pronuncia la eufonía de tus labios brota de tu diáfano corazón, y ni máscaras camaleónicas ni parodias caricaturescas impregnan los vocablos que tú educes: ellos transparentan, porosos y lúcidos, la amplitud de tus ansias y la franqueza de tus pensamientos.

Personifique tu llanto al albacea de tu testamento, generosamente dedicado a la humanidad entera, y redactado con una letanía irrestricta de lágrimas hialinas, esbeltas y alentadoras, cuya tenacidad fertiliza el papel con más energía que el fuego, que la sangre o que los hierros, porque la fragilidad superlativa que las caracteriza nos conmueve, y contribuye a desplegar nuestras impresiones más sublimes e incalificables... ¡Ay si todos los libros se escribieran e intitularan con la regia candidez de las lágrimas del hombre: qué torrentes de sinceridad y qué ríos de auténtica tinta humana transfigurarían nuestra tierra y trasegarían nuestro espíritu!

Lágrimas, sed de justicia liberada de cualquier atisbo de rencor, límpidos clamores contra el óbito exterminador en esta vida; heredadas del pasado, jamás hubimos de olvidarlas, ni debemos postergarlas nunca más, aun en ese futuro de bienaventuranza que proyecta nuestro corazón... Lloro, Lázaro, con una compunción que crispa todo cielo, pues hoy suspiraremos contigo; no ceses de devanarte en este empeño desde el seno de Abraham, porque tus sollozos, entronizados en un sitial empíreo, descenderán como esas partículas abnegadas que moldean la lluvia, vehemencias misteriosas

que se asoman desde nubes hinchadas y su denso gris metálico para anegar, como por arte de pluvial magia, nuestro planeta declinante y adormecido. Y he aquí el bien que mana del cielo, el áulico regalo brindado por los dioses, cuya hermosura subvierte la naturaleza, y demuda todo adusto solar en el vergel de nuestros ensueños.

La copa de la concordia se encuentra repleta de tu desazón preterida, Lázaro, porque bruñe el espejo de nuestra alma enjaulada, y con ella se expía el mal tan atroz que hemos perpetrado. Nunca debimos tolerar que llorases en soledad, sin acercarte un retazo raído para atemperar el fruto mesiánico que glorifica tus lágrimas, ni un sudario remendado para enjugar el rocío benemérito asperjado por tus gemidos moribundos. Sin embargo, al descuidar tu pesadumbre y tu agravio, nuestra incuria ha provocado que sean ellas las que pulan el lustroso suelo sobre el que pisamos, otrora maculado. Traspasan ahora las paredes degradadas, cruzan los percutidos atrios y perforan los vetustos peristilos del palacio del epulón, para invadir los vasos argentados que utilizan sus ínclitos y gulosos comensales, quienes no han bebido dadivosos vinos espumeantes, mas han absorbido las impolutas lágrimas licuadas de Lázaro. Estas gemas, succionadas irreflexivamente como un brebaje místico ingerido por espíritus que creían haber catado los más exquisitos licores, viajan ahora inmiscuidas en su sangre y en la nuestra, y nos han purificado...

Sí, Lázaro, es éste el milagro angélico que ha obrado tu corazón, un prodigio memorable que tardará en ausentarse de nuestra conciencia: al destilar tus lágrimas, enajenadas de todo vestigio de resquemor, has acendrado nuestra sangre umbría, porque ellas trasladan por el cauce de nuestras venas y el curso de nuestras arterias el agua cárdena, veraz y sapiencial de quien, pese a haber experimentado la más flagrante de las injusticias en vida, ha enarbolado el estandarte de una dignidad inalienable, cuya belleza nos confraterniza a todos en una misma familia humana. Con la suavidad exprimida por tus blandas y canoras lágrimas alquitaradas se han humedecido y disuelto las pétreas sales que abochornaban nuestras entrañas más profundas, y nuestra sangre enrojecida reverbera ahora, en una irradiación de resonancias déficas, con un carmesí esplendoroso, reliquia tonificada por su mezcolanza con el rubí de tu sollozo.

¡Qué espectáculo más extraordinario el de asistir a la gozosa fusión del agua cristalina de las lágrimas y de la sangre coagulada de los cuerpos: a la unificación metafísica de lo diverso, para que la sangre y su carbúnculo sean aún más sangre, es decir, más humanidad! Pues la humanidad es sangre vívida que camina resolutamente por la historia, pero cuyo púrpura linfático lo ha edulcorado el vigor irrefrenable de la solidaridad: el

dinamismo propagado al compartir esa lágrima que atraviesa nuestras texturas crujientes y permeables, ahora contritas y astilladas. Hemos recibido así una patena adamantina jaspeada con un nutriente divino.

El manjar más excelso jamás se degustará en los copiosos banquetes que congregan los epulones, alfombrados, quizás, con tapices persas, pero contaminados por esa obnubilación embrocada de prestigios etéreos y de vanas nombradías, ante el ominoso fulgor del más depravado de los peculios y de la mirada jactanciosa e idólatra del crápula, de ese corazón inficionado por su arrogancia impía y exasperante, cuyos ojos aduladores exhiben la opresión blasfematoria de unos seres humanos sobre otros, la estratificación jerárquica y misantrópica que a unos exalta y a otros margina... No, hermanos míos, no acudamos a esos fastos: internémonos en el refectorio del amor.

De nada sirve rodearse de semblantes endiosados que simulan detentar júbilo, y se ufanan, atusados y engreídos, en sus agasajos de laqueada prepotencia y aires despreocupados, cuando en verdad se hallan entumecidos por el llanto de su alma amarga, insaciable y quebradiza, reflejo de su desamparo interior, que ni la influencia más avasalladora sobre otras almas, ni una oscura y untuosa ostentación, consiguen sanar... No, no cabe alivio que desahogue un corazón zozobranante en los procelosos mares del egoísmo: si estamos henchidos de una soberbia sacrílega, enfundados de un amor propio que enceguece nuestro espíritu con su petulancia, precisamos tomar el vaso que alberga las lágrimas de agonía de nuestros semejantes. Y he aquí el inconfesado alimento de la vida, el eterno pan del cielo, que contiene en sí todo deleite; y éste es mi cuerpo, y tu cuerpo, y su cuerpo; y mi sangre, y tu sangre y su sangre, que hemos de comer y de beber, sin permitir que pase de nosotros este cáliz. Así naceremos en una flamante aurora, pues es falso que sólo se viva y muera una vez. Nuestra luz despunta y se desvanece constantemente: resucitan sus irisaciones cuando nos conmovemos ante la diminuta lágrima de Lázaro, y fenece su brillantez cuando desoímos el agrio llanto que se escuchó en la cercanía o en la lontananza de nuestra presencia.

Sí, Lázaro, ni el ribeteado hisopo de los dioses esparciría una lágrima leda y salutífera como la tuya, la más sagrada de las libaciones, porque con una sola de las acicaladas gotas que desprenden tus pupilas mortecinas mutas subliminalmente el desasosiego, transformado ahora en un alborozo beatífico, y manifiestas que es grato vivir, si en nuestro corazón anidan los afectos más elevados. Sería divino el llanto que por sí solo instaurase un río en medio del desierto o bañase un océano desde la nada, y es eso lo que tú nos deparas, con tan sólo uno de tus gemidos intachables: inauguras un río

colmado de indescriptibles sensaciones que se repiten, taumatúrgicamente, conforme nos acordamos de ti, y sufrimos, como tú, al leer la inenarrable historia que versa sobre tu deplorada súplica. Suscitas así que emerja un piélago satinado de voluntariosos propósitos donde antes no surgía nada, y todo era vaciedad, vaciedad de vaciedades, que todo es vaciedad... Florece entonces nuestro espíritu.

Sólo otra lágrima tuya solidificada y espolvoreada, otra iridiscente gota rezumada por la misericordia de tus ojos, impediría que esas intenciones promisorias se disipasen, en acibarada delicuescencia, con el calor que evapora las aguas vertiginosas y seca los mares salobres. Así que no dejes de suspirar, porque lloraremos contigo, y dorarás nuestra sangre, carmínea y agrietada, y la belleza que convulsiona tus aspiraciones desbordará los fluctuantes riachuelos de nuestro corazón...

DÍA TRIGÉSIMO QUINTO

Quedan muchos Lázaros, como el descrito por los santos evangelios, acurrucados junto a los pórticos de los banquetes, de los fastos tumultuosos y de las licenciosas bacanales que convoca la sed insaciable de los epulones, corazones escarpados, maestros del desenfreno que por desgracia regentan nuestras urbes bulliciosas. Ante ese desfile de rozagantes vestimentas de púrpura y de túnicas bordadas de oro, de vistosas joyas engastadas en metales argénteos y de cabellos perfumados con efluvios de rosas exóticas, ante esa procesión de ademanes hieráticos, impenetrables e impostados, yace una multitud empalidecida y entremuerta, casi carente de nombre, sumida en la indecible tragedia que inflige en sus pechos el dolor del anonimato. Estas pobres criaturas se conformarían con comer las migajas sobrantes en las mesas de los rancios y adinerados próceres que gobiernan nuestro mundo aciago. Sin embargo, sus desperdicios acaban engullidos por las insensibles fauces de sus perros, sin que esos Lázaros perciban nada, ni siquiera un mero mendrugo de pan ácimo y reseco; como mucho, una mísera limosna paliativa, dispensada para descargar el rubor que destilan nuestros remordimientos...

¿Qué fruto de mi desvelo recolectan esas almas menesterosas arrumbadas en celdas de adversidad? ¿Acaso me desborda la tarea que el destino me ha consignado? Albergo la esperanza de que mi arte y mi ciencia cristalicen en resultados útiles para todo corazón sollozante, y la belleza que forjen mis manos ha de procurarles consuelo, y las verdades que desentrañe mi espíritu deben brindarles sustento y claridad. Se trata de la única luz que logrará difundir mi alma, pero ojalá alboree un día bajo cuyo sol de evocaciones compasivas ya no me necesiten más, y devengan ellos mismos en auténticos artífices de su propio futuro, en partícipes de los ingentes caudales de hermosura y de sabiduría que hemos adquirido a lo largo de los siglos.

Por ahora, no se disipará de mi memoria la imagen agónica de Lázaro, rebujado en sus paupérrimos ropajes, humillado inicualemente a la entrada de un áulico palacio repleto de lujos y copiosidades, mientras oía cánticos risueños, la suavidad transparentada por esas cítaras de exquisitas encordaduras allí tañidas, el fragor de esos gritos en cuyo fuego de jovialidad prorrumpían los vinolentos asistentes, así como la cálida atmósfera de felicidad, aun episódica y circunstante, que se acariciaba en tan próspero y báquico festín plagado de espíritus ampulosos y de futilidades diversas; para luego percatarse de que nadie le prestaría atención... Ninguno de los ínclitos huéspedes condescendió a que esos

alaridos cuyo estruendo atestigua, con su rugido atronador, el óbito incoado ya en el lacónico existir del hombre cubrieran y transfigurasen su emotividad, indefectiblemente herida y perennemente insatisfecha. Nadie recordó que el auxilio impetrado por Lázaro constituía tan sólo una minucia, una porción irrisoria para la desmesura de la hacienda acumulada en esos aposentos enlucidos, pero quizás una riqueza demasiado bella para la rudeza que atrofia muchos corazones... Nadie le concedió nada al malhadado Lázaro y a sus párpados caídos. Sólo le contestaron con la indiferencia más vejatoria, con el silencio más hosco y vituperante: el enmudecimiento deliberado, la impasibilidad ante las súplicas impetuosas que nos dirigen nuestras almas hermanadas. ¿No marca esta insidiosa negativa, esta desafección, esta intransigencia a escuchar el lamento y los clamores esparcidos por quienes nos rodean, por tantos semblantes bañados con la misma luz que consagra nuestra faz, el envejecimiento crónico del espíritu? ¿Qué, sino la misericordia, obrará el deshielo del corazón del hombre?

Me conmueven mis semejantes, y prometo que se trata de un sentimiento sincero, no acomodaticio, no moldeado por volubles impresiones transitorias: la anciana que, inmersa en su desvalida senectud y castigada en la flacidez de un rostro provento y arrugado que sólo denota desventura, casi no alcanza a andar; aquel niño enteco, indefenso y enternecedor, en cuya inocencia ignora el horizonte fatídico que lo aguarda; el mendigo desamparado que, escuálido y amortecido, implora, aun tácitamente, la pureza angélica de la caridad en el atrio de las catedrales; ese artesano que trabaja con denuedo sin que se le retribuya, equitativa e íntegramente, su perdurable vehemencia, forzado a subsistir a merced de otros y no del admirable cáliz de su esmero; quienes se ven obligadas a vender el preciado tesoro de su sexualidad a hombres a los que no aman; aquéllos disuadidos de expresar públicamente sus opiniones por miedo a represalias, condenas e incomprensión; los que se encuentran ahogados en su soledad, porque nadie posa sus ojos en ellos...

Me entristece advertir que muchas personas no han reparado aún en la eficacia de la ciencia para mejorar nuestras vidas. Me angustia también constatar cómo, a día de hoy, la educación se ha convertido en el patrimonio exclusivo de unos pocos, quienes emplean su erudición para tiranizar a sus congéneres, no para ofrecerles una ayuda desprendida. Y, en no menor grado, me acongoja la profundidad abisal que acrisolan los ecos insondables de este misterio: ¿por qué el cielo ha obsequiado a algunas almas, en un inescrutable ejercicio de aleatoriedad, con habilidades del todo formidables, mientras que otros espíritus no poseen ningún talento aparente? ¿Por qué esta arbitrariedad cósmica? La

inteligencia ignora barreras, y constantemente nos sorprende con una espontaneidad súbita e impremeditada. Los potentados que nadan en mares de opulencia confían en una bendición, en un milagro que unja a sus hijos con la gracia incomparable de un entendimiento agudo, pero solemos presenciar cómo personas de origen muy humilde gozan de unas facultades excepcionales que les permitirán avanzar con decisión y descollar en múltiples esferas. Un fenómeno análogo acontece con la más atrayente de las hermosuras, o con la afabilidad más expansiva, o con todo elixir que exhale el aroma de la simpatía y la fragancia de la seducción.

Los dones se distribuyen azarosamente en la morada del hombre, porque al fin y al cabo responden a un ámbito, de índole recóndita, cuyos volátiles designios anteceden enigmáticamente a nuestra voluntad. No podemos alterarlos. Algunos espíritus afloran automáticamente provistos de una mayor inteligencia, y he aquí una evidencia irrefutable, ante cuya solidez hemos de plegarnos de manera respetuosa. Sin embargo, cuando los hombres se organizan en sociedad, se hallan apremiados a engrandecer sus distintas aptitudes para que repercutan en el beneficio general, y así propiciar que todas ellas cooperen en la obtención de un bien convergente, proficuo y enaltecedor. Hemos de concebir entonces su luz en armonía, como miembros de una misma familia elevada a los devotos cielos de la magnanimidad...

Quizás estimemos injusto el orden de la materia, aunque considero que la idea de justicia eclosiona como una cosecha pródiga de esa creatividad que ennoblece los nebulosos resortes de nuestro corazón, pues la naturaleza, águila de alas altivas que nos enceguece con la hermosura de sus esbeltos y fecundos rayos, desconoce la obediencia a lo justo y lo injusto... Pero si pensamos que en el plano físico prima la inexorable oscuridad de la injusticia, intuición sin duda conturbadora, no hemos de sostener lo mismo en lo atinente a la comunidad humana, que puede y debe ser justa, y puede y debe favorecer que quienes hayan acopiado una pléyade más resplandeciente de capacidades en el mágico acto del nacimiento la entreguen, en el altar de un sacrificio cabal y heroico, al servicio de toda alma.

Jamás descansaré en un orbe donde el esfuerzo humano se reparte de modo tan precario; un mundo en cuyo seno unos pugnan por trabajar afanosamente, remunerados con una recompensa ínfima, mientras que otros, ya sea en virtud del heráldico linaje de su dinastía o de su fuerza proverbial y dominadora, avasallan sin escrúpulos a los débiles, menoscaban su dignidad y se apropian, como confiscatorias aves de rapiña, de los gananciosos manantiales que produce la humanidad con su sangre y

su sudor, para lucrarse privativamente de ese pingüe rendimiento que brota de la infatigable y bella pertinacia del hombre, de esa fortaleza que nos ha exhortado, desde remotos tiempos, a metamorfosear el cosmos y a no dejar de recorrer las sendas que hilvanan los hilos de la vida. La opresión de unas personas sobre otras sella nuestra tragedia más terrible; rubrica la agria expresión de nuestra catástrofe más altisonante, de nuestra debacle más calamitosa: el sometimiento de la hermosura de un ideal de fraternidad a la violencia de una realidad no sanada.

No viviré tranquilo mientras corazones depravados esquilmén y manipulen a los más vulnerables, a aquellas almas dotadas de menor inteligencia, pertrechadas de un vigor más restringido o no iluminadas con las luces placenteras que irradia el arco iris de la diosa fortuna. Me resisto a ocultar mi sueño más pujante, la más cándida ilusión que mis lágrimas derraman: despuntará la majestad de una aurora, la holgada gloria de un amanecer de juventud y amor, de cuyo pródigo rocío sólo emanarán los arroyos de una alentadora simetría, donde se reconcilien las diferencias que la naturaleza ha establecido en el polifacético seno de esta humanidad lastimada. Su tersura nos conminará a disponer nuestras destrezas individuales en provecho colectivo.

En una historia en cuyas encrucijadas conviven la abundancia y la escasez, la alegría y la compunción, el bienestar y el sufrimiento, yo palpo con qué tenacidad una potencia incognoscible me insta a contribuir a que en la tierra impere el júbilo y no rija la tribulación. Mi corazón sólo presagia, con vaguedad suma, la esencia que esboza esta empresa de urgencia indiscutible, pero no precisa con exactitud cómo debo coronar tan magno y sugestivo empeño, este celo que devora mis aspiraciones...

Yo sé, con nitidez primorosa, que he de continuar. “Yo seguiré”. Yo no desistiré de mi determinación de interrogar el universo para descifrar su ser más íntimo. Yo perseveraré en mi anhelo entusiasta de aprender y de cultivar el impulso mesiánico que propaga las robustas semillas de la fantasía. Yo persistiré, indómito, en la búsqueda de la belleza y del amor que otros me han negado. Un convulso cielo me llama a marchar hacia el intrépido mañana, y no menguará mi fervor por intensa que sea la desdicha.

Vibra en mi interior una voz susurrante, de rumores esquivos que no cesan de aturdirme con la sonoridad de un anuncio prioritario; sus flechas se clavan en mi alma, y sólo emiten los reflejos tornasolados de una pasión ahora inyectada en el fluir de mis venas ávidas. Frente a toda fatalidad, yo he de asumir un tesón incandescente que me invite a crear la arcana efigie

de los días venideros. Yo he de identificar lo eterno en medio de lo efímero, y lo infinito en los destellos pasajeros de lo finito. No he de ceder ante el desánimo inoculado por las sombras irredentas de una brevedad que atenaza sin piedad mi existir arrebatado, ni tolerar que la certeza meridiana de mi insignificancia frente a la imponderable inmensidad del firmamento me abrume y derrote con sus armas arrolladoras. Yo he de sepultar toda desazón, y así mirar al futuro henchido de un ardor beatífico, porque en su punzante luz estriba mi más honda e inspirada vocación.

Mi vida entera debe alzarse como un ejemplo comunicable de abnegación, mística, serena y apofática, en aras del arte, de la ciencia y de una humanidad afligida.

VIVIR Y MORIR

Basta con situarse en el humeante balcón de la historia, protegidos por la grata y casta luz que tutela los días soleados, cuando ese torrente de azules e índigos que desborda el cielo ha cubierto ya todo nimbo túrgido y grisáceo, para contemplar, en la noble lejanía, la colina de límpidos fulgores a la que ascendieron tantas almas que, en efecto, nacieron y fenecieron, transidas de inocultable finitud, pero cuyos espíritus no se contentaron con aparecer y desaparecer sin más, con resultar impelidamente arrojadas a un mundo enardecido para sufrir, apenas iniciada su andadura, un desalojo precipitado, expulsadas en la más áspera de las sacudidas, defenestradas violentamente de la morada conquistada, sino que se afanaron en sobreponerse al decurso imbatible que rige la furia de esta cronología... Y por ello compartieron su desmedida angustia, ese incontinente exceso de energía que fluía raudamente por la delicadeza de sus venas; esa pujanza desbocada que exigía una áurea expresión, en forma de arte, de ciencia, de amor y de belleza...; utopías contrariadas, en cualquier caso, por la agonía de la muerte, por las tinieblas del mal, por el alma negra de un odio lucífugo que carcome nuestro cuerpo y sepulta nuestro corazón bajo sus sucios lodazales; por la apetencia inconsolable y epidémica de poder que todo lo corrompe, injuria y profana, y cuya avara podredumbre desluce nuestros más egregios ideales. Aun así, y pese a toda evidencia impugnadora del amor auténtico, cuyos fundamentos remiten al hálito omnipresente de la más sonora de las paradojas que todavía hoy brama en el seno de la vida, esos hombres y mujeres forjaron un don que ha valido la pena, exhortados por un impulso ignoto y acentuado: una pasión devoradora que todas los espíritus palpan, mas ningún corazón explica, porque si desentrañáramos su secreto recóndito, desterraríamos la llama de lo puro, al exiliar de nuestro reino ese cirio de inefabilidad que vela por todo misterio...

Sí, ha merecido tanto esfuerzo vivir, hermanos míos, si esta constelación de experiencias atesoradas nos ha brindado la oportunidad de asomarnos al nutricional palco de los milenios, a la exuberante acrópolis desde cuyas balaustradas de fervor honesto cabe divisar la presurosa cohorte de deseos almacenados en la memoria de la humanidad. Allí oteamos el paisaje con la determinación inconcusa, con la resolución audaz, con la integridad escrupulosa que exhiben los cipreses cuyas enhiestas siluetas espigadas tonifican monasterios enmudecidos con sus candentes copas místicas... Muchos ojos quizás se hallen enceguecidos por la hilera de horrores, de perversidades truculentas, de monstruosidades dramatúrgicas que no han cesado de enseñar sus terribles mandíbulas a una humanidad afligida; por ese cúmulo siniestro de miradas ausentes, atestado de los más nefastos infortunios que han envuelto la epopeya del hombre y han congregado los espectros de nuestra incurable propensión al egoísmo. Pero

es vano sucumbir a las imponderables noches de la desazón: hemos de inspirarnos en una luz cuya verdad nos interpele y enaltezca... ¿Y en qué bálsamo habríamos de depositar nuestra confianza ya pungida y deslustrada? ¿Dónde encontraríamos un elixir que penetrase con suavidad en nuestro espíritu y sanase todo vestigio de aflicción?

Entreguémonos a un fermento que catalice el repertorio de nuestros sueños; a una fuerza que nos inste a no decaer ante la luenga y fuliginosa sombra que proyectan los perfiles de una nada incognoscible. El pesimismo existencial que con frecuencia nos invade y resquebraja, a tenor de este desamparo primordial, de la ilegibilidad que eclipsa este mundo incomprensible y desdorado pese a sus horas de pulcritud unánime, ¿no socava los cimientos que sustentan la más acerada alegría? ¡Clamemos por una dicha libre, capaz de disipar las brumas de este no entender cuyos haces crepusculares apagan toda bella luz encendida en la sede del corazón, de estos flagelos invisibles que nos torturan lentamente y nos sumergen en amarguras postradoras, de estas semillas de eterna inquietud que no dejan de erosionar el tabernáculo de nuestra alma, genuflexa ante potestades carentes de nombre! Su oscuridad nos atribula con la herida que inocular su vacío. Nos imbuye de su indolencia y nos perfora con su espada de nihilismo turbador, en detrimento de esa felicidad vislumbrada desde las robustas atalayas que glorifican el espíritu, cuyas insignias ondean siempre con ansioso esplendor...

No sé, hermanos míos, por qué vivir, al igual que ignoro por qué morir, pero soy testigo del insondable milagro que nos otorgan las manos pudorosas de la vida, y si por mí fuera, toda la hermética de este cosmos titánico se detendría cada vez que se produce la maravilla rejuvenecedora del nacimiento, y todas las huestes del cielo y de la Tierra marcharían al unísono para celebrar tan insólita efeméride, porque en ella acaece un prodigio extraordinario, y no me cansaré de repetirlo... Sí, engendrar el flamante rostro de una criatura equivale a lanzarla a este valle de soledad sin haber impetrado su permiso, para que surja de súbito, como despeñada desde la cúspide inalcanzable que encumbra el universo. Y persiste la pregunta por el significado de este fenómeno, porque quizás nos alcemos como esclavos maniatados a este espinoso interrogante, bajo la vigilancia de un firmamento aciago y de sordas bóvedas silenciadas, en cuyas extensiones sólo se nos antoja posible el imperio despótico que ejercen los lóbregos engarces de la necesidad... ¡Pero yo quiero fantasía y reposar en hermosos lechos de esperanza! ¡Yo busco creer que en mí ha construido su morada el primor de un sentido puro e imperecedero! Sólo así sobreviviré, si me trasciendo, si me encamino más allá de mí mismo, allende la profunda angostura que constriñe y agita mis fronteras, y me transfiguro en

la palabra inconfundible de una gran obra que aspira, con vehemencia y lazos de sangre, a la más vigorosa inmortalidad.

Ni vivir, ni morir: ambos me superan, pues constituyen actos que no dependen de nosotros en exclusiva. Una voz, saciada de franqueza, me invita a abrazar la convicción de que no hemos de plegarnos ante ninguna de estas dos realidades desproporcionadas, porque tan sólo subsistimos, adormecidos, apaciguados, suspendidos en la ligereza que aquilata el ser y serena la nada; desasidos de todo dinamismo, mistificados en una *Gelassenheit* que dulcifica este espacio yermo y fértil, ímprobo y bueno, cuya ambivalencia de astuto Jano bifronte encarna la más voraz de las contradicciones y nunca la solventa, ni siquiera en el venerado futuro, que más bien le procura una excusa, una prórroga continua para mantener la dolorosa concomitancia que acompasa y refina los opuestos, coincidentes en un mismo panorama de franjas nebulosas. El cielo ha condenado a nuestros corazones a aflorar y a expirar bajo esa arquitectónica que engalana el vuelo de sus astros...

Vivamos, y muramos también, si con la muerte renovamos la anhelada vida, y decoramos, con nuestra extenuación benéfica, esa edificante y majestuosa galería que custodia la fugaz estela de los siglos. Nuestra tarea más importante no radica en descifrar por qué vivimos y por qué morimos, sino en esclarecer si ha convenido vivir, y si nos dignificará morir, para que resucite el brío seductor y el ímpetu virginal que inunda estas planicies enigmáticas...

Vinimos, vivimos y moriremos, y siempre nos esquivará la razón última que ha provocado que lleguemos a este enclave tan pintoresco; pero la pasión que baña nuestro espíritu con cálidos rocíos de entusiasmo percibe que hemos de vivir y hemos de morir... De sus grutas emerge nuestra certeza incontrovertible: el horizonte democrático de un óbito aniquilador que nos equiparará a todos, al disponernos frente al insobornable tribunal que preside la audiencia de los tiempos, para cuyos jueces no cabrá exención alguna, y de cuya severidad nadie saldrá indemne.

No alberguemos tristeza ni melancolía, hermanos míos. Vivir acrisola ya la luz rebelde de un obsequio pletórico, y propicia un despliegue magnificante que nos bendice con los frondosos rayos de su potencia innovadora. Implica pasear por las sendas de la historia como hijos de un amor desconocido, cuya belleza nos incorpora a este orbe en virtud de la magia ancestral de la naturaleza. Nos permite pensar, crear y estrechar los blandos pechos del gozo, para demudarnos ahora en padres y pastores del amor, en corazones que traigan nuevos retoños a estos parajes herbosos,

exóticos y flébiles, vástagos que no renuncien a erigir ciudades señoriales, ni rehúsen escribir libros aleccionadores, ni desdeñen componer melodías perdurables...

Nuestro desafío más apremiante estriba en convertir la vida en una ilusión honorable y llevadera para todos, de manera que discernamos una justificación para habitar en este vasto y acelerado océano que no abdica de encadenar acontecimientos inderogables. En los evocadores chorros de su luz residirá la salvación que implora el alma de todo hombre, ese fuego inveterado que no ha desistido de crepitar en el empinado fondo del espíritu: en dirigimos palabras redentoras, cuyo corazón de condescendencia muestre lo infinito que subyace a la densa finitud de esta bóveda sideral; verbos diáfanos y angelicales que desvelen lo invariable aun en medio de lo errático, mutable y evanescente... ¡Tallemos entonces un lenguaje jamás presagiado!

DÍA TRIGÉSIMO SEXTO

“He ofendido a Dios y a los hombres porque mi trabajo no ha gozado de la calidad que debía haber mostrado”. Los impredecibles rayos de la fortuna me concedieron, con liberalidad inusitada, el áureo don de ansiar la belleza más sublime, la más docta sabiduría y el amor más puro. He codiciado, con el más vívido de los entusiasmos, la tersura mirífica que olea los lejanos cielos de la perfección. Sin embargo, no he encarnado adecuadamente este deseo en la flaqueza de mi cuerpo claudicante, pobre hechura de manos divinas. Lo percibo en cada humilde trazo que dibujo, en la sonora inconclusión que le es consustancial, y no despunta una luz que me faculte para reproducir, con la fragilidad inherente a mi pincel abatido, la idealidad de las formas geométricas...

No merezco vivir. Preferiría que el destino no me hubiese obsequiado con ningún talento descendido de las alturas o emanado de las profundidades. ¡Ojalá me asemejara a cualquier individuo normal, venturosamente ajeno a este tormento que aflige mi alma con las gotas intangibles de su veneno, con esta tortura fustigada por una altivez avasalladora que me induce, áspera e inflexible, a suspirar por el envidiado pléroma de ocultos paraísos, ebúrneo tesoro que sólo los dioses soberanos custodian en sus reinos perdidos, al acrisolar un patrimonio que las deidades detentan de manera ineluctable y excluyente!

No sé para qué vivo. Me lo reprocho a mí mismo continuamente: ¿Por qué, Leonardo? ¿Para qué inicias este hervidero ingobernable plagado de flamantes proyectos, si aún no has consumado los bosquejos que tus apetitos insaciables incoaron con anterioridad? ¿Por qué te empeñas en penetrar en tantos y en tan versátiles campos del conocimiento? ¿Hacia qué objetivo se orienta esa curiosidad desabastecida que mora, crece y derrama su aroma en tu espíritu? ¿No serás acaso indigno de aposentar, en la labilidad de tu intelecto, un ímpetu infinito de magnificencia? ¿Qué has logrado en esta vida? ¿Con qué luz brillará tu legado a una posteridad siempre expectante? ¿En verdad has mejorado las vidas de tus hermanos y has ensanchado las alas de la humanidad, o has disipado tu agudeza en utopías vanas, en inventar sofisticados artilugios que efectuasen acciones prohibidas por las leyes rectoras de la naturaleza, en contemplar las solemnes aves que surcan, con exquisitez, las irisaciones de cielos azulados, ávido de emularlas, en conmoverte con la estética reflejada en el espejo de una corriente esplendorosa de agua límpida que bulle, impulsada por agilidades seductoras, a lo largo de lívidos riachuelos que fertilizan bosques exaltados, en maravillarte

genuinamente ante el diseño armonioso y en nada superfluo que vertebra nuestras enigmáticas estructuras corpóreas...? Tan denodados esfuerzos, ¿de qué han servido? ¿Has descubierto el auténtico significado que esconde el mundo, la esencia recóndita de este cosmos majestuoso que tan efusivamente admiras? ¿Has conquistado alguna cima dorada y valerosa al ensimismarte, embelesado en tu propia complacencia, con la hermosura memorable que exhala la serenidad del firmamento, y al intentar transcribir, en tus cuadernos caóticos, esos verbos emotivos que heraldos inescrutables le comunicaban a tu corazón a través de sus paisajes fervorosos y de su inagotable caudal de vida? ¿Has aprendido a amar? Tú sentías que los dioses te llamaban por tu nombre y, con palabras cálidas, te invitaban a besar la inocencia de sus frentes; tú abrazabas la fuerza del cielo ya en la Tierra, y sazonabas tu imaginación con devotos vislumbres de lo imperecedero que te conducirían hacia el Olimpo de la permanencia...

Me ha dominado un egoísmo hondo y enloquecedor, una avaricia árida e incorregible que ha fundido mi cirio pascual, un celo devorador que me ha consumido y desfigurado interiormente: la acuciosa sombra de la perfección. He amado el arte y la ciencia con mayor ardor que a las personas. He buscado en el exterior esa luz que amparaba en la intimidad de mi alma. He pretendido otorgar a los tiempos venideros un prodigio sobrenatural, pero les he procurado una rapsodia prolífica, repleta de tareas inacabadas. Albergar el espíritu de lo deífico no ha constituido mi justa recompensa.

Confieso que me he visto asaltado por la amargura de estas inquietudes en numerosas ocasiones. Me he martirizado a mí mismo con frecuencia y de modo inmisericorde, con el recuerdo de mi incapacidad indecorosa para obtener esa completitud, tan sugestiva como inviable, en cuya consecución se ha afanado mi alma con esmero. Me ha aprisionado entonces, con una violencia insólita y lancinante, la macabra tentación de morir, fantasma de perfiles instigadores y de noches conminatorias que también ahora vaga por mi mente y acuchilla mi espíritu, crepúsculo agresivo que remolinea tenazmente en torno a mí y amenaza con capturarme, como un carroñero al acecho de mi última caída... Podría privarme de la vida en este preciso instante, y ya nada escucharía, nada pensaría, nada ambicionaría mi corazón absuelto e indiviso... Enamorado de mi propia libertad, auspiciaría el cese de los flagelos que hoy me desgarran por concebir más de lo que alcanzo a realizar. Ya no me palparía férreamente vigilado por el espectro atroz de una excelencia que presagio y atisbo, mas nunca coronó. Por fin descansaría... No representa, en absoluto, una idea absurda: entraña una opción que siempre respetaré,

pues en todo momento contaré con la posibilidad de poner yo mismo término a las aciagas aspiraciones que cercan y canalizan mi existencia, aunque me intimide la penumbra luctuosa de este anhelo frío, inconsolable y doloroso que se manifiesta, oscuramente, ante mis ojos umbríos y crispados...

Vivir o morir...: entre estos dos arcanos no se alza una frontera tan ostensible, porque la muerte sucede espontáneamente a la vida, y la vida emerge, indómita, de la semilla que plantan las temidas zarpas de la muerte. Cada uno de nosotros ha de merecer tanto la vida como la muerte y sus reverberaciones, pero muchas veces he desperdiciado la ofrenda de la finitud...

Disponer de una prerrogativa incomparable, mas no ejecutar tan elevado privilegio; hallarse investido de una aptitud bella y enorgullecedora sin aprovecharla lo suficiente; tolerar que muchos de mis designios se diluyeran en una concatenación infecunda, entretejida de meras y adocenadas veleidades, sin nunca traducirse en hitos concretos...: he aquí mis pecados, tanto veniales como mortales. Me culpabilizo de haber perpetrado muchas cosas censurables, pero ¿quién perdonará el delito más grave que ha cometido mi alma: el error de no haber plasmado, en el virtuoso orden que envuelve el imperio de lo material, esa pléyade integrada por el haz de invulnerable claror que expande la luz inextinguible de mis sueños, hijos del éxtasis? Muchos estimarán que un propósito tan jactancioso siempre habría resultado inasequible, al tratarse de una alhaja fulgurante reservada a dioses invisibles y ángeles evasivos, pero yo profeso fe inquebrantable en una piadosa vocación humana: la de culminar la plétora de sus más cautivadoras fantasías. Jamás me despojaré de una esperanza indescriptiblemente dulce: en algún día remoto, en algún distante y brioso amanecer que rebose de granadas flores y de mansos rocíos de entereza, la humosa e incombustible llamarada que contiene el fuego de la plenitud poseerá y abrasará con ternura a nuestra estirpe...

Ignoro desde qué grato hontanar fluyen sus chorros cristalinos, pero en mí late una pasión incognoscible, cuya luz de sagrados centelleos me mueve a vivir y no a morir. Acaricio una voluntad, gloriosa y reveladora, que clama por hojas de vida y ríos de experiencia, por amor y entendimiento, por delectación y hermosura, como si potencias misteriosas en soledades de ébano me hubieran encomendado una responsabilidad insoslayable: la de vivir y crear, para que todo cuanto languidece inerte, inanimado, inmerso en insufribles y melancólicos letargos vegetativos, recobre su vigor de ecos venerables y exhortaciones propiciatorias, y tonifiquemos sus pétalos mustios con el divino néctar que desprenden las

suaves rosas del ingenio, frente a cuya belleza inmarcesible la muerte es un poder sumamente débil...

Las ideas exhiben una característica fascinante: jamás se erigen en patrimonio exclusivo de nadie, ni siquiera de sus autores. Ninguna persona, por notable y privilegiado que se nos antoje su pedigrí, o por inigualables que resulten sus credenciales de compromiso con un determinado pensamiento, logra eludir el severo juicio que dispensan las ideas a cada vocablo que pronuncian sus labios y a cada acto que sus brazos ejecutan.

Como por obra de un hechizo, las ideas se emancipan de sus artífices, y devienen en etéreos seres que subsisten por sí solos, en oblicuos moradores del orbe sideral, en conspicuos habitantes entronizados en el secreto oasis de las ensoñaciones. Las ideas disfrutan de independencia, poseen “aseidad”, y viven en sí y por sí, a ninguna potestad supeditadas. Algunas almas las admiten y otras las impugnan porfiadamente, unas las inventan y otras las entierran en las exequias fúnebres presididas por el más adusto olvido, pero refulgen siempre con su propia luz, ufanas de su condición inmutable, hieráticas para todo corazón dotado de ojos prestos para ver, o agraciado con oídos pacientes para escuchar, o investido de fecunda voluntad para abrir su imaginación a la novedad no presagiada... Las ideas resisten el veloz tránsito que urde los lazos de los siglos, y por extrañas y evasivas que a veces las consideremos, siempre cabe esforzarse en entender su contenido más genuino, y en profundizar más allá de los taraceados oropeles con cuyas florituras y aderezos cosméticos las hayamos ornamentado a lo largo de los diversos, vertiginosos y fluctuantes avatares que cubren esta vastedad de milenios. Es así que carecen de dueño, y nadie se apropiará nunca de su mismidad, pues directamente interpelan a la conciencia intransferible de todo espíritu.

Algunas resplandecen con tanto y tan hermoso poder que parecen capaces de insuflar, por sí solas, ánimo incluso a las piedras, y de dividir la historia, como pretendiera el filósofo, en dos: en antes y en después de ellas. Otras despliegan evocaciones tan horrendas que con sólo intuir las o mascullarlas se acongoja el alma y se marchitan los anhelos, y basta con traer a colación el nombre que la convención les ha acuñado para que nos aprisionen las cadenas del más áspero temor o de la más punitiva vergüenza. No obstante, todas, buenas y malas, módicas o magnificadas, son ideas, residentes en una esfera translúcida que no nos es dado controlar, enclavadas en reinos recónditos cuya pulcritud no cesará de sorprendernos nunca, porque en sus prados radican las formas imperecederas y reverberan los recuerdos...

Expiran las almas y fenecen los cuerpos, pero el aura que nimba su reminiscencia perdura en las ideas. Es entonces tarea nuestra vivir primorosamente, y alzarnos, enderezados por la ilusión y la valentía, para

demudarnos en leales servidores de las díscolas ideas, de esas diosas altivas, testarudas e insumisas.... Ellas siempre se nos manifiestan como entidades vaporosas, vacilantes, inasibles. En cuanto nos disponemos a capturarlas, y cerramos con fuerza la palma que envuelve nuestras manos quebradizas, para que, suspensas en una cápsula que poco ha de envidiar a las crisálidas de ninfas llamadas a metamorfosearse, no escapen de esa órbita que cerca nuestro dominio, prófuga y enigmáticamente se ahuyentan, escurridizas, caprichosas y desertoras, fruto de un terrible e iracundo aspaviento... Con serenidad emprenden su grácil vuelo, imitadoras de las orgullosas mariposas y émulas de esas dúctiles pompas de jabón que se disipan con lentitud y sin remedio, para después volatilizarse en la gasificada inmensidad que custodian las restringentes masas de aire: se elevan, alígeras, hasta diluirse en el difuminado limbo estratosférico, y se esfuman de la faz de nuestro planeta sin atesorar nostalgia alguna por su desvanecimiento repentino. Conocen la bóveda que acoge los astros más risueños, pues de ella dimanan y hacia ella tienden irrevocablemente, y tan alejadas se hallan del mundanal espacio, del hogar de los hombres, que al mínimo contacto con la trémula sustantividad que enlosa nuestras sendas levitan, apresuradamente, hacia las franjas impolutas del firmamento, y tratan de clausurar toda interacción con la terrosa naturaleza...

Cautivos de nuestra inocencia aún no perdida de recién nacidos, nos afanamos en traducir las ideas al vistoso lenguaje que refleja el tiempo humano. Pero las ideas hunden sus raíces en el cielo, y, en su capitosa impasibilidad, no toleran el suplicio de los campos trebolares, ni los agravios que ocasionan las frondosas arboladas y las praderas virginales, y menos aún la vorágine que destilan urbes ruidosas y rezuman aldeas encantadas. Las ideas, en definitiva, nunca accederán a convivir con nosotros, sino que nos observarán desde esa frialdad victimaria que arbitra las indóciles alturas, aposentadas en sus púlpitos reprobatorios. Impertérritas, ingravidas y despechadas, con un desdén exquisito que transparenta elegancia y ceremoniosa altanería, nos juzgarán según su inescrutable criterio, aves donosas ajenas a nuestras aspiraciones y a nuestros amores tullidos. Perseveraremos en el intento, no lo descarto, de propiciar que las ideas descendan hasta donde imperan los códigos ancestrales de la geología, y se atrevan a pisar la inveterada aridez que ofusca el polvo y el prosaico lodazal que empoza el existir del hombre. Sin embargo, y en virtud de una ley ignota, cuya promulgación antecede a la constitución metafísica del universo, preferirán siempre rechazarnos: tiritarán, estremecidas, sobresaltadas, gesticuladoras, ante la más leve fricción con nuestras humildes creaciones, y se escabullirán sin remordimiento, resbaladizas, desafectas y respingadas, pues inexorablemente optan por el grato calor del fuego que desprende la

mayestática cúpula zodiacal, porque complace más disponer de la iluminación que irradian las estrellas rutilantes y festivas que aguardar la titubeante luz exhalada por las antorchas y las candelas...

Las ideas colindan con lo divino. Configuran una energía hercúlea que inflige sonoras derrotas a las mareas de la cronología. Desafían y disuelven toda tópica partición que aquí establezcamos, al entremezclarse consigo mismas, generar producciones híbridas y fraguar cosmovisiones equívocas, con frecuencia incompatibles y contradictorias, mas siempre ideas que sangran sugerencias... Algunas nos ofrecen el eximio espectáculo de sintetizar, en escasas letras y en someros versículos, todo aquello por cuya belleza suspira nuestra vehemencia y por cuya luz se desvive nuestra intrepidez. Pero qué cruel es la mente, que las gesta, protege y auspicia, porque jamás una idea ha absorbido, por sí sola, la riqueza insólita de la vida, la llamarada efímera que santifica el gozo, la sublime y esmaltada magia que difunde el amor y ampara el deseo. Nunca una idea agotó el misterio que cristaliza en cada individuo, el arcano del rostro siempre diferente: la incógnita de la mirada nunca idéntica que separa, pero también vincula, a cuantos procedemos filialmente de un mismo linaje.

Sí, adoremos las ideas, elaboradas o descubiertas en el seno de nuestro espíritu, expresiones todas ellas de esa encrucijada dilemática en cuyos nebulosos y enhebrados filamentos se bifurcan nuestras más regias ambiciones. Hemos de tributarles noble pleitesía, aunque rehúsen concedernos el caballeresco beneficio de la duda, que no tiene por qué exteriorizar mera incredulidad o raso escepticismo, sino rayos de pasión sincera, y sean renitentes a permitir que alguna vez convirtamos en realidad y embeleso lo que en nuestro intelecto tan sólo vibra como veleidad tambaleante e irresoluta...

La humanidad nunca abandonará su empeño de que las ideas acaricien la pedestre superficie y sus llorosas hendiduras, para que despunte, a través de su luz purificadora, la ternura del diálogo, la belleza de toda bendición y de toda alabanza, y languidezca la oscuridad que esparcen las violentas sombras de la opresión entre los hombres. Advertiremos, eso sí, y con una claridad desconcertante, que no abunda en las ideas el néctar de la misericordia, pues raramente se conmueven ante el sufrimiento que anega nuestros corazones segmentados, aunque no por constatar su indolencia desistirá nuestra estirpe de implorar la eclosión, aun tardía, de los añorados haces de su benevolencia...

Alumbremos, desvelemos o anticipemos las ideas, a fin de inspirar nuestra ansiada comprensión de las provincias del espíritu y del círculo de

la naturaleza. Sin embargo, hemos de consagrarlas a un propósito venerable: al de contribuir a que los conflictos más desgarradores se disputen y zanden no sobre la castigada tierra a la que pertenecemos, sino en ese paraíso ilimitado, invulnerable y terminológico por cuyos cielos de perenne juventud revolotean las palabras, pues ellas sí soportan el dolor infinito, sin que se inmute su prístina esencia inalterable... Un verbo, trasunto de una idea, lo sobrelleva todo, como las sobrias hojas de papel, en contraste con el clamor de esas grietas que fracturan nuestro espíritu y con la inocultable debilidad que entumece nuestra carne.

Desplacemos el agrio eje del padecimiento, de la desventura que nos aflige, al pliego laminado sobre cuya mansa y libre suavidad se escriben los conceptos. Convenzámonos, en toda idea avivada, de que hemos vencido la muerte, y nuestro corazón ha penetrado en el fabuloso ámbito que tutela el faro de lo eterno. Con cada noción engendrada en nuestra mente conquistamos un mundo, para bien o para mal, y he aquí la cuestión insoslayable: no si ser o no ser, o por qué el ser y no la nada, sino cómo ser y cómo no ser, y cómo es ahora el ser y cómo no es la nada, y qué debe ser la humanidad... Saber, hacer y esperar, pero, más aún, qué sabremos, qué haremos y qué esperaremos, porque toda idea remite al inefable futuro, a una nueva luz que la sustituya, amplíe o niegue. Y no hemos de comportarnos como testigos enmudecidos o como comparsas silentes de esta destrucción creadora que reduce a cenizas todo esfuerzo, sino como actores entusiastas, cuyos cánticos abnegados rindan homenaje a la insondable hermosura que unge toda gran idea, sin renunciar a impetrarles, imbuidos de la reverencia más devota, que se apiaden de nosotros, aunque hayamos pecado e, insipientes, los hayamos maltratado, para que muestren la osadía egregia de posar sus pies numinosos sobre la ostensible fragilidad que agosta todo suelo y sepulta todo sacrificio, y así acepten nuestra hospitalidad más honesta...

Qué dulce y diáfana utopía: que personas e ideas vivan juntas, ya no sólo en la intermediación restrictiva de las lenguas, sino en la realización y en el ímpetu de sus sueños respectivos.

DÍA TRIGÉSIMO SÉPTIMO

¡Cómo me aterra el abocamiento a desaparecer de este orbe impenetrable! Fallezco, y humildemente regreso a la heterogéneas fuentes de la naturaleza, de cuyas vívidas raíces procede mi ser, mas ¿qué se le deparará a esa luz irreductible cuyo óleo unge a mi persona? ¿Quién me convocará por mi propio nombre? ¿Quién pronunciará “Leonardo” cuando mi cuerpo retorne a la tierra arcillosa que nos fragua con delicadeza, y se disuelva inexorablemente en su légamo lóbrego e inmisericorde? ¿Para qué vivir, si umbrosas leyes han decretado, ya desde nuestros más remotos orígenes, que hemos de morir inderogablemente? ¿Qué nos añaden más o menos días ante la imperturbable infinitud y el vacío amurallado que flanquean un óbito siempre irreparable? Ignoro qué me cabe esperar de la vida y de la muerte...

La muerte, cuando la contemplo en la faz de aquéllos a quienes tanto amé, o cuando descubro la espesura que envuelve su sombra de densa inclemencia, siempre amenazante sobre cualquier forma de vida, me atormenta, me desconsuela, me amordaza. Se trata del fenómeno más profundo y desolador que acontece en el inmenso y florido seno de la naturaleza. Yo también moriré. Me disiparé como una pobre gota evaporada por este ardiente sol cuyos vigorosos rayos señalan el futuro. La angustia que me invade, esas alas que se pliegan sobre mi fragilidad y me tiñen con su color, fiero y oscuro, tocará a su fin. ¿Y qué suponen unos años comparados con la inabordable duración del tiempo? ¿Qué soy yo ante lo eterno, magnífico y omniabarcador? ¿Qué evocan mis lágrimas ante la grandiosidad inexpresable que engalana los brocados del universo, ante la armonía primordial que todo lo hilvana, enguirnalda y vivifica con los irrevocables chorros de su hermosura?

Ante las inconmensurables potestades cósmicas me siento desprotegido, como implume ante la terca vastedad que exalta el aire imbatido y sugerente, cuyo embrujo de exhibiciones pudorosas nos invita, insistente, a surcar su dúctil esfera y a respirar sus nobles fragancias...

Ojalá cuando fenezca mi alma y se difuminen mis sueños se alce una luz, imbuida de compasión, que me adopte con suma y paternal calidez; un corazón, bello y generoso, que abra sus brazos de pureza y estreche su espíritu de fervor junto al mío, para así brindarme plenitud cuando se clausure mi horizonte y se extingan mis deseos. La amplitud del firmamento me acogerá, y me integrará en su estético y fértil universo, pero difícilmente llegará a reconocermé por mi onomástica, y menos aún a

amarme con ternura. Sólo un dios lograría hacerlo; sólo un ser deífico me salvaría de este abismo inatacable, armado de inmensidades galácticas que se ciernen sobre mí como la más grávida de las losas, que es la pesada lápida del sinsentido. Sin embargo, me cuesta tanto vislumbrar los ojos de Dios, eclipsados tras esta bóveda crepuscular que ampara lo incognoscible...

Mora en mí una melancolía irredenta, ansiosa de dulzura y presa de atroces soledades. ¡Qué triste es la voz de toda felicidad desvanecida, pues nos obliga a recordarla con suprema nostalgia! Su haz, lloroso y atribulado, afligido por la más afilada y perforadora de las amarguras, se dirige hacia un dios cuyas manos bondadosas esparzan el aroma de la salvación. Pero mi debilidad me martiriza sin indulgencia, y me resulta tan complicado profesar fe en una deidad celeste... La razón me exhorta a recapacitar con una frialdad inundada de lástima, con una franqueza humidificada por la acuosa desnudez que circuye mis sollozos. Me insinúa que la existencia y la aniquilación responden a una dinámica inapelable: obedecen a un refinado, aunque inflexible, mecanismo, cuyo poder engendra criaturas distintas y suscita historias disímiles, impulsos disidentes. Para los hirientes cánones de la lógica, yo sólo constituyo un elemento más, un inofensivo eslabón entrelazado a la monumentalidad de este ingente sistema, a esta sorda enormidad concatenada de mundos y meta-mundos que pueblan el silencio de un cosmos ciclópeo, y cuya policromía trenza el tejido fecundo y colosal que confecciona las pujantes fibras de la naturaleza.

En cualquier caso, he de confesar que el simple discernimiento esbozado desde nuestra facultad de raciocinio no me reconforta. Muy poco explican, en realidad, sus argumentaciones, pues no nos revelan el fundamento último que todo lo sustenta y auspicia. Nada esclarecen sobre la meta final que yace detrás de todo cuanto experimentamos y forjamos en las arduas sendas de la vida. Callan ante la pléyade de misterios insondables, ante esos enigmas de ropajes arqueados sobre cuya trascendencia se afana el hombre en reflexionar con tenacidad, agudeza y hondura. Estos aspectos tan primorosos, tan subyugantes para las inquietudes más recónditas que alberga el espíritu humano, estos sellos de nuestras imploraciones inaplazables, exceden con creces el acotado alcance del intelecto. Exiguas y apáticas se me antojan las enseñanzas ofrecidas por una racionalidad que se muestra indefectiblemente gélida, impasible, prisionera en mudas celdas de dureza, cuando se aproxima a las tinieblas de la muerte y a las agrias manifestaciones que la preludian, cuyo hálito desazonador permanece en continua vigilancia, al voraz acecho de nuestras almas esclavizadas... Percibo sin cesar una fatalidad sutil y

lúgubre. La detecto opresivamente en el rostro de mis semejantes, y su negrura me inspira un respeto de tintes inefables, casi místicos, porque todos pendemos del más delgado e inestable de los filamentos...

Perennemente ávidos de alegría y anhelosos de viveza, nada nos otorgará nunca la satisfacción que nuestro corazón añora con inhóspito desvelo. Sin embargo, hemos de proseguir sin dilación, pues es preciso que escalemos estas montañas níveas y robustas para coronar cimas aún más doctas, bellas y elevadas. Es probable que jamás despunte una luz desde cuyos focos de piadosos fulgores amanezca la contestación al interrogante sobre el significado del dolor y de la muerte; pero ¡bienvenida sea esta pregunta transida de agonía, esta incertidumbre anegada de impaciencia, si su mera formulación, su más límpido y osado planteamiento, nos encamina ya hacia una búsqueda intrépida, denodada y honesta, ímpetu capaz de volcar nuestras almas vulnerables hacia una aventura que quizás nos permita paliar el sufrimiento actual e imaginar su abolición futura! Debemos conquistar cúspides más gloriosas en la cordillera, regia y aureolada, que entroniza el amor, consagra la hermosura y bendice la sabiduría...

Adiós, pueblo mío, adiós; ya no contemplaré más tu rostro. Adiós, humanidad; cuánta belleza me ha deparado vivir, inventar, crear y, más aún, soñar... Añoraré esa luz cromada de irradiante fervor que atisbaron mis ojos, y quizás otros seres adviertan, tan pronto como se hayan marchado nuestros cuerpos y difuminado nuestros espíritus, lo fugaz que habrá sido para nuestra estirpe pisar esta tierra colmada de sugerencias inagotables. Gustosamente lo repetiría, pero he aprendido que sólo se vive una vez, y somos quienes somos porque poseemos la certidumbre, todavía no confutada, de que moriremos. Y ¡cuán arduo resulta percatarse de este futuro que desata las lágrimas de astros, corazones e ideas, pero qué paz y qué sosiego se conquistan cuando la vida se siente plena y acabada...!

Sin embargo, jamás comprenderemos de forma cabal si la cesura abrupta que sanciona la incursión de la muerte por los intersticios de la vida despierta alguna luz. Si la muerte oculta una motivación, aun incognoscible, entonces la vida carece de fundamento. ¿Cómo esgrimir una razón que justifique por qué han de interrumpirse los gentiles ímpetus de la vida en un marchito momento, para que la muerte, es decir, la no-vida, ocupe su fecunda vacante? Si el óbito es necesario, y sin él ni fluyen los torrentes que estimulan la regeneración ni se despliega la trama que propulsa las aladas huestes del progreso, la vida sólo consistirá en una concatenación desalentadora, e incluso absurda, de eventos amalgamados y de oscuras consecuencias: en una mera etapa al servicio de metas ignotas. O pensamos que la vida y la muerte evocan una misma realidad, por lo que vivir comporta también morir, pues toda subsistencia pende del frágil hilo de la finitud -lo que supone ya una muerte anticipada-, o más nos convendrá renunciar siquiera a preguntarnos sobre el significado más hondo que entraña la muerte y reverbera en la vida, porque en su planteamiento sólo transpirará el denso vapor de una agonía opresora...

Toda vida porta en sí los gérmenes aciagos que incoan los incipientes acordes de la expresiva muerte, y en la muerte culmina la vida. La vida denota ya muerte: constituye un paréntesis, bañado de condescendencia, que nos otorga el tiempo hasta que acaezca ese destino necrológico a cuya fatalidad nos encontramos abocados, y frente al que no es posible alzarse en rebelión. No nos engañemos: inútil, si bien icono de carnes tentadoras, sería que nuestro espíritu se subleva; luces infructíferas dimanarían de bramar, ofuscados con rugidos de cólera, contra una evidencia inapelable, solidificada en las severas leyes que acompasan el ritmo de la naturaleza, de cuya condición ineluctable no caben veleidosas y tibias evasiones. Su irreversibilidad quizás nos condene, réprobos, a naufragar en angustiosos océanos de desesperanza; estremecimiento que desatará el atardecer

luctuoso de nuestro espíritu y desencadenará el crepúsculo que inhume nuestras ilusiones despojadas...

Vivir equivale a postergar una muerte ineludible, aunque con frecuencia no lo recordemos, porque los avatares cotidianos nublen nuestra alma altiva y nos impidan tomar conciencia de que jamás escaparemos de las garras irrevocables de una defunción ya presagiada. Vivimos porque fenecemos. Una vida infinita conduciría a paradojas descabelladas y a extravagantes antinomias: no nos esforzaríamos por nada, y no vibraría pasión alguna en las acciones que forjan las culturas. Si supiésemos que los cielos nos han llamado, *ab aeterno*, a perdurar por siempre, no precisaríamos de ese trabajo, de ese tesón, de esa tenacidad que nos ha incitado a fraguar la más elevada belleza, ni de ese esmero que nos ha instado a acariciar el amor límpido, ni de ese denuedo que nos ha inducido a desvelarnos por la sabiduría más profunda. Bastaría que nos explayásemos irrestrictamente, devanados sobre la grata lisura que suaviza un prado apaisado, custodiados por la luz plateada que despide una luna mercuriosa y de pródigas implicaciones, para así olvidarnos, en dulce exoneración, de toda responsabilidad, desertores de todo apremio... No edificaríamos ningún tipo de convivencia: prodigiosamente revestidos de una inmortalidad de cadencias angelicales, nos eximiríamos de asumir el imperativo ancestral que nos emplaza a protegernos los unos a los otros, a unirnos para doblegar las energías antagónicas de esta naturaleza de perfiles procelosos, y así alcanzar determinados objetivos a los que, a título individual, nunca habríamos logrado acceder. Sí, la vida infinita, la vida que para muchas almas simboliza la persistencia suprema y consumada, desembocaría en una no-vida, en una no-sociedad, en el desvanecimiento de todo vestigio de primor, de todo rastro de belleza, de todo vislumbre de un horizonte por el que luchar...

Hemos de nacer para morir, y resuenan aquí los ecos de una tragedia ya vaticinada, o de dicha aún no conjeturada. Vivamos la vida en grado máximo; disfrutémosla como hijos de la alegría; transformémosla en una obra indeleble, cuyo brío ennoblezca el arte... Y jamás cesemos de evocar, henchidos de las brisas de una clemencia íntegra, a quienes habitaron huérfanos de fortuna, así como a esas almas que mueren ya en vida, y a cuantos la pierden en la flor de su existencia; espíritus reminiscentes que legan a este mundo un reguero de desolación y una hiel anegada de la amargura más lancinante. Que nuestra memoria se amplíe con tanta belleza y holgura como para cobijar a todos esos corazones que han sufrido los indolentes rigores de la vida. Que la rosa de nuestra generosidad se conmueva ante el drama protagonizado por tantas almas que nos circundan, porque sólo así adquirirá valor nuestra presencia transitoria en esta

vastedad inenarrable que multiplica los espacios cósmicos. Que la luz auténticamente reveladora provenga de la vida, no de la muerte...

Si la vida goza de un sentido, quizás ejemplificado en la fascinante frescura que exhalan las granadas amapolas de la sabiduría, del amor y de la belleza, las afiladas zarpas que extienden los tentáculos de la muerte han de mantenerse privadas de su perla virginal. Sólo encarnarán entonces un espeso sinsentido, sobre cuya esencia de contornos lóbregos es fútil argumentar, pues es vano argüir desde los gélidos cánones que presiden una lógica imbatible. Por ello, nuestro único resorte, nuestro mástil de firmeza capital cuando sus temibles sombras se ciernan sobre nuestras almas y arriben al puerto donde fondean nuestras naves más sagradas, estribará en profesar fe en la fertilidad que bendice todo llanto: al compartir nuestros lamentos, al ofrecer un hombro rociado de ternura sobre el que recostar toda cabeza conturbada, le infligimos una heroica derrota a la muerte. Mediante nuestra negación taxativa a interpretarla como un suceso más, como un acontecimiento reglamentado dentro de los mecanismos impersonales que moldean las fibras de la naturaleza; al compungirse nuestros corazones ante el fallecimiento de los seres queridos, le declaramos a la muerte que no pretendemos improvisar una aduladora explicación filosófica o científica para despejar sus letales incógnitas. No, no aspiramos a erigirnos en súbditos de su preminencia cruel y avasalladora, de manera que la voracidad de su dominio derrumbe nuestro arrojo y dilacere nuestra perseverancia. No, no toleraremos convertirnos en criaturas desequilibradamente frías, impermeables a la pujanza indómita del sentimiento... Al caer nuestro gemido, al desprenderse de la intimidad de nuestras pupilas la tersura tonificadora que esparce la fragancia del amor y derrama aromas piadosos, veneramos lo irracional. Obtendremos así una victoria inconfesada sobre todo anochecer que ose eclipsar la belleza de la vida, pues rechazamos someternos al liderazgo despótico que ejercen los conceptos.

La muerte bautiza un fenómeno hermético, inabordable para nuestra remisa inteligencia, y no debe subsumirse en ninguna de las categorías que enriquecen el entendimiento del hombre. Sólo la magia incandescente destilada por las emociones responde al desafío obituario que transparenta. Si albergáramos la convicción de que la muerte ha de irrumpir sin remedio, lacios, retóricos y desvirtuados serían nuestros sollozos. Sin embargo, y como vástagos de la honradez y retoños de la reciedumbre, consideramos que la muerte extingue injustamente la vida, y frustra inmerecidamente el coraje que acrisolaron nuestros proyectos más conspicuos. Este repudio a su inexorabilidad se trueca entonces en un hermoso bálsamo propiciatorio de lágrimas desabrigadas, riachuelos de vida que emergen rumorosamente

desde nuestros ojos malheridos. Suspiramos con arrebatado dolor y honestidad diáfana, y los manantiales de nuestro desconsuelo regarán el verde de la vida por los siglos de los siglos.

No deseamos la vehemencia de la inmortalidad, pero tampoco ambicionamos una muerte intempestiva. Destellan aquí rayos penetrantes, propagadores de un oxímoron irresoluble, en cuyos términos enardecidos se debate el celo de nuestras almas. Espejea la desgarradora huella que refleja y exalta lo contradictorio: la constatación de que en el fondo anhelamos lo eterno, corazón que vuela más allá de la muerte y de la vida, pues simplemente es, y apunta al ser en su más insondable, cálida y recóndita pureza...

Nosotros moriremos, pero el cosmos brindará amaneceres encandiladores, auroras que deleiten las épocas venideras, y rebrotarán las manifestaciones de esas fuerzas prístinas que atesora la naturaleza en sus grutas enmascaradas, vigos que al ocaso parecen dormitados en lechos de sigilo. Ésta, la del alba matutina y rubicunda, encapsula la más hermosa de las certezas que nos flanquean en nuestra andadura por los largos caminos que trenzan el cetro y la corona de la vida: el postulado de que en algún lugar, en alguna edad y en algún espíritu se encenderá la luz rectora de la solidaridad y el abnegado fulgor de la sabiduría, pues la una no se concita sin el otro.

Resurrección, qué audaz alegoría, qué prosopopeya tan sublime, cuyo haz metafórico alude a una verdad trascendente sobre la muerte y la vida: la vida que siempre contiene muerte, y la muerte que también dispensa la templada savia de la vida. Muere esta claridad, pero despuntan luces no auguradas. *Resurget creatura*, sí, resurge el hombre en cada nuevo cáliz que la humanidad construye, con cada copa rebosante de ese néctar que saboreamos juntos. Centellea, con la luz primordial que hace llorar a todo corazón sensible, nuestra más épica vocación: beber de una misma agua y degustar un mismo vino; demudarnos, reiterada e inconclusamente, en aquello que aún no somos, pero podemos ser, partícipes de una metamorfosis tan rutilante que ni el capullo que se transfigura en mariposa, insólita hazaña gestada por el lepidóptero, llegaría nunca a replicarla...

He descubierto, hermanos míos, que cada faz esconde, inefablemente, un universo arcano, prolijo y fabuloso, y casi todos me son ajenos... La daga de esta distancia rubrica un pesar que me acompañará hasta los abismos sepulcrales, y quizás me escolte por siempre en el silencio que amustia epitafios y abruma sepulturas, si algún dios, inundado de misericordia y utopía, no me acoge antes en su seno de ultratumba y me

estrecha en sus pechos amorosos, para invitarme a un reino repleto de glorias litúrgicas y saciado de inspiración elísea. Porque mucho ignorará cada uno de nuestros corazones mientras palpiten semblantes inclasificables que desconozca, voces inusitadas cuyos timbres, modulaciones y coloraturas no haya escuchado, así como labios sensuales con los que aún no haya conversado...

DÍA TRIGÉSIMO OCTAVO

“Mientras pensaba que aprendía a vivir, he aprendido cómo morir”. Y tan reveladora lección la he adquirido de manera prácticamente irreflexiva, pues con la rauda cascada que apaga los lustros y diluye las décadas, he llegado a percatarme de que la vida y la muerte componen un mismo y agitado ciclo. Amanece la luz de la vida porque antes nos ha visitado la oscuridad que ciñe las vestiduras de la muerte. Sin la muerte, no acontecería la renovación infatigable que enardece el reino de la naturaleza, y cuyo primor cautiva, arrebatadoramente, la pujanza que exhalan nuestros sueños. Todo permanecería igual, privado de mejora potencial, atrapado en idénticas e inmutables perspectivas, despojado de esa transformación fértil que metamorfosea unos dones en otros. Ya no me apresa una consternación tan cegadora hacia la violencia que decretará, indolente, mi aniquilación ineluctable...

He de morir. Si hubiese de vivir por siempre, ¿elucidaría algún motivo para otorgarle a la humanidad un obsequio, un tributo destinado a acariciar los pórticos de ese templo que ampara lo perdurable; una obra ensalzada con reverberaciones tan impecables, expresivas y elogiosas que estremeciese lo más puro, hermoso y recóndito de su espíritu? Vivimos y morimos, y con cada día que transcurre nos acercamos más a los umbrales de la muerte, cuya figura ensombrecida siempre nos acecha y atemoriza; o quizás desvelemos más sobre la resplandeciente magia que consagra el altar de la vida, pues también cabe adoptar este planteamiento, rebosante de ilusión y entusiasmo... Cánticos inescrutables me exhortan a expresar, en su grado máximo, el néctar destilado por cada uno de los momentos que bordan el exquisito ropaje de la vida, para así degustar la delicadeza de su jugo y deleitarme con la olorosa fragancia que diseminan las ninfas de su elixir. He de convertir cualquier instante que tonifique mi existencia en una oportunidad encomiable de cultivo, de provecho y de descubrimiento sincero. Un optimismo inexhausto y una confianza decorosa en un futuro perennemente inasible deben gobernar mi estado anímico.

¿Miedo a morir? También Aristóteles, y Arquímedes, y Cicerón, y Boecio, y Petrarca fenecieron... De no haber partido de estas provincias caducas, no gozaríamos ahora de la capacidad de contemplar, hechizados por su belleza, su hondura y su perspicacia, los lauros que bendicen la corona de su legado más eximio, ni de juzgarlo desde la tribuna privilegiada que el incesante tránsito de los siglos nos confiere. Al habernos abandonado éstos y otros titanes de la creatividad, al haberse

ausentado irrevocablemente de nuestro colorido orbe, nos hemos emancipado de su influjo egregio, de su conspicua estela. Con fervor probo, elevemos rosas de alabanzas a los innumerables hitos que protagonizaron los genios más descollantes de la Antigüedad, y colmemos el cielo con el aroma agradablemente esparcido por las flores de nuestra gratitud, mas conquistemos, imbuidos de esa paz resucitadora que infunde la nobleza del espíritu, una independencia necesaria con respecto a sus ideas e interpretaciones del universo.

Sin la irreversibilidad de la muerte, nunca se produciría un cambio auténtico, una distorsión genuina que alterase la marcha tan rotunda y persistente que parece exhibir el incontenible séquito de los milenios. Una fuerza implacable nos habría condenado, irremisiblemente, a recorrer sendas ya surcadas, y a embelesarnos con deseos otrora alumbrados. No allanaríamos nosotros rutas flamantes, ni forjaríamos ambiciones rejuvenecedoras, ni crecerían las alas que atesora nuestro espíritu...

La vida ha de transmitirme mística serenidad ante la muerte. Siempre habré logrado menos de lo que evocaban mis fantasías mendicantes y mis querencias irredentas, pero esas alturas cristalinas cuyo arcano manto nos envuelve saben que jamás he desistido de esforzarme, con un tesón honesto, por vivir, que es mi meta inexorable. He sentido un intenso e inquebrantable amor hacia el verdor y la frescura que dignifican la vida, y haber pertenecido al ilustre género humano, linaje insigne, prosapia que me vincula con las mentes más distinguidas y me confraterniza con los corazones más excelsos, ha cincelado en mi alma una fuente nutricia, clarividente y abnegada. Sus ansiosas aguas me han insuflado un orgullo que rezuma justicia: un recio hontanar que ha sembrado en mí luces bañadas del más dulce pundonor, y cuyos rayos ubicuos han despedido relámpagos inobjectables.

No creo que el fuego avivado por mi corazón se desvanezca con el advenimiento de la muerte: se encuentra ya integrado en la dinámica robusta, audaz y vigorizadora que teje la vida y recama la historia con broches de misterio; escenarios insondables de cuya policromía se ha erigido mi espíritu en leal miembro. Confieso, sin embargo, que también me inquieta una amarga y espesa penumbra de ecos punzantes. Su agudeza supera el poder descriptivo de la palabra humana, pues no comprendo qué se le deparará a mi persona, a esa luz irrepitible cuyo chorro de luminosidad ha dotado mi alma de un carácter único y la ha vivificado con el bálsamo de mi individualidad, en lugar de perfumarla con otros efluvios... Pero responder a la fiereza de este interrogante, de este enigma abisal, desborda con creces el enflaquecido alcance de mi inteligencia, y

rebasa inconmensurablemente los confines tras cuyos muros revolotea mi imaginación desconsolada. Si se alza, y lo ignoro, un Dios omnipotente, y el glorioso hálito que expande las nubes propiciatorias de su amor desciende para derramar el rocío de sus besos sobre la afligida faz del mundo, Él poseerá la solución a un problema vertiginoso que nos ha perturbado desde remotos orígenes...; porque si de algo me ha convencido este caminar, afanoso y tambaleante, por los crípticos senderos de la vida es de que albergo, sí, anhelos de lazos divinos, pero soy humano, profundamente humano, y esta humilde tierra es mi autóctona morada. Aunque mi corazón aspire al augusto cielo, a esa esfera sublime que la perfección cubre con los astros diáfanos de su mirada, y en cuya plenitud se estrechan la mano el amor y el conocimiento verdaderos, yo soy hijo de la tierra y a su seno he de volver.

Yo busco llenar mi alma y mi corazón de experiencias nuevas, vivaces destellos de una pasión insumisa. ¡Oh gran mundo, ojalá tuviera energías infinitas para secundarte en todo lo que me ofreces! ¡Qué triste esta pequeñez, esta desidia, esta impotencia, cuando las eternas maravillas del ser despliegan su brillo inextinguible ante mis ojos! Pero siempre será bello vivir, al menos mientras nuestro espíritu palpe la vastedad del cosmos y mane de nuestros labios el soplo de un verbo salvífico...

